



JOSTEIN GAARDER

Maya

Siruela Biblioteca Gaarder

JOSTEIN GAARDER

Maya

 **Siruela**

MAYA

JOSTEIN GAARDER

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

 Siruela

Biblioteca Gaarder

Índice

MAYA

Prólogo

La carta a Vera

El que mira el último, mira mejor

La falta de asombro de Adán

Anfibios de vanguardia

Hombre mosquito para un geco

El hastiado hermanastro del neanderthal

Cumbre en el trópico

La paloma de color naranja

Optaste por partir el dolor en dos

Bellis perennis

El enano y la foto mágica

La lógica es demasiado pobre en ambivalencia

Epílogo de John Spooke

Manifiesto

Glosario

Créditos

MAYA

Prólogo

Nunca olvidaré aquella húmeda y borrasca mañana de enero de 1998 en que Frank aterrizó en Taveuni, una pequeña isla del archipiélago Fidji. Durante toda la noche había estado tronando y, antes del desayuno, los dueños del hotel Maravu Plantation tuvieron que ocuparse de la reparación de un fallo en la instalación eléctrica. Como la cámara frigorífica peligraba, me ofrecí para ir con el coche a Matei para recoger a unos nuevos huéspedes que llegarían a la línea de cambio de fecha en el vuelo de la mañana, procedente de Nadi. Angela y Jochen Kiess aceptaron agradecidos mi ayuda, y Jochen me elogió diciendo que siempre se podía contar con un británico en una situación de crisis.

Me fijé ya en el serio noruego en el momento en que subió al todoterreno en compañía de un par de norteamericanos. Tenía unos cuarenta años, era de estatura media y pelo rubio, como la mayoría de los escandinavos, pero con los ojos marrones y un semblante más bien abatido. Se presentó como Frank Andersen, y recuerdo que me tomé el tiempo de pensar que quizá pertenecía a esa rara categoría de seres humanos que durante toda su vida se sienten oprimidos en la Tierra por la brevedad de la vida y la falta de espíritu. Esta suposición no se disipó cuando aquella misma noche me enteré de que era biólogo evolutivo. Si uno de entrada tiene cierta predisposición a la melancolía, la biología evolutiva tiene que ser una ciencia poco reconfortante.

Sentado frente a la mesa de trabajo en mi casa de Croydon, estoy mirando una postal arrugada, fechada en Barcelona, el 26 de mayo de 1992. La postal muestra una foto de la Sagrada Familia, la catedral inacabada de Gaudí, y en la parte de atrás pone:

Mi querido Frank: Llegaré a Oslo el martes, pero no iré sola. Todo va a ser diferente a partir de ahora, tienes que estar preparado. ¡No me llames! Quiero sentir tu cuerpo antes de que medien más palabras entre nosotros. ¿Te acuerdas de la bebida mágica? Pronto beberás unas gotas. A veces me entra miedo. ¿Podemos hacer algo tú y yo para aceptar que la vida sea tan breve? Tuya siempre, Vera.

Frank me enseñó de repente la postal con esas altas torres una tarde en que estábamos tomando una cerveza en el bar de Maravu. Yo le había contado que había perdido a Sheila unos años antes, y Frank permaneció sentado un buen rato, hasta que con un gesto brusco cogió la cartera del bolsillo y sacó una postal doblada que inmediatamente desdobló y puso sobre la mesa. El texto estaba escrito en español, pero el noruego lo tradujo palabra por palabra. Parecía necesitar mi ayuda para captar lo que acababa de traducir.

–¿Quién es Vera? –pregunté–. ¿Estabais casados?

Asintió con la cabeza.

–Nos conocimos en España a finales de los ochenta. Al cabo de un par de meses, ya vivíamos juntos en Oslo.

–¿Y la relación se rompió?

Negó con la cabeza pero sin embargo dijo:

–Después de diez años se volvió a Barcelona. Fue en el otoño pasado.

–Vera no es un típico nombre español –objeté–. Y tampoco catalán.

–Un pueblo de Andalucía se llama así –explicó–. Según su familia, es donde fue concebida.

Miré la postal.

–¿Y había ido a Barcelona a visitar a su familia?

De nuevo negó con la cabeza.

–Había ido a su ciudad a leer la tesis doctoral.

–¿Ah sí?

–Sobre las migraciones de la especie humana desde África. Vera es paleontóloga.

–¿Y a quién se llevó a Oslo?

Frank miró el interior del vaso.

–A Sonia –dijo sin más.

–¿Sonia?

–Nuestra hija, Sonia.

–¿Así que tenéis una hija?

Señaló la postal.

–Así fue como me enteré de que Vera estaba embarazada.

–¿De ti?

Se estremeció.

–Era mi hija, sí.

Comprendí que algo tenía que haber ido mal, e intenté adivinar qué pudo haber pasado. Pero tenía un punto de referencia más y dije:

–¿Y qué hay de esa «bebida mágica» de la que ibas a saborear unas gotas? Suena muy tentador.

Vaciló. Luego sonrió con cierta timidez antes de quitarle importancia.

–Nada, es una tontería, cosas de Vera.

Llamé al camarero y le pedí otra cerveza. Frank apenas había tocado la suya.

–Cuéntame –dije.

Y Frank contó:

–Teníamos en común esa misma intransigente sed vital. ¿O acaso debo llamarlo «anhelo de eternidad»? No sé si entiendes lo que quiero decir.

Claro que lo entendía. Noté el corazón latir en el pecho y pensé que debía tranquilizarme. Levanté la palma de la mano para expresarle que no necesitaba que me explicara lo del anhelo de eternidad. Él reparó en ello. Aparentemente, no era la primeravez que Frank intentaba explicar lo que quería decir con lo de anhelo de

eternidad. Añadió:

–Nunca había encontrado en una mujer esa inflexible necesidad. Vera era un persona cálida y realista. Pero también vivía metida en su mundo, o mejor dicho, en el mundo de la paleontología. Era de los que se orientan más vertical que horizontalmente.

–¿Ah sí?

–No le interesaba lo que sucede en la calle o en el espejo. Era guapa, muy guapa. Pero nunca la vi hojeando una revista femenina.

Seguía sentado, removiendo la cerveza con un dedo.

–Me contó que de joven había tenido muchas fantasías sobre una bebida mágica que le concedería la vida eterna en cuanto se hubiera bebido la mitad. Así tendría tiempo ilimitado para encontrar al hombre a quien daría la otra mitad y podría estar segura de que un día encontraría al hombre de su vida, si no la semana siguiente, al menos en cien o en mil años.

Volví a señalar la postal.

Sonrió con resignación.

–Cuando volvió de Barcelona aquel verano del 92 declaró solemnemente que de alguna manera habíamos tomado algunas gotas de esa bebida mágica con la que soñaba de pequeña. Pensaba en el niño que iba a nacer. Algo de nosotros dos ya había comenzado a vivir su propia vida, decía. Algo que tal vez daría frutos durante miles y miles de años.

–¿La posterioridad, quieres decir?

–Sí, en eso pensaba. De hecho, todos los seres humanos de la Tierra descienden de una mujer que vivió en África hace unos cientos de miles de años.

Dio un sorbo de cerveza y, como no dijo nada más en mucho rato, intenté que arrancara de nuevo.

–Continúa, si quieres –le dije.

Me miró a los ojos. Fue como si por un instante evaluara si yo era o no un hombre de fiar. Siguió hablando:

–Cuando llegó a Oslo me aseguró que no habría vacilado en compartir conmigo la bebida mágica, si la hubiera tenido. Obviamente no me dio ninguna «bebida mágica», pero lo viví, de todos modos, como un gran momento. Consideré como algo sublime el hecho de que se atreviera a hacer una elección de la que jamás podría retractarse.

Me declaré de acuerdo con un gesto de cabeza.

–Ya no es corriente que la gente se prometa fidelidad eterna. Se están juntos en lo bueno, pero luego viene lo malo, y entonces hay muchos que simplemente se largan.

Pareció de repente algo irascible:

–Creo que recuerdo literalmente lo que dijo: «Para mí sólo hay un hombre y una tierra, y si lo siento tan intensamente es porque sólo vivo una vida».

–Qué declaración tan singular –dije–. ¿Y qué pasó luego?

Fue muy escueto. Tras vaciar el vaso de cerveza me contó que habían perdido a Sonia cuando tenía cuatro años y medio, y que desde entonces la convivencia les había resultado imposible. Era demasiado dolor bajo el mismo techo, explicó Frank. Luego se quedó contemplando el palmeral.

No se dijo nada más al respecto, a pesar de un par de discretos intentos por mi parte de retomar el hilo.

La conversación también fue interrumpida en cierto modo por un enorme sapo que saltó a la plataforma donde estábamos sentados. Sonó un «¡chop!», y el contrahecho sapo se sentó debajo de la mesa, entre nuestras piernas.

–Un tamazul –explicó el noruego.

–¿Tamazul?

–O *Bufo marinus*. Fueron importados de Hawai hace poco tiempo, en 1936, con el fin de combatir la gran cantidad de insectos en las plantaciones de caña de azúcar y se encuentran muy a gusto aquí.

Señaló el palmeral, donde descubrimos otros cuatro o cinco ejemplares. Unos minutos más tarde pude contar hasta diez o doce sapos en la hierba húmeda. Yo llevaba ya muchos días en la isla, pero jamás había visto tantos sapos juntos. Tuve la sensación de que era Frank quien los atraía, y no pasó mucho tiempo hasta que pude contar más de veinte ejemplares. Sentí una especie de aversión al ver tantos sapos juntos.

Encendí un cigarrillo.

–Sigo pensando en esa bebida que mencionaste –dije–. No todo el mundo se habría atrevido a probarla. Creo que la mayoría no la habría probado.

Puse el mechero en la mesa, lo señalé y susurré:

–Esto es un mechero mágico. Si lo enciendes ahora, vivirás eternamente en la Tierra.

Me miró fijamente sin sonreír. Fue como si sus pupilas se iluminaran.

–Pero tienes que pensártelo mucho –precisé–, porque sólo tendrás una oportunidad, y nunca podrás revocar la decisión que tomes.

–No importa –dijo con altivez, y dudé respecto a la elección que hiciera.

–¿Quieres vivir hasta la edad normal del ser humano? –pregunté solemnemente–. ¿O quieres quedarte en la Tierra por los siglos de los siglos?

Frank levantó el mechero lenta pero resueltamente, y lo encendió.

Me impresionó. Llevaba casi una semana en la isla y ya no me sentía tan solo.

–No somos muchos –comenté.

Por fin sonrió, una amplia sonrisa. Creo que nuestro encuentro le había sorprendido tanto como a mí.

–No, al parecer no somos tantos –admitió.

Se incorporó y me tendió la mano por encima del vaso de cerveza.

Fue como si nos hubiéramos confiado el uno al otro que pertenecíamos al mismo orden selecto. Ni a Frank ni a mí nos daba miedo la idea de vivir eternamente. Lo que nos aterraba era lo contrario.

Faltaba poco para la cena, e insinué que celebráramos la fraternización con una copa. Cuando sugerí pedir una ginebra sola, mostró su conformidad.

Los sapos continuaron multiplicándose en el palmeral, y volví a sentir asco. Confesé a Frank que aún no me había acostumbrado a los geos en el dormitorio.

Llegaron las copas de ginebra, y mientras el personal empezaba a preparar las mesas para la cena nosotros seguíamos sentados, brindando por los ángeles del cielo. También

brindamos por ese pequeño grupo de gente que no era capaz de reprimir su envidia de los ángeles por vivir eternamente. Al final, Frank señaló los sapos del palmeral. Opinó que por educación también deberíamos brindar por ellos.

—Al fin y al cabo son nuestros hermanos de sangre —señaló—. Estamos más emparentados con ellos que con los ángeles del cielo.

Así era Frank. Un auténtico titán, pero además tenía los pies en el suelo. El día anterior me había confesado que no se había sentido nada a gusto montado en esa avioneta que le había traído de Nadi a Matei. Las condiciones del viento habían sido extremas, dijo, y además le había disgustado descubrir que el avión no llevaba copiloto.

Mientras apurábamos las copas, el noruego me contó que a finales de abril participaría en un congreso en la vieja ciudad universitaria de Salamanca, y que el día anterior se había enterado, por una llamada telefónica a la secretaria del congreso, de que también Vera estaba inscrita en el mismo. Pero no sabía si ella estaba al tanto de que se encontrarían en Salamanca.

—¿Pero tú lo esperas? —pregunté—. ¿Esperas poder ver a Vera en abril?

No contestó a mi pregunta. Tampoco pude observar si movió la cabeza para asentir.

Esa noche, todas las mesas del restaurante de Maravu se juntaron formando una larga y única mesa. Era una idea que había partido de mí, pues muchos de los huéspedes eran personas solas. Cuando entraron Ana y José, eché un último vistazo a la postal con las ocho torres, antes de devolvérsela a Frank.

—¡Te la puedes guardar! —exclamó—, pues recuerdo cada palabra.

No me pasó inadvertido el tono amargo de su voz e intenté hacerle cambiar de parecer. Pero no se dejó convencer. Sonó como si hubiera tomado una decisión importante cuando dijo:

—Si yo me la guardo, en algún momento podría llegar a romperla en pedazos, así que será mejor que tú me la guardes. Y quién sabe, tal vez volvamos a vernos en algún lugar.

A pesar de eso decidí que se la devolvería el día en que se marchara. Pero la mañana en la que Frank se marchó sucedieron muchas cosas.

El que volviera a ver al noruego casi un año más tarde fue una de esas extrañas casualidades que condimentan la existencia y crean la esperanza de que, a pesar de todo, existen fuerzas ocultas que conducen nuestras vidas lateralmente y de vez en cuando nos tiran una pizca de los hilos del destino.

Las casualidades han querido que ya no sólo tenga ante mis ojos una vieja postal. Desde hoy también cuento con una larga carta que Frank escribió a Vera después de su encuentro con ella en abril. Considero una victoria personal el que este escrupuloso documento esté por fin en mis manos, y seguramente no habría sucedido así de no ser porque una extraordinaria coincidencia hizo que me topara con Frank en Madrid. Incluso me lo encontré en el mismo hotel donde él había escrito esa carta a Vera en mayo. Nuestro encuentro tuvo lugar en el Hotel Palace en el mes de noviembre de 1998.

En la carta a Vera, Frank describe varios episodios que los dos vivimos en aquella isla de Fidji. Se centraba, lógicamente, en Ana y José, pero también hacía referencia a un par

de conversaciones que él y yo mantuvimos a solas.

Ya que he decidido sacar a la luz esa larga carta, podría ser tentador interrumpir el relato de Frank con comentarios adicionales por mi parte. No obstante, he optado por presentar la carta a Vera en su totalidad y añadir un amplio epílogo.

Naturalmente estoy muy contento de poseer esta epístola, sobre todo porque me ha permitido estudiar las 52 máximas del manifiesto. Me permitiré precisar que no me he apoderado de una carta personal. En absoluto es el caso. Pero sobre esta cuestión también volveré en el epílogo.

Faltan apenas unos meses para entrar en el siglo XXI. Me parece que el tiempo pasa demasiado deprisa. Me parece que el tiempo pasa cada vez más deprisa.

Desde que era pequeño –y no hace mucho tiempo de eso– sabía que tendría 67 años si llegaba a vivir el cambio de milenio. Siempre me ha resultado un pensamiento fascinante y aterrador a la vez. Tuve que despedirme de Sheila en este siglo. Sólo llegó a cumplir 59 años.

Tal vez vuelva a visitar la isla de la línea de cambio de fecha antes del cambio de siglo. Estoy pensando en encerrar la carta a Vera en una cápsula del tiempo, para que permanezca sellada dentro de ella durante mil años. Puede ser que no haya que publicarla hasta entonces, y lo mismo se puede decir del manifiesto. Mil años no son nada, al menos comparados con los enormes períodos de tiempo trazados por el manifiesto. Ysin embargo, mil años son más que suficiente para que se haya borrado gran parte de las huellas de los que ahora vivimos en la Tierra, y la historia sobre Ana María Maya parecerá, en el mejor de los casos, una saga de un lejano pasado.

Ya soy lo bastante mayor como para que no me importe cuándo salga a la luz lo que quiero contar. Lo más importante es que se diga antes o después, y tampoco es necesario que lo diga yo. Tal vez por eso he empezado a jugar con la idea de una cápsula del tiempo. Espero que dentro de mil años haya un poco menos de ruido en el mundo.

Después de haber releído una vez más la carta a Vera, me siento por fin capaz de organizar la ropa de Sheila. Ya ha llegado el momento. Mañana por la mañana vendrán unas personas del Ejército de Salvación a recoger todo. También se llevarán los vestidos viejos, aunque no creo que los puedan vender. Es una sensación parecida a la de quitar un nido de golondrinas en el que no hay pájaros desde hace muchos años.

Pronto me habré acostumbrado a la vida de viudo. También es una forma de existir. Al mirar la gran foto en color de Sheila ya no me estremezco tanto como antes.

A pesar de toda esa retrospectiva que ha llenado mi vida en los últimos tiempos, puede parecer una paradoja el que ni siquiera ahora habría vacilado en tomar la bebida mágica de Vera. Lo habría hecho sin pestañear, incluso sin estar seguro de encontrar a una persona a quien poder dar la otra mitad. Para Sheila es demasiado tarde. Ella no recibió mucho más que quimioterapia durante el último año de vida.

Mañana tengo ya una cita. He invitado a Chris Batt a comer. Chris es el bibliotecario

jefe de la nueva biblioteca de aquí en Croydon. Yo soy uno de sus visitantes más asiduos. Me parece un gran honor para este barrio el contar con una moderna biblioteca, con escaleras mecánicas entre las plantas. Chris es un hombre muy activo. No creo que él hubiera encendido aquel mechero en el bar de Maravu. Tampoco habría sentido asco al ver todos aquellos sapos.

He decidido preguntar a Chris si cree que el prólogo de un libro debe escribirse antes o después de haber escrito el libro. Mi teoría es que el prólogo se escriba al final de todo el proceso. Eso concordaría con otra cosa en la que me he fijado, sobre todo después de haber leído la carta de Frank.

Transcurrirían cientos de millones de años desde que los primeros anfibios salieran a la tierra, hasta que un ser vivo de este planeta fuera capaz de describir lo que sucedió entonces. Hoy por fin podemos escribir el prólogo de la historia de la humanidad, es decir, muchísimo tiempo después de que la historia en sí haya acabado. De esa manera la esencia de las cosas se muerde la cola. Tal vez esto sea válido para todos los procesos de creación, incluidos los de las composiciones musicales. Me imagino que lo último que se compone en una sinfonía es el compás inicial de la misma. Voy a preguntar a Chris qué opina él de esto. Tiene mucho sentido del humor y también creo que es un hombre sabio. Dudo que Chris Batt sea capaz de mencionar ni siquiera una opereta en la que la obertura haya sido compuesta antes de que la opereta hubiera estado terminada en su versión última y final. Sólo se tiene una visión global de una sucesión de hechos cuando éstos dejan de tener utilidad. El que pretenda entender el destino tiene que sobrevivir a él.

No sé si Chris Batt sabe mucho de astronomía, pero le preguntaré qué le parece el siguiente breve resumen de la historia de este universo:

El aplauso a la gran explosión no llegó hasta quince mil millones de años después de que hiciera explosión.

A continuación se reproduce la carta a Vera en su totalidad.

Croydon, junio de 1999

John Spooke

La carta a Vera

Querida Vera:

Ya han pasado algunas semanas desde que nos vimos, y teniendo en cuenta lo que ocurrió la última noche, tal vez te parezca que ya es hora de que sepas algo de mí. Lo que sucede es que he tenido que esperar a tener todos los cabos atados.

Como sabes, me quedé en Salamanca después del congreso porque estaba seguro, completamente seguro, de que eran ellos a los que había visto bajo el puente que cruza el Tormes. Creías que bromeaba, pensabas que estaba contando cuentos con el fin de entretenerte antes de que volviéramos al hotel. Pero eran Ana y José a los que había visto, y no podía abandonar la ciudad sin tomarme uno o dos días para intentar volverlos a encontrar. Ya a la mañana siguiente me topé con ellos en la Plaza Mayor, pero no voy a adelantar acontecimientos, he previsto exponértelo todo por orden cronológico.

A José lo encontré unos diez días más tarde en el Museo del Prado, en Madrid, y parecía como si me estuviese buscando por las enormes salas. Al día siguiente, es decir, esta misma mañana, volvimos a encontrarnos. Yo estaba sentado en el parque del Retiro repasando mentalmente todo lo que me había contado, aunque faltaba todavía alguna pieza del puzzle, cuando de pronto apareció ante mí –como si alguien le hubiera avisado de mis paseos diarios–, se sentó a mi lado y permanecimos varias horas en el banco, hasta que lo acompañé atravesando el parque hasta la estación de Atocha. Justo al echar a correr para alcanzar el tren, me dio un montón de fotos, y de vuelta en el hotel descubrí que había algo escrito en el dorso de cada una de ellas. ¡Era el manifiesto, Vera! Tenía todo el solitario en mis manos.

Debido a lo que José me contó en el parque del Retiro, y, sobre todo, a lo que me puso en la mano al desaparecer tan apresuradamente, no puedo abandonar esta ciudad sin antes enviarte toda la historia. Son las dos de la tarde, y sé que no voy a poder dormir mucho esta noche. Me sirven café y algo de comer en la habitación, y no tengo otro plan que enviarte esta epístola antes de hacer el equipaje y marcharme a Sevilla el viernes por la mañana.

Me preocupa un poco el que tal vez no vayas a conectarte a la red hasta más tarde, pues me tienta el poder ir enviando este informe por partes. Pero has de recibirlo todo a la vez, todo o nada. Se me ha ocurrido que podría enviarte un correo electrónico diciendo que mañana, en el transcurso de la mañana, te llegará un envío. Pero no sé si deseas seguir teniendo noticias mías. Además, tendré que esforzarme bastante para que creas en esta historia, y, como sabes, aún no la he escrito.

Fui metido en esta telaraña en Fidji, y ya no me acuerdo de lo que te conté, pues nos vimos sólo unos días, y creo que a los dos nos pareció lo más adecuado mantener cierta distancia, por razones de decoro. Recuerdo que cuando me pareció haber visto a esa extraña pareja en Fidji, todo empezó a moverse como un alud, pero soy incapaz de recordar lo que te dije o no, porque me interrumpías constantemente con tus carcajadas, ya que pensabas que todo era un invento mío, que estaba improvisando, como una especie de espectáculo nocturno, sólo con el fin de retenerte a mi lado junto al río.

Te preguntarás qué tienen que ver conmigo Ana y José, o con nosotros, si quieres. He de recordarte una postal que en una ocasión me enviaste desde Barcelona. «¿Qué podemos hacer tú y yo para aceptar que la vida sea tan breve?», escribiste. Ahora soy yo el que hago esa pregunta, pero para contestarla, tengo que hablar primero de Ana y José. Para comprender el alcance de mi cometido tendrás, incluso, que retroceder conmigo algo más en el tiempo, tal vez hasta el devónico, período en el que aparecieron en escena los primeros anfibios. En mi opinión, es ahí donde empieza esta historia.

Independientemente de lo que ocurra con nosotros dos, te pediré un favor. Pero, ahora, ponte cómoda y lee, ¡lee!

El que mira el último, mira mejor

La última etapa de la expedición de dos meses por el Pacífico era Taveuni, una de las islas Fidji. Mi misión consistía en estudiar cómo han intervenido en el equilibrio ecológico las especies vegetales y animales importadas. Se trata de polizones como ratas y ratones, insectos y lagartijas, así como de una importación más o menos planificada de especies como el opossum y el mungo, con el fin de tener en jaque a otras especies, sobre todo a alimañas relacionadas con nuevas formas de agricultura. Un tercer grupo lo constituyen animales domésticos extraviados, como gatos, cabras, cerdos, por no olvidar descuidadas despensas de carne –o presas de fácil acceso– representadas por animales herbívoros, como conejos y corzos. En lo que se refiere a plantas, tanto decorativas como alimenticias, la lista de las especies importadas es tan larga y, además, varía tanto de isla a isla, que no merece la pena mencionar nombres.

La parte sur del Pacífico es un paraíso para realizar esta clase de estudios, pues estas islas aisladas mantenían cada una, hasta hace muy poco, su antiquísimo equilibrio ecológico con una rica variedad de especies vegetales y animales endémicas. Hoy en día, en proporción a su superficie y a su número de habitantes, Oceanía tiene el mayor porcentaje de especies animales en peligro de extinción. Este hecho no se debe únicamente a la importación de nuevas especies, sino también a la deforestación y explotación imprudente de plantaciones, que han causado una fatal erosión de la tierra, lo que en última instancia ha arruinado los hábitats tradicionales.

Varias de las islas que visité no habían estado prácticamente en contacto con la cultura europea hasta hace poco más de cien años. Nos encontramos ante la última gran ola de colonización europea. Es obvio que cada isla, cada nuevo asentamiento y cada pequeño puerto tienen su propia historia. No obstante, las consecuencias ecológicas han tenido el mismo triste denominador común: los polizones de los barcos –ratas, ratones e insectos– fueron como una plaga ecológica que llegó con las primeras naves. Con el fin de subsanar los efectos dañinos de estas especies importadas, se procedía enseguida a importar una nueva especie, como por ejemplo sapos, para mantener a raya a ciertos insectos, sobre todo en las plantaciones de azúcar, o bien se importaban felinos con el fin de combatir las ratas. Estas especies se convertirían más tarde en una peste aún peor de lo que habían sido las ratas y los insectos, por lo que se procedió a importar una nueva especie de animales de presa, que a su vez tendría la función de mantener a raya a los sapos, serpientes y ratas. Estos animales se convertían luego en una catástrofe ecológica para, entre otras, muchas especies de pájaros, pero también para muchos de los reptiles

autóctonos, lo que traía consigo la necesidad de una especie de animal de presa aún mayor, y así sucesivamente, Vera. Hoy en día se tiene más fe en venenos, virus y distintas formas de fertilizar; en otras palabras, en la guerra química y biológica. Pero no se compone una nueva cadena trófica en un abrir y cerrar de ojos, incluso puede uno llegar a preguntarse si es factible. Por otra parte, es terrible comprobar lo fácil que resulta acabar con el equilibrio ecológico construido por la naturaleza durante muchos millones de años. Pero la insensatez del mundo ya no conoce límites ni fronteras. Estoy pensando en esa arrogante insensatez de los listos, una especie de miopía del ingenio, tan maravillosamente subdesarrollada entre aborígenes, maoríes y melanesios antes de que se convirtieran en aprendices del hombre blanco. Pienso en la insensatez de la codicia y del lucro. Hoy en día se emplean eufemismos tales como «globalización» y «acuerdos comerciales». Esto implica que la comida ya no se define como un alimento, sino como una mercancía. Allí donde antaño la gente podía comer de lo que cosechaba en su campos, hoy se cultiva cada vez más productos inútiles a los que sólo pueden acceder los países más ricos del mundo. Ya no vivimos de la naturaleza. Se acabó el tiempo de los paraísos.

Por lo demás, conoces de sobra mi viejo interés por los reptiles. Fue una fascinación pueril por la vida en este planeta hace cien o doscientos millones de años la que me convirtió en biólogo, y mucho antes de la moda de los dinosaurios que surgió hace unos diez o quince años. Quería comprender por qué todos esos reptiles altamente especializados se extinguieron de repente. Además me obsesionaba una pregunta que desde entonces nunca me ha abandonado: ¿qué habría sucedido si los dinosaurios no se hubieran extinguido? ¿Qué habría pasado en ese caso con todos esos mamíferos parecidos a los musgños, de los que tú y yo descendemos? Pero sobre todo: ¿qué habría sucedido con los dinosaurios?

En Oceanía tuve la oportunidad de estudiar varias antiguas especies de reptiles. Algo muy especial fue el arcaico tuátara, que se encuentra en algunas islas aisladas de Nueva Zelanda. Aun arriesgándome a que te ofendas un poco, me atrevo a confesar que tuve un sentimiento casi religioso al contemplar a uno de los vertebrados vivos más antiguos desenvolverse en los restos de los viejos bosques del antiguo continente Gondwana. Estos reptiles de avanzada edad viven en madrigueras subterráneas, a menudo compartidas con algún petrel. Pueden medir hasta 70 centímetros de largo, tienen una temperatura corporal singularmente baja –nueve grados–, y pueden vivir más de cien años. Cuando los ves por la noche es como retroceder al jurásico, a la época en que Laurasia se separó de Gondwana, y los grandes dinosaurios apenas habían comenzado a desarrollarse. Fue cuando los rinocéfalos se distinguían de las demás familias de saurios como una familia de reptiles poco numerosa pero sumamente resistente. Su único representante vivo, el tuátara, se ha conservado espectacularmente inalterado durante unos doscientos millones de años.

Tengo que tomar aliento, Vera. El tuátara no es un hecho menos notable que si de repente se encontrara un *archaeopteryx* vivo y coleando en una de estas aisladas islas. Por cierto, algo así ocurrió al este de Suráfrica el 22 de diciembre de 1938, cuando un

barco pesquero atrapó en sus redes un crosopterigio, el llamado latimeria. El grupo de peces con aletas en forma de ramillete, tan importante para la evolución, simplemente porque de ellos descendemos tú y yo y todos los demás vertebrados terrestres, sólo estaba documentado mediante hallazgos de fósiles hasta las Navidades de 1938, y se creía que se habían extinguido hace casi cien millones de años. Tanto el pez azul como el tuátara merecen la denominación de «fósiles vivientes», y tal vez debo añadir un «por ahora». No hace tantos años que el tuátara se hallaba extendido por amplias zonas de Nueva Zelanda.

Nunca me ha parecido muy estimulante tener que contentarme con la descripción de una especie animal dada por un colega. El interés siempre se ha centrado en el origen de la especie, su evolución y taxonomía, y no se ha tenido acceso a mucho más material que a los fósiles. Lo más espectacular en el campo de los fósiles durante los últimos cien años es sin duda el hallazgo de los dinosaurios con plumas. ¡Casi podría decirse que los pájaros son dinosaurios!

Como ves, no estoy diciendo que no me interesen los viejos huesos y fósiles. No obstante, en lo que atañe a las especies vivas, prefiero llevar a cabo mis propios estudios de campo antes de sacar provecho, más adelante, de las monografías de otros científicos, y profundizar en un análisis más sistemático. En cuanto al tuátara, y una serie de especies endémicas de cierta edad, es precisamente el propio biótopo el que se ha conservado tan asombrosamente intacto durante muchos millones de años. Confieso que cuando volaba de isla en isla por encima de los arrecifes coralinos de color turquesa a veces me sentía como un Darwin moderno.

En Fidji me dediqué especialmente a estudiar al raro camiguana, que sólo se encuentra en algunas islas Fidji y que no fue descrito hasta 1979 (por John Gibbons). Hay dos especies de iguanas en Fidji, lo cual es en sí notable ya que no hay iguanas en otros lugares de Asia, sólo en Fidji, y, en lo que se refiere a una de las dos, también en Tonga. ¡Antes se había dicho que estos animales habrían llegado milagrosamente de Sudamérica sobre restos flotantes de plantas! Es una posibilidad, porque puede ser que no sólo los primates sean capaces de pasar de un continente a otro en troncos de balsa y cosas semejantes. El profesor Peter Newell, de la Universidad del Pacífico Sur, ha reseñado, no obstante, que las iguanas de Fidji pueden tener una historia geológica mucho más antigua de lo que se supuso inicialmente. Escribe: «Recientes descubrimientos de subfósiles de cocodrilos –que pueden nadar miles de kilómetros– indicarían que las iguanas llevan aquí mucho más de lo que en un principio suponíamos. Se consideran reliquias de Gondwana, de cuando Fidji, con otros países como Nueva Zelanda, Australia y la India, formaba parte de esa gran plataforma continental que después se fragmentó». Las iguanas se encontraban también en Madagascar, que hace más de ciento cincuenta millones de años formaba parte de Gondwana.

No te voy a cansar con mis estudios. Ya tendrás oportunidad de conocerlos cuando el informe se publique, alrededor del cambio de milenio. Pero prométeme que sólo lo leerás si te interesa.

Volví a casa desde Auckland. La Air New Zealand tiene un par de veces a la semana un cómodo vuelo a Los Ángeles con escalas en Nadi y Honolulu y conexión con Frankfurt. Como en casa no me esperaba nadie, decidí tomarme un par de días de descanso en Fidji, por un lado, con el fin de digerir todas las impresiones encontrándome aún en el archipiélago tropical, y por otro, para descansar y estirar un poco las piernas antes de emprender el largo viaje de regreso a casa. Ya había pasado una semana en Fidji al llegar a Oceanía a principios de noviembre, pero no me había dado tiempo a visitar la verdadera joya de las islas. Me refiero a Taveuni, a la que llaman «the Garden Island of Fiji», porque ofrece una frondosidad inigualable, a la vez que sigue manteniéndose relativamente intacta.

Aquella mañana, el vuelo de Sunflower Airlines de Nadi a Taveuni estaba completo; mi equipaje salió en ese vuelo, y a cuatro pasajeros más y a mí nos metieron en algo que llamaban «el avión caja de cerillas». Te aseguro que el nombre era muy adecuado. Entramos casi a gatas en una avioneta con seis asientos, y nos dio la bienvenida un piloto de pelo blanco que nos informó con una amplia sonrisa de que lamentablemente no se serviría nada durante el vuelo y de que prohibía los paseos innecesarios por el pasillo. Así consiguió transmitir a los pasajeros un ambiente adecuadamente macabro, y el hecho de que le faltaran dos dedos en la mano con la que nos saludó, no hizo sino reforzar esta impresión. El «pasillo central medía aproximadamente unos 15 centímetros de ancho, y nadie a bordo habría podido ni pensar en comer porque, en cuanto la avioneta despegó, empezó a dar tumbos de un lado para otro debido a los fuertes vientos, mientras el motor se esforzaba a tope para conseguir sobrevolar la alta montaña Tomaniivi, la isla Viti Levu.

El hombre de pelo blanco era probablemente un piloto jubilado que se había ido a vivir a las islas Fidji, simplemente porque no quería despedirse de la palanca de mando ni del altímetro, y se contentó con una desgastada avioneta con el parabrisas agrietado y un par de instrumentos que no funcionaban, al menos temporalmente. Tal vez la avioneta fuera suya. No habría sido una adquisición muy costosa. Pero era un hombre afable, yo iba sentado con las rodillas empujando su espalda, y él se volvía constantemente hacia nosotros, nos preguntó sonriente de dónde veníamos cada uno, y nos iba mostrando en el mapa dónde nos encontrábamos en cada momento, señalando con entusiasmo los arrecifes coralinos mientras hablaba por los codos.

Como seguramente habrás adivinado, yo iba con el corazón en vilo. Estaba habituado a las avionetas, porque durante las últimas semanas apenas había hecho otra cosa que desplazarme de una isla a otra, pero confieso que me sentía bastante a disgusto en una avioneta que sólo llevaba un piloto. Puedes objetar y decir que ese sentimiento es irracional, que se trata de una especie de idiosincrasia, bueno, en mi interior te oigo decir exactamente eso, porque también un turismo es conducido por una sola persona, añades, y ocurren más accidentes mortales en la carretera que en el aire. Es posible, pero no se puede tachar de irracional el hecho de sufrir una repentina indisposición a una altura de cinco mil pies, cuando la víctima de la misma es un piloto de sesenta y muchos años. Un desmayo en el calor del trópico no es en absoluto improbable, todo lo contrario, es muy

humano, y son cosas que pasan.

Después de haber viajado tanto, no me temía un fallo técnico, sino más bien lo contrario, me temía un fallo orgánico. Tenía la vertiginosa sensación de no ser más que un ser humano, un vertebrado carnosos que por el momento estaba atado al asiento de una avioneta, y que lo mismo regía para ese tipo que estaba sentado tan ufano junto a la palanca delante de mí. Además, me llevaba treinta años. Un reflejo irrefutable de ese sentimiento era un pulso como si acabara de correr un maratón, y pensé que si yo tenía doscientas pulsaciones por minuto, ¿cómo estaría entonces el piloto, y cómo tendría el colesterol y las arterias coronarias? No conocía a ese amable señor, no le había hecho un examen médico, y tampoco había averiguado lo que había comido y bebido durante el día, y mucho menos en qué bar habría estado tal vez hasta el amanecer. Aún más preocupante me parecía no tener ni idea del interior existencial de ese piloto de avanzada edad. Tal vez creyera en la vida eterna, un juego de azar que debería estar prohibido para ese grupo de profesionales, es decir para pilotos que vuelan sin copilotos y con pasajeros de los que pagan por su billete, aunque de éstos no hay muchos. Quizá lo había abandonado recientemente una mujer. O podría tener indicios de que más tarde ese mismo día se vería forzado a confesar una grave malversación de fondos. No disfruté ni de la montaña Tomaniivi, ni de los delfines, ni de los arrecifes coralinos. Había una distancia horrible hasta abajo, estaba encerrado y no podía salir ni escapar. Echaba de menos mi botella de ginebra, y no me habría dado vergüenza haber dado un trago si la hubiera tenido conmigo. Lo terrible era que ese sedante se encontraba en mi maleta, la cual volaba en el vuelo regular.

Esto no se trata del «miedo a volar», Vera, y has de saber que este relato no pretende ser un relato de viajes, sólo intento decir algo sobre mi sentimiento vital. En cierta manera lo llevo siempre conmigo, pero no suele emerger a la superficie excepto en dos situaciones: cuando me despierto por la mañana y cuando alguna que otra vez estoy borracho. *In vino veritas*, se dice, y no me importa afirmar que la embriaguez puede ir acompañada de un estado de ánimo más desnudo, más expuesto y, en realidad, mucho más sincero que esa presencia mental diaria más velada, al menos cuando se trata de las grandes cuestiones, como es el caso aquí y ahora. A ese estado mental llegué ahora de un modo más abrupto, más despejado y más inmediato al haber delegado la responsabilidad de mi ser o no ser en un piloto jubilado en una avioneta caja de cerillas con el parabrisas roto y los instrumentos estropeados. La única diferencia era que tenía los sentidos aún más agudizados que en las dos situaciones mencionadas, ya que no estaba medio dormido y tampoco las sinapsis del cerebro estaban anestesiadas por el alcohol.

De hecho, era la primera vez que despegaba en una avioneta pilotada por un hombre de avanzada edad con tres dedos enteros y dos medios dedos en la palanca, pero hasta entonces me había despertado cada día, y no de muy tarde en tarde bebía para elevarme a ese estado de ánimo más verdadero y más noble y, en el fondo, más sobrio. Por lo tanto, siento la necesidad de profundizar un poco más en lo que pensé y viví allí arriba entre las nubes durante esos cinco cuartos de hora entre Nadi y Taveuni. Además, resulta muy conveniente ahora, a punto de enfocar mi encuentro con Ana y José, sin olvidar a

Gordon, a quien creo que no he mencionado todavía, a pesar de que mis conversaciones con él supondrían una parte importante de mi estancia en la isla.

Hay algo de lo que siempre me resisto a hablar contigo a fondo, aunque supongo que habré tocado el tema por encima un par de veces. Me refiero a esa vivencia de mi infancia, cerca de mi casa en la provincia de Vestfold. Tendría unos siete u ocho años, al menos fue antes de los ocho, porque entonces me trasladé con mi familia a Madrid, donde vivimos durante cuatro años. Recuerdo que iba corriendo por un sendero a través del bosque con los bolsillos llenos de avellanas que había encontrado y que quería enseñar a mi madre lo antes posible. De repente, sobre el húmedo suelo del bosque, cubierto en parte por las hojas de otoño, descubrí un pequeño corzo tumbado. Lo de las hojas se me quedó grabado, porque recuerdo que también había algunas sobre el pequeño animal. Pensé que estaba dormido, y me acerqué a él, no sé si para acariciarlo o para quitarle todas esas hojas amarillas y rojas, y el animalito no estaba dormido, estaba muerto.

El que el pequeño corzo estuviera muerto, o más bien, el que fuera yo quien lo había descubierto, me parecía vergonzoso, algo quejamás podría contar a mis padres, ni siquiera a mis abuelos. Si ese animalito podía estar tirado muerto en el suelo del bosque, igual podría ser yo el que la próxima vez cayera muerto, y ese descubrimiento, que en sí es más que evidente, pero contra el cual casi todos los niños están protegidos de modo natural, ese descubrimiento, digo, está dentro de mi cuerpo desde entonces casi como una sensación física. Siempre me he identificado profundamente con las penas del alma y con el auxilio espiritual o psiquiátrico, porque lo que convirtió el episodio en un trauma fue, claro está, la autoimpuesta ocultación del mismo. Si hubiera ido llorando a casa a contárselo a mi madre, estoy seguro de que habría recibido la ayuda necesaria para superar esa mala vivencia, pero era algo que no se podía contar a nadie, porque era demasiado humillante e ignominioso. En un instante de clarividencia entendí que también yo era un ser vivo de carne y hueso, es decir, un animal que tenía mi tiempo en la tierra y que un día ya no estaría aquí.

No voy a negar que el encuentro con el corzo muerto fue decisivo para mi gran interés por la naturaleza. La perspectiva que se abrió ante mí en el bosque influyó sobre la dirección que han tomado mis estudios. Siempre me ha atraído la contemplación de los períodos de tiempo realmente largos, por eso ya sabía del Big Bang y de las enormes distancias en el espacio cuando era un doceañero ávido de conocimientos. Con una comprensión cada vez mayor, siempre ha formado parte de mi identidad el saber que el planeta sobre el que vivo tiene cerca de cinco mil millones de años y que el universo es tres o cuatro veces más antiguo.

Siempre me ha parecido terrible pensar que en cualquier momento puedo desaparecer, que sólo me toca esta vez y que nunca voy a volver. De modo que en cierto modo me he reconciliado con esa idea, situándome a mí y a mi breve vida dentro de un contexto mayor. Me he entrenado para aceptar que sólo soy una ínfima pieza de la gran aventura de la vida, un fugazjirón de algo que es aún mayor y más poderoso que yo. De esa manera he intentado ampliar mi identidad, mi propio yo, siempre a costa del pequeño yo,

ese yo que en cualquier momento puede tener el mismo destino que el pequeño corzo, ese unglado muerto que me pesa en algún lugar del subconsciente y nunca se levanta ni se mueve. Me he entrenado y me entreno continuamente, aunque no puedo presumir de haber hecho grandes avances. Sigue ocurriéndome todas las mañanas que sólo yo soy yo, y que sólo estoy aquí ahora, que sólo ahora somos tú y yo los que llevamos dentro la conciencia que este universo tiene de sí mismo.

El contemplar tu vida bajo el aspecto de lo eterno tal vez pueda considerarse un respetable logro moral o intelectual, pero no te proporciona necesariamente paz y tranquilidad mental. No es un consuelo el que yo –un primate monstruosamente autosuficiente– sea capaz de llevar en mi memoria todo el pasado de este universo, desde el Big Bang hasta Bill Clinton y Monica Lewinsky, por mencionar sólo dos de los primates más famosos de nuestra época. No proporciona ninguna paz espiritual el abrazar períodos de tiempo cada vez más largos, debo confesar que más bien todo lo contrario, ha empeorado las cosas, y tal vez debería haber acudido a un cirujano del alma para que me quitase ese animal muerto de mi subconsciente infectado. Ahora es demasiado tarde, creo.

Dicho esto, podemos volver a la estrecha cabina del avión, donde no sólo se trataba de una de esas fugaces clarividencias matutinas durante las cuales mis células nerviosas me dicen que soy un vertebrado demasiado racional, condenado a enfrentarme de vez en cuando a que sólo me quedan unos años de vida. Ahora se trata de cinco cuartos de hora de intenso repaso de las mismas perspectivas, y ahora la situación era extrema, porque podría tratarse de los segundos previos a que mi vida en la tierra llegara a su fin. El primate que llevaba la palanca se giró con frivolidad y desplegó con sus dedos incompletos un gran mapa que colocó en el regazo de un primate hembra de Australia, sentada a mi derecha, que se había presentado como Laura. No me gustaba nada el cariz relajado y casi lascivo que estaba tomando la situación, aunque no quiero que se me intrepere como si me sintiera en mala compañía con los demás pasajeros, al contrario, yo amaba a todos, y podría haber apoyado mi cabeza en el regazo de cada uno de ellos con el fin de solicitar consuelo y protección. Me sentía como una miserable lagartija, como un asustadizo animal terrestre que debería haberse quedado en tierra, una convicción que a su vez estaba relacionada con el hecho de que el avión estuviera pilotado por un viejo, engreído y además arrogante descendiente de una lagartija. Dado que estás leyendo estas líneas y además me viste en Salamanca unos meses más tarde de aquello, habrás comprendido que la avioneta aterrizó por fin con buen pie. La precariedad de ese vuelo fue lo que provocó en mí una sensación ineludible de no ser nada más que un frágil vertebrado en el cenit de la vida, y esa sensación no se borró en los días siguientes.

El aeropuerto de Taveuni se llama Matei y parece diseñado a propósito para ese tipo de cajas de cerillas. La pista de aterrizaje era una franja estrecha de hierba en una alameda de cocoteros inclinados por el viento y el edificio del aeropuerto parecía una estación de autobuses, con un par de bancos pintados en azul bajo un tejado, y un minúsculo quiosco, regentado por la encantadora Margaret Peterson. Ese día también estaba allí

Audrey Brown, con su bollería recién hecha en una cesta trenzada de hojas de palmera. No había tenido tiempo para desayunar y además tuve que esperar una hora a que llegara mi equipaje en el avión regular, que había hecho escala en otra de las islas, de modo que me dejé servir por las dos señoras. A la vez que el vuelo regular, llegó el coche de Maravu Plantation Resort donde me iba a alojar durante tres días.

No voy a abandonar mi propósito de contártelo todo por orden cronológico. Si intento dibujarte con unas pinceladas una imagen de «the Garden Island», no es por dar rodeos, sino únicamente para situar a Ana y José en un contexto geográfico del que serán siempre inseparables en mi memoria.

En cuanto a la denominación «the Garden Island», igual podría haberse llamado «the last Paradise». Habría sido preferible por razones prácticas, porque en ese caso «last» se podría sustituir fácilmente por «lost» dentro de unas décadas. Te aseguro que muchos visitantes no se fijarían en ese pequeño cambio de vocal.

Nuestra estirpe siente una extraña atracción por «lo último» o «lo perdido». El valor que se otorga a vivir algo que podrá ser aprovechado por generaciones venideras, no es nada en comparación con el valor de haber visto algo que más tarde se derrumbará. El que mira el último, mira mejor. De la misma manera, es bastante común que entre los familiares se disputen el honor de haber sido el último en hablar con el fallecido.

Conforme el planeta se vaya haciendo más pequeño y la industria turística tenga cada vez más nuevos espacios y subespacios, auguro al turismo necrológico un fantástico futuro: «¡Vea el extinguido lago Baikal!», «Falta poco para que las Maldivas estén bajo el agua» o: «¡Tú podrás ser el último en ver un tigre vivo!»). Los ejemplos serán innumerables, porque cada vez habrá menos paraísos, pues se ensucian y se reducen, pero esto no frenará el turismo, más bien lo contrario.

Existen varias razones por las que Taveuni hasta ahora ha salido mejor parada de su encuentro con el mundo occidental que muchas otras islas que he visitado. Sobre todo, el paisaje accidentado de esta isla volcánica impone sus limitaciones tanto al turismo como a la explotación de plantaciones. También las playas de lava negra marcan ciertos límites al turismo, aunque en la parte noreste de la isla hay varias playas con arena coralina blanca. Pero en ellas existe el problema de las frecuentes precipitaciones. Fue precisamente esta combinación de tierra volcánica y abundantes lluvias lo que a mediados del siglo pasado animó a colonos europeos a iniciar la explotación de algunas plantaciones. Al principio predominaba la producción de algodón de calidad, y cuando los precios de éste comenzaron a bajar vertiginosamente, las plantaciones de azúcar en la parte sur de la isla fueron adquiriendo cierta importancia. Hoy en día el coco es el producto más importante, aparte de un turismo en constante crecimiento. Con turismo me refiero al llamado ecoturismo, porque aquí no hay nada más con que entretenerse que con el disfrute de la frondosa naturaleza. No hay centros comerciales, ni vida nocturna, ni modernos complejos hoteleros de cuatro plantas; la isla carece de televisión, y la electricidad escasea.

Estos dos últimos factores han contribuido a mantener viva la tradición del cuentacuentos. Cuando cae la noche, sobre las seis de la tarde, la palabra viva adquiere el

protagonismo. Tal vez una persona haya estado de pesca, tal vez otra haya tenido una vivencia en los profundos bosques, una tercera puede haberse topado con un norteamericano perdido en la desembocadura de algún río; todos tienen algo que contar. También se mantiene viva una antigua tradición de mitos y leyendas, porque en Taveuni no hay otra diversión que la que uno mismo se crea. Allí llegan buceadores de todo el mundo para conocer los corales y los peces en un verdadero espectáculo de colores. La isla ofrece todavía una gran variedad de las aves más exóticas del mundo, raras especies de murciélagos, excursiones a bosques y montañas, y, naturalmente, baños tanto en las playas como bajo las exuberantes cataratas.

En lo que se refiere a la gran variedad de aves, que abarca más de cien especies, de las cuales muchas son autóctonas –como la famosa paloma de pecho color naranja–, ha sido decisivo el hecho de que el mungo indio jamás fuera llevado a la isla. Por otra parte, se importaron urracas y sapos con el fin de controlar los insectos en las plantaciones de coco. Las urracas han ocupado espacio, claro, y los sapos han desplazado a las ranas originales hacia el interior de los bosques, pero la enorme riqueza ornitológica de Taveuni sigue maravillosamente intacta. Lo mismo sucede con el murciélago, incluido el gran murciélago frugívoro, que alcanza una envergadura de hasta metro y medio. También se les llama «zorros voladores», o «beka». El beka hervido es considerado un verdadero manjar por los mayores de la isla.

La flora de Taveuni cuenta con más de mil especies identificadas, de las que una buena parte son endémicas. A lo largo del litoral encontramos tupidas marismas de mangles y cocoteros, mientras una frondosa selva tropical de helechos y un sinfín de especies de árboles autóctonos constituyen el interior de la isla. Hoy también hay una gran variedad de plantas tropicales, como orquídeas e hibiscos. La flor nacional de Fidji, la *Tagimaucia*, es una especie que sólo existe allí y en la isla vecina de Vanua Levu.

En Taveuni, como en toda esta parte del mundo, la fauna más variada es la que se encuentra bajo el agua. No hace falta ni siquiera tubo para contemplar una pululante vida de peces, equinodermos, moluscos, hongos y corales. Resulta difícil evitar expresiones como «todos los colores del arco iris» al hablar de la vida marítima en el sur del Pacífico. Tuve además la sensación de que muchos de los ejemplares estaban pintados con pinceles especialmente finos.

En los vertebrados terrestres originales de la isla están representadas todas las clases pero, salvo en la enorme variedad de aves, sólo con unas pocas especies. Antes de que se importaran los sapos de Hawai en 1936 para combatir los insectos en las plantaciones de azúcar, las ranas eran los más numerosos representantes de los anfibios. En cuanto a reptiles existían, aparte de la iguana, algunas especies de geos y serpientes. El reptil más llamativo hoy es el divertido geco doméstico *Hemidactylus frenatus*, aunque no llegó a Fidji hasta la década de los setenta. Los murciélagos, los únicos mamíferos que existían originariamente en la isla, han contado con un ecosistema único para una adaptación excepcionalmente variada. Con los primeros asentamientos humanos hace tres mil quinientos años, debió de llegar la rata polinésica, importada tal vez para servir de alimento.

Los primitivos vertebrados de Taveuni están, pues, representados por peces, ranas, saurios, pájaros, murciélagos y fidjianos. Estos últimos son en la actualidad unos doce mil individuos. Por lo tanto, la isla puede ofrecer una imagen sumamente simplificada – casi transparente– de la evolución de los vertebrados. Cuando se sabe de antemano, no resulta tan difícil entender cómo los vertebrados de este planeta han evolucionado con pasos claramente definidos de pez a anfibio, de anfibio a reptil y finalmente de reptiles a aves, murciélagos y fidjianos.

¿Has pensado alguna vez en lo corriente que es la anatomía humana desde un punto de vista puramente evolucionista; o mejor dicho, en muchos sentidos lo arcaicos que somos como vertebrados? Sin duda habrás reflexionado sobre la gran semejanza entre el físico de un ser humano y el de saurios y salamandras. Y te habrás dado cuenta de que los elefantes y camellos, por ejemplo, en comparación, aparecen como una especie de frutas exóticas que se han alejado mucho más de su tronco, si por tronco entendemos la matriz primitiva con la columna vertebral, la clavícula y las cuatro extremidades con cinco dedos. La autopista que va desde la vida gorgoteante del devónico hasta la conquista por los humanos de la luna ha sido transitada por anfibios parecidos a las salamandras, por reptiles parecidos a los mamíferos y, en la última fase, por primates. Y también ha habido, naturalmente, una fascinante red de salidas y carreteras laterales.

Oigo en este momento en mi interior tus protestas, me estarás diciendo que soy antropocéntrico, que la evolución no es lineal, y tampoco sistemática, y que se asemeja más a arbustos o coliflores que a líneas o troncos. Y, además, ¿con qué derecho puedo proclamar como representantes más típicos o más importantes a una o dos especies dentro de una clase entera de animales? Pero no es eso lo que estoy diciendo. Sólo digo que, de alguna manera, me siento más emparentado con una largartija que con un mamífero como el murciélago frugívoro o la ballena azul. Yo no desciendo ni del murciélago ni de la ballena azul, ni tampoco de la jirafa o del orangután, pero lo cierto es que soy un descendiente directo de un crospterigio, de un anfibio y, en suma, de un reptil parecido a los mamíferos.

La escasa selección de vertebrados de la isla me hizo considerarla como una viva ilustración de la evolución de la vida en la Tierra. Me encontraba en una auténtica sala de exposiciones del darwinismo. En ella pude comprobar la estructura pentadáctila que tienen en común el sapo, el saurio, el murciélago y los fidjianos, cuyos pies y falanges de los dedos, dicho sea de paso, resultan en proporción tan espectaculares como las extremidades de los saurios.

De los fidjianos se puede añadir que, salvo a ratas y murciélagos, no han tenido acceso a más carne que a la de su prójimo. El canibalismo estuvo muy extendido antaño, siendo practicado hasta finales del siglo XIX, aunque un solitario soldadoj aponés fue devorado por el fidjiano Viliame Lamasalato a finales de la Segunda Guerra Mundial. Esto puede haber contribuido a que la isla se haya mantenido tan intacta en lo que se refiere a la selva tropical y al medio ambiente. El número de habitantes se mantuvo bajo debido a lo que podemos llamar comilonas recíprocas, pero más importante es que el canibalismo haya actuado como una especie de profilaxis ecológica contra las incursiones del hombre

blanco. Tanto Abel Tasman (1643) como James Cook(1774) navegaron por delante de las islas Fidji, pero los rumores sobre los peligros existentes en las «islas caníbales» dieron lugar a que nunca se atrevieran a desembarcar en ellas. Después del motín en el *Bounty* (1789), el hambriento y agotado capitán Bligh y sus oficiales pasaron por delante de varias islas del archipiélago en una barca, pero no se atrevieron ni a robar un coco. En el siglo XIX llegaron por fin los primeros europeos. Se cuenta de unos misioneros que fueron bien recibidos y a los que se les sirvieron comidas realmente señoriales (he elegido con esmero el adjetivo), porque después de haber digerido la comida, los visitantes fueron solemnemente informados de que el primer plato había sido pechuga de mujer, el plato principal, muslo de varón, y el postre, para el cual los fidjianos habían inventado un práctico tenedor de cuatro dientes, masa cerebral. Uno de los misioneros –que irónicamente se apellidaba Baker [Panadero]– se convirtió él mismo en comida de humanos en 1867. Luego llegaron las canoas, las balas y la pólvora, y el resto es historia de colonización. Lo primero que hicieron los europeos al llegar a Fidji fue erradicar los valiosos sándalos. Luego importaron de la India sesenta mil trabajadores para las plantaciones, razón por la cual más de la mitad de la población del archipiélago hoy en día es india. Con la inmigración llegó también una serie de epidemias y enfermedades, primero el cólera, que dejó desiertas varias islas, y en 1890 una tercera parte de la población de Fidji murió de sarampión.

Veo en todo esto una paradoja que me hace reflexionar: la razón por la que el equilibrio ecológico se ha mantenido relativamente intacto en algunas de las islas Fidji es que el hombre blanco no se atrevía a desembarcar por miedo al canibalismo. Es una paradoja, pero veo con cierta simpatía el que una especie animal en tiempos de penuria sea capaz de comerse a sí misma, en lugar de competir por erradicar el resto de las especies. Acepto que el canibalismo se considere una violación de lo que llamamos «los derechos naturales del hombre», pero la insensatez ecológica del mundo occidental es igualmente una infracción de las obligaciones del hombre. El concepto «derechos naturales» tiene una historia de más de dos mil años, y ahora pregunto: «¿Cuándo estaremos dispuestos a asumir el concepto «obligaciones naturales?»».

Dado que ya he hecho alusión a lo de los dos mil años, señalaré finalmente que existe todavía otra paradoja relacionada con «the Garden Island of Fiji». El destino ha querido que la isla quedara situada en la línea del cambio de fecha, porque da la casualidad de que está situada exactamente a 180° del Royal Observatory de Greenwich. Esto significa que la mitad de la isla pertenece al día de hoy, y la otra al día de ayer. O al revés, claro: una mitad pertenece al día de hoy y la otra al día de mañana. Si lo caracterizo como destino, es porque Taveuni será el primer lugar habitado del mundo que entre en el tercer milenio. Es un hecho que no pasará inadvertido.

No fui el único al que recogió el todoterreno; en el coche había otros dos huéspedes que iban al mismo sitio que yo. Habíamos intercambiado unas palabras en el aeropuerto, mientras esperábamos el equipaje y al coche que nos llevaría el último trecho del viaje. Una de esas personas era Laura, la que había estado flirteando con el piloto de avanzada edad, mostrando un gran interés por los aviones en general, mientras yo –escena tras

escena— había estado hojeando el álbum familiar de este planeta, desde las primeras divisiones celulares en un arcaico precámbrico, hasta mi breve estancia en la Tierra.

Laura venía de Adelaida y era una mujer de buen ver, cerca de la treintena. Con su piel dorada y sus largas trenzas negras parecía una india. Tenía una característica muy especial: uno de sus ojos era verde y el otro marrón. Tal vez hubiera una pequeña hebra marrón en el ojo verde y una brizna verde en el marrón, pero tenía, repito, un ojo verde y otro marrón, una rareza genética que no recordaba haber visto antes. Tomé nota también de un pin del World Wildlife Fund en su preciosa mochila de tela. Laura era lo bastante atractiva y excéntrica para que sintiera cierto deseo de establecer algún contacto, pero ella, por su parte, no se mostró nada interesada en un superficial encuentro de aeropuerto, estaba demasiado ocupada en leer *Lonely Planet*, que trataba sobre la isla a la que acababa de llegar.

El otro pasajero era Bill, creo que también reveló su apellido, pero hace mucho tiempo que lo he olvidado. Tenía cincuenta y tantos años, venía de Monterey, en California, y era obviamente uno de esos jubilados jóvenes de acomodada situación económica, ávidos de nuevas experiencias. Me formé inmediatamente una impresión de él como el típico exponente de una característica muy norteamericana, es decir, ese placer desenfrenado de descubrir el mundo por su cuenta, sin relaciones sociales entorpecedoras como cónyuges, hijos o amigos íntimos. Bill era un muchacho alegre. Recuerdo haber pensado que hay ciertas personas que nunca se hacen adultas, sólo se hacen muy ricas, y —a veces— muy viejas.

El hombre que vino a recogernos era británico y se llamaba John. Era un hombre fuerte, de sesenta y tantos años, medía al menos 1,90, era canoso y tenía patillas blancas. Hasta más tarde ese día no supe que no formaba parte del personal fijo de Maravu, sino que se alojaba allí como nosotros. En un momento de crisis se había ofrecido a recorrer los dos kilómetros hasta el aeropuerto para recogernos. Parecía tener un extraño interés por formarse cuanto antes una impresión de los nuevos huéspedes.

Cuando el coche se desvió de la carretera principal y subió la cuesta hasta Maravu Plantation Resort, me sobrecogió la belleza del lugar. Las instalaciones constaban de diez cabañas y un edificio principal esparcidos por una vieja plantación de cocoteros. Las cabañas, o «the bures», como se llaman en las islas, se levantaban sobre una loma con vistas al mar entre tupidos arbustos y ondeantes cocoteros. De esa manera no se podía ver nada de cabaña a cabaña, o al menos de puerta a puerta. El edificio principal estaba construido como las casas de reunión tradicionales de la isla, diáfano, con altos gabletes y tejado de cañas de palmera. En el suelo de tarima se confundían los límites entre la recepción, el bar, el restaurante —que tenía el sonoro nombre de Wananavu— y una gran pista de baile.

Fuimos recibidos en el bar y se nos sirvió un coco artísticamente decorado con flores de hibisco y paja, mientras se llevaban a cabo las formalidades de inscripción en la recepción. Permanecimos unos minutos charlando, mientras todos los empleados del hotel se acercaron a saludarnos, uno por uno. «¡Bula!», decían, «¡bula!». Este saludo indígena se repite tanto en Fidji que casi adquiere el carácter de un mantra, y tiene un

significado más flexible que las palabras correspondientes en otras lenguas. «Bula» sirve para todo, desde «hola», «qué tal» y «buenos días», a «¿cómo estás?», «que te vaya bien» y «adiós».

Todos sabían que yo era «Frank», que Bill era «Bill» y que Laura era «Laura». Era como si en ese lugar no hubieran tenido otra cosa que hacer las últimas semanas que preparar nuestra estancia. La idea era que nos sintiéramos personalidades muy especiales y selectas; habíamos llegado a Maravu precisamente para purificarnos y renacer como individuos. Bill se enteró de que la palabra fidjiana «maravu» significaba «tranquilo y pacífico», y Laura quiso saber dónde podía ver mejor los famosos loros de la isla.

Fui conducido a través del palmeral, pasando por la piscina, hasta la «bure» 3, donde me limité a hacer lo más necesario antes de sentarme en el porche. Contemplé el mar y disfruté con veneración de un recurso natural de los que quedan muy pocos en el mundo. Estoy pensando en el silencio, también erradicado por los hombres.

Me encontraba de nuevo en tierra, pero no puedo decir que hubiese aterrizado, y mucho menos que me hubiese olvidado del viaje en la avioneta, ni siquiera después de haberme asegurado una plaza en el vuelo regular de vuelta a Nadi. Me encontraba en un estado de pánico, un estado anímico del cual –estaba seguro– nunca encontraría la salida. Era como si disfrutara de la alegre embriaguez clarividente del alcohol, a la vez que sabía que esa vez había bebido un vino que ya nunca abandonaría mi cuerpo.

Había oído hablar de médicos que se vuelven hipocondríacos, de escaladores que sufren de vértigo y de curas que pierden la fe. A mí me pasaba otro tanto. Yo era el paleontólogo aquejado de miedo a los huesos. Era el zoólogo que tenía problemas para aceptar el hecho de que era un animal. Era el biólogo evolutivo al que le costaba entender que su tiempo en la Tierra era limitado. Llevaba toda la vida estudiando los restos de huesos de los vertebrados; con insaciable curiosidad me había lanzado a analizar los vestigios de animales muertos, y ahora yo, precisamente yo, sentía pánico ante el hecho de que también yo un día aportaría mi pequeña parte de esa misma materia con la que me había deleitado en mis análisis. Estaba en quiebra, y no lo viví como una situación compulsiva, sólo como una clarividencia inevitable. Buda había visto a un hombre enfermo, un anciano y un cadáver. Yo de niño me había topado con un corzo muerto en el bosque, y ahora –tras el arriesgado vuelo de Nadi a Matei– la vieja herida había vuelto a abrirse.

Volví a rebobinar la larga película hasta el origen de la vida en la Tierra hace unos cuatro mil millones de años. Se trataba de mi propia historia, de mis propios antepasados, y con eso no sólo quiero decir que desciendo en línea directa de pequeños reptiles semejantes a los mamíferos que habitaron la Tierra hace doscientos millones de años, y luego de un reptil primitivo, de un anfibio, de un crospterigio, un animal invertebrado y finalmente de la primerísima célula viva de este planeta. No sólo descendía de formas de vida primarias con orígenes lejanísimos –hasta cuatro mil millones de años atrás– sino que, además, cada célula del cuerpo tenía de hecho genes de esa misma edad. Yo era el último eslabón de una sola e ininterrumpida cadena de divisiones celulares, de procesos químicos más o menos estudiados, y de biología molecular. Se me ocurrió que no era

muy diferente de esos simples organismos unicelulares de los que, al fin y al cabo, descendía. Estrictamente yo no era más que una colonia celular, con la única e importante diferencia de que mis células vivieron en una interacción muy estrecha y más integrada que las células de un cultivo de bacterias, eran más diferenciadas y por ello capaces de una división más radical de responsabilidades. Pero también estaba construido por células individuales en torno a un mínimo común múltiplo, es decir, la clave genética, el propio plan general grabado en cada célula del cuerpo. En sí, la clave del ADN representa la acumulación del frívolo juego de muchos millones de años con ácidos nucleicos. Y, sin embargo, en sentido genético seguía siendo sólo una acumulación monstruosa de células gemelas. Uno de los enigmas más grandes de la biosfera era cómo estos hiperclones fueron capaces de comunicarse entre ellos y, además, de activar y desactivar sus genes según conviniera a la totalidad.

La fuerza motriz de la evolución era el simple hecho de que sólo una pequeña parte de cada generación hubiera sido capaz de crecer y multiplicarse si no, tampoco habría habido selección natural y, sin la selección, tampoco habría tenido lugar ninguna evolución. La piedra angular de la evolución radicaba en una sucesión permanente de muerte de crías y una lucha igual de permanente por la vida. Pero allí estaba yo. En una pequeña isla de Oceanía, como una excepción rarísima de esa regla que dice que no puedes ganar la lotería mil veces seguidas. Yo –o mejor dicho, mi estirpe, mi árbol genealógico, mi propia cadena ininterrumpida de cigotos y divisiones celulares– había sobrevivido durante muchos millones de generaciones. En cada generación me había dado tiempo, primero a dividirme celularmente, luego a reproducirme, fertilizar o poner huevos y en última instancia a parir crías vivas. Con que uno solo de mis muchos millones de predecesores, por ejemplo, un anfibio cuya existencia transcurrió en el devónico, o un determinado reptil que se deslizaba entre las plantas criptógamas vasculares en el pérmico, con que sólo un individuo se hubiera malogrado antes de la pubertad –como ese pobre corzo en Vestfold– yo no habría estado sentado aquí y ahora en este porche. Y no me digas que alargo demasiado las perspectivas, pues podría haber retrocedido aún más. Si hubiera tenido lugar una sola mutación fatal en la división celular de una determinada bacteria hace dos o tres mil millones de años, yo nunca habría nacido. Pues yo descendía de esa bacteria particular, es decir, exclusivamente de esta determinadísima célula, llamémosla ZIG 31.514.718.120.211.212.091.514 en la colonia de células VASC 251.521.118.512.391.414.518, en el meridiano 180°, algunos grados al norte del Trópico de Capricornio. Yo no había tenido ninguna otra oportunidad, y tampoco tendría otra, yo no. Así había sobrevivido ya muchos miles de veces a los más graves peligros; pero, bueno, mis antecesores siempre se habían salvado, siempre les había dado tiempo a entregar el testigo de la carrera de relevos genética al siguiente, ileso, Vera, siempre ileso, aunque, a determinados intervalos, también con algunos ajustes minúsculos, pero muy adecuados, de la masa genética. Así hubo siempre una nueva etapa, porque aún quedaban muchos millones de etapas hasta que, en contra de todos los pronósticos, por fin me tocara el turno a mí; y sí, hubo una nueva etapa, y otra más, y tal vez también habrá una nueva generación que crecerá, aunque nos extrañará

muchísimo, pero así fue, así fue una y otra y otra vez, porque nadie se dejó atrapar, y el testigo genético de la carrera de relevos había pasado de generación en generación, porque allí estaba yo.

En eso estaba pensando, y en cierta manera fue por culpa de Sunflower Airlines, porque dichas líneas aéreas habían jugado aún más al azar con mi antiquísimo equipaje genético. Pensé que ya estaba preparando esta reflexión matutina cuando los crospterigios Biiisabueeela y Biiisabueeelo –que casualmente eran vecinos– aún se deslizaban por los charcos en el devónico, para no ahogarse por falta de oxígeno. Pero – y he aquí el punto más doloroso– esta carrera de relevos larguísima y sin embargo tan transparente y previsible, había llegado a su fin. El infinito juego de dominó que se había jugado ficha tras ficha sin ni siquiera un segundo de descanso durante más de tres mil millones de años ya había tocado techo. Yo ya había empezado a recoger las fichas.

Me sentí altamente cualificado. ¿Cuántas generaciones había habido desde el primer anfibio? ¿Cuántas divisiones celulares podía anotar en la cuenta desde el primerísimo cigoto? Me sentí incómodamente rico de pasado. Pero no tenía ningún futuro. Luego no sería nada.

Ya ves, en esas cosas pensé, y debo añadir que pensé por los dos, por ti también. Naturalmente también pensé en el hecho de que ya no tenía hijos. Me sobrevino como una bofetada el que hasta aquí yo era la primera generación sin hijos de una sola y larguísima estirpe que contaba cientos de millones de generaciones antes que yo. Porque, como es bien sabido, el no tener hijos no se hereda, es una de las leyes de la biología evolutiva, es decir que el no tener hijos es una cualidad tan desfavorable que se elimina inmediatamente por sí misma. Sólo los que tienen hijos pueden soñar con tener nietos, y sin nietos nunca serás bisabuelo o bisabuela.

Ahora que todo marchaba tan bien..., pensé. Ahora, cuando justo había estado admirando los viejos tesoros de la familia. En cierta manera era riquísimo, tenía millones de viejos tesoros familiares en el fondo del baúl. Pero me encontraba al final del viaje. Tenía casi cuarenta años, y no vislumbraba un atisbo de una posible descendencia. Me sentía muy solo en el mundo, inmensamente abandonado a mi suerte.

La falta de asombro de Adán

Intenté echar un vistazo a las últimas anotaciones que había hecho en Auckland después de las numerosas reuniones con la gente de la administración de los espacios naturales. Un par de veces oí un estampido sordo, y la primera vez pensé que era un lejano trueno, pero de repente comprendí que tenía que tratarse de cocos cayendo desde las altas copas de los cocoteros.

Después de haber caído el tercer coco, oí de repente unas voces que se acercaban, y vi a un hombre y una mujer pasar por delante de mi cabaña, para luego continuar a través del palmeral por un estrecho sendero que bajaba al mar y a la carretera. El hombre llevaba a la mujer cogida por los hombros tan cariñosamente que me hizo sentirme un poco inquieto. Se me ocurrió pensar en cómo Dios había caminado por el paraíso vigilando a sus criaturas. Ahora yo desempeñaba ese papel, aunque después de la caída, porque la pareja iba muy abrazada, y además vestida. Dios había ataviado a la mujer con un vestido rojo amapola y al hombre con un traje negro de lino. Me fijé en que hablaban español, y agudicé el oído.

De repente el hombre se detuvo en el sendero. Levantó el brazo derecho y señaló el jardín y el mar. Luego dijo en voz alta y clara:

–No es de extrañar que el Creador, según dicen, retrocediera un paso o dos en cuanto hubo modelado al hombre, con tierra que cogió del suelo, soplándole vida por la nariz para convertirlo en una criatura viva. Lo más sorprendente de este acontecimiento fue la falta de asombro en Adán.

Hacía calor, porque por fin el tiempo había despejado tras unos intensos chaparrones matutinos, pero noté que un escalofrío me recorría el cuerpo. ¿No era como si hubiese leído mis pensamientos?

La mujer se rió, miró al hombre y replicó con una dicción muy clara:

–Crear un mundo entero tiene necesariamente que considerarse una hazaña muy loable, aunque hubiera causado aún más admiración que un mundo entero hubiera sido capaz de crearse a sí mismo. Y viceversa: la experiencia de haber sido creado no es nada en comparación con el sobrecogedor sentimiento del que se haya creado a sí mismo de la nada y pueda estar de pie sin ayuda de nadie.

Ahora se reía el hombre. Asintió meditabundo con la cabeza y volvió a rodear con el brazo los hombros de la mujer. Comenzaron a andar de nuevo, y cuando ya se estaban acercando a los cocoteros le oí decir:

–Las perspectivas son tan complicadas que hay que mantener abiertas varias

posibilidades. Si existe un Creador, ¿quién es? Y si no existe un Creador, ¿qué es entonces este mundo?

Por no decir quiénes podrían ser estos dos oráculos. Me sentí paralizado.

¿Acababa de ser testigo de un ensayado ritual matutino? ¿O sólo había captado fragmentos casuales de una conversación más larga? En ese caso me habría gustado oírla en su totalidad. Saqué mi pequeño diario e intenté anotar lo que habían dicho.

Cuando un poco más tarde salí a dar un largo paseo para familiarizarme con el lugar, volví a toparme con ellos, y esta vez de frente. Bajé hasta la carretera que sigue el litoral de la isla, excepto por las partes más escarpadas al sureste. Seguí la carretera durante un kilómetro o dos y llegué a lo que según el mapa tendría que ser Prince Charles Beach. Me pareció un nombre muy pomposo para una pequeña laguna que apenas recibiría bañistas, pero tal vez el heredero del imperio en alguna ocasión había sido llevado hasta allí porque los habitantes de la isla deseaban enseñarle la playa más idílica de Taveuni. No podrían haber hecho una elección mejor.

A través de los mangles pude vislumbrar a Adán y Eva andar descalzos por el borde del agua. Parecían estar recogiendo conchas. Me sentí atraído por ellos y decidí bajar como por casualidad hasta la playa. En el momento de salir de entre los árboles se me ocurrió una idea: no revelaría mis conocimientos del español. Sería una ventaja conveniente, al menos por ahora.

Me oyeron llegar y me observaron con gran atención. Creí oír decir a la mujer algo sobre que ya no estaban solos.

Ella era tan hermosa como la mujer del viejo mito, tenía una larga melena negra y rizada, que colgaba sobre el vestido rojo, los dientes blanquísimos y los ojos negros. Su cuerpo dorado era alto, elegante y orgulloso, y daba la sensación de moverse con extrema gracia. Él era más bajo que ella y parecía más reservado, como si estuviera en guardia, pensé, aunque al acercarme a ellos su cara estrecha se iluminó con una sonrisa casi traviesa. Tenía una piel muy pálida, el pelo rubio y los ojos azules. Sería más o menos de mi edad, y ella tendría unos diez años menos.

Ya en ese primer encuentro tuve la sensación de conocer de algo a esa joven. Aunque nunca había creído en esas cosas, era como si la hubiese conocido en una vida anterior, o en una existencia totalmente distinta. Hice un rápido repaso por mi vida y las relaciones sociales que había tenido durante los últimos años y no fui capaz de situar a esa chica en ninguna parte. Pero la había visto antes, y, teniendo en cuenta su juventud, no podía hacer mucho tiempo.

Los saludé en inglés, comenté el buen tiempo y les dije que acababa de llegar a la isla. Ellos se presentaron como Ana y José, y yo dije que era Frank. Supimos rápidamente que nos alojábamos todos en Maravu, pues no había otra posibilidad de alojamiento en muchos kilómetros. Hablaban bien el inglés.

—¿De vacaciones? —preguntó José.

Respiré, esta conversación no tendría por qué durar mucho. Pero les contesté que volvía a casa tras muchas semanas de estudios de campo en el sur del Pacífico. Añadí unas palabras sobre las amenazas contra la antiquísima flora y fauna de esta parte del

mundo, y los dos afinaron el oído. Se intercambiaron miradas de complicidad y estaban en todo tan compenetrados que me hicieron sentirme inquieto. Se me ocurrió pensar en la enorme ventaja que supone ser dos en una situación como ésa.

–¿Y vosotros? –pregunté–. ¿De viaje de novios?

Ana negó con la cabeza.

–Somos gente de cine –contestó.

–¿De cine? –repetí.

Intenté emplear la palabra clave en un último intento de averiguar de qué conocía a esa elegante mujer. ¿Era acaso una famosa estrella de cine de vacaciones en el Pacífico con un marido algo mayor que ella, el famoso director o fotógrafo de cine José algo? No tendría por qué haberla conocido en la vida real, podría haberla visto en la pantalla. Eso tampoco me cuadraba, porque nunca había sido un asiduo del cine, al menos no después de que Ana se hiciera adulta.

Ella miró al hombre y vaciló un instante antes de volver a mirarme. Asintió desafiante:

–Trabajamos para un canal de televisión español.

Como para subrayar que estaba hablando en serio, levantó una pequeña cámara compacta y empezó a sacar fotos de la playa, de José y de mí. Sonreía con astucia y sospeché que me estaba tomando el pelo. En ese caso habría resultado difícil no perdonarla, porque no sólo me cegaban la blanca arena coralina y el sol, que aún no había llegado a la altura cenital.

El hombre preguntó a la mujer la hora, y recuerdo que me extrañó, porque ya me había fijado en que ninguno de los dos llevaba reloj. Contesté que eran las doce y cuarto, antes de despedirme con un gesto de la mano y decir que me iba a investigar la isla. Al darles la espalda y comenzar a andar hacia la carretera, oí que la mujer susurraba con énfasis litúrgico:

–Al morir, como cuando la escena está fijada en el rollo de la película y los decorados se han derrumbado y quemado, somos fantasmas en el recuerdo que nuestros descendientes tienen de nosotros. Entonces somos fantasmas, querido, somos mito. Pero todavía estamos juntos, todavía somos un pasado común, un pasado lejano es lo que somos. Debajo de un reloj de pasado mítico escucho aún tu voz.

Procuré seguir mi camino como si no hubiera oído nada, o al menos como si no hubiera comprendido nada. En cuanto hube doblado una curva, saqué mi pequeño cuaderno e intenté anotar lo que ella había dicho. «Debajo de un reloj de pasado mítico escucho aún tu voz...»

Estuve barajando la posibilidad de que Ana me hubiera dado una pista que seguir. Tal vez tendría que buscar la clave de por qué me resultaba tan familiar en un pasado mítico.

No dudaba en absoluto haberla visto antes. Tuve la incómoda sensación de que en algún momento le hubiera pasado algo.

El encuentro con la pareja española me había alterado de tal forma que decidí recorrer a pie los cinco kilómetros hasta el meridiano 180°, donde al parecer había una especie de monumento sobre la línea del cambio de fecha. Fue un paseo muy largo, pero así tuve

tiempo de hacerme una idea de la vida popular de la isla. Crucé un par de ruidosos y alegres pueblos, donde me saludaron personas sonrientes, vestidas con trajes de muchos colores. En algunas desembocaduras había un montón de niños bañándose, y también se veía en el agua algún adulto que otro. Reparé en que eran más bien los hombres los que llevaban a los niños pequeños en brazos. Las mujeres tenían trabajo que hacer.

No vi ni una cara de preocupación, y realmente tuve la oportunidad de estudiar bastantes caras aquella tarde. Había flores y cocos, pescado y verduras en abundancia; por lo demás, faltaba casi todo, mirado desde un punto de vista occidental, claro. Pero ¿no habían vivido Adán y Eva precisamente en esas condiciones en el jardín del Edén, antes de comer del árbol de la ciencia y de ser condenados a trabajar todos los días la tierra, y a ganarse el pan de cada día con el sudor de su frente? Me resultó muy difícil imaginarme que las mujeres de esa isla necesitaran gas hilarante o epidural para dar a luz. La vida es un juego, pensé, todo es de azúcar.

Me dolían los pies cuando por fin llegué a un pueblo llamado Waiyevo, que está a un kilómetro escaso de la línea del cambio de fecha. Allí entablé conversación con Libby Lesuma, una simpática australiana que se había casado con un fidjiano y que tenía una tienda de comestibles y otra de recuerdos. Estaba rodeada de niños, y cuando uno de ellos fue a recoger una pelota debajo de un cocotero, señalé la palmera y le pregunté si no tenía miedo de que a los niños les cayese algún coco en la cabeza. Con una sonrisa contestó que más miedo le daban los tiburones, y, sin embargo, no era capaz de prohibirles que se bañaran en el mar. Pero si se habían hecho el menor arañazo tenían que quedarse en la playa, porque los tiburones olían la sangre a una gran distancia, dijo, y yo me di por enterado. Cuando le dije que había ido andando desde Maravu me preguntó si tenía hambre, tal vez por asociación con lo de los tiburones. Contesté que tenía un hambre feroz, y dije en broma que no contaba con encontrar una hamburguesería en la carretera. Me dirigió una sonrisa cálida y maternal y, como el hada madrina de los cuentos, me condujo hasta una pequeña taberna escondida detrás de las dos tiendas al borde del agua. Yo era el único cliente, y tomé un sencillo almuerzo mientras me animaba a mí mismo a emprender el kilómetro que quedaba hasta la línea del cambio de fecha. La taberna se llamaba Cannibal Café, y un cartel ostentoso anunciaba en letras rojas: «We'd love to have you for dinner».

Me fijé en la frívola relación que tenían los biznietos de los caníbales con su pasado gastronómico. Pues no dejaba de ser algo inconcebible el que esta gente tan sonriente, alegre y considerada sólo distara un par de generaciones de haberme metido en una olla. Lo cierto es que había algo en esa manera tan encantadora de servirte que te despertaba ciertas asociaciones en ese sentido. Tuve siempre la sensación de que miraban bien al forastero, pero a veces también intuía que les gustaban los turistas igual que a mí me gusta el olor a chuletas de cordero. Cuando los fidjianos saludaban con su inagotable «bula», me preguntaba de vez en cuando si acto seguido se les ocurriría relamerse los labios. No sé si lo de olfatear la carne humana es algo que al final queda en los genes. La cuestión sería si los que han tenido una tendencia natural en esa dirección son los que han sobrevivido. Tal vez los que sentían aversión hacia la carne humana estuvieran más

a menudo mal alimentados y murieran por falta de proteínas, por no decir aquellos que fueron comidos antes de tener tiempo de ser padres, también ellos habían perdido su derecho genético al voto.

El monumento de la línea del cambio de fecha no era gran cosa. Detrás de una piedra roja habían puesto un cartel vertical con un mapa tridimensional de Taveuni. Al menos te daba una idea de cómo se vería «the Garden Island» desde el aire pues, como sabes, no había aprovechado la ocasión cuando estaba sentado en la caja de cerillas. Atravesando la isla, con sus carreteras, lagunas y desembocaduras de ríos en relieve, había trazado una línea de norte a sur, en realidad una fracción de una circunferencia, de la periferia del propio planeta, que continuaba por los polos, donde formaba el meridiano cero que pasa por Greenwich. A la derecha de la línea —es decir sobre el hemisferio por el que yo había llegado— estaba el día de hoy y a la izquierda estaba el día de mañana. Debajo del monumento ponía: INTERNATIONAL DATELINE WHERE EACH NEW DAY BEGINS.

No diré que me causó una gran impresión el estar con un pie en el día de hoy y otro en el día de mañana, pero pensé que en esa playa comenzaría el tercer milenio, y que sólo quedaban dos años. Aquí crecerían las antenas parabólicas como hongos, aquí, uno de los poquísimos lugares de este planeta en los que aún no había televisión. Se enviarían informes desde el último paraíso hasta un mundo exterior perdido, y precisamente debido a esos informes de la última periferia asustada de un planeta herido, la inocencia paradisiaca de la isla se revolvería. Pensé: No se puede enviar informes desde un sueño sin al mismo tiempo romperlo.

Me acordé de algo que había leído sobre los planes de Fidji ante la celebración del milenio. Una frase se me había grabado en la mente, siempre me he considerado muy hábil para fijarme en lo más importante. El presidente del Fiji National Millennium Committee, Mr. Sitiveni Yaqona, había declarado: «Ya que Fidji está situado directamente en el meridiano 180°, celebrará el primer momento en la Tierra en el año 2000, y estamos estudiando posibles maneras de celebrar el nuevo milenio en las islas Fidji». Y Fidji era en este contexto Taveuni, «directamente sobre el meridiano 180°». Me preocupaba que el mundo aplastara esta vulnerable isla en su delirante señalización de dónde y cuándo empezaría el futuro. Aquí se libraría la batalla, literalmente en la separación entre los milenios segundo y tercero, «el primer segundo en la Tierra en el año 2000».

Aparte de rendir culto a lo «último» y «lo perdido», esta estirpe tiene una necesidad enfermiza de ser «el primero», pensé, aunque, pensándolo bien, llegué a la conclusión de que en el fondo era exactamente lo mismo. Roald Amundsen, por ejemplo, al ser el primero que llegó al Polo Sur, sería también el último. Fue la última persona de este planeta a quien se le brindó la ocasión de conquistar esta parcela intacta de la naturaleza; lo cual sería una dolorosa realidad para Scott poco más de un mes después. Los últimos serán los primeros. Así ocurrió también con la luna. El último que fue el primero en pisar la luna, hazaña que nadie podrá repetir después de él, fue Neil Armstrong. ¿No fue entonces un gesto generoso para su estirpe el que saludara a Houston con las famosas

palabras de que el primer paso sobre la luna era un pequeño paso para el hombre pero un salto gigantesco para la humanidad?

En el punto en el que me encontraba podría haber una gran lucha por el espacio el 1 de enero del año 2000. Los preparativos ya estaban en marcha, había oído hablar de varios reportajes de televisión, y de varios ensayos generales desde la línea del cambio de fecha. Luego llegarían a montones los «turistas año 2000», como el último grito desesperado dentro de un turismo ya muy hastiado. Había visto carteles con «¡Celebre el comienzo del nuevo milenio en tres continentes!». Los billetes estaban agotados ya hacía tiempo, y subirían de valor. Había demasiadas personas en este planeta dispuestas a pagar varios miles de dólares de más, con el fin de evitar la humillación social de tener que celebrar el cambio de milenio una sola vez, y en un solo continente.

Me había dispuesto a emprender la larga caminata de vuelta a Maravu, pero justo cuando estaba trazando unas complicadas coordenadas en el tiempo y en el espacio, un gran todoterreno negro se paró junto al monumento. De él salieron Ana y José. Noté como se me aceleró el pulso.

Ana saludó alegremente. Movía la cámara de un lado para otro y explicó:

–Libby nos dijo que a lo mejor te encontrábamos aquí.

No entendía nada, pero me acordé de repente de la buena hada madrina en Waiyevo.

Ana dio más detalles:

–Teníamos cosas que hacer en el pueblo. Al oír que habías pasado por allí, pensamos que tal vez quisieras volver con nosotros en el coche.

Debí de poner cara de no entender nada, pero agradecí la oferta de poder volver en coche, porque había calculado mal el tiempo y la distancia y cuántos kilómetros aguantarían mis pies en la carretera polvorienta. Sólo faltaban dos horas para la cena.

Ana volvió a usar la cámara. Tomó fotos del monumento, del todoterreno, de José y de mí.

José explicó que estaban estudiando las condiciones de la isla, fijando citas y entrevistas para hacer un gran reportaje sobre el cambio de milenio más tarde en ese mismo año. El reportaje formaría parte de una serie de programas sobre los desafíos de la humanidad ante el cambio de milenio.

Ana señaló el mapa de la isla.

–Aquí estamos ahora –dijo–, justo donde empezará el tercer milenio, «el único lugar donde podrás andar de hoy a mañana sin botas de nieve».

Yo ya había oído ese eslogan. Aparte de por un par de las islas Fidji, el meridiano 180° sólo pasa por el Antártico y por la parte norte de Siberia. Dije:

–¿Hay mucho interés por ese tipo de reportajes?

José asintió con resignación:

–Demasiado.

Luego añadió:

–Vamos a levantar un dedo amonestador.

Quise entender lo que había querido decir exactamente y pregunté:

–¿Contra qué?

–El cambio de milenio atañe en cierta manera a todo el planeta, y todos reclaman el derecho a participar desde el primer momento, pero puede resultar fatal para una isla del Pacífico soportar el peso de la atención de un mundo entero. Habría sido mejor que la línea del cambio de fecha hubiera pasado por Londres o París. Pero en los tiempos coloniales era más conveniente situar la línea en algún lugar remoto y lejos de la civilización, supongo que me entiendes...

Por supuesto que lo entendía. Nunca resulta difícil entender a una persona que te copia. Yo nunca he creído en esas cosas, pero de nuevo tuve la sensación de que me había leído el pensamiento. Por eso me volví más atrevido, porque, si realmente éramos capaces de aprender el pensamiento, era mejor hablar sin rodeos; y dije:

–Tampoco mejora la cosa si todas las televisiones, además de cubrir el evento en sí, optan por producir cada una sus reportajes espectaculares sobre exactamente cómo y en qué medida se estropean la cultura y el medio ambiente. ¿Eso también tiene gancho?

Pensé que me estaba pasando cuando dije:

–¿Hay en realidad algo que no tenga gancho?

Lo dije con una sonrisa resignada, y Ana se rió. José también esbozó una sonrisa. Creo que estábamos en una especie de onda de alta frecuencia.

Ana fue corriendo al todoterreno y volvió con una pequeña cámara de vídeo, de tamaño familiar. Me enfocó con la cámara y dijo:

–El biólogo noruego Frank Andersen ha estudiado últimamente las condiciones naturales en varias islas de Oceanía. ¿Qué podrías decir a los espectadores españoles?

Me sentí tan sorprendido y tan confuso que no supe qué contestar. ¿Cómo sabía que yo era noruego? ¿Y cómo sabía mi apellido? ¿Había mirado el libro de registro de Maravu? ¿O recordaba dónde nos habíamos visto antes?

Era tan espontánea y tan infantil que no se me pasó por la cabeza retirarme de su juego. Creo que hablé durante seis o siete minutos, es decir demasiado, pero el caso es que desenrollé la pantalla y me puse a hablar de los destrozos medioambientales en Oceanía, de biodiversidad y de derechos humanos versus obligaciones humanas.

Cuando acabé, Ana dejó la cámara en el suelo y se puso a aplaudir.

–¡Bravo! –exclamó–. Ha sido estupendo.

Desde el fondo oí el comentario de José:

–Algo así era lo que quería decir con lo del dedo amonestador.

De nuevo me dejé seducir por esos ojos negros.

–¿Lo has grabado? –pregunté.

Ella asintió con un aire misterioso. No se me ocurrió que la pequeña cámara de vídeo pudiera tener algo que ver con el reportaje de televisión. No me tomé muy en serio ese encargo televisivo del que hablaban. En primer lugar, era yo quien había dicho que estaba en la isla para investigar, y ahora ellos también intentaban hacerse los interesantes. O podía ser que no me hubieran creído, pues sí, era más probable, habrían pensado que estaba mintiendo, porque no era tan extraño que un hombre solo de vacaciones en el Pacífico sintiera la necesidad de dar la impresión de que su viaje tuviera un propósito más importante que el del mero descanso.

Había algo más. ¿La pareja española había pasado casualmente por mi cabaña desembuchando algunas sutilezas sobre la existencia de Dios y la falta de asombro en Adán? ¿Era también una casualidad que luego hubieran aparecido en la línea del cambio de fecha? ¿O es que, de algún modo, me estaban tomando el pelo?

Al menos eran juguetones. Ana jugaba a estar haciendo un reportaje en el Pacífico, y no le seguí el juego porque todavía no había descartado la idea del viaje de novios. «Todavía estamos juntos...» Si hubieran sabido que yo entendía lo que habían dicho, me habría sentido bastante mal, y seguramente ellos también.

José había bajado hasta el agua. De espaldas a nosotros dijo algo en español. El tono de su voz indicaba que estaba haciendo una especie de balance, y de nuevo fue como si hubiera soltado algo que había dicho ya un montón de veces o algo que había aprendido de memoria. Dijo:

–Existe un mundo. En términos de probabilidad, esto es algo que roza el límite de lo imposible. Habría sido mucho más fidedigno si casualmente no hubiera habido nada. En ese caso nadie se habría puesto a preguntar por qué no había nada.

Intenté captar todo lo que decía, pero no resultaba fácil, porque a la vez, la hermosa joven tenía su ojos clavados en mí, como buscando alguna reacción a que José se hubiera puesto a hablar de espaldas en un idioma que se suponía que yo no dominaba. No cabía duda de que yo le estaba oyendo, pero ¿entendía lo que decía? Y si no: ¿preguntaría yo qué acababa de decir?

La verdad es que me costó mucho mirar a Ana y a sus ojos negros sin revelar que entendía las amonestadoras palabras de José, palabras que a la vez me estaba esforzando al máximo en captar. Me sentía muy alterado, pero no podía apartar mi vista de la de Ana.

Creo que salí victorioso de esta confrontación, porque al instante Ana cogió la cámara del suelo y la dejó sobre el asiento delantero del coche. Permaneció un instante apoyada contra el vehículo como si se sintiera mareada. ¿No estaba algo pálida? Sólo duró unos segundos, hasta que se volvió a enderezar, se olvidó de sus obligaciones conmigo, corrió los ocho pasos que la separaban de José y le cogió la mano. Así permanecieron unos segundos, bajo la luz del crepúsculo tropical, como una estatua viva de Amor y Psique. Esta vez fue Psique quien pronunció unas palabras de respuesta a las de Amor:

–Llevamos y somos llevados por un alma a la que no conocemos. Cuando el enigma se yergue sobre dos patas sin haberse solucionado, es cuando nos toca el turno a nosotros. Cuando las imágenes soñadas se pellizcan el brazo sin despertarse, somos nosotros. Porque somos el enigma que nadie sabe resolver. Somos el cuento encerrado en su propia imagen. Somos los que andamos sin cesar y nunca llegamos a la claridad.

Estando ellos todavía de espaldas, saqué a escondidas mi pequeño cuaderno para intentar apuntar parte de lo que habían formulado de un modo tan juguetón y nostálgico, pero a la vez amonestador y programado. «Somos los que andamos sin cesar y nunca llegamos a la claridad...»

¿Podrían haberse aprendido de memoria unas estrofas españolas que recitaran constantemente? No obstante, había algo en esa manera casi ceremonial de enunciar sus

extrañas frases que me convenció de que lo que recitaban los tenía a ellos mismos como remitentes y como destinatarios.

En el coche de regreso a Maravu hablamos un poco de todo, y bastante de mis investigaciones sobre la naturaleza. El sol estaba ya bajo en el cielo, y era llevado hacia el mar por la inevitable gravitación del paso del día. Sabía que en una hora habría oscuridad total. En la potente luz dorada vimos a mujeres con la colada, a niños que seguían refrescándose en los ríos y a chicos que jugaban al rugby.

«Somos el enigma que nadie sabe resolver...»

Pensé en lo atrapado que había estado siempre por una perspectiva reduccionista, tanto ante el mundo en general como respecto a mi breve vida sobre la Tierra. Ana y José habían vuelto a despertar en mí un sentimiento medio dormido de lo maravillosa que es la vida, no sólo en este paraíso del Pacífico, sino la vida en la Tierra, también la que vivimos en las grandes ciudades, aunque allí corremos el riesgo de no ver lo mágico que es el mundo de los seres humanos, porque nos ahogamos en ocupaciones cotidianas, en diversiones que nos distraen y deseos sensuales.

En el momento de pasar por el pueblo de Somosomo, José se volvió hacia Ana señalando un grupo de personas en la plaza, delante de la iglesia baptista. Volvió a decir algo en español, y esta vez más o menos como un contrapunto a las reflexiones que yo me iba haciendo sentado en el asiento de atrás del coche golpeándome contra el techo al compás de los baches de la carretera. José dijo:

–Los elfos están en todo momento más vivos que cuerdos, más fantásticos que fiables, más misteriosos de lo que son capaces de entender con su escasa razón. Cual abejorros mareados zumban de flor en flor una somnolienta tarde de agosto, los elfos de azúcar de la temporada se aferran a sus hábitats urbanos en el espacio celeste. Sólo Comodín se ha desprendido.

«Los elfos de azúcar de la temporada...» Esa curiosa expresión hizo que me sobresaltase. Creo recordar haberme tapado la boca con la mano con el fin de no repetir en voz alta la frase. Tal vez digas que por qué no. ¿Por qué era incapaz de pedir a Ana y José una aclaración de sus extraños arrebatos poéticos? Si les hubiera preguntado qué estaban diciendo, me lo habrían traducido al inglés supongo, y tal vez incluso me habrían ofrecido una explicación más exhaustiva. Pues la formulación «los elfos de azúcar de la temporada» bien podría necesitar una precisión.

Me he hecho esa misma pregunta repetidas veces, y no sé si he encontrado una respuesta satisfactoria, pero creo haber pensado algo así: Esa extraordinaria comunicación entre Ana y José era ante todo algo entre ellos dos. Eran dos, Vera, tal vez es eso lo que constantemente quiero señalar, eran tan extraordinariamente dos, tan indisolublemente juntos en su simbiosis mental. Interpreté ese extraño contacto verbal entre ellos sobre todo como un lazo personal muy íntimo entre los dos amantes, y uno no suele ponerse sin más a leer las cartas de amor de otras personas, al menos no en su presencia. Si hubiera revelado que entendía lo que decían, me habría privado de la posibilidad de escuchar más de lo mismo.

De acuerdo, estás pensando, no tenía por qué revelar que entendía su idioma, pero al

menos podría haberles preguntado de vez en cuando de qué estaban hablando, porque ¿no parecía extraño que yo escuchara todo sin reaccionar ni una vez a su extraño comportamiento? No, no tiene por qué ser extraño que dos personas, que emplean el inglés cuando hablan con alguien que no entiende su lengua, de vez en cuando intercambien unas palabras en su propio idioma. Intimidad, se suele llamar a eso. Presuntamente yo no entendía lo que decían, podían estar hablando del dolor de tripa de uno de ellos, o del hambre que tenía el otro, o de que tenían muchas ganas de llegar al hotel para cenar. Además, yo quería seguir escuchando, para enterarme de todo lo que pudiera. Cuando la persona con la que compartes cama de repente empieza a hablar en sueños, lo normal es que no te apresures a despertarla, aunque tal vez sería lo más piadoso, pero no, procuras quedarte quieto, muy quieto, para que el edredón no haga ruido y puedas enterarte del mensaje del orador dormido, un mensaje seguramente sin maquillar.

Ana se apoyó en José, y él rodeó los hombros de ella con el brazo izquierdo, a la vez que agarraba con más fuerza el volante con la mano derecha. Ella le miró con ojos encendidos y dijo:

–Los elfos están ahora en el cuento, pero son aquello para lo que no hay palabras. ¿Sería el cuento un verdadero cuento si fuera capaz de verse a sí mismo? ¿Causaría impacto la vida diaria si estuviera constantemente explicándose a sí misma?

Me puse cómodo en el asiento de atrás y procuré pensar en los sapos aplastados en la carretera, había visto más de cien en mi paseo hasta la línea del cambio de fecha. Se quedaban completamente planos cuando se les sacaba el agua apretándolos. Pero en realidad no pensaba en los sapos, sino que me preguntaba si no me había extraviado en mi propia ciencia, perdiendo la capacidad de ver la magia de cada segundo en la Tierra. Se me ocurrió hasta qué punto las ciencias naturales habían tenido como programa el poder explicar todo. Eso llevaba implícito el peligro de que uno se cegara por completo ante todo aquello que *no se puede* explicar.

Al pasar por el último pueblo tuvimos que reducir la velocidad y casi parar el coche al encontrarnos con unas mujeres y niños andando en medio de la carretera. Nos saludaron sonrientes, y nosotros les devolvimos sonrientes el saludo. «¡Bula!», gritaron a través de las ventanillas del coche, «¡bula!». Una de las mujeres estaba en muy avanzado estado de gestación.

Ana se apartó del brazo de José, y él volvió a poner las dos manos sobre el volante. Al volverse a mirar a las mujeres, Ana dijo:

–En la oscuridad de los abultados vientres nadan en todo momento varios millones de capullos de una flamante conciencia del mundo. Desvalidos elfos de azúcar salen a presión uno por uno cuando están maduros y son capaces de respirar. Aún no pueden tomar otro alimento que una dulzona leche de elfo que sale chorreando de un par de suaves botones de carne de elfo.

«Carne de elfo», Vera. Suponía que en ese universo joseaniano «los elfos» tendríamos que ser nosotros, es decir los humanos en la Tierra. Aplicando el término a los fidjianos me pareció aún más crudo pensar en la naturalidad con la que sus antepasados se habían

saciado de carne y sangre de elfo. ¿No eran esos filetes etéreos demasiado nobles para ser devorados?

Llegamos a Maravu y ya en mi cabaña me quedé unos minutos en el porche contemplando la puesta de sol. Me pareció justo rendir los últimos honores a ese día, ya que al fin y al cabo el arriesgado viaje en la avioneta había salido bien. Había tenido lugar en las primeras horas de la mañana, justo después de la salida del sol. Ahora seguí con la mirada el disco solar rojo pálido hasta que se tumbó boca arriba y rodó por el horizonte del mar. El sol sólo era una de las cien mil millones de estrellas de nuestra galaxia, y ni siquiera era de las más grandes. Pero era mi estrella.

¿Cuántas vueltas me quedaban de pasajero en el paso de este planeta por su estrella en la Vía Láctea? Llevaba ya cerca de cuarenta vueltas, cuarenta vuelos alrededor del sol. Con ello se había hecho al menos la mitad del viaje.

Deshice el equipaje, me di una ducha y me puse una camisa blanca que había comprado en Auckland. Antes de ir a cenar me permití un sorbito de la botella de ginebra que me había llevado, y la dejé sobre la mesilla de noche. Era un rito que siempre cumplía con precisión cuando estaba de viaje. Sabía que el sorbo más profundo lo daría cuando volviera para acostarme. Era mi único sedante.

Me acordé de cuánto había echado de menos la botella en la avioneta de Nadi. Habíamos estado separados, la botella y yo, durante unos dramáticos cuartos de hora, y aquella mañana la Sunflower Airlines había cuidado mejor de la botella que del dueño de la misma.

En el momento de salir al palmeral y cerrar tras de mí la puerta, oí que algo golpeaba una de las vigas del techo. Tuve una ligera sospecha de lo que podía ser, pero no volví para averiguarlo.

Anfibios de vanguardia

Fuera todo estaba muy oscuro. La única fuente de luz en el gran palmeral eran unas discretas farolas de gas ya encendidas, y además, en lo alto, por encima de las copas de los cocoteros, brillaban miles de minúsculos puntitos de luz en tupidos ramilletes de meandros estelares. Pensé: Al salir de las grandes ciudades tienes la ocasión de encontrarte en el espacio en cuanto cae la noche. Mas una parte cada vez mayor de la humanidad se ha dejado envolver por un efecto óptico de invernadero que nos hace olvidar quiénes somos y de dónde venimos. La naturaleza es para muchos igual a imágenes televisivas, macetas de plantas decorativas y pájaros enjaulados, y el espacio se ha convertido en algo que se contempla mejor en los planetarios.

No resultó fácil encontrar el camino al restaurante, pero fui a tientas hacia una tenue luz procedente del edificio principal a lo lejos, abriéndome camino entre tupidos arbustos junto a los cocoteros, hasta salir a la piscina, que tenía ya todas las luces encendidas. En la piscina había tres o cuatro sapos de azúcar nadando de un lado a otro. Se me ocurrió que nadaban con el fin de sacarse el diploma de socorrista porque, lo creas o no, había un sapo sentado al borde de la piscina vigilándolo todo. Todo sigue sus reglas, pensé. Durante el día, los primates tenían la piscina para ellos solos, y los sapos ni aparecían. Por la noche, sin embargo, les tocaba a los anfibios utilizar las instalaciones.

Subí al restaurante, donde sus diez mesas tenían ya las velas encendidas. Había diez cabañas, o «bures», en Maravu, y otras tantas mesas en el restaurante.

Ana y José estaban ya sentados. Ella llevaba aún el vestido rojo, y reparé en que se había puesto unos zapatos rojos de tacón alto. José vestía también el mismo traje de lino negro. La única diferencia era que se había puesto un pañuelo rojo alrededor del cuello. El pañuelo era del mismo tono que el vestido de Ana, tal vez estuvieran cortados de la misma pieza de tela.

Me senté en la mesa más próxima a la suya, e intercambiamos unos movimientos de cabeza a modo de saludo. Como viajero solitario, había tenido que aprender el arte de no suplicar ofertas bienintencionadas de compartir mesa. Era de noche, la excursión de la tarde había finalizado, y Ana y José ya no me pertenecían, ahora sólo se pertenecían el uno al otro.

También saludé a Laura con un movimiento de cabeza, estaba sentada sola en el otro extremo del restaurante. En otra mesa había un señor moreno de barba negra con hebras blancas, que tendría unos diez años más que yo. Más tarde le conocería como Mario el italiano. En la mesa al lado de él había una pareja joven, sin duda de luna de miel,

porque no tendrían más de veintipocos años, y no sólo se inclinaban sobre la mesa con las manos entrelazadas, sino que de vez en cuando también juntaban sus cabezas para fundirse en un apasionado beso. La noche siguiente también intercambiaría unas palabras con ellos, venían de Seattle y se llamaban Mark y Evelyn.

En otra mesa estaba John, el inglés que nos había ido a buscar al aeropuerto. Parecía estar tomando notas, lo recuerdo muy bien porque yo también solía hacerlo mientras esperaba a que me atendieran, en el almuerzo o en la cena. En esas situaciones, nunca tenía el sosiego mental necesario para ponerme a leer una novela. Más tarde sabría que el hombre de las notas era el escritor inglés John Spooke, de Londres, concretamente de Croydon, al sur de la ciudad. Cuando descubrí que era escritor, di por sentado que pertenecía a ese pequeño clan de best-sellers que en la temporada de invierno podían permitirse pasar un par de meses en una isla del Pacífico, en busca de inspiración para una nueva novela. Pero sólo llevaba un par de días en Taveuni, y el motivo de su viaje era que había participado en un programa de televisión. Sí, sí, claro, algo sobre el cambio de milenio, la línea del cambio de fecha, desafíos internacionales y cosas así. ¡Cosas así, Vera, cosas así!

A Bill no le vi. Tal vez estuviera en su habitación haciendo ejercicios de yoga con la esperanza de que aún le quedaran otros sesenta años de vida.

La cena fue servida por dos nativos altos, ataviados con la falda tradicional de Fidji y una flor roja tras la oreja. Uno de ellos llevaba la flor en la oreja izquierda, lo cual significaba que no estaba atado a ninguna mujer. El otro la llevaba en la derecha, así que estaba casado. Si yo hubiera vivido en Taveuni, unos meses atrás habría tenido que exponerme a la humillación social de cambiar la flor de la oreja derecha a la izquierda.

Pedí una botella de medio litro de burdeos blanco y otra de agua mineral. Siempre se podía elegir entre dos platos en Maravu, y al registrarnos decidimos ya lo que cenaríamos. Yo entonces tenía la cabeza tan llena de pintorescas imaginaciones sobre costumbres culinarias tradicionales de las islas Fidji que elegí pescado, por si acaso.

Ana y José conversaban en una voz tan baja que al principio sólo podía captar fragmentos de lo que decían. No obstante, incluso esas frases fragmentadas bastaron para despertar mi curiosidad. Sonaba como si estuvieran negociando algo, o repasando y corrigiendo por última vez una declaración común sobre algo... sí, sobre algo.

José dijo: «*Somos obras de arte elaboradas y ennoblecidas durante miles de millones de años, pero estamos hechos de un material demasiado barato*». Luego me perdí una pregunta y una respuesta y a continuación volví a captar algunas palabras de José: «*La puerta que sale del cuento está siempre abierta de par en par*», dijo. Ana asintió solemnemente: «*Somos los diamantes del espíritu en el reloj de arena*».

Más o menos así transcurrió la conversación o, mejor dicho, los breves fragmentos de la misma que llegaron a mis oídos, con tanta claridad que fui capaz de captar el significado de las palabras.

Durante estas deliberaciones vi a Bill que llegaba lentamente por el palmeral, con sus pantalones bermudas amarillos y una floreada camisa hawaiana azul. Laura debió de haberlo visto antes que yo, porque observé que justo antes de que él apareciera, la joven

cogió su *Lonely Planet* y se puso a leer ávidamente, supongo que tan ávidamente que no captaría ni una sílaba de lo que estaba leyendo. Pero de nada le sirvió. Bill permaneció unos segundos de pie mirando la colocación de las mesas antes de optar por sentarse sin ningún reparo en la de Laura. Ella se hundió sobre el libro de tal manera que ya no podía ver su nuca, aunque sí pude ver que no le miraba a él. La escena recordaba a una tortuga asustada que busca refugio en su propio caparazón. Recuerdo haber sentido un poco de lástima por ella, pero también pensé que le habría ido mejor si no se hubiera comportado de un modo tan soberbio con un zoólogo de campo en el aeropuerto aquella misma mañana. No recuerdo si esta última reflexión estaba sazonada de cierta malicia.

La conversación en la mesa de al lado había adquirido un tono más resuelto. Ana dijo: «*Se tarda miles de millones de años en crear un ser humano. Y sólo se tarda segundos en morir*».

Saqué discretamente el cuaderno del bolsillo de mi camisa. ¡Pero me había olvidado el bolígrafo! Mi irritación fue en aumento cuando José elevó ligeramente la voz y recitó las siguientes verdades con clara dicción:

–Ante una mirada imparcial, el mundo no aparece sólo como un improbable suceso único, sino como una constante carga para la razón. Es decir, si existe la razón, si existe una razón neutral. Así suena la voz desde dentro. Así suena la voz de Comodín.

Ana asintió con aire elocuente. Luego añadió:

–Comodín nota que crece de sí mismo, lo nota en los brazos y las piernas, nota que no es simplemente producto de su imaginación. Nota que le está creciendo esmalte y marfil en su hocico antropomorfo. Nota el leve peso de las costillas del primate bajo el batín, nota el pulso rítmico que late sin cesar, bombeando el cálido líquido por todo el cuerpo.

No debía de estar muy cuerdo, porque me levanté de la mesa y me fui derecho hacia el inglés, que tomaba notas mientras esperaba a que le sirvieran. Había terminado el primer plato, y había guardado el papel y el bolígrafo. Lo saludé con una inclinación de cabeza y dije:

–Perdone... me he fijado en que estaba usted tomando notas. ¿Podría dejarme su bolígrafo un momento?

–Con mucho gusto –contestó–. Tenga éste.

Y sacó del bolsillo un rotulador marca Pilot. Jugueteó con él un par de segundos, hasta que por fin me lo dio.

–Se lo devolveré enseguida –le aseguré.

Hizo un gesto de hombre de mundo mientras decía que estaba muy bien equipado de rotuladores negros, sobre todo en lugares tan apartados del mundo como ése. Se lo agradecí de corazón y nos presentamos con más detalle que cuando nos vimos en el aeropuerto.

En pocas palabras intenté orientarle sobre mis estudios de campo, y el hombre grande de patillas blancas escuchaba atentamente, de hecho *muy* atentamente. Ya soy tan mayor que he empezado a apreciar la atención ajena de un modo nuevo. Me dio la mano y se presentó:

–John Spooke –dijo–. Escritor, de Londres.

–¿Está escribiendo algo ahora? –pregunté.

Negó con la cabeza y me contó que estaba allí porque lo había enviado la BBC para participar en un programa de televisión sobre el cambio de milenio. Comentó con sarcasmo que se pensaba que era justamente aquí donde empezaría el futuro, y que el nuevo milenio no empezaría hasta doce horas más tarde en Londres. También mencionó los títulos de un par de novelas que había escrito, una de las cuales por lo visto estaba traducida al noruego.

Cuando le volví a dar las gracias por el rotulador y me disponía a volver a mi mesa, dijo alegremente: –Escriba algo hermoso...

Me volví y él añadió:

–...¡y dé recuerdos de mi parte!

No sé, Vera, tal vez debo por ello enviarte un saludo de parte de ese inglés tan afable, aunque no fue a ti a quien escribí esa noche. Pero te estoy escribiendo ahora, y escribo sobre lo que me sucedió aquella primera noche en Maravu Plantation Resort, para que entiendas mejor lo que sucedería en Salamanca unos meses más tarde.

Bill hacía esfuerzos por sacar a Laura de su *Lonely Planet*. Tuve la impresión de que la joven se limitaba a hacer comentarios mínimos a los intentos más o menos invasores de su compañero de mesa para iniciar una auténtica conversación.

La joven pareja de recién casados se estaba besando vorazmente sobre los cuencos de ensalada, lo que de nuevo me hizo pensar en el canibalismo. Yo pertenecía a una cultura en la que estaba socialmente aceptado lamerse y comerse en público, incluso sentados a la mesa. El límite estaba en las extirpaciones culinarias irreparables. Me imaginé que debería haber sido al revés en la antigua cultura de Fidji. No estaría bien visto hacer manitas en público, al menos no durante una comida; sin embargo, estaba permitido devorar en público los intestinos de un ser humano muerto.

El italiano tenía su melancólica mirada clavada en la copa de vino tinto. De todos los presentes, él era obviamente el más solitario. Miró de soslayo y lleno de pesar a la joven pareja norteamericana, y me recordó a un perro sin amo.

Me volví a sentar y oí a José hacer un comentario sobre «*sucesos exóticamente cotidianos*». Luego hubo muchos murmullos que no logré captar, pero de repente José pronunció algunas palabras que debieron de encender una luz en la mujer vestida de rojo, porque al instante sonrió abiertamente, se enderezó y recitó las siguientes frases con gran entrega:

–*Un gran anhelo recorre el mundo. Cuanto más grande y poderosa es una cosa, más profunda se siente la añoranza tras un alumbramiento. ¿Quién escucha la añoranza del grano de arena? ¿Quién presta oídos al anhelo del piojo? Si no existiera nada, nadie echaría de menos nada.*

Un par de veces la mujer echó una mirada al local, pero la retiró tan deprisa que era imposible que se hubiera fijado en que yo estaba taquigrafiando todo lo que decía. Tampoco sabía que yo entendía el español, además, no podía estar segura de que pudiera oír algo. Pensaría que yo estaba absorto en mis apuntes, por ejemplo en todas

esas especies de saurios que había estudiado en Oceanía.

Durante un buen rato tuve que contentarme con los escasos fragmentos que logré captar de los suaves murmullos entre lo rojo y lo negro. *«Cuanto más se acercan los elfos a la extinción eterna, más insignificantes se vuelven sus palabras»*, postuló Ana con una mirada interrogante a su pareja. Él dijo: *«Sin la anomalía del bufón inconsolable, el mundo de los elfos habría sido ciego como un jardín secreto»*.

Intuí que esos fragmentos sueltos que estaba oyendo eran piezas de un puzzle mayor, de un gran mosaico que sin duda sería más complicado de completar cuantas más piezas fueran faltando. Pero pronto llegó la comida, y guardé la libreta. Lo poco que logré captar me parecía demasiado inconexo. Por fin, cuando estaban acabando de cenar, José volvió a levantar la voz y dijo:

–Comodín merodea intranquilo entre los elfos de azúcar como un espía en un cuento de hadas. Se hace sus reflexiones, pero no tiene ninguna autoridad a quien informar. Sólo Comodín es lo que ve. Sólo Comodín ve lo que es.

Ana reflexionó un instante antes de contestar:

–Los elfos intentan pensar algunos pensamientos tan difíciles de pensar que no son capaces de pensarlos. Pero no lo consiguen. Las imágenes de la pantalla de cine no saltan hasta la sala de cine para atacar al proyector. Sólo Comodín encuentra su camino entre las filas de butacas.

No juraré que fueran éstas las palabras exactas, pero hablaban de cosas así.

Recogieron las mesas, y el italiano se levantó. Saludó desafiante a Ana y a José mientras venía derecho hacia mi mesa; al llegar, me tendió la mano y se presentó. Como ya he dicho, se llamaba Mario, y los últimos años se había dedicado al transporte chárter desde Suva con su propio yate, construido por él. Era una actividad que en realidad nunca había planeado, pero hace quince o veinte años había navegado por el canal de Suez hasta la India, Indonesia y Oceanía, y aún no había conseguido ahorrar dinero suficiente para volver a su Nápoles natal.

Venía con una pregunta concreta:

–¿Juega al bridge?

Supongo que me encogí de hombros, porque aunque yo era un jugador de bridge bastante hábil, no era exactamente una partida de bridge lo que más me apetecía en ese momento; la noche tropical era demasiado mágica para eso. Pero cuando añadió que jugaríamos contra la pareja española, acepté sin meditarlo más. Me explicó que en las noches anteriores habían jugado con un holandés, pero éste había seguido viaje a Vanua Levu con el barco regular ese mismo día.

Así que nos juntamos con los españoles y jugamos un par de manos. Ana y José siempre conseguían salirse con la declaración, o nos ganaban al italiano y a mí en la última y decisiva baza. No sólo jugaban con una envidiable precisión; lo hacían de una manera tan elegante, y aparentemente esforzándose tan poco, que algunas veces durante la partida podían descansar y proseguir su lunático juego de frases españolas. Me fijé en palabras y expresiones tales como *«el antiqüísimo golpe de timbal»*, *«el desvergonzado capullo que no hace sino crecer y crecer en todas las direcciones»*, *«el primate chic»*,

«el hastiado hermanastro del neanderthal», «el sueño de bella durmiente de lo cotidiano», «una cálida corriente de espejismos digeridos a medias», «el plasma del alma», «el airbag del festival de proteínas», «un disco duro orgánico» o «la gelatina del conocimiento».

Las dos veces que me tocó ser el «muerto» tuve la oportunidad de alejarme de la mesa para apuntar las palabras que había captado, porque lo que se oía era todo de esa índole, nada más que palabras y expresiones viejas y requeteconocidas como «el plasma del alma», «el airbag del festival de proteínas», «disco duro orgánico», «la gelatina del conocimiento» o «el hastiado hermanastro del neanderthal». Yo ya había definido a Ana y a José como un par de poetas con el síndrome de Tourette, y no descarto que hubiera podido jugar mucho mejor si al mismo tiempo no hubiera tenido que dedicar parte de mi atención a lo que se murmuraba entre norte y sur. Se me ocurrió pensar que tal vez ésa había sido la intención, es decir desviar la atención de este y oeste.

Fue Mario quien optó por interrumpir el juego. No digo que tirara la baraja con malas formas a la mesa, pero la dejó de un modo tan decidido que me sobresalté. Meneó la cabeza y dijo malhumorado:

—¡Son clarividentes!

Ana le miró con maliciosa satisfacción, y Mario buscó en mí un aliado:

—¡Cinco tréboles! —dijo casi bramando—. Tras esa vuelta de declaraciones igual podría haber sido Frank quien tuviera el as. Es como si en cada momento supieran lo que tenemos en la mano.

Pensé que a lo mejor estaba más cerca de la verdad de lo que él mismo podía sospechar. Tal vez esta pareja con esa asombrosa compenetración, y que no estaba pasando su primera luna de miel, fuera realmente capaz de leerse el pensamiento. Y por qué no, pensé, con descaro. Allí estábamos, cuatro primates intensamente observadores en una embrujada noche tropical, bajo un manto chispeante de estrellas, en nuestro casi provinciano brazo espiral de la galaxia llamada Vía Láctea. Desde este planeta en el que nos habíamos desarrollado laboriosamente de vertebrados primitivos, desde esta insignificante laguna en el archipiélago galáctico, nuestros compañeros de especie enviaban sondas espaciales y ondas de radio en serios intentos de lograr una especie de contacto cognoscitivo con seres biológicos tan avanzados como nosotros en otras playas de otros sistemas solares muchos años luz más allá de nuestro pequeño parque. Y eso sin tener en cuenta la historia evolutiva sumamente particular de esos seres, porque podrían resultar más parecidos a las estrellas de mar que a mamíferos como nosotros. Entonces ¿por qué dos almas gemelas que no sólo pertenecían a la misma biosfera, sino también a la misma especie y a la misma etnia, y que además no hacían sino pasarse reflejándose el uno en el otro, no iban a ser capaces, en la mesa de bridge, de intercambiarse simples señales electromagnéticas relacionadas con los colores y números de las 52 cartas? Tienes razón, seguramente estaba ya contagiado por la euforia de la noche tropical, y no era la primera vez que había sufrido esa especial forma de falta de autocrítica.

Mi estado no mejoraría hasta pasado algún tiempo, porque a continuación siguieron preguntas en esa misma línea. Si todos los que estábamos jugando éramos igual de

buenos jugadores, entonces ¿cuál era la probabilidad de que uno de los dos bandos ganara ocho manos seguidas?, preguntó Mario. Yo opiné que sería cuestión del reparto de las cartas, pero que la probabilidad de que uno de los dos bandos recibiera las mejores cartas hasta ocho veces seguidas era tan mínima que resultaría más fácil aceptar la idea de que Ana y José eran mejores jugadores.

Ana estaba radiante. Ni siquiera intentó ocultar su hilaridad, y hubo muchos indicios de que no era la primera vez que había ganado jugando a las cartas. Se permitió incluso poner una mano consoladora sobre el hombro de Mario, gesto ante el cual el hombre retrocedió con cara de pocos amigos.

José trasladó entonces la cuestión de probabilidades y reparto de cartas a algo que tenía que ver con mi campo. Creo que lo primero que preguntó fue si yo opinaba que la evolución de la vida en la Tierra había sido propulsada únicamente por algo tan poco previsible como las mutaciones casuales. ¿O podría haber algún que otro mecanismo, ignorado por las ciencias naturales? ¿Consideraba yo, por ejemplo, irrazonable tener en cuenta cuestiones sobre la intención y el propósito de la evolución?

Dejé escapar un pequeño suspiro, y no exactamente porque opinara que José había hecho una pregunta ingenua, sino porque una vez más había llevado la conversación hacia una problemática con la que yo durante todo el día había tenido una relación francamente delicada. No obstante, le di las típicas respuestas de libro de texto, y pensé que con ello habíamos terminado con el tema.

Dijo él:

–Tenemos dos brazos y dos piernas, lo cual resulta muy útil cuando estamos sentados en torno a una mesa jugando al bridge. Tampoco resultan inadecuados para llevar una nave espacial a la luna. Pero ¿es algo casual?

–Depende de lo que quieras decir con «casual» –señalé–. Las mutaciones son casuales. Luego es el entorno el que en todo momento va a decidir cuáles son las mutaciones con derecho a la vida.

José prosiguió:

–Pero ¿opinas que se debe a una suma de casualidades de este tipo el que este universo en este momento tenga cierta idea de su propia historia y su propia dimensión en el tiempo y en el espacio?

José extendió un brazo como señalando hacia la noche universal del mundo, y en realidad era a ese mundo al que estaba hablando.

Estuve a punto de decir algo sobre las mutaciones y la selección natural, pero no tuve tiempo, porque él exclamó:

–Si el objetivo fuera conseguir una razón más o menos objetiva, no sé si podríamos haber tenido un aspecto muy diferente.

Ana sonrió con astucia. Puso un brazo alrededor del cuello de su hombre y le besó en la mejilla como para calmarle. Luego se volvió hacia mí y dijo en tono de broma:

–Está obsesionado con la idea de que los seres inteligentes de otros planetas del universo necesariamente tengan que parecerse un poco a nosotros.

–En ese caso creo que se equivoca –dije impulsivamente.

Pero él no se dio por vencido tan pronto:

–Tienen que tener un aparato sensorial, y necesariamente un órgano con que pensar, lo que probablemente no habrían conseguido si no hubieran tenido dos miembros delanteros libres.

–¿Por qué dos? –exclamé.

Por primera vez tuve la sensación de que era yo quien se encontraba en retirada. Al menos José había lanzado un argumento que en ese momento me dejó un poco perplejo. Dos brazos y dos piernas eran *suficientes*, de acuerdo, pero ésa no era la manera de razonar de una ciencia empírica. ¿No había pasado ya medio milenio desde que la filosofía había descartado la teoría de Aristóteles sobre la «causa final»?

Dijo:

–Y, a la larga, de nada sirve alimentar a más miembros de los necesarios, al menos no durante millones de años.

En ese instante un sapo saltó hasta la tarima donde nos encontrábamos, tal vez se trataba de uno de los bañistas. Lo señalé con el dedo y dije con voz triunfante:

–Tenemos dos brazos y dos piernas simplemente porque descendemos de este tipo de seres con cuatro patas. También a ellos les debemos la estructura básica de nuestro aparato sensorial. Este ejemplar es un *Bufo*, un *Bufo marinus*.

Cogí el sapo y señalé los ojos, la fosa nasal, la cavidad bucal, la lengua, la laringe y los tímpanos. Hice un breve comentario sobre su corazón, pulmón, aorta, estómago, vesícula biliar, páncreas, hígado, riñones, testículos y uretra. Al final redondeé la exposición con unos datos sobre la estructura del esqueleto, la espina dorsal, las costillas y las patas. En el instante de dejar en libertad al animal añadí algunos detalles dispersos sobre la evolución del anfibio al reptil, y luego del reptil a aves y mamíferos.

Pero yo le había subestimado, porque comentó:

–Entonces a los anfibios les repartieron muy buenas cartas al principio. Sin duda, ganarían todas las vueltas. Y no se trata sólo de suerte. En comparación con otros órdenes de animales, eran de vanguardia. Tenían todo lo que hacía falta para crear un ser humano.

–Es fácil saber eso a posteriori.

–Más vale tarde que nunca –replicó–. Hay dos razones por las que tenemos dos brazos y dos piernas. Una es que descendemos de la clase de los cuadrúpedos; la otra es que resulta conveniente.

–¿Y si los anfibios hubieran tenido seis patas?

–En ese caso no habríamos estado aquí hablando con tanta racionalidad o dos de las patas se habrían malogrado en el camino. En un tiempo tuvimos un rabo, que naturalmente puede resultar útil para una serie de actividades animales, pero tanto delante de un ordenador como dentro de un cohete con destino a la luna, no habría sido sino un estorbo.

Creo que me recosté en la silla. José no había hecho sino discutir las mismas cuestiones sobre las que yo había estado meditando en los últimos tiempos. Tras la tragedia que se nos vino encima tan de repente a ti y a mí, Vera, yo me había hecho

muchas reflexiones en los últimos meses. ¿Por qué tuvimos que perder a Sonia? No sé las veces que me había hecho esa pregunta. ¿Por qué no pudimos quedarnos con la pequeña? Si uno de mis estudiantes hubiera hecho ese planteamiento en un examen, yo habría tenido que suspenderle. Pero somos seres humanos, y los seres humanos tenemos una tendencia a preguntar por el sentido donde no hay sentido. Dije:

–Al menos tienes razón en que no fueron los artrópodos los que por fin conquistaron el espacio, ni tampoco los moluscos.

Él dijo:

–Y aquellos que un día nos enviarán sus crípticas tarjetas de visita en ondas de radio de otro sistema solar, seguro que no tendrán una anatomía parecida ni a la de un pulpo ni a la de un ciempiés.

Ana se echó a reír.

–¿Qué os dije? –exclamó.

Ana y José, y poco a poco también Mario, comenzaron a hacerme una serie de preguntas científicas, y tal vez se debió al ya mencionado síndrome de noche tropical, pero he de confesar que disfruté de ser el centro de atención. Solté varios minidiscursos sobre algunos planteamientos de la paleontología y la biología evolutiva. Pero también me fui fijando cada vez más en mi oponente. De una manera muy humorística, José planteó varias preguntas que me pusieron en un apuro de tipo profesional. No digo que aprendiera nada nuevo durante esa conversación, pero creo que comprendí mucho más a fondo cuántos puntos dudosos había en las ciencias naturales sobre los que yo nunca había dudado.

José estaba convencido de que la vida en la Tierra no sólo era un proceso real sino, en toda su esencia, también un proceso lleno de significado. Señaló que una cualidad tan esencial como la conciencia humana no podía ser sólo una de las muchas cualidades arbitrarias en la lucha por la existencia, sino la finalidad del propio proceso. Era una especie de ley natural que un planeta desarrollara un aparato sensorial cada vez más especializado, y puso varios buenos ejemplos de este proceso. De la misma manera que muchas veces –y sin ninguna conexión genética– la vida en la Tierra había desarrollado ojos y visión, y de la misma manera que la naturaleza en más de una ocasión se había echado a volar o desarrollado la capacidad de andar erguido, también había en esa misma naturaleza un empuje hacia una visión intelectual de conjunto.

Lo que me dolía un poco era que yo de niño había albergado pensamientos parecidos cuando durante una época me había dejado influir por el teólogo Pierre Teilhard de Chardin. Luego empecé a estudiar biología y con ello obviamente descarté toda idea de una evolución con alguna finalidad. En nombre de la ciencia me sentí obligado a oponer a José cierta resistencia. Yo representaba una institución de gran peso, tal vez de demasiado peso.

Le di la razón en que la capacidad de ver, volar, nadar o andar erguido se había desarrollado una y otra vez en el transcurso de la historia de la vida. El ojo, por ejemplo, había sido inventado unas 40 o 50 veces, y los insectos desarrollaron alas para volar más de cien millones de años antes de que los reptiles hicieran otro tanto. Los primeros

vertebrados capaces de volar fueron los pterosaurios, que aparecieron hace aproximadamente doscientos millones de años y se extinguieron con los dinosaurios, por lo que no pueden haber sido los antecesores de las aves actuales. Los pterosaurios volaban más o menos como grandes murciélagos y no tenían plumas, expliqué. El ave más antigua –el *archaeopteryx*– tenía unos 150 millones de años y era en realidad un pequeño dinosaurio. El desarrollo de alas y plumas tuvo lugar al margen de los pterosaurios.

–Alas y plumas –me interrumpió José–. No aparecen en una noche, ¿no? ¿O es que la naturaleza «sabe» hacia donde va?

Me reí. José había vuelto a tocar ese pequeño núcleo de eternidad, ese punto clave. Aunque creo que su última pregunta era esta vez meramente retórica.

–Lo dudo –respondí–. Se trata de una serie de mutaciones a través de muchos miles de generaciones. Y sólo rige una ley: El individuo que cuenta con una pequeña ventaja en la lucha por la existencia tiene más posibilidades de que sus genes sean heredados.

Preguntó:

–¿Qué ventaja puede haber supuesto para un individuo el desarrollar una torpe tendencia a las alas, muchas, muchas generaciones antes de que pudieran obtener de ellas alguna utilidad? Esos pedazos rudimentarios de alas no harían más que estorbar y con ello reducir la capacidad del individuo de atacar y defenderse, ¿no?

Intenté describir un reptil que trepaba los árboles en busca de insectos. Incluso el más insignificante signo de plumas –en su origen conchas deformadas– habría proporcionado una ventaja inmediata cuando el animal saltaba o bajaba del tronco de un árbol. Cuantas más conchas deformadas tenía, más larga era la distancia que podía saltar, y más descendientes suyos tendrían la posibilidad de crecer y sobrevivir. Incluso los primeros signos de patas palmeadas podrían proporcionar al animal una importante ventaja si la vida se desarrollaba total o parcialmente en el agua. Volví sobre el desarrollo de las plumas y señalé que éstas se fueron convirtiendo en algo importante también para que el ave pudiera conservar una temperatura regular, aunque ése no había sido «el propósito» de las plumas. La ventaja principal de los atisbos de plumas seguramente había tenido que ver con los movimientos del animal. Pero también el orden inverso era una posibilidad. Originalmente, las plumas podrían haber proporcionado a los precursores de las aves una ventaja como regulador de la temperatura, antes de ser importantes para los movimientos del animal. Obviamente el reciente hallazgo de dinosaurios con plumas servía de argumento en este sentido.

–Luego llegaron los murciélagos –dijo José–, porque también algunos mamíferos aprendieron por fin a volar.

Supongo que contesté que, en aquella época, el territorio aéreo ya estaba tan conquistado por las aves que el espacio del murciélago se redujo a la caza nocturna. Pues los murciélagos desarrollaron no sólo alas, sino también la habilidad de lo que llamamos ecolocación.

–Entonces será como lo del huevo y la gallina –opinó José–. ¿Qué fue primero, la ecolocación o la habilidad de volar?

No me dio tiempo a contestar, porque Laura se estaba acercando a la mesa para sentarse con nosotros. La última vez que me había tocado ser el «muerto» en el bridge, aún no había conseguido librarse de Bill, pero me había lanzado una mirada que podía interpretarse como una señal de socorro, y tal vez también como una solicitud de perdón por la frialdad que había mostrado en el aeropuerto. Ahora venía del mostrador del bar, donde había tomado una bebida roja, y al verla llegar le ofrecí un asiento en nuestra mesa. También yo me encontraba en mi salsa. Mario cogió una silla de la mesa de al lado.

–Dame un planeta vivo... –empezó a decir José.

–¡Aquí! –le interrumpió Laura, señalando entusiasmada el palmeral, aunque estaba tan oscuro que no vimos nada. Me acordé del pin de World Wildlife Fund que llevaba en la mochila.

José se reía.

–Dame cualquier otro planeta vivo. Estoy convencido de que antes o después hará aparecer lo que llamamos conciencia.

Laura se encogió de hombros y José prosiguió:

–Para poder refutar con pruebas esa afirmación, tendríamos que encontrar un planeta bullente de vida de todas clases y formas, pero que no haya desarrollado un sistema nervioso tan complicado que permita que una buena mañana aparezca un individuo capaz de pensar un «ser o no ser» o un «cogito, ergo sum».

–¿No es todo esto demasiado antropocéntrico? –preguntó Laura–. La naturaleza no existe sólo para nosotros.

Pero José estaba ya tomando impulso y dijo:

–Dame cualquier planeta vivo, y os enseñaré con gusto una multitud de lentes vivas. Y ya veréis, en un instante estaremos mirando un alma despierta, que además es capaz de explicar quién es.

De nuevo Ana hizo de intérprete:

–Quiere decir que todos los planetas que poseen condiciones para ello conseguirán, antes o después, una especie de conciencia de ellos mismos. El camino de las primeras células vivas hasta organismos complejos como nosotros tal vez sea muy diferente, pero la meta es la misma. El universo se esfuerza por entenderse a sí mismo, y ese ojo que contempla el universo es el ojo del propio universo.

–Es verdad –asintió Laura, y repitió lo que había dicho Ana–: «El ojo que contempla el universo es el ojo del propio universo».

Durante toda la velada estuve intentando recordar dónde había visto antes a Ana, pero sin éxito. Tendría que intentar conocerla mejor.

–¿Y tú que crees? –pregunté–. También tendrás una opinión al respecto, ¿no?

Ella reflexionó un buen rato, y recuerdo exactamente lo que respondió:

–No somos capaces de entender lo que somos. Somos el enigma que nadie sabe resolver.

–¿El enigma que nadie sabe resolver?

Reflexionó de nuevo.

–Sólo puedo responder por mí misma –dijo.

Por un instante, Ana me miró a los ojos. Luego dijo:

–Yo soy un ser divino.

Salvo José, seguramente nadie más que yo reparó en que ese comentario fue acompañado de una sonrisa indescifrable. Mario no estaría tan atento como yo, porque se limitó a abrir de par en par sus ojos marrones y a decir:

–¿Así que eres Dios?

Ella lo afirmó con un movimiento resuelto de la cabeza.

–Sí señor –dijo–. Ése soy yo.

Contestó con la misma naturalidad que si le hubiera preguntado si había nacido en España. ¿Y por qué iba a negarlo? Ana era una mujer orgullosa que no intentaba ocultar su origen aristocrático.

–No está mal –admitió Mario–. ¡Felicidades!

Dicho lo cual, se levantó y se acercó a la barra. Creo que seguía pensando en la partida de cartas. Ahora al menos tenía la explicación de por qué había estado perdiendo toda la noche.

Ana estalló en una carcajada. No entendí por qué se reía, pero tenía una risa contagiosa y pronto estábamos todos riéndonos.

Ahora le tocó a John acercarse con una jarra de cerveza en la mano. Había estado conversando un rato con los jóvenes norteamericanos, y también merodeando a nuestro alrededor, escuchando seguramente buena parte de nuestra conversación.

Acercamos más sillas a la mesa, y pronto éramos seis, porque Mario no tardó en volver con una copa de brandy, tarareando un aria de Puccini, creo que de *Madame Butterfly*. Saludó a Laura, y Laura se presentó a Ana y a José.

El inglés dijo:

–Oí sin querer algo de lo que habéis dicho sobre el «propósito» o la «finalidad» de las cosas. Bien, excelente, pero yo creo que es muy importante que esas cuestiones se evalúen retrospectivamente.

Ninguno entendimos lo que quiso decir, lo que no pareció asombrarle lo más mínimo. Prosiguió:

–Muchas veces, el significado de un determinado suceso no aparece hasta mucho tiempo después del suceso en sí. La causa de algo que ocurre sólo aparece a posteriori. La razón es muy simple: Todos los procesos tienen una coordenada temporal.

El hombre seguía sin cosechar ni un pequeño gesto de aprobación. Ni siquiera se le rogó que procurara explicarse mejor. Añadió:

–Imaginad que hubiéramos sido testigos de lo que sucedió en esta Tierra hace, digamos, trescientos millones de años. Estoy seguro de que el biólogo puede ofrecernos una imagen de esa época.

Acepté el reto sin rechistar y dije que nos encontrábamos a finales del período carbonífero e hice una pequeña descripción de la flora, los primeros insectos voladores y los primeros reptiles que se fueron desarrollando conforme el ambiente de la Tierra se iba haciendo más seco de lo que había sido en el devónico y a principios del carbonífero.

Pero entre los vertebrados terrestres seguían dominando los anfibios.

John me interrumpió:

–Entre helechos gigantes y trepadoras semejantes a bobinas, reptan unos grandes anfibios parecidos a las salamandras, y también algunos reptiles, incluidos los que darían origen a nuestra propia estirpe. Si hubiéramos estado presentes en ese hábitat, es muy probable que nos hubiera parecido completamente absurdo. Hoy, por fin, tiene sentido pensar hacia atrás.

–¿Sin lo que sucedió entonces, nosotros no estaríamos aquí hoy? –preguntó Mario.

El inglés hizo un gesto afirmativo, y yo objeté:

–Pero no puedes decir que nosotros somos la causa de lo que sucediera hace trescientos millones de años.

José no pudo ocultar su satisfacción por el discurso de John. Le hizo una señal para que continuara.

Y el inglés dijo:

–Sólo digo que hace trescientos millones de años habría sido una conclusión precipitada decir que la vida en este planeta era absurda, o sin propósito. Lo que pasa es que la finalidad aún no había tenido tiempo de florecer.

–¿Y cuál es esa finalidad?

Dijo:

–El devónico fue el estado fetal de la razón. Yo opino que se puede hablar de una finalidad en el feto, pero no creo que las primeras semanas de un embarazo tengan o cumplan un propósito en sí, al menos no para el feto. Es igual de precipitado creer que hoy en día podemos dar una explicación exhaustiva del propósito de nuestra propia existencia.

–¿Quieres decir que estamos aún de camino? –preguntó Laura.

John volvió a asentir:

–Hoy somos nosotros los que pertenecemos a la vanguardia, pero no hemos llegado a la meta. Hasta dentro de cien, mil o mil millones de años no se sabrá hacia dónde estábamos yendo. De esa manera, lo que tendrá lugar en el futuro se convierte en cierto modo en la causa de lo que sucede aquí y ahora.

Durante un buen rato siguió explicando lo que quería decir con el «estado fetal de la razón», y creo que la mayoría de los presentes atribuyeron lo que decía a las fabulaciones de un escritor sobre la idea de las perspectivas. Dijo:

–Pero retrocedamos aún más. Imaginemos que hubiéramos sido testigos de la creación del sistema solar. ¿No nos habríamos sentido ligeramente mareados si hubiéramos presenciado ese monstruoso espectáculo de fuerzas naturales, ciegas y estúpidas? La mayoría seguramente habría jurado que lo que estaba presenciando era totalmente absurdo. Yo opino que habría sido una reacción precipitada.

Ana y José mostraron su acuerdo con gestos, y el inglés prosiguió:

–O podemos retroceder aún más. Digamos que fuéramos testigos del Big Bang, y con ello de la formación del universo, cuando se creó el tiempo y el espacio. Si yo hubiera presenciado lo que ocurrió entonces, creo que habría vomitado de asco, pues ¿para qué

servían esos extravagantes fuegos artificiales? Hoy puedo entender que la razón del Big Bang fue que nosotros podamos estar hoy aquí mirando hacia atrás.

–¡Nosotros! –exclamó Laura–. ¿Por qué siempre nosotros? ¿Por qué no el sapo o el panda?

John se quedó mirándola mientras resumía:

–Tal vez se equivoquen los que sostienen que no hay ningún sentido detrás de la existencia del Universo. Yo creo firmemente que el Big Bang tenía una finalidad, aunque la propia contemplación es retroactiva, al menos para nosotros.

–Me parece que estás presentándolo todo al revés –objeté–. Cuando hablamos de causa queremos decir algo que señala hacia atrás en el tiempo. Una causa nunca puede pertenecer al futuro.

John me miró de reojo.

–Tal vez sea en ese punto donde nos equivocamos. Pero podemos dar la vuelta a la perspectiva, si quieres. Sólo si la vida de este planeta *no* hubiera evolucionado desde los primeros anfibios, podríamos haber afirmado que la vida en la Tierra sería absurda y sin intención. Pero, en ese caso, ¿quién habría asumido la tarea de ser la versión sapo de Jean Paul Sartre?

A Laura no le entusiasmaron estas perspectivas. Miró a John muy airada y dijo:

–Entonces los sapos habrían sido sapos. No entiendo que eso necesariamente hubiera sido menos significativo que el hecho de que las personas sean personas.

El inglés asintió cordialmente:

–Eso es, en ese caso los sapos habrían sido sapos. Y habrían hecho lo que hacen los sapos. Pero nosotros somos seres humanos, y hacemos lo que hacen los seres humanos. Preguntamos si hay una intención o un propósito en todo. La vida en el devónico de hecho estaba repleta de significado, para nosotros, digo, no para los sapos.

Laura no estaba muy impresionada y objetó:

–Yo lo veo de una manera muy distinta. Toda la vida en la Tierra es igual de valiosa.

No soy capaz de evaluar hasta qué punto John realmente pensaba lo que estaba proclamando, pero aún no había acabado, porque añadió:

–También por casualidad podría no haberse formado ninguna vida en este planeta. Entonces podríamos haber señalado que este planeta no tiene otro objetivo que cumplir salvo su mera existencia. Pero ¿quién podría haberlo señalado?

Al no recibir ninguna respuesta concluyó:

–Si nunca hubiera tenido lugar un Big Bang todo, absolutamente todo, habría estado completamente vacío y absurdo, pero sólo para el propio vacío, y el vacío es aún menos sensible a lo absurdo que lo son los sapos y salamandras.

Me fijé en que Ana y José estaban constantemente en contacto visual, y lo asocié en mi mente a las extrañas frasecitas que habían estado diciéndose en español ese mismo día andando por la isla. ¿Podría haber una relación? ¿No era un juego concertado? ¿Sería el inglés el que había formulado las extrañas frases? Al menos resultaba notable que casi la totalidad de los huéspedes de Maravu estuviera hablando de lo mismo.

Ana le preguntó a Laura de dónde venía. Contestó que en realidad era de San

Francisco y que había estudiado Historia del Arte, pero que últimamente había trabajado de periodista en Adelaida. Hacía poco había recibido una especie de beca de trabajo de una fundación norteamericana medioambiental, y su tarea consistía en registrar todas las fuerzas que se oponían a la lucha de los pueblos por la defensa del medio ambiente. La misión de Laura sería, en suma, llevar un control anual de individuos, instituciones e importantes empresas que por intereses económicos quitaran importancia públicamente a las amenazas contra el medio ambiente en la Tierra.

Mario quiso saber por qué esta actividad de registrar era tan importante, y Laura aprovechó la ocasión para presentar su versión general del estado de las cosas en la Tierra. Opinaba que la vida en la Tierra estaba amenazada, que los recursos cultivables se irán reduciendo a la larga, que los bosques tropicales se quemarán y que la variedad de especies de este planeta está a punto de reducirse. Se trata de procesos completamente irreversibles, precisó.

–De acuerdo –dijo Mario–. Pero ¿qué sentido tiene coleccionar en una carpeta un detalle de todas las cabezas de turco?

–Tendrán que responsabilizarse –contestó ella–. Hasta ahora ha sido siempre el movimiento medioambiental el que ha tenido todas las pruebas. Eso es lo que deseamos cambiar. Queremos transparencia.

–¿Y luego?

Laura extendió los brazos.

–Tal vez algún día haya un proceso. Entonces tú podrás actuar de abogado defensor de los sapos.

–Pero ¿crees realmente que ese informe que vas a hacer bastará para frenar a los destructores del medio ambiente?

Ella asintió con la cabeza.

–Muchos fanfarrones se ponen bastante mansos al enterarse de por qué los entrevisto, luego se dan media vuelta cuando entienden que la única finalidad de la entrevista es enmarcar sus declaraciones. Eso será algo para enseñar a hijos y nietos, que una vez el abuelo estuvo en las barricadas minimizando los efectos nocivos de la contaminación en la naturaleza.

Mario había captado por fin el significado.

–¿Pretendes responsabilizarlos a ellos como personas? –preguntó.

Creo que permanecí un rato sonriendo para mis adentros, porque sentía cierta simpatía por las insolencias de Laura. Dije:

–A mí me parece una idea divertida.

Se volvió hacia mí con una mirada interrogante. Vi el ojo verde y el marrón. Como suele pasar con los idealistas, estaba siempre en guardia.

–Quizá necesitemos un lugar para exponerlos a la vergüenza pública –dije.

John hizo un gesto afirmativo con la cabeza con tanta energía que volvió a acaparar la atención de todos. Declaró:

–El ser humano es tal vez el único ser vivo en todo el Universo que tiene una conciencia universal. En ese caso, no sólo es una responsabilidad global conservar los

hábitats de este planeta; es una responsabilidad cósmica. Un día, la oscuridad podrá volver a cubrirlo todo. Y el espíritu de Dios ya no volará sobre las aguas.

No hubo ninguna objeción a esta conclusión. Al contrario, pareció como si hubiese logrado unir a los presentes en una silenciosa reflexión.

Bill vino hacia la mesa haciendo equilibrio con tres botellas de vino tinto y un vaso de whisky en las manos. Detrás de él llegó el fidjiano de la flor en la oreja izquierda, con seis copas. El norteamericano dejó las botellas sobre la mesa y cogió una silla de una de las mesas vecinas. Se sentó al lado de Laura.

Bill repartió las copas y señaló las tres botellas, diciendo:

–¡Invita la casa!

De nuevo registré la frialdad con que Laura trataba a Bill, y creo que pensé que corría el riesgo de que su pasión por el medio ambiente la convirtiera en una misántropa. Era guapa y extraña, pero de esas personas que sólo miran al frente, y tampoco levantaba la mirada de *Lonely Planet* cuando le hablaban amablemente en aeropuertos que estaban en el quinto pino.

Ya que la conversación seguía centrada en cuestiones medioambientales, yo hice una breve presentación de mi cometido, y creo recordar que fue a petición de Ana o José. Esta vez Laura no ocultó que estaba impresionada, y así por fin logré infundirle algo de respeto. Tuve la impresión de que daba por sentado que ella era la única persona en el mundo –o al menos en esa isla– que había adoptado una postura ante los problemas medioambientales de este planeta.

Bill pertenecía, como ya había adivinado, a esa gran legión de jubilados norteamericanos en buena forma. Había trabajado para una de las grandes compañías petrolíferas y era ahora uno de esos expertos en tecnología punta que combaten las explosiones incontroladas en los pozos de petróleo. No sin cierto orgullo nos contó que había trabajado con el legendario Red Adair, entre otros. También había recibido varios encargos de la NASA y era –modestia aparte– uno de los que había conseguido que el *Apollo 13* no siguiera dando vueltas a la luna. Si lo menciono aquí es por el siguiente episodio:

Habíamos hablado durante un buen rato de cuestiones medioambientales antes de pasar a temas más triviales. Entonces Bill –a petición de todos los presentes– comenzó a explayarse sobre algunas de sus hazañas. En verdad, él no era el que más había hablado hasta entonces, contaba de una manera que resultaba divertido escucharle, y era él quien servía el vino que estábamos tomando. Justo mientras estaba contando una dramática explosión en un pozo, Laura tuvo un virulento acceso de ira que manifestó abalanzándose sobre Bill y dándole golpes.

–¡Toma! –exclamó–. Esto sí es una auténtica explosión. ¡Maldito cerdo petrolífero!

Me pareció un comentario poco adecuado en ese momento, justo cuando el hombre estaba contando cómo, arriesgando su vida, había impedido una importante catástrofe medioambiental.

A nadie sorprendió comprobar que la señorita tenía mucho genio y tampoco que aparentemente le costaba distinguir entre la intensa dedicación a una causa y el

fanatismo. Pero lo cierto es que la chica golpeaba a Bill de tal manera que él tenía que levantar los brazos para esquivar los golpes. En medio del tumulto se cayó una de las botellas sobre la mesa, y el cuarto de litro que aún quedaba se desangraba sobre el mantel blanco de damasco.

Bill cometi6 en ese momento la monstruosidad de poner una mano sobre la nuca de Laura y decir afablemente:

–Bueno, bueno, tranquilízate ya.

Entonces tuvo lugar el momento más crucial de la noche, porque esa temperamental mujer se tranquilizó tan instantáneamente como se había exaltado. Recuerdo que pensé en un tigre y un domador, en cierto modo dependen totalmente el uno del otro, porque sin el genio del tigre, el domador no tendría nada que domar, y sin el domador, el tigre tampoco tendría por qué irritarse. Sea como sea, la pelea quedó en nuestra mente como una ilustración de las habilidades de Bill para combatir explosiones incontroladas. Lo que no entendí muy bien fue la causa de la explosión.

El suceso constituyó en cierto modo el final natural de la velada. Laura se levantó primero, dio las gracias a Bill por el vino y le pidió perdón antes de retirarse a su cabaña. Creo recordar que al irse se volvió buscando mi mirada, como si yo estuviera en posesión del remedio para sus tormentos.

–La donna é mobile –farfulló Mario, con un elocuente gesto de los brazos, antes de retirarse. Era el que más vino había bebido.

El robusto inglés miró satisfecho a su alrededor.

–Esto ha sido un inicio muy prometedor –dijo–. ¿Y cuánto tiempo vais a quedaros?

Le contesté que yo pasaría tres noches en la isla, igual que Bill, que luego iría a Tonga y Tahití. Los españoles se marcharían un día después que yo.

La pareja de novios de Seattle se había retirado hacía ya tiempo a su suite nupcial, y el personal estaba apagando velas y recogiendo mesas. John dio un último sorbo de la jarra de cerveza antes de despedirse solemnemente. Luego también Bill agradeció la agradable compañía, y nos quedamos solos los españoles y yo unos minutos antes de bajar al palmeral. Miramos los sapos nadando a sus anchas en la piscina. Comenté que nadaban a braza, exactamente como nosotros.

–O al revés –dijo José–. Lo hemos aprendido de ellos.

Por encima de nosotros brillaban las estrellas como señales morse de un pasado perdido. José señaló la inmensa noche y dijo:

–En un tiempo esta galaxia estaba preñada de ellos.

No entendí inmediatamente lo que quiso decir, tal vez porque seguía pensando en Laura y Bill.

–¿De quiénes? –pregunté.

–De sapos. Pero no son conscientes de ello. Supongo que siguen teniendo una visión geocéntrica del mundo.

Permanecimos un buen rato admirando las ascuas rojas, blancas y azules sobre el firmamento.

–¿Cómo de grande es la probabilidad de que algo pueda nacer de la nada? –preguntó

José—. O al revés, claro: ¿Qué probabilidad hay de que algo haya existido siempre? En todo caso: ¿Se puede calcular la posibilidad de que la materia cósmica de repente una mañana despierte consciente de sí misma?

Fue imposible saber si las preguntas iban dirigidas a mí, a Ana, a la noche cósmica, o sólo a él mismo. Noté lo trivial que sonó mi respuesta:

—Todos nos hacemos esa clase de preguntas. Lo que ocurre es que no tienen respuesta.

—No digas eso —contestó—. El que una respuesta no esté a tu alcance no significa que no exista.

Ahora fue Ana la que tomó la palabra. Me sobresalté cuando se dirigió a mí en español, mirándome a los ojos:

—Al principio fue la gran explosión, y de eso hace ya mucho tiempo. Aquí sólo se hará mención del bis de la noche. Aún es posible conseguir una entrada. En una palabra: la propina consiste en que se cree el público del espectáculo. Sin la claque, no habría tenido sentido denominar a lo sucedido espectáculo. Sigue habiendo asientos libres.

Aplaudí, y al instante me di cuenta de haber metido la pata. Para arreglarlo dije:

—¿Qué has dicho?

Ana se limitó a contestar con una sonrisa que, a la luz de la piscina, más intuía que veía.

José le había puesto un brazo alrededor de los hombros, como queriendo protegerla del espacio vacío. Nos dimos las buenas noches y nos fuimos ellos en su dirección y yo en la mía. Antes de que desaparecieran en la oscuridad, oí decir a José:

—Si existe un Dios, éste no sólo es un as en dejar huellas sino, sobre todo, un maestro en esconderse. Y el mundo no es de los que hablan más de la cuenta. El firmamento sigue callado. No hay mucho cotilleo entre las estrellas...

Ahora Ana unió su voz a la de José, y el resto de la frase fue recitado al unísono, como si se tratara de un viejo trabalenguas:

—Pero nadie ha olvidado todavía la gran explosión. Desde entonces, el silencio ha reinado ininterrumpidamente, y todo lo que existe se aleja de todo. Todavía es posible toparse con una luna. O con un cometa. No esperes que te reciban con amables clamores. En el cielo no se imprimen tarjetas de visita.

Hombre mosquito para un geco

Tuve una inquietante sensación en el cuerpo al abrir la puerta de la «bure» 3, y lo primero que vi al encender la luz fue un obeso geco sentado en la botella de ginebra. Entonces era lo que yo había pensado. Tal vez fuera él lo que sonó contra la viga del techo cuando salí de la habitación para ir a cenar. El geco medía cerca de treinta centímetros de largo, y no parecía haber pasado nunca hambre de mosquitos. Nos sobresaltamos los dos a la vez. El geco se quedó inmóvil, pero cuando di un paso hacia él, dio media vuelta alrededor de la botella y tuve miedo de que ésta cayera al suelo desde la mesilla de noche. Ya se habían derramado bastantes gotas esa noche.

Conocía bien a los gecons, y sabía que era ilusorio pensar en librarse de ellos en los dormitorios de esta parte del mundo, pero no me hacía mucha gracia ver demasiados ejemplares de esos animales hiperactivos saltar por la habitación justo cuando iba a acostarme, y menos tenerlos correteando por la colcha o dormidos sobre uno de los postes de la cama.

Di otro paso hacia la mesilla de noche. El geco estaba apoyado contra la parte trasera de la botella, razón por la cual pude estudiar su barriga y su cloaca, algo ampliadas por la refracción. No movía ni un músculo, pero la cabeza y el rabo asomaban por la parte de atrás de la botella, y el pequeño saurio me observaba atentamente, porque por instinto sabía que sólo tenía dos posibilidades: o se mantenía completamente quieto con la esperanza de fundirse con el entorno, o subía corriendo por la pared y se asentaba en el techo, o, preferiblemente, buscaba refugio detrás de una viga del mismo.

Lo paradójico fue que debido al encuentro con ese enorme ejemplar de *Hemidactylus frenatus*, me entraron unas ganas terribles de dar cuanto antes un gran trago de licor, y empecé a temer que ese animal descuidado me lo impidiera, no sólo esa noche, sino durante toda mi estancia en la isla. La botella estaba casi llena y con gran preocupación por mi bienestar había calculado que me duraría las últimas tres noches antes de regresar a casa. Ya había examinado el minibar nada más llegar, y contenía sólo cerveza y refrescos.

Con el brazo izquierdo dispuesto a salvar la botella en caso de que se cayera, di otro par de pasos hacia el geco, pero el huésped no invitado seguía aferrado a la idea de que una intensa combinación de resistencia pasiva y posesiva era mejor táctica que echarse a correr. De no haber sido por la gran preocupación que sentía por el contenido de la botella, me habría ido al baño, dejando al geco vía libre para salir de allí con la cabeza alta. Pero tenía recuerdos muy recientes de las muchas veces que algún geco me había

tirado de todo, desde botellas de champú a vasos de cepillos de dientes. Justo entonces descubrí, para más inri, que el tapón de la botella no estaba bien enroscado.

Otro paso más y podría agarrar la botella, pero en ese caso me llevaría también al gecko, y debo confesar que mi relación con los reptiles siempre ha sido algo ambivalente. Me fascinaban porque me proporcionaban muchas asociaciones paleontológicas, pero no me gustaba tocarlos ni que se me metieran en el pelo, y menos cuando iba a acostarme.

Los saurios constituyen para la mayoría de la gente un *mysterium tremendum et fascinatum*, y yo no soy una excepción, aunque me consideraba un especialista en ellos. Es perfectamente factible tener un interés profesional por bacterias y virus, y no desear ningún tipo de contacto íntimo y sin protección con esos organismos. A partir de Madame Curie, es obligatorio para cualquier entusiasta de los rayos X tomar ciertas precauciones cuando se trata con ese divertido juego de sustancias radioactivas. Ni siquiera constituye necesariamente una paradoja tener una intensa fobia a las arañas y a la vez escribir un tratado humorístico sobre la morfología de esos articulados carnívoros.

En lo que se refiere a vertebrados como geckos e iguanas, hay que considerarlos individuos observadores muy diferentes a, por ejemplo, las bacterias y las arañas. Desde que encontré a aquel pequeño corzo muerto cerca de mi casa en Vestfold, era muy consciente de que también los animales pueden ser pequeñas personalidades. Aquella noche en la cabaña no soportaba la idea de tener que hacer nuevos amigos, no sentía deseos de que me mirara fijamente un saurio, no a esas horas de la noche, y no dentro de lo que yo concebía como el ámbito de mi intimidad, comprada y pagada, pues había dejado muy claro en mi reserva que no deseaba compartir cabaña con otro huésped. Los insectos eran otra cosa, ante ellos nunca me he sentido cohibido, y jamás he sido capaz de equiparar una mosca normal y corriente a una persona. Una mosca no tiene cara, no tiene una expresión individual, pero los saurios sí, y por tanto la tenía ese tozudo gecko sentado en la botella de ginebra.

Estoy seguro de que habría logrado superar mi leve aversión a entrar en contacto con aquel engreído reptil si hubiera podido beber un buen trago de ginebra. Pero en ese momento el orden de los sucesos era de gran importancia. Tendría que conseguir beber un trago de la botella *antes* de llevármela a la boca. La situación estaba por lo tanto bloqueada, y el pequeño drama terrorista duraría más de lo que me había imaginado, porque estaba cansado, muy cansado, y no tenía agallas para echarme a dormir al lado de un gecko sin haber tomado mi medicina para dormir.

Y tampoco podía quedarme allí de pie sin moverme, sobre todo porque tenía los pies muy doloridos tras el largo paseo hasta la línea del cambio de fecha. Además, hubiera resultado demasiado humillante ante ese reptil boquiabierto que no me quitaba ojo ni un instante, y que seguramente estaba pensando lo suyo. Por eso, lo primero que hice fue sentarme con mucho cuidado en la cama, a una distancia que me permitiera alargar el brazo hasta la botella en caso de llegar a un enfrentamiento, algo que no era en absoluto impensable, porque ese exagerado ejemplar de gecko *hemidactylus* era lo más gordo que había visto en mi vida, y no dudaba de que el peso corporal y la fuerza muscular del animal fueran capaces de enviar la botella al suelo, al menos en el peor de los casos

imaginables, y no podía permitirme el lujo de considerar otros casos.

Permanecimos un buen rato mirándonos fijamente, yo sentado en el borde de la cama y el gecko dominando la escena como una esfinge vigilando la entrada de una farmacia. Si me hubiera puesto a dar palmadas, estoy seguro de que el gecko habría depuesto su resistencia pasiva, pero, en ese caso, puede que con las prisas por largarse, o, de pura maldad, hubiera tirado la botella unos microsegundos después de que mis palmas se juntaran, y varias décimas de segundo antes de que un lento primate como yo hubiera tenido tiempo de salvar la botella. Lo que realmente me impresionaba en esos bichos era su capacidad de reacción casi clarividente. Además, ese ejemplar era un representante especialmente despabilado de su clase.

Le puse como nombre Gordon por la etiqueta de la botella. Antes de sentarme en la cama, había podido comprobar que se trataba de un macho. Mister Gordon había pasado ya sus mejores años, comparándolo con una vida humana tendría un par de decenios más que yo, y aunque pertenecía a una especie cuyas hembras ovíparas no ponen más de dos huevos cada vez, tendría probablemente una abundante prole. A Gordon le habría dado tiempo de sobra a ser abuelo y bisabuelo, estaba seguro, y tal vez su abuelo había inmigrado a Taveuni, ya que pertenecía a una especie importada a las islas Fidji hace sólo unos treinta años.

Llegué a la conclusión de que era su larga experiencia lo que le hizo optar por quedarse sentado sobre la botella, porque él era ya más que consciente de que nos estábamos vigilando mutuamente. Ya se habría dado cuenta de que los primates vestidos y con pelo en la cabeza no constituíamos una amenaza real aunque, en ese caso, también debería haber sabido que no habría entrañado ningún peligro para él haberse marchado. Pero también cabía otra posibilidad: Gordon podría ser de la clase de los curiosos, o incluso de los que buscan compañía.

Tantas ganas tenía ya de un trago que clavé la mirada en las pupilas verticales del animal y susurré:

—¡Lárgate ya!

Creo que respiró con algo más de dificultad y tal vez le subiera una pizca la tensión sanguínea, pero, por lo demás, se mantuvo ostensiblemente tranquilo. Me recordaba a esos manifestantes indolentes a los que la policía tiene que llevarse en brazos, ya se trate de una manifestación contra la construcción de nuevas carreteras o —como en este caso— contra las normas demasiado liberales del consumo de alcohol en lugares públicos. Al contrario que yo, ese manifestante puntual ni siquiera tuvo que pestañear, y justo eso, el que los geckos no tuvieran párpados móviles, me irritó sobremanera, no sólo porque, debido a ello, yo no tendría la posibilidad de aprovechar ni un segundo de pérdida de atención por su parte, sino también porque significaba que, durante breves instantes, él tendría la posibilidad de observarme sin que yo le mirara a él, y un breve instante era un intervalo de tiempo mucho más corto para un ser humano que para un gecko. En suma: él era capaz de mirarme durante largos períodos seguidos, mientras me veía dormirme una siesta tras otra.

—Vale —dije en voz muy alta—. ¡Ya está bien!

Gordon no se inmutó. No sólo era viejo, sino que era obvio que me había topado con un ser cabezón y hastiado de vivir, que tal vez no conociera otra diversión que la de robarle la muy necesitada medicina para dormir a un vertebrado superior. *Robo*. Ésa era la palabra clave. Ese mismo día, otro ser había tenido que confesar un robo, un ser que además creía en la vida eterna, y a quien hace poco le había dejado su mujer, motivo por el cual se había pasado toda la noche bebiendo en abundancia en un bar lleno de humo, antes de salir en su avioneta de veterano por la mañana, con cinco pasajeros de los que pagaban. Hasta ese instante no había reconocido al piloto de la caja de cerillas de Sunflower Airlines. Gordon Geco tenía exactamente la misma expresión de cara que ese piloto de avanzada edad, la misma mirada severa, el mismo cuello arrugado, la misma indolente bolsa de piel colgando bajo la barbilla, por no olvidar esas manos en forma de pala que tienen los gecos, con cinco dedos cortos. *Hemidactylus* significa «con medios dedos», y también ese piloto tenía dos medios dedos. Tuve la sensación de que las piezas del puzzle estaban ya colocadas. No era la primera vez durante las últimas veinticuatro horas que yo había sido rehén en un drama terrorista, y no era la primera vez que la propia situación de terrorismo había despertado en mí una apasionada sed que, precisamente debido a las circunstancias, no podía apagar.

Me cabreeé de tal manera que volví a considerar la posibilidad de un ataque relámpago. Si opté por rechazarla, fue sólo porque preveía lo que iba a suceder: no me sería tan difícil salvar la botella en sí durante una veloz acción de comando, pero, en ese caso, el peligro de que una gran parte de su contenido se derramara, al menos si Flash Gordon reaccionaba inadecuadamente, era una posibilidad que no se podía descartar, y no podía permitirme el lujo de perder ni un centilitro.

—Escucha —dije mirando a los ojos rígidos de mi lejano pariente—, lo último que quiero hacer es estrangularte. Creo que lo has entendido. Ni siquiera te pido que te largues. Sólo quiero la botella sobre la que estás sentado.

No me cabía duda de que había entendido todo lo que le había dicho, porque fue como si me contestara que sabía todo eso, y que llevaba más de un cuarto de hora sabiéndolo, pero que estaba sentado en la botella capturando mosquitos mucho antes de que yo llegara, por lo que no tenía ningún derecho a exigirle que se quitara de allí, al contrario, era yo el que había penetrado en su territorio, porque él nunca me había visto allí antes, y si no me largaba ya, o al menos lo dejaba en paz, se vería obligado a ocuparse de que no hubiera botella sobre la que discutir, y no quería dejar de informarme de que era cinturón marrón en golpes de cola.

—No quise decir eso —expliqué—. Si me dejas beber unos tragos del brebaje, y no tardaré más que un par de segundos, puedes volver a sentarte sobre la botella. Yo soy cinturón negro en aplastamiento de reptiles, y ya que no nos fiamos el uno del otro, te recomiendo bajar a la mesilla de noche mientras bebo. Además, tendré que enroscar bien el tapón, si no, los dos acabaremos oliendo a enebro.

Gordon ni se inmutó, pero dijo:

—Eso me suena familiar.

—¿El qué?

–Luego te largarás con la botella.

–¡No puedes imaginarte la sed que tengo! –se me escapó sin querer.

–Yo tengo hambre –señaló–. Y sólo como a estas horas de la noche. También los mosquitos tienen cierta preferencia por las botellas, ¿sabes?, porque vienen a posarse aquí a menudo, y yo saco la lengua, y hala... colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Tenía algo de razón, pero me irritó que pensara que podía enseñarme algo sobre la manera de vivir de los geos. Si no hubiera sido por el contenido de la botella del tapón suelto, podríamos haber compartido habitación en una perfecta simbiosis. Gordon podría haber seguido sentado sobre la botella ocupándose de los mosquitos para que yo pudiera dormir tranquilo, sin tener que despertarme a la mañana siguiente lleno de picaduras. En el pasado, los caciques de Fidji tenían un «hombre mosquito» que pasaba las noches sentado desnudo al lado de ellos, simplemente con el fin de dejarse picar por los mosquitos y así ahorrar al cacique ese malestar. Supongo que esos hombres mosquito se convirtieron en un gremio profesional en paro cuando el eficaz geos doméstico se extendió por las islas. Hoy se consideraba más bien parte del inventario de todas las casas.

Se me ocurrió una idea:

–Entonces iré por otra botella –dije–. Te puedo dar una botella de cerveza helada del frigorífico. Es un verdadero señuelo para los mosquitos.

Gordon permaneció un rato considerando la propuesta, y luego dijo:

–Francamente, empiezo a hartarme de esta pelea, acepto la propuesta.

–¡Eres un sol! –exclamé.

Durante unos segundos me sentí feliz, y recuerdo que me felicité por mi ingenio. Dije:

–Entonces bájate de la botella. Te daré otra enseguida.

Pero el animalito se sobresaltó y dijo muy resuelto:

–Primero vas a por la cerveza y luego me bajo de la botella.

Negué con la cabeza:

–Entonces podrías tirar lo que va a ser la moneda de cambio por la cerveza. Uno puede ponerse de repente un poco espasmódico, ya sabes, sobre todo cuando no hay vigilancia.

–La botella sólo se caerá si dejas de comportarte adecuadamente. Olvídalo.

–¿Por qué?

–Estoy perfectamente como estoy.

Aún no había abandonado la esperanza de hacerle ceder, y dije:

–Si todavía quedan mosquitos en esta habitación, estoy seguro de que prefieren una cerveza fría. A todos los mosquitos les encanta la condensación que tienen las botellas frías de cerveza.

Se limitó a mirarme sarcásticamente.

–¿Y qué crees que me pasa a mí si me siento en algo muy frío? Sería un suicidio para un señor tan sensible como yo. ¿Tal vez por eso se te ocurrió la idea?

En absoluto, porque no se me había ocurrido pensar que Gordon era un animal de

sangre fría que perdería el conocimiento si estaba cinco minutos sobre una superficie con una temperatura de dos grados sobre cero.

–Entonces te calentaré la cerveza. Lo hago con mucho gusto, de verdad.

–¡Tonto!

–¿Ahhh?

–Entonces ya no estará fría, y para eso estoy mejor donde estoy.

Yo estaba ya rabioso.

–Sabes que puedo alargar la mano y aplastarte con ella.

Me pareció oírle reír. Objetó:

–No creo que te atrevas, y tampoco creo que puedas hacerlo. ¿No me elogiaste antes por mi capacidad de adivinar? Casi clarividente, dijiste.

–Fue algo que pensé, no algo que dije, no mezcles las cosas –entonces se rió y dijo:

–Si somos clarividentes, es que somos clarividentes, y entonces no hay mucha diferencia entre lo que oigo decir y lo que adivino que piensas. Es decir, veré tus manos acercarse a cámara lenta mucho antes de que lleguen a su destino. Mientras tanto, tendré mucho tiempo para despedirme con un decidido golpe de cola y para refugiarme ileso en el techo.

Yo sabía que decía la verdad.

–Esto ya no tiene gracia –exclamé casi a gritos–. No acostumbro a discutir con reptiles, pero pronto podría llegar a perder los estribos.

–«Discutir con reptiles» –repitió–. Puedes ahorrarte tus sarcasmos.

Me recliné en la cama, esta vez tan hacia atrás que durante muchos segundos no habría tenido posibilidad alguna de salvar la botella si se hubiesen cumplido sus amenazas.

–No quise decir eso –dije en tono halagador–. La verdad es que siento más respeto por seres como tú de lo que te puedes imaginar.

–«Seres como tú» –dijo imitándome–. Los prejuicios más perversos suelen estar tan dentro que a veces uno mismo no los nota.

–Sólo quiero decir que no estoy buscando pelea, de verdad –le aseguré–. Me parece que tienes un grave problema de complejo de inferioridad.

–En absoluto. Cuando los de tu estirpe eran animalitos insignificantes, del tamaño de un musgano, mis tíos y tías reinaban sobre toda la vida en la Tierra, y muchos de ellos abultaban en la naturaleza como grandes naves.

–Vale, vale –dije–. Sé todo sobre los dinosaurios, y sé distinguir entre sinápsidos y diápsidos. Pero te comunico que también sé distinguir entre *Lepidosauria* y *Archosauria*, de modo que no debes presumir demasiado de un parentesco muy íntimo con los dinosaurios. Eso debes dejárselo a las palomas y a los loros que están en el interior de la isla.

Creí que había logrado callarle con las denominaciones taxonómicas, porque permaneció un buen rato sin contestar, y tal vez ni siquiera sabía griego. Al cabo de un rato dijo:

–Si retrocedemos sólo un poco más, las líneas de nuestras familias convergen, lo que

significa que estamos emparentados. ¿Has pensado alguna vez en eso?

¡Que si había pensado en eso! La pregunta me pareció tan tonta que ni siquiera me digné contestar. Pero él insistió:

–Si retrocedemos hasta el carbonífero, tú y yo descendemos de la misma pareja. Al fin y al cabo, eres mi hermanito, ¿sabes?

Me pareció que la cosa se estaba poniendo demasiado íntima, pero lo que más me seguía preocupando era cómo no perder la ginebra.

–Claro que lo sé –contesté–. Y tú lo sabes sólo porque yo lo sé. ¿O acaso hay aquí en la isla una universidad para geocos?

No debería haber dicho eso, porque se ofendió. Primero se limitó a mirarme fieramente, a la vez que su cara iba adquiriendo una expresión rígida, como si estuviera tensando todos los músculos. Entonces ocurrió lo que me había temido desde el principio: de repente dio dos vueltas y media alrededor de la botella de ginebra, que se movió unos centímetros. Lo peor de todo fue que con tanto movimiento el tapón se desprendió y cayó rodando, primero a la mesilla de noche y luego al suelo. Noté la presión de las lágrimas en los rabillos de los ojos, porque con ese gesto el airado dragón había mostrado que me llevaba ventaja, y faltaba muy poco para que el mundo se fuese a pique y yo tuviera que pasarme toda la noche despierto, bebiendo cerveza fidjiana. Pensé que su animosidad hacia mí había empezado cuando desdobló un mapa en el regazo de Laura en aquel terrible vuelo en el aire poco denso sobre Tomaniivi.

Iracundo por dentro recogí el tapón del suelo, pero puse buena cara al mal tiempo y dije en un tono conciliador:

–Confieso que lo de la universidad de geocos ha sido un poco irrespetuoso. ¿Aceptas mis disculpas?

Se puso delante de la botella de espaldas a mí, de manera que sólo podía verme con un ojo.

–Además, tienes toda la razón respecto a lo de la época gloriosa de los reptiles en el jurásico y en el cretácico –proseguí–. Fuisteis más avanzados que los primeros mamíferos y, hacia finales del cretácico, que los marsupiales y los placentarios. De verdad que soy consciente de ello. Por eso, aquel terrible impacto del meteorito que marcó la transición al período terciario resulta sumamente injusto.

–¿Qué quieres decir?

–Teníais un glorioso futuro por delante. Muchos de vosotros ya os habíais erguido, algunos erais de sangre caliente como nosotros, de hecho opino que estabais en vías de conseguir una cultura superior, con universidades y centros de investigación. Para algunas especies no faltaban más que unos cuantos millones de años, lo cual no es mucho, teniendo en cuenta que los dinosaurios dominaron la vida en la Tierra durante casi doscientos millones de años. En comparación, puedes pensar en los enormes avances que ha hecho mi estirpe sólo durante los últimos dos millones de años, y con esto quiero decir avances genéticos. Las conquistas culturales las medimos nosotros en siglos y décadas, así que no son gran cosa.

Me oí a mí mismo y tuve miedo de haber vuelto a ser poco escrupuloso en la elección

de perspectivas, pues de nuevo estaba presumiendo con todo descaro de mi estirpe y precisamente a costa de los reptiles. Intenté suavizarlo:

–Opino como tú que en el jurásico y en el cretácico era tu estirpe la que iba en vanguardia. Luego, todo se malogró debido a una estúpida colisión con otro cuerpo celeste. No era justo, simplemente no era justo que el primer y tal vez más gigantesco esfuerzo de este planeta hasta la fecha de conseguir una visión global, una mirada retrospectiva evolucionista y, además, una perspectiva del universo, se viera malogrado sólo porque un meteorito hubiera perdido el rumbo y fuera inexorablemente capturado por la gravedad de este planeta. De ese modo perdisteis muchos millones de años.

Gordon clavó la mirada en mí; yo no me había atrevido a quitarle ojo ni un segundo. Procuré hablar con la mayor dulzura posible y tuve la sensación de haberlo suavizado un poco. Preguntó:

–¿Qué quieres decir con que perdimos muchos millones de años?

Estaba ya más conciliador, como un hijo ofendido que sin embargo quiere que su papá le siga contando el cuento, aunque no haya conseguido las chocolatinas que había pedido.

–Perdisteis la carrera hacia la luna. Fueron los descendientes del musgaño los que ganaron ese concurso.

Me mordí el labio. De nuevo me había entusiasmado demasiado.

–Gracias, puedes ahorrarte más impertinencias –dijo, y comprendí que se trataba de un ultimátum, antes de que una catástrofe de la envergadura del mencionado impacto del meteorito ocurriera de nuevo esa noche.

Dije:

–Me temo que has vuelto a malinterpretarme. La culpa es mía y nada más que mía. Es que no pienso siempre con la misma serenidad en medio de la noche, al menos cuando se me priva del derecho a... bueno. Pero, como tú mismo has dicho, en realidad tú y yo somos hermanos de sangre, con una serie de genes idénticos en nuestro equipaje, los dos somos tetrápodos pentadáctilos, y creo que podremos entendernos mejor si aprendemos a considerar este planeta en el que vivimos como un espacio de acción o una esfera de intereses comunes. Fue el propio planeta el que perdió millones de años por culpa de esa caída insensata de un meteorito extraviado, ni tú ni yo, o mejor dicho los dos, porque debemos tener en cuenta que ni siquiera un planeta tiene un tiempo de vida ilimitado, y un día será demasiado tarde para la Tierra. Si no hubiera sido por el caprichoso meteorito, tú estarías ahora sentado en el borde de la cama contando historias, y yo estaría dando vueltas por la habitación cazando insectos. Y puede ocurrir de nuevo. Se trata aquí de un precario equilibrio de poder entre la razón y la sinrazón, entre la conciencia universal y una inconciencia igualmente universal, es decir, un equilibrio cósmico de terror que convierte en nimiedad nuestra pequeña controversia, y tal vez debo añadir que, en este equilibrio de terror, la verdadera razón es David con la frágil honda, y el gigante Goliat con un arsenal de iracundos cometas y meteoritos a su disposición es la masiva sinrazón. La sensatez es un dispositivo poco frecuente, pero, por otro lado, hay cantidad de hielo, fuego y piedra, por no decir que todo está desierto,

porque los caprichosos asteroides siguen circulando en sus órbitas sumamente inestables, entre Marte y Júpiter, y sólo hace falta una infeliz conjunción para que uno de ellos se salga de su órbita y apunte hacia la Tierra. Espera, en la próxima vuelta serán los primates los que palmarán, y por ejemplo, la familia *Geconoide*, del suborden *Sauria* se convertirá en el que pilote el próximo intento de la naturaleza de comprender un ápice más del universo del que formamos parte. La cuestión es si entonces no será demasiado tarde para la Tierra, porque quién sabe cuánto tiempo falta para que el sol se convierta en una gigante roja, pero no emitiré sentencia alguna, sólo os deseo suerte. Un día, tal vez deis un pequeño paso para un saurio, pero un paso de gigante para la Naturaleza omnipresente, y, en ese caso, debéis saber que también nosotros participaremos en el viaje.

–Hablas demasiado –dijo.

–Más que demasiado –admití–. Se llama angustia cósmica.

–¿No tienes ningún elogio para mi familia por lo que somos hoy?

Sentí una gran comprensión por esa objeción, y dije:

–Sí, cómo no. Me impresiona muchísimo, por ejemplo, que hayáis logrado manteneros alejados de los estupefacientes durante millones de años, tal vez por eso sois tan longevos. Supongo que no siempre resulta fácil ser reptil, al menos puedo confesar que a veces es muy duro ser un homínido. Tal vez suframos de esa pequeña anomalía que consiste en tener una o dos circunvoluciones de más. No hablo por autocompasión, porque quién sabe, tal vez algún que otro reptil pasa también por la vida con la carga de algún enervante defecto. Pero bueno, como ya he dicho, el alcohol fluye libremente, por ejemplo en la fruta podrida, pero ninguno de vosotros estais enganchados a cosas semejantes, e incluyo a todos los órdenes, tanto archosaurios, reptiles escamosos y cocodrilos, por hablar sólo de los diápsidos. He de confesar que no sé lo que pueden llegar a ingerir las tortugas, pero supongo que la mayoría de ellas puede arreglárselas sin alcohol, al menos durante largos períodos pues se hacen muy viejas, algunas especies llegan a cumplir doscientos años, como por ejemplo la tortuga griega de tierra; se cuenta que un obispo de San Petersburgo tuvo una de estas tortugas y que llegó a vivirle 220 años; tal vez se trate de una pequeña exageración, pero la literatura nos habla de una tortuga gigante que fue capturada ya adulta en las Seychelles en el año 1766 y que vivió en cautiverio hasta que murió en Mauricio en un accidente en 1918, aunque llevaba ciega nada menos que 110 años. Lo de tan avanzada edad no rige sólo para las tortugas, lo sé, claro que lo sé, en general los reptiles se hacen muy viejos, lo que sin embargo *no* genera ningún tipo de alcoholismo de tercera edad, dolencia que afecta tan indecorosamente a mi especie, al menos en las culturas que rinden culto a las mencionadas circunvoluciones que, como ya he indicado, están de más, y que causan tantas preocupaciones relacionadas con el cosmos: nuestra vida tan breve en la Tierra y las distancias demasiado grandes en el tiempo y el espacio.

–Ya te lo he dicho, hablas demasiado.

Mi intención con la última retahíla había sido suavizarle, pero, si hubiera causado el efecto contrario, no dudaba de que pronto no tendría botella de ginebra. Por cuestiones

de seguridad opté por la capitulación:

–Mister Gordon, en lo que concierne a esa botella, he decidido desistirme.

–Una sabia decisión.

–Y no hablemos más del asunto.

–Es lo que vengo pensando desde hace una hora.

–Pero no tendrás nada en contra de que vuelva a enroscar el tapón, ¿verdad? Es una precaución que la gente debería tomar siempre.

Él no contestó, y dije:

–No creo que estorbe la caza. Al contrario, creo haber oído decir que los mosquitos no soportan el olor a ginebra, es un verdadero insecticida, me han dicho. ¿No era ésa la razón por la que los colonizadores ingleses bebían tanta ginebra? Para protegerse contra la malaria, quiero decir.

En ese momento se movió una pizca, puede que para tenerme dentro de su campo de visión binocular, la cual, para un geco, no es de más de unos 25°.

–No te atrevas –dijo.

Esa breve respuesta podría interpretarse de dos maneras, así que dije:

–¿Significa eso que sí?

–No. Significa además que debes cuidar un poco tu manera de expresarte. Claro que tienes razón en que una botella sin tapón requiere un tratamiento mucho más cuidadoso que una botella debidamente cerrada.

–¿Nunca te cansas?

–Soy un geco nocturno. Ya lo sabías.

Dejé de preocuparme por las siguientes noches en Maravu. Tal vez conseguiría comprar una botella de ginebra en el hotel o en la tienda de Somosomo. No tenía ni idea de las leyes de Fidji en asuntos de compra y venta de alcohol, lo único que sabía con seguridad era que tendría que beberme dos decilitros de la botella de Gordon para poder dormir lo que quedaba de noche. Estaba ya dispuesto a sacrificar medio litro de la botella con el fin de asegurarme los dos decilitros, y por eso pude volver a evaluar, en condiciones completamente nuevas, un asalto relámpago que podría acabar en bastantes manchas con su subsiguiente tarea de limpieza, pero que sin duda también salvaría el *quantum satis* por una noche. En el peor de los casos, la operación podría dar como resultado que la botella entera se cayera, y la mera idea de lo humillante que sería que Gordon me viera gateando por el suelo lamiendo unos sucios restos del elixir sedante, me hizo reconsiderarla.

En medio de la habitación, aproximadamente a un paso y medio de donde me encontraba, estaba el maletín negro. De repente me acordé de que había en él un envase de zumo de uno de mis viajes en avión, e incluso que al cartón estaba pegada una pajita, al menos cuando la azafata me lo dio. Tal vez fuera mi última posibilidad, y esta vez decidí no comunicar mi plan a ese engreído terrorista, fuese clarividente o no.

A la vez que mantenía la vista clavada en la botella, con el brazo izquierdo logré levantar el maletín del suelo, y unos segundos más tarde volví a sentarme en el borde de la cama.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó.

–Voy a acostarme –mentí–. En realidad yo soy un animal diurno, ¿sabes?

Dijo:

–Tú no descienes de los musgaños. Ellos salían a cazar por la noche, cuando hacía frío, porque era entonces cuando los depredadores de sangre fría descansaban.

Abriendo el maletín dije:

–Lo sé. Sé todo eso. Ya te dije que, si no hubiera sido por ese meteorito de hace 65 millones de años, tal vez serías tú el que ahora se dispondría a acostarse en la cama y yo estaría dando vueltas por la habitación cazando insectos. Tú no eres capaz de saber más que yo, y tampoco eres capaz de saber algo que yo no sepa.

Lo dije con el fin de comprobar su genio, pero también para ocultarle que estaba manipulando el envase de zumo. Al instante tenía la pajita en la mano.

No era tan descerebrado como para rogar a Gordon que cediera al menos algunos de esos miserables centilitros sobre los que se había sentado. Me limité a inclinarme hacia la botella y decir:

–Sabes que soy un viejo conocedor de reptiles...

–Ya, ya me he dado cuenta. Eres completamente monomaniaco.

–Pero a lo mejor no te he dicho que siempre he sentido una preferencia especial por los geos. Y te confieso que particularmente por las 35 especies de geco *hemidactylus*.

Me puse la pajita entre los labios y la metí en la botella sin tocarla con las manos, y lo más curioso era que Gordon permanecía quieto. Tal vez no se atreviera a hacer otra cosa, pensé, tal vez se sintiera algo perplejo.

Estoy seguro de que ingerí un decilitro entero antes de tener que emerger y respirar. Pero lo había logrado, había realizado el truco de beber de una botella sin llevármela a la boca. Comparado con eso, ese huevo de Colón no parecía ya gran cosa.

–Hmm –dije con un sonoro eructo.

No lo hice para ofenderle, tampoco fue el resultado de un acto de soberbia adquirido gracias al alcohol, simplemente se me escapó. No obstante, he de confesar que me sentí inmediatamente más animado, y noté que mi coraje iba en aumento. En ese sentido, Gordon había tenido mucha razón en insistir desde el principio en no complacerme en lo de la botella.

Al instante, *Hemi Dactylus Frenatus* dio una brusca vuelta alrededor de la botella, y aunque yo la estaba sujetando con un dedo, esta vez no se pudo evitar que algunos valiosos centilitros se derramasen sobre la mesilla de noche. Pero ya había contado con eso, y solté la botella porque sabía que treparía encima de mí en cuanto tuviera la oportunidad, y a decir verdad, mi relación con los geos no se había vuelto menos ambivalente después de mi encuentro con Gordon.

–Voy a ser muy claro –afirmó–. Si vuelves a hacer eso, te prometo que te arrepentirás.

Recibí con simpatía esa advertencia, porque en el fondo sabía que si lograba ingerir tan sólo otro decilitro, podría llegar a volverme tan osado que podría traicionarle. Ya el primer decilitro me había infundido intensas ganas de hacerlo.

–Entendido –dije–. No sabía que tuvieras algo en contra de que comprobara si esta

curiosa pajita era de verdad impermeable, y nunca ha sido mi intención aplastarte.

–Entonces tal vez puedas poner un tapón a esa diarrea verbal que tienes.

Claro que sí, por el momento ya no tenía nada más que decir a Gordon Geco, de la misma manera que un psicólogo de la policía no suele tener nada que decir a un secuestrador, aunque finja que sí, y ésta es la clave, pero necesita tiempo, por eso mantiene viva la conversación, y precisamente por eso suele establecerse una relación recíproca entre las dos partes, porque cuando la situación queda bloqueada y el secuestrador se sabe rodeado por la fuerza superior, entonces también él necesita tiempo.

Añadió:

–O por lo menos hablar de algo más sensato.

–¿Conque eso es lo que quieres, eh? ¿Quieres hablar de algo sensato?

–Todavía queda mucha noche y estando tú cerca es más probable que se acerquen los mosquitos, y podrán ponerse más gordos y nutritivos antes de que yo los devore.

No me gustó mucho la idea de hacer de hombre mosquito para un geco, y me pareció que se estaba aproximando a la desfachatez cuando añadió:

–Francamente, esperaba que no cerraras tan rápidamente la puerta después de encender la luz.

En realidad, había cerrado la puerta antes de encender la luz. Llevaba casi dos meses en el trópico, y no era especialmente sensible a mosquitos, pero me cuidaba mucho de no llevármelos al dormitorio, con el fin de mantener alejados del mismo a los gecos.

–Podemos hablar de lo que quieras –dije–. ¿Te interesa el fútbol?

–En absoluto.

–¿Y el críquet?

–Cero.

–¿Sellos raros?

–¡Déjalo ya!

–Entonces sugiero que hablemos de la realidad.

–¿De la realidad?

–Sí, por ejemplo. ¿O te parece un tema demasiado fortuito?

–Habla si quieres, yo nunca me acuesto antes de la salida del sol.

–La cual es ante todo inmensamente grande y además increíblemente vieja. Aunque nadie sabe con exactitud de dónde viene.

–¿La salida del sol?

–No, la realidad. Ahora estamos hablando de la realidad, creo que debemos centrarnos en un tema cada vez, y el sistema solar es sólo una fracción microscópica de lo que llamamos la realidad. En conjunto, la realidad consta de unos cien mil millones de galaxias, una de las cuales es la Vía Láctea, y en ella el sol no es más que una de más de otros cien mil millones de estrellas, aunque es precisamente ese sol el que se va a levantar sobre este planeta dentro de un par de horas, para que empiece un día completamente nuevo en la Tierra, porque nos encontramos prácticamente en la línea del cambio de fecha, «donde cada nuevo día empieza».

–Entonces la realidad es grande –comentó Gordon, y creo que se hizo aún más tonto

de lo que era.

Yo dije:

–Pero sólo estamos aquí un breve momento, y colorín colorado... habremos desaparecido para el resto de la eternidad, la cual, como sabes, va a durar muchísimo. Yo, por ejemplo, habré desaparecido dentro de unos pocos años o decenios, y entonces no tendré oportunidad de informarme de lo que ocurre aquí. Naturalmente, también habré desaparecido dentro de cien millones de años a contar desde ahora y, entonces, habré estado ausente durante exactamente cien millones de años, menos algunas semanas y meses, incluido lo que queda de esta noche.

–No debes atormentarte con ese tipo de preocupaciones –dijo, casi como queriendo consolarme, como si no fuera él la causa desencadenante de mi desánimo.

–Lo que más me preocupa no es realmente que esta vida sea tan breve –proseguí–, yo también necesitaría echarme un poco, necesitaría dormir un rato, pues estoy molido. Lo que me irrita es que nunca voy a poder volver una vez que me haya echado, volver a la realidad, quiero decir. No tendría necesariamente que volver aquí, es decir a la Vía Láctea, si hubiera problemas de espacio, por ejemplo. Estaría dispuesto a considerar la posibilidad de otra galaxia, siempre que hubiera al menos un bar, y además me gustaría ser reencarnado en uno con los dos sexos, porque nunca me han hecho mucha gracia esos planetas monjiles donde la reproducción tiene lugar mediante gemación. Para eso prefiero no volver. De modo que el problema no es despedirse, sino el no poder volver nunca. Para los que poseemos esas dos o tres circunvoluciones cerebrales (que podríamos decir de más) en algunos momentos las perspectivas pueden llegar a acabar con nuestra alegría de vivir, no sólo emocionalmente, porque no se trata aquí sólo de una provocación a las emociones, sino porque la propia razón va en contra. Podríamos decir que esas dos o tres circunvoluciones sobrantes se afectan precisamente a ellas mismas, se muerden la cola, por así decirlo, y no sólo en broma, sino hasta sangrar; tienen, en otras palabras, una naturaleza destructiva, y tampoco resulta fácil deshacerse de ellas. A un saurio, por ejemplo, le resulta más fácil deshacerse de una cola que está siendo atacada, porque para los primates superiores no existe ningún paralelo cerebral a la autotomía de los saurios. Es verdad que las sinapsis atacadas pueden ser anestesiadas durante unas horas, por ejemplo con uno o dos decilitros de ginebra, pero se trata sólo de un alivio pasajero y no de una solución al dilema en sí.

–Entiendo –se limitó a decir, y me pregunté si no exageraba, porque no creo que entendiera ni una palabra de lo que estaba diciendo.

Dije:

–Las partes del cerebro que no son estrictamente necesarias para las funciones vitales básicas, es decir, las partes sobrantes, son, por otra parte, la condición misma de ese conocimiento que hemos adquirido sobre la evolución de la vida en la Tierra, ciertas leyes básicas de la Naturaleza y la propia historia del universo desde el Big Bang hasta hoy. No son pequeñeces con lo que llenamos nuestro cerebro, ¿sabes?

–Estoy impresionado.

–Eso da justo para tener una serie de ideas claras sobre la historia de la realidad, su

geografía y la naturaleza de la masa. Pero nadie entiende nada de lo que es esa masa, al menos no por estas latitudes, y las distancias en el universo no sólo son enormes: son grotescas. La cuestión es si hubiéramos entendido algo más de lo que *es* el mundo, en el sentido más profundo, si el cerebro hubiera sido por ejemplo un diez por ciento más grande o un quince por ciento más eficaz. ¿Tú qué crees? ¿Crees que hemos llegado en nuestra orientación hasta donde le es posible llegar a cualquier cerebro, sea cual sea su tamaño? Porque no podemos ignorar la posibilidad de que pueda resultar prácticamente imposible entender más de lo que ya entendemos. En ese caso, es un pequeño milagro el que poseamos un cerebro que tiene el tamaño exacto para entender, por ejemplo, la teoría de la relatividad, las leyes de la física cuántica o el genoma humano. Pues en ese campo no existen muchos eslabones perdidos. Dudo de que incluso el chimpancé más avanzado tenga alguna idea del Big Bang, del número de años luz que nos separan de la galaxia más cercana o, por qué no, de que la Tierra sea redonda. Resulta interesante en este contexto señalar que el cerebro del ser humano no podría ser más grande de lo que es porque habría impedido que, las madres anduvieran erguidas. Me apresuro a indicar que, sin la postura erguida de los seres humanos, el cerebro no habría podido desarrollar el tamaño que tiene. Estoy señalando un equilibrio precario, e intentaré expresarlo de otra manera: lo que podemos llegar a entender de este enigma en el que nos movemos puede, pues, depender de la pelvis de la mujer. Me parece inaudito que el conocimiento de este universo tenga estas limitaciones anatómicas tan banales. ¿Pero no resulta también enigmático el que esa ecuación carnal pueda resolverse? Tal vez resulte que la *x* de la ecuación es exactamente el *quantum satis*, es decir *quantum satis* para que este universo en este momento sea consciente de sí mismo. La pelvis del ser humano tiene el tamaño exacto para que podamos entender lo que es un año luz, a cuántos años luz están las galaxias más lejanas y, por ejemplo, cómo se comportan los cuantos de la materia tanto en un laboratorio como en los primeros segundos tras la gran explosión.

—¿Y por qué no va a haber cerebros más grandes en algún otro lugar del espacio? —objetó Gordon.

Me reí tenazmente, y dije:

—Puede pensarse, y no tengo problemas para imaginármelo, un cerebro capaz, por ejemplo, de aprenderse de memoria todas las páginas de la Enciclopedia Británica. Ni siquiera me cuesta imaginarme un cerebro capaz de contener el conjunto de todas las experiencias de la humanidad. De lo que dudo es de si en un principio es posible entender mucho más de los secretos de este universo de lo que la humanidad ya comprende. De esta manera todas mis preguntas se reducen a si el universo en sí guarda más secretos. Quiero decir: si encuentras un meteorito, puedes dedicarte a adivinar cuánto pesa, cuál es su peso específico y de qué sustancias químicas está compuesto. Pero cuando se ha investigado todo esto, ya no quedan más posibilidades de seguir sacando secretos a la piedra. Entonces sólo es lo que es y lo que ha sido siempre. Luego se puede conservar y tal vez llenarse de polvo en un museo, pero nosotros no hemos avanzado, pues ¿qué es una piedra?

—No sé si te sigo del todo —suspiró Gordon. Parecía algo cansado.

–Ya ves. Sólo digo que la época científica puede estar acercándose a su fin. Hemos llegado ya a la meta, y la meta es la conciencia del largo camino hacia la meta. Nos hemos presentado al universo, y el universo se nos ha presentado expresamente. Tal vez la ciencia haya llegado al final del camino, eso es lo que quiero decir, tal vez sepamos todo lo que merece la pena saber. Y cuando hablo de «nosotros» no sólo hablo de ti y de mí, me refiero a todos los demás cerebros potenciales de todo el Universo. En ese caso, y ésa es la teoría por la que me inclino en este momento, la realidad sufre de una incurable falta de nombre. ¿Quién soy?, pregunta la realidad. Pero nadie contesta. No hay nadie que nos vea o nos oiga. Sólo nos vemos a nosotros mismos.

–Me hubiera gustado poder ayudar –dijo consternado. Sin duda podría haber ayudado si hubiera tenido cerebro para moverse de esa botella sobre la que estaba sentado.

–Pero dijiste que creías en la vida eterna –objeté–. Entonces no deberías transportar pasajeros sin llevar copiloto... Pero, bueno, dejemos ya ese asunto.

Tal vez era un vuelo ilegal, pensé, y por eso no contestó a lo que acababa de decir.

–¿Es corriente entre seres como tú creer en la vida eterna? –pregunté.

–Jamás me he encontrado con un gecko que haya dado algún argumento convincente de lo contrario.

–¿Podrías ser un poco más preciso?

–No existe ningún gecko en el mundo que niegue la existencia de una vida eterna. No creo que a ningún reptil se le haya ocurrido pensar que la vida pueda acabar algún día. Esa idea no se nos ha ocurrido jamás, así de simple.

Cuando prosiguió, era como si intentara imitar mi voz:

–Y con eso me refiero a todas las familias de los cuatro órdenes de la clase de vertebrados *Reptilia*. La idea de que la vida se acabe un día no se nos ha ocurrido jamás a ninguno de nosotros.

Pensé que si retrocedía sólo unas cuantas generaciones en la historia de los seres humanos, se podría decir lo mismo de los primates. Ese soplo frío de la gran nada fue entonces un fenómeno nuevo. Y tal vez no existiera el miedo a la muerte en ningún otro planeta del universo.

Él dijo:

–Existe un mundo. En términos de probabilidad, esto es algo que roza el límite de lo imposible. Habría sido mucho más fidedigno si casualmente no hubiera habido nada. En ese caso nadie se habría puesto a preguntar por qué no había nada...

Y como no contesté, preguntó:

–¿Has oído lo que he dicho?

–Sí, sí, y ahora tal vez puedas decirme si es algo inventado por vosotros aquí en la isla o si es algo que habéis encontrado en un libro de palabras sabias.

No contestó, pero yo intenté hacerle hablar:

–¿Es algo sobre lo que lleváis meditando mucho tiempo? ¿O sois una especie de poetas ambulantes?

–Llevamos y somos llevados por un alma a la que no conocemos. Cuando el enigma se yergue sobre dos patas sin haberse solucionado, es cuando nos toca el turno a

nosotros. Cuando las imágenes soñadas se pellizcan el brazo sin despertarse, somos nosotros. Porque nosotros somos el enigma que nadie resuelve. Somos el cuento encerrado en su propia imagen. Somos lo que andamos sin cesar y nunca llegamos a la claridad.

–Entonces tal vez te toca callarte ya –dije–. Me estoy poniendo muy nervioso, si te digo la verdad.

–Tú acuéstate si quieres –replicó–. Yo te cuidaré la botella.

–¡Nunca jamás! –grité, pues había llegado el momento: habría que anestesiar las sinapsis. Y entonces me lancé sobre él y sobre la botella.

Gordon caminó iracundo por mi mano, luego saltó a la pared y empezó a trepar mientras la botella se caía, rodaba por el suelo, y mi medicina vital salía a chorros, para desaparecer inmediatamente entre las anchas grietas de las tarimas del suelo. Por fin logré cogerla y llevarla hacia la luz. Ví que sólo quedaba un decilitro, o, en el mejor de los casos, decilitro y medio. Me llevé la botella a la boca y la vacié de un trago.

–¡Sinvergüenza! –ladró desde la pared–. ¡Volveremos a vernos!

Lo último que oí antes de dormirme fue a Gordon recitar las siguientes palabras robadas del surtido español, de Ana y José, de descripciones de la realidad:

–Si existe un Dios, éste no sólo es un as en dejar huellas sino, sobre todo, un maestro en esconderse. Y el mundo no es de los que hablan más de la cuenta. El firmamento sigue callado. No hay mucho cotilleo entre las estrellas. Pero nadie ha olvidado todavía la gran explosión. Desde entonces, el silencio ha reinado ininterrumpidamente, y todo lo que existe se aleja de todo. Todavía es posible toparse con una luna. O con un cometa. No esperes que te reciban con amables clamores. En el cielo no se imprimen tarjetas de visita.

Sólo tengo unos recuerdos vagos, y en parte inconscientes, de lo que dijo Gordon para intentar mantenerme despierto lo que quedaba de noche, pero creo recordar que me despertó sobre las cinco de la madrugada con el siguiente aforismo:

–Se tarda miles de millones de años en crear un ser humano. Y sólo se tarda segundos en morir.

El hastiado hermanastro del neanderthal

Así transcurrieron mis primeras veinticuatro horas en la isla, y a partir de ahora ya no hace falta que cuente todo con tanto detalle. Lo que quiero es que entiendas por qué reaccioné así en Salamanca.

Justo cuando iba a hablarte sobre nosotros, descubrí a Ana y a José en la orilla del Tormes, y fue como estar de nuevo en Prince Charles Beach. Por eso no pude decirte nada ni sobre nosotros ni sobre lo que sucedió a Sonia, porque no parabas de reír, pensando que me estaba inventando todas esas historias sólo con el fin de retenerte. Era tan agradable oírte reír de nuevo que no me habría importado contar un montón de ellas sólo para seguirte escuchando reír. Pero sí que eran Ana y José a los que había visto, estaba seguro, y me fue confirmado ya al día siguiente. Y sólo pasaron diez días hasta que volví a ver a José en Madrid. Cuando me contó toda esa increíble historia de El Planeta y los dos retratos del museo del Prado, me quedó muy claro que tú y yo teníamos algo muy serio que enseñarnos el uno al otro, y que la única alternativa posible para un nuevo diálogo entre nosotros era que yo te escribiese.

Vera, voy a pedirte un favor, aunque sea lo último que hagas por mí. El jueves por la tarde intentaré enviarte todo lo que he escrito, y el viernes tendrás que venirte conmigo a Sevilla. Creo que les debo a Ana y a José acudir ese día a Sevilla, y estoy casi convencido de que tú sentirás lo mismo cuando hayas leído la historia sobre Ana y el cuadro mágico.

Supongo que recordarás aquella postal que me enviaste desde Barcelona hace muchos años. «¿Te acuerdas de la bebida mágica?», escribiste. Cuando llegaste a casa, me juraste que si hubieras encontrado aquella bebida, no habrías vacilado en darme la mitad. Deseabas con toda tu alma que tú y yo estuviéramos juntos para siempre. «Para mí sólo hay un hombre y una Tierra», dijiste. ¿Lo recuerdas? Y añadiste: «Lo vivo con tanta emoción porque sé que sólo tengo una vida». Luego, el destino intervino y cambió tus planes.

Para empezar, me limitaré a pedirte que me regales un solo día de tu vida. No puedo ir a Sevilla sin ti. No puedo.

Después de haber revivido aquel acalorado primer encuentro con Gordon, he bajado a la Rotonda a leer *El País* y me he tomado una taza de té y unas pastas. Me ha venido bien desconectar por completo del intenso proceso de escribir, y dedicarme sólo a escuchar el arpa, acompañada por el somnoliento zumbido de todos esos miniencuentros

bajo la cúpula. Sé que tendré que pagar una elevada factura de hotel, pero he decidido no abandonar Madrid antes de habértelo contado todo. Como habrás imaginado, también esta vez me he permitido el lujo de alojarme en el Palace. Aquí el personal me conoce, y el Prado está a un paso, a unos pocos más el Jardín Botánico y, a no más de cinco minutos, el parque del Retiro o la Puerta del Sol.

Pero volvamos a Fidji. Al despertarme a la mañana siguiente, me arrepentí enseguida de haberme sincerado tan abiertamente la noche anterior con un desconocido, con el que, además, no me apetecía tener mucho contacto. Un arrepentimiento de esa clase siempre tiene dos vertientes: por un lado, uno puede haber hablado más de la cuenta, pero, por otro, es una característica de la resaca exagerar la importancia de haber dicho más de lo debido. En la confusión del arrepentimiento no sabes muy bien qué has dicho y qué no has dicho, sino sólo pensado. Puedes pasarte toda la mañana siguiente atormentado por un miedo monomaniaco de haberte buscado un enemigo para siempre, o, peor aún, de haber hecho un amigo, un amigo del alma, es decir uno que conoce tus secretos más ocultos. Yo sabía que él se encontraba en algún lugar de la habitación, pero como *gecólogo*, también sabía que a esa hora del día estaría considerablemente menos engreído de lo que podría llegar a estarlo por la noche.

Me puse delante del espejo del baño. No digo que pertenezca a la categoría de seres humanos que suelen comenzar el día haciéndose una mueca, pero conforme voy envejeciendo –y cuanto más me acerco a mi extinción– más claramente veo esa mirada animal con la que me encuentro en el espejo cuando me enfrento a un nuevo día. Veo un sapo metamorfoseado, una lagartija erguida, un primate de luto. Pero también veo otra cosa, y eso es lo que más me atormenta. Veo a un ángel gravemente falto de tiempo, porque, si no encuentra el camino de regreso al cielo, el reloj biológico irá cada vez más deprisa, y será demasiado tarde para volver a la eternidad. Esto se debe a un fatal malentendido que tuvo lugar hace muchísimo tiempo, cuando el ángel aterrorizado se vistió de carne y hueso, y si no se salva ahora, ya nunca podrá salvarse.

Cuando me dirigía a desayunar, me topé con John en el palmeral. Estaba debajo de un cocotero estudiando un cartel que decía: ATENCIÓN: CAÍDA DE COCOS. Tal vez era miope, porque estaba pegado al tronco y, consecuentemente, justo bajo la copa del cocotero.

–¿Estás jugando a la ruleta rusa? –pregunté.

Vino hacia mí:

–¿Qué has dicho?

No tuve que decir nada más, porque en ese momento cayó un gran coco justo en el lugar donde se encontraba unos segundos antes.

Se volvió y miró hacia atrás.

–Creo que acabas de salvarme la vida –dijo.

–Te lo mereces.

No sabía muy bien cómo seguir, pero tenía claro que necesitaba hablar con alguien, necesitaba hablar con alguien de Ana y José. Delante del espejo había decidido llevar a cabo ciertas pesquisas ese mismo día. Aunque fuera poco probable, no podía excluir la

posibilidad de que la pareja española tal vez pudiera ayudar a un ángel en apuros demasiado encarnado.

–¿Has visto a los españoles? –pregunté.

Negó con la cabeza.

–Pero tú te encontraste ayer con ellos en la línea del cambio de fecha, ¿no?

Una vez más tuve la sensación de que el escritor inglés tenía algo que ver con Ana y José. ¿Quién le había dicho que me había encontrado con ellos en la línea del cambio de fecha? ¿Se había convertido en tema de conversación?

Asentí con la cabeza.

–Es una pareja encantadora –afirmé–. ¿Tú hablas español?

¿Intuí el esbozo de una sonrisa? Al menos tuve la sensación de que sabía de qué le estaba hablando. Pero sólo hizo un gesto negativo y dijo:

–Muy poco. Pero ellos hablan muy bien inglés.

–Sí, sí. Pero a veces hablan entre ellos.

John escuchaba con gran atención, casi daba miedo lo atento que estaba. Era como si tuviera un interés muy especial en todas mis observaciones. La cuestión era si ese interés también incluía de alguna manera a los dos españoles.

–¿Y entiendes lo que dicen?

Me puso en un aprieto, porque no tenía muchas ganas de confesar a John que andaba por la isla escuchando a escondidas a Ana y José.

–Al menos he entendido que no hablan ni de fútbol ni de críquet –contesté–. Hablan de cosas muy raras.

El hombre alto de patillas blancas se quedó olfateando el aire. Luego dijo:

–Por lo visto ella es una de las más famosas bailarinas de flamenco de Sevilla.

¡Flamenco! De nuevo mi cerebro recibió una palabra clave para centrar mi búsqueda sobre dónde podía haberme encontrado antes con Ana. En un par de ocasiones había visitado un tablao flamenco en Madrid, pero de eso hacía varios años, y si la hubiera visto en un sitio así, no habría sido capaz de separarla en mi memoria de los ritmos agitados, los vestidos de volantes y el cante apasionado. Además, la imagen mental que yo tenía de Ana no podía basarse en un breve espectáculo de flamenco. Lo del flamenco fue, no obstante, una información muy útil.

Dije:

–Mi interés por los dos españoles se debe en parte a que creo haberme encontrado antes con Ana.

John se sobresaltó.

–¿Dónde?

–Ése es el problema. Soy incapaz de recordar dónde la he visto.

–Interesante –dijo–. Por no decir extraño. Porque yo tengo exactamente el mismo problema. Hay en ella algo tan reconocible que casi resulta molesto...

Así que también él. Ya éramos dos, pues, así que podía descartar que lo de Ana no había sido más que un sueño o que había estado casado con ella en una vida anterior. Ahora también tenía una especie de explicación de por qué John se mostró tan ávido de

saber si yo me había encontrado o no con los españoles en la línea del cambio de fecha.

–No es un rostro que se olvida –dije.

Me di cuenta de que podía sonar como un comentario insolente; él se quedó pensando antes de contestar:

–Es posible. Pero, al parecer, tampoco es un rostro que se recuerda.

Tenía algo de razón en eso, y luego añadió, un poco vacilante:

–Entonces sólo queda una tercera posibilidad...

Estaba muy interesado en lo que iba a decir.

–Los dos hemos visto antes a esa mujer. Podría ser que hubiera sufrido una especie de... metamorfosis –añadió.

Yo también había pensado algo parecido, y me sentí aturdido, y además hacía calor y había mucha humedad. En ese instante fuimos interrumpidos por una sonora voz de mujer que provenía de las cercanías de la piscina. Era Laura, que lanzó el siguiente grito a través del palmeral:

–Sólo digo que no hace falta que me persigas todo el tiempo.

Luego oímos un chapoteo en la piscina, y comprendí que Laura había empujado a Bill dentro. Hice un gesto a John y le dije que tenía que ir a desayunar antes de que fuera demasiado tarde.

Al pasar por el borde de la piscina capté el último acto de un drama. Bill estaba saliendo de su baño involuntario, con un gesto airado de cine mudo, aunque iba perfectamente ataviado para el líquido elemento: un pantalón corto amarillo y una camiseta azul claro con dos o tres cocos pintados. Laura se estaba acomodando en una tumbona, también ella con una risa maliciosa de cine mudo. Al levantar la vista y ver que me dirigía al restaurante, se ató una toalla a la cintura y me preguntó si iba a desayunar. Asentí con la cabeza.

–Tomaré una taza de té contigo –dijo, lo que sin duda significaba que ya había terminado el *Lonely Planet*.

Dejó de nuevo la toalla en la tumbona, se puso un vestido rojo encima del bikini negro y metió los pies en un par de sandalias. La esperé y luego subimos juntos al restaurante.

El personal sirvió café y té, y justo me había dado tiempo a servirme pan y mermelada cuando empezaron a recoger el bufé. Miré el ojo verde y el ojo marrón.

–¿Él te molesta? –pregunté.

Se limitó a encogerse de hombros.

–No, en realidad no.

–Pero le empujaste a la piscina, ¿no?

–Háblame de tus investigaciones –me rogó.

Yo no tenía nada en contra de cambiar de tema. Le expliqué rápidamente mi trabajo de campo, y me di cuenta de que ella tampoco era una mera aficionada. Además, era de la zona y podía contarme cosas que yo ignoraba sobre los problemas de mi campo en el continente australiano.

Le hice un par de preguntas sobre la fundación medioambiental que le había financiado el informe anual del que había hablado la noche anterior. Primero contestó con evasivas,

pero al final contó que la fundación en cuestión era más bien un legado, ya que todos los recursos habían sido donados por un norteamericano.

–¿Un idealista? –pregunté.

–Un ricachón –corrigió–. Nada en dinero.

Le pregunté si a largo plazo era optimista o pesimista respecto al futuro de la humanidad.

Contestó:

–Soy pesimista en lo que se refiere al futuro de la humanidad, pero optimista en lo que se refiere al futuro de la Tierra.

Empecé a ubicarla, y pronto se confirmó todo. El compromiso de Laura con la causa del medio ambiente se basaba en unos fundamentos más hondos de lo que me había imaginado. Opinaba que la Tierra era un organismo que por el momento sufría de un ataque de fiebre, pero precisamente esa fiebre intervendría como un elemento regulador y contribuiría a que ella pronto volviera a sanar.

–¿Ella?

–Gaia. Si no ocurre un milagro, acabará por aniquilar los microbios que la hicieron enfermar.

–¿Gaia? –repetí espirando.

–No es más que un nombre que se ha dado a la Madre Tierra, lo mismo podríamos haberla llamado Eartha. Lo importante es que consideremos la Tierra como un ser vivo.

–¿El cual aniquilará los microbios?

–Hace muchos millones de años los dinosaurios se extinguieron –empezó a decir–. Y no está tan claro que se debiera a la caída de un meteorito. Tal vez se provocaron una enfermedad extinguiéndose a sí mismos. He oído hablar de una teoría que mantiene que puede haber tenido algo que ver con los gases intestinales de los dinosaurios. Pero la Tierra se puso bien, en realidad fue un nuevo nacimiento. Ahora son los seres humanos los que amenazan la vida en la Tierra. Pero también estamos destrozando nuestro propio hábitat, y Gaia sabrá deshacerse de nosotros.

–¿Y luego... la tierra volverá a sanar?

La mujer con un ojo verde y otro marrón asintió con la cabeza. Miré al ojo marrón y pregunté:

–¿No consideras también que los seres humanos tienen un valor propio?

Se limitó a encogerse de hombros, y entendí que no sentía un gran aprecio por la dignidad humana. A mí siempre me ha causado problemas descubrir el valor de un planeta que no engendra más vida que la de organismos inferiores. Me gustaba más la idea de un nuevo nacimiento. Pero, como le había confesado a Gordon la noche anterior, era tarde para la Tierra, y no era seguro que la razón volviera a tener una nueva oportunidad, al menos no en este planeta.

–Siempre he pensado que cada ser humano es algo infinitamente valioso –dije.

–También lo es cada panda.

Miré al ojo verde.

–¿Y tú? –pregunté–. ¿No tienes miedo a morir?

Negó con la cabeza.

–Sólo morirá la forma que tengo ahora.

Recuerdo haber pensado que se trataba de una forma especialmente bonita.

–Pero también soy el planeta vivo –prosiguió–. Me preocupa más que ella vaya a morir, porque yo tengo una identidad más profunda y más duradera en ella.

–«Una identidad más profunda y más duradera» –repetí.

Ella sonrió desafiante.

–Seguramente habrás visto imágenes de Gaia desde el espacio...

–Por supuesto.

–¿No es hermosa?

No la creía. Nunca me había atraído esa clase de monismo simplista, combinado con un compromiso medioambiental más bien misántropo y, aunque me sentí provocado, debo aclarar que Laura me gustaba a pesar de todo. Era un ser frágil, atractivo y en cierta manera herido.

Intenté comprender su retórica. De acuerdo, pensé, vivimos nuestra breve vida en la Tierra, pero con ello no acaba todo, porque vamos a volver en forma de lirios y cocoteros, pandas y rinocerontes, y todo es Gaia, nuestra identidad más íntima y más real.

Laura estaba sentada meciendo sus sandalias. A través de la tela roja del vestido pude vislumbrar la parte superior del bikini.

–¿Cómo empezó la vida en la Tierra? –preguntó.

Entendí que se trataba de una pregunta retórica, pero di la respuesta convencional de que toda la vida en la Tierra descende de una sola macromolécula, ya que todo el material genético en la Tierra muestra un parentesco indiscutible.

–Entonces la Tierra es un solo organismo vivo –concluyó–. Y eso no es sólo una metáfora. De hecho, yo estoy emparentada con el hibisco.

Señaló hacia el jardín, y vi que Bill había cogido la toalla que ella había dejado en la tumbona. Opté por no decírselo. Ella prosiguió:

–De hecho, estoy más emparentada con el hibisco de lo que lo están dos gotas en el mar. Y si toda la vida en la Tierra descende realmente de una sola macromolécula...

Vaciló un instante y yo volví a mirar al ojo verde.

–¿Sí?

–...entonces sería una molécula inconcebible. No vacilaría en llamarla divina. Sería una semilla divina. Y tampoco vacilaría en llamarla diosa a Gaia.

–¿Que a su vez es tu propio yo?

–Y el tuyo, y el del hibisco.

Había escuchado aquello antes, y, como ya he dicho, pienso que ni ella se creía la mitad de lo que decía.

–Pero también la Tierra tiene un tiempo limitado de vida, –objeté–. No es más que un «lonely planet» en la gran nada.

–¡O en el Gran Todo, señor!

Al decir eso, me cogió las manos, lo que me dejó tan perplejo que no supe cómo

reaccionar. Ni siquiera sabía si era capaz de distinguir entre el significado de los conceptos «todo» y «nada». ¿No eran más bien sinónimos?

Me apretó tiernamente las manos, y dijo:

–Juntos somos uno.

Me sentí paralizado por una especie de electroshock por lo de la «diedad». Cuando se habla del gran todo o de la gran nada, resulta agradable tener una mano a la que agarrarse. Si todo no era uno, al menos nosotros éramos dos. No voy a decir que me había convencido con la parte ideológica de su discurso, en absoluto, porque también pensé que cuando la noche es lo bastante oscura, todos los contornos desaparecen.

Permanecimos sentados unos segundos cogidos de la mano. Laura era a la vez una mujer atractiva y una idealista retorcida, aunque lo que acababa de decir era en cierto modo irrefutable, tan irrefutable como mi pusilánime individualismo. Y juntos éramos uno.

–¿Rige también para el ingeniero petrolífero? –pregunté, y entonces retiró las manos.

Negó con la cabeza y dijo con una cálida sonrisa:

–Él pertenece a otro Universo.

Y sin embargo, poco después se levantó y volvió a la tumbona junto a la piscina, tal vez para regañar al americano por haber cogido su toalla.

Había decidido alquilar un coche e irme al Parque Nacional de Tavoro, al este de la isla, para intentar ver alguno de los famosos papagayos y admirar las formidables cascadas. Tenía además otra urgencia que resolver, de suma importancia para mi salud.

El propietario de Maravu Plantation Resort se llamaba Jochen Kiess y era alemán. Me ayudó amablemente a alquilar un coche, pero mi segunda petición no resultó tan fácil de satisfacer. El lugar tenía un bar, con derecho a servir toda clase de bebidas alcohólicas, claro, pero la legislación nacional le prohibía vender una botella entera de alcohol. Le dije que lo entendía muy bien, pues era la misma ley que teníamos en Noruega, pero que no se trataba realmente de una venta normal y corriente, sino más bien de una merecida indemnización por los daños y perjuicios causados por uno de los muchos gecos del establecimiento. No obstante, le hice ver que estaba dispuesto a pagar por la botella, o, si quería, por cada copa que contuviera la botella, es decir, el mismo precio por copa que en la barra. No creo que fueran mis argumentos los que le convencieron, pero su buen humor hizo que al final pudiera marcharme silbando a la «bure» 3, con una botella de Gordon's Dry Gin sin abrir. En el camino cogí una ramita del hibisco que había señalado Laura, y con el que estaba más emparentada de lo que están dos gotas de agua. Naturalmente tenía razón en lo de las gotas de agua, pero sólo porque dos gotas de agua no están en absoluto emparentadas, sólo son muy parecidas.

Llené con agua la botella vacía de ginebra, metí dentro la rama de hibisco y coloqué la botella en una mesita junto a la ventana que daba al palmeral. Luego destapé la nueva botella y di un trago, sólo para indicar que esa botella me pertenecía y que a partir de entonces no se podría volver a dejar en el bar. Abrí el maletín, coloqué cuidadosamente la botella dentro, bien tapada, y cerré el maletín con llave.

En ese momento le volví a ver. Gordon había elegido la parte superior de la cortina

para hibernar. Pensé que estaba dormido, aunque eso es algo complicado de saber en los reptiles que nacen con párpados que parecen gafas. Tal vez me había visto entrar con la nueva botella de ginebra. Le miré al ojo abierto.

–¿Estás quitándote la resaca? –preguntó.

¡Caray! Ya estaba otra vez igual.

–Sólo me he limpiado la boca –le contesté–. Y además, lo que haga estando solo no es de tu incumbencia.

–¿No querrás decir que vamos a seguir donde lo dejamos anoche?

–En absoluto. Sólo lo digo para que no te equivoques. No eres más que un gecko.

–Sí y no, señor.

–¿Qué quieres decir?

–Tienes razón en que aparezco aquí y ahora como gecko. Pero en realidad...

Intuí adónde quería ir a parar.

–¡Habla! –le dije–. No voy a poner obstáculos a la libertad de expresión.

–En realidad soy el espíritu universal. Ahora ha tomado la forma de un gecko. De modo que si deseas saber algo, puedes preguntar lo que quieras.

–No sé si me apetece –dije–. Digas lo que digas, lo sé todo de antemano.

–Lo dudo, pues soy un espíritu universal omnisciente.

–Bueno, dílo, si quieres. ¿Qué es lo que sabes?

–Has desayunado con un primate hembra de Australia.

–De acuerdo, veamos ahora si pasas el examen. ¿También puedes decirme si la amo o no?

Él se rió:

–No, eso sería ridículo en tan breve tiempo, incluso para un primate macho como tú. Pero si no eres capaz de reprimir tus deseos animales, tal vez estés perdido.

–Ella también es el espíritu universal.

–Sí señor. Yo estoy en todo lo que te rodea. Vives en mí, te mueves en mí y existes en mí.

Todavía existen algunos enclaves aislados de seres humanos que no se dejan engañar para vender su alma por dinero. Los habitantes del pequeño pueblo de Bouma, en la parte este de Taveuni, sabían que habían recibido como regalo de nacimiento uno de los bosques tropicales más hermosos del planeta, y de hecho se ha convertido en un imán, tanto para los amantes de la naturaleza como para los rodajes de películas paradisiacas, como por ejemplo *Regreso al lago azul*. Cuando los habitantes del pueblo recibieron una oferta de vender, a cambio de suculentas divisas, el terreno baldío para tala de árboles, tuvieron algunas discusiones al respecto, ya que el dinero contante y sonante no abunda ni en Bouma ni en las islas Fidji en general, pero acabaron por decir no a la tala del bosque y sí a la vigorosa idea de convertir el frondoso entorno en parque nacional, pues eso también podía representar una fuente de ingresos para ese pueblo pobre y llegar a durar mucho más que ese señuelo contante y sonante que se les había ofrecido a cambio de la tala de sus árboles. Hoy dispone de un parque protegido, de cinco mil hectáreas,

preparado para recibir a los ecoturistas que llegan hasta allí, y es la gente del pueblo la que se ocupa de hacer y cuidar los senderos –protegidos con barandillas en las partes más empinadas– además de atender los servicios sanitarios, merenderos y campings. El ejemplo ha cundido, ya que varios proyectos semejantes están en fase de planificación en otros lugares de la isla.

Atravesé el pueblo y crucé el alegre río Bouma, y en una caseta pagué con gusto los cinco dólares fidjianos que costaba entrar en ese paraíso protegido. En la misma caseta recibí buenos consejos sobre los siete kilómetros de senderos preparados, y también compré un paquete de galletas y una botella de agua. Aseguré que encender fuego podría tener consecuencias catastróficas.

Anduve aproximadamente un kilómetro por la orilla del río Bouma, y el sendero que seguí era una frondosa y continua alameda de palmeras y floridos arbustos. Eso es lo que yo llamo paisaje cultural, Vera. ¡Deberías haber estado allí!

Pronto oí el murmullo de la primera y exuberante cascada. Había leído que la caída libre era de veinte metros y que la cascada había excavado un jacuzzi gigante. Me habían dicho que no solía ir mucha gente hasta allí, por tanto no me había llevado el bañador, sino que había decidido lanzarme desnudo a la piscina natural si no había gente, y, en caso contrario, me acercaría a la siguiente cascada, a media hora de paseo, donde la caída era de casi cincuenta metros, aunque la charca no era tan generosa como la primera.

En el momento de avistar la cascada –aún tengo en el oído su suave murmullo– oí unas voces conocidas, y descubrí a Ana y José bañándose. No sé si me decepcioné al comprobar que no estaba solo, o si simplemente me sorprendí al ver de quién se trataba. En todo caso, era un contratiempo, porque aunque era agradable volverlos a ver, sabía que ellos habían pensado lo mismo que yo, porque estaban nadando desnudos. Una vez más me hicieron pensar en Adán y Eva, los primeros seres humanos creados por Dios, y la imagen misma de la felicidad, al menos antes del patético asalto al manzano y la consecuente expulsión del jardín. Pero la expulsión no llegaría hasta el capítulo siguiente, porque todavía se estaban refrescando en estado desnudo. Antes de darles la espalda, me dio tiempo a ver que Ana tenía un gran lunar en la barriga.

Disimular no entender lo que se decían era una cosa, pero no estaba tan corrompido como para ponerme a espiar su desnudez; ese vil comportamiento se lo dejaba a Dios, pues él era el paradigma mismo de un mirón. El problema era que no podía seguir hasta la siguiente cascada sin que me vieran, porque sólo se podía avanzar por el sendero preparado, y éste pasaba justo por delante de donde se estaban bañando, de modo que tendría que dar la vuelta.

Pero no di la vuelta, porque oí a José decir algo a su pareja desnuda, y aunque no capté todo lo que dijo, llegaría a oírlo al completo más tarde:

–Comodín se despierta de sueños inconexos a una realidad de carne y hueso. Se apresura a recoger los frutos de la noche, antes de que el día los madure demasiado. Es ahora o nunca. Es ahora, y nunca más. Comodín comprende que no puede salir dos veces de la misma cama.

Pensé que también tendría la oportunidad de escuchar las declaraciones de Ana esa mañana, si me quedaba quieto en el sendero. Dijo:

–¿Qué piensan los elfos en el momento de ser alumbrados y llegar completos y desarrollados a un flamante día? ¿Qué dicen las estadísticas sobre eso? Es Comodín quien pregunta. Él mismo se sobresalta cada vez que ocurre el pequeño milagro, se descubre a sí mismo como en un juego de magia producido por él mismo. De esa forma celebra la mañana de la creación. De esa manera saluda la creación de la mañana.

Me había preguntado varias veces quién podía ser «Comodín». Ahora tuve una especie de explicación, porque José dijo:

–Comodín se mueve entre los elfos de azúcar en forma de primate. Baja la vista y ve un par de manos desconocidas, acaricia con una mano una mejilla que no conoce, se toca la frente y sabe que allí dentro actúa como un fantasma el enigma del yo, el plasma del alma, la gelatina del conocimiento. Más cerca del núcleo de las cosas no podrá llegar. Tiene la sensación de ser un cerebro trasplantado, luego ya no es él.

O un ángel bioquímico, pensé, y con ello, un representante de la eternidad tan ávido de saber cómo gorgotea la vida en el reino de la carne que en su arrogancia se había olvidado de organizar la retirada. No sólo era peligroso para un primate vestirse con alas de cera y sacar con ello la precipitada conclusión de poder volar hasta el cielo como un ángel. Lo contrario tendría que ser al menos igual de temerario. Tendría que ser igualmente estúpido por parte de un ángel pensar que sería capaz de compartir las condiciones del primate sin perder su estatus de ángel. Claro que, el ángel, tenía infinitamente más que perder que el primate, aunque en cierta manera perdiesen los dos exactamente lo mismo: es decir, a sí mismos. La única diferencia estaba en que el ángel había dado por sentado que su eterna existencia jamás acabaría.

Tal vez contaba con que me habían visto y por eso habían empezado a recitarme sus máximas filosóficas. En ese caso sería un tontería retirarse. Puede que ni siquiera me lo preguntara, lo único que recuerdo es que me hice visible en el sendero, y me tapé los ojos con la mano, fingiendo que no había oído ni una palabra de lo que habían dicho.

–¿Hay sitio para un inmigrante? –pregunté–. La verdad es que he pagado cinco dólares por un visado al paraíso.

Ellos se rieron y salieron del agua mientras yo seguía tapándome los ojos con la mano, aunque dio la casualidad de que durante unos segundos dos de mis dedos se separaron un par de milímetros, lo justo para poder vislumbrar los cuerpos desnudos antes de que se pusieran un pantalón de lino negro y un vestido rojo.

Al ver a Ana con el traje de Eva, supe que sólo había visto antes su cabeza, el cuerpo no lo reconocí. No es que no le estuviera bien, era perfecto, pero había algo que no cuadraba. No se podía trasladar la cabeza de un cuerpo a otro, ¿no? Yo nunca había oído hablar de una cabeza trasplantada.

En cuanto se vistieron, nos sentamos en un banco a la sombra, a comer galletas y elogiar la reserva natural, y a los habitantes de Bouma, ya que éramos sus huéspedes. Ana volvió a sacar su cámara y yo tuve que hacerles varias fotos. Entre tanto, José comenzó de nuevo a interrogarme sobre diferentes hipótesis evolucionistas. No obstante,

yo había comprendido ya la noche anterior que él tenía muchos conocimientos sobre el tema para no ser un profesional. Sin pestañear, había empleado expresiones técnicas como gradualismo y puntualismo.

Habían acordado con un conductor que los recogiera en la caseta de recepción, de modo que por fin pude disfrutar del paraíso para mí solo. Tras un baño rápido, seguí hacia las demás cascadas.

La siguiente vez que me topé con Ana y José fue en el palmeral de Maravu, muchas horas más tarde. De nuevo Ana quiso hacernos fotos, y lo menciono especialmente porque me pareció que había algo tan ritual en eso de las fotos como en esas frases más o menos crípticas que se recitaban constantemente.

Estaba solo en el palmeral y de repente oí unas voces conocidas. Comprendí que me encontraba delante de la cabaña de Ana y José y que ellos estaban sentados en el porche. No creo que me hubieran visto, al menos era imposible verme donde me encontraba en ese momento, aunque estaba tan cerca de la pareja como estuvieron ellos de mí cuando yo estaba sentado en el porche y ellos en el palmeral. Me habría retirado discretamente si no hubiera sido porque de repente brotó una gran cascada de suculentas frases. José comenzó la recitación litúrgica y dijo:

—¿Quién pudo alegrarse de los fuegos artificiales cósmicos mientras las filas de butacas del firmamento no se habían llenado más que de hielo y fuego ? ¿ Quién pudo adivinar que ese atrevido primer anfibio no sólo había recorrido a gatas un paso desde la orilla, sino que había dado un paso de gigante por el largo camino hacia la orgullosa visión de conjunto del primate del principio de dicho camino ? El aplauso a la gran explosión no llegó hasta quince mil millones de años después de que hiciera explosión.

—O podemos empezar por éste —dijo Ana—. Hay algo que aguza el oído y abre los ojos de par en par: Subiendo de entre las lenguas de fuego, subiendo de la pesada sopa de materia primitiva, subiendo por las cuevas, subiendo por encima de los horizontes de las estepas.

—Por mí vale. Pero tal vez deberíamos decir «la sopa de materia primitiva, pesada como el plomo».

—¿Por qué? Una sopa nunca es pesada como el plomo.

—Quiero decir pesada en sentido figurado. Había una mínima posibilidad de que algún ser vivo subiera de repente un día a tierra.

—¿Y no rompes el ritmo?

—Al contrario: «Subiendo de la sopa de materia primitiva, pesada como el plomo...».

—Ya veremos.

Ahora le tocaba a José. Al parecer, se quedó pensando unos instantes, antes de decidirse por decir:

—Como una niebla hechizada se eleva la visión de conjunto, a través de la niebla, subiendo de la niebla. El hastiado hermanastro del neanderthal se toca la frente y sabe que detrás del hueso frontal del primate nada la blanda masa cerebral, el piloto

automático del viaje de la evolución, el airbag del festival de proteínas entre cosa y pensamiento.

Esta vez Ana no tuvo necesidad de pensar en su respuesta, pues su parte estaba ya integrada en la dramaturgia del rito.

–El gran salto tiene lugar en la pista del circo cerebral del tetrápodo. Es aquí donde se informa sobre los últimos triunfos de la familia. En las neuronas del vertebrado de sangre caliente saltan los primeros corchos de champán. Primates posmodernos alcanzan por fin la gran visión de conjunto. Y no se espanten: El Universo se ve a sí mismo en gran angular.

Hubo una pequeña pausa, y creí que la recitación había acabado, porque en el intervalo se abrió una botella de vino. Y a continuación José dijo:

–El vertebrado mira de repente hacia atrás y contempla la misteriosa cola de la estirpe en la imagen del espejo retrospectivo de la noche de los años luz. Por fin el camino enigmático ha llegado a la meta, y la meta ha sido la conciencia del largo camino hacia la meta. No se puede hacer otra cosa que aplaudir con esas extremidades que se anotan en la cuenta de la cartera genética de la especie.

–«La imagen del espejo retrospectivo de la noche de los años luz» –repitió Ana–. ¿No resulta un poco pesado?

–Mirar hacia el Universo es lo mismo que mirar hacia atrás en la historia del Universo.

–Podemos volver sobre ello. Ahora podríamos recitar ésta: De peces, reptiles y pequeños y dulces musgaños, el primate chic ha heredado un par de bonitos ojos con visión de profundidad. Los lejanos herederos forzosos del crospterigio estudian la huida de las galaxias en el espacio celeste, y saben que se ha tardado miles de millones de años en enfocar la mirada. Las lentes están compuestas de macromoléculas pulidas. La mirada es enfocada por proteínas hiperintegradas y aminoácidos.

De nuevo le tocó el turno a José:

–En el globo del ojo colisionan la visión y la percepción, la creación y la reflexión. Las esferas oculares de Jano son una mágica puerta giratoria en donde el espíritu creador se encuentra a sí mismo en el creado. El ojo que mira el Universo es el ojo del propio Universo.

Hubo silencio durante unos segundos. Luego él dijo:

–¿Trébol o diamantes?

–¡Diamantes! Está clarísimo.

Se llenaron dos copas, y yo me quedé escuchando aún unos instantes, pero como ya no decían nada más, me retiré tan sigilosamente como pude.

Sentí un estremecimiento, pero, por otro lado, había logrado respuestas a muchas preguntas, porque estaba ya clarísimo que las extrañas frases eran algo que Ana y José estaban tejiendo sentados en el porche. Y también tenían mucha, muchísima cara, pues estaba convencido de que la larga serie que acababa de oír constituía algo que yo, sin reparos, llamaría cleptomanía espiritual, por no decir pirateo mental, porque no era una casualidad que las frases filosóficas de Ana y José comenzaran a parecerse cada vez más a mi propia perspectiva biológica evolucionista. Desde nuestro primer encuentro no

habían parado de interrogarme, vaciándome de reflexiones.

No obstante, aún quedaban algunas preguntas sin respuesta. «¡Diamantes! Está clarísimo.» Y claro que eran diamantes, Vera, ni tréboles ni picas, qué va. Pero ¿qué querían decir con eso? ¿Qué podría tener que ver todo eso con los naipes? ¿Y quiénes eran «Comodín» y «los elfos de azúcar»?

Además, sospechaba que la finalidad del seminario de la tarde era exhibirse ante turistas solitarios que se deslizaban furtivamente por el palmeral. No podía excluir la posibilidad de que me hubieran descubierto unos segundos antes de llegar cerca de su porche. Y luego estaba Ana. ¡Vuelve de mi olvido, Ana!

Decidí actuar. Primero volví a mi cabaña, cogí papel y bolígrafo y me senté en el borde de la cama. Escribí: «Cuánto más se acerca Comodín a la extinción eterna, con mayor claridad ve el animal que lo saluda en el espejo al enfrentarse a un nuevo día. No encuentra consuelo en la mirada afligida de un primate de luto. Ve un pez hechizado, un sapo metamorfoseado, una lagartija deforme. Esto es el fin del mundo, piensa. Aquí acaba abruptamente el largo viaje de la evolución».

Lo leí en voz alta, y de repente se oyó la voz de Gordon desde lo alto de la cortina:

–Me ha gustado eso de «lagartija deforme».

–¿Por qué?

–Porque subraya, por así decirlo, que nosotros somos los auténticos.

–¡Bobadas! Tú también eres un pez hechizado.

–Pero no soy deforme. No me sobra ni una circunvolución cerebral. Tengo un sistema nervioso perfectamente adecuado para mis actividades, ni más ni menos.

–Entonces pondré una «lagartija erguida».

–Me parece que debes conservar lo de «deforme», y no sólo por esas circunvoluciones cerebrales sobrantes, sino también por el ritmo del lenguaje. Por no mencionar la buena relación de vecinos.

–Tengo otra más –dije. Esta vez iba leyendo en voz alta mientras escribía–: «Comodín es un ángel en apuros. Debido a un fatal malentendido, se vistió de carne y hueso. Sólo había querido compartir las condiciones de los primates durante unos segundos cósmicos y tuvo la desdicha de tirar de la escalera celestial y bajársela consigo. Si nadie le recoge ya, el reloj biológico irá cada vez más deprisa, y será demasiado tarde para regresar al reino de los cielos».

Levanté la vista.

–Tonterías románticas, si quieres que te dé mi opinión.

–No te la he pedido.

–¿Y si no existe una eternidad?

–Es precisamente esa idea lo que me irrita tanto. Y también me entristece. Yo soy un primate de luto.

–Pero postulas que existe un cielo desde el que los ángeles pueden bajar a encarnarse por un día, con el único propósito de darse cuenta de que están tan hundidos en el tremedal de este mundo que no son capaces de volver a casa.

–¿Debo incluir eso de «...tan hundidos en el tremedal de este mundo que no son

capaces de volver a casa»?

–En absoluto. No creo que haya otro mundo aparte de éste, que se desarrolla en el tiempo y en el espacio.

–¡Lo sé! –dije casi gritando–. Y lo dices sólo por eso. Pero en esta parábola hay un «como si», ¿comprendes? Yo soy *como* un ángel caído, *si* los ángeles existieran. Sólo has de imaginarte un ángel caído que se ha perdido en el tremedal de la carne para de repente darse cuenta de que ha hecho algo fatal e irreparable, ya que no es capaz de volver a subir al cielo. ¿No entiendes lo terrible que tiene que ser eso para el ángel? Ha considerado como parte evidente de la creación que su existencia no tendría fin. Ha existido siempre, y prácticamente tiene un contrato con Dios de que así será desde la eternidad hasta la eternidad. Es justo aquí donde aparece el error, una hamartía, como también fue un error lo de la manzana en aquel viejo jardín, porque el ángel por fin se da cuenta de que su estatus ha sido considerablemente rebajado, ya que de repente ha sido reducido a ángel bioquímico, es decir a un ser humano, una máquina de muerte basada en proteínas, igual que los peces y los sapos. Está delante del espejo y comprende que, debido a un simple malentendido, no vale más que un geco.

–Como ya te he dicho, nosotros nunca nos hemos quejado de nuestro estatus ontológico.

–¡Pero yo sí!

–Porque te sobra una circunvolución cerebral.

–Ya, ya. Al ángel no le sobra. Tal vez tenga exactamente la misma inteligencia que el ser humano, es decir la suficiente para dar cabida a ciertos conceptos sobre el Universo, donde estará eternamente, en un marcado contraste con el ser humano. Ésa es la gran diferencia, y nada más que ésa. En ese sentido, el ángel posee un conocimiento adecuado, muy adaptado a su estatus cósmico. Personalmente sé demasiado bien que sólo estoy aquí de visita.

–No entiendo la necesidad de discutir la inteligencia de los ángeles si acabas de reconocer que no crees en los ángeles.

Simplemente le ignoré:

–Soy de la estirpe de las salamandras –proseguí–. El que me sobre una circunvolución cerebral o dos, se debe a la brevedad del tiempo que voy a estar aquí. De manera que no es una cuestión intelectual lo que estoy discutiendo, sino emocional, por no decir moral. Por tanto, me resulta triste y provocador tener que reconocer la brevedad de la vida y de cuántas cosas estoy ya a punto de despedirme. No es justo.

–Entonces tal vez puedas emplear ese tiempo limitado en otra cosa que no sea irritarte por su brevedad.

Dije:

–Imagínate que estás de viaje, y que unas personas amables con las que te encuentras te invitan a su casa, a una breve visita, se entiende. Además, sabes que jamás volverás a la misma casa, al mismo país o la misma ciudad.

–Pero de todos modos puedes sentarte a charlar un rato.

–Claro que sí, pero no me hace falta saber todo lo referente al funcionamiento de la

casa. No necesito saber dónde se encuentra todo, los cazos y cacerolas, las tijeras del jardín o la ropa de cama. No he de saber todo sobre cómo les va a los dos niños en el colegio o sobre lo que los padres sirvieron a sus invitados en la celebración de sus bodas de plata el año anterior. Puede resultar agradable que te enseñen la casa por encima, y no pretendo ridiculizar la hospitalidad de la gente, pero que te muestren toda la casa, del sótano al ático sólo durante una breve visita para tomar café, está de más.

–Exactamente, como las dos circunvoluciones.

No me dejé distraer y proseguí:

–Si me fuera a vivir allí unos meses sería distinto. Pues estoy seguro de que se trata de una familia muy agradable, si no, no creo que les hubiera hecho una visita, aunque yo no podía saber, claro, que iban a dedicar tanto tiempo de esa breve visita a explayarse sobre su perfecta vida en su chalet con hilos de calor por el suelo y un flamante jacuzzi. Yo estoy a punto de coger un avión, me voy a otro hemisferio. Estoy nervioso, porque tengo que levantarme y marcharme, el taxi puede llegar en cualquier momento, y jamás volveré... ¿Eres realmente capaz de entender lo que estoy diciendo?

–Al menos empiezo a entender que tú comprendes demasiado.

–Demasiado, sí, eso es lo que vengo diciendo desde siempre. Comparto casi el noventa y nueve por ciento de mis genes con un chimpancé, y también la duración de nuestras vidas es parecida, pero no creo que tengas idea de cuánto más sé y, al mismo tiempo, sé que de todo eso tengo que desprenderme. Por ejemplo, tengo una sólida idea de lo inmensamente grande que es este Universo y de cómo está compuesto de galaxias y cúmulos de galaxias, brazos espirales y estrellas individuales, estrellas sanas, y gigantes rojas con fiebre alta, enanas blancas y estrellas de neutrones, planetas y asteroides. Sé todo sobre el sol y la luna, sobre la evolución de la vida en la Tierra, sobre los faraones egipcios y las dinastías chinas, y sobre los países y los pueblos de la Tierra en este momento, por no mencionar todos los conocimientos que he ido adquiriendo sobre flores y animales, canales y lagos, ríos y puertos de montaña. Sin pensármelo un instante, puedo darte nombres de varios centenares de ciudades en el mundo, puedo nombrarte casi todos los países, y sé aproximadamente el número de personas que viven en cada uno de ellos. Conozco las bases históricas de las distintas culturas, su religión y mitología, hasta cierto grado también la historia de sus lenguas, en particular las conexiones etimológicas, sobre todo dentro del grupo lingüístico indoeuropeo, pero también podría recitar una serie de palabras de lenguas semíticas, y algunas del chino y del japonés, por no hablar de todos los nombres de lugar y de persona que sé. Además, conozco a varios cientos de personas en mi vida privada, sólo de mi pequeño país sería capaz de darte unos mil nombres de compatriotas vivos de los que sé algo, y tengo exhaustivos conocimientos biográficos de algunos de ellos, y tampoco necesito limitarme a noruegos, pues vivimos cada vez más en un pueblo global, y pronto la galaxia será nuestro barrio. Por otra parte, hay un montón de personas a las que quiero de verdad, aunque uno no sólo se ata a las personas, también a los lugares; basta con pensar en todos los paisajes que conozco como la palma de mi mano, en los que me daría cuenta de si alguien corta un arbusto o cambia de sitio una piedra. Luego están los libros, por ejemplo todos los

que me han enseñado mucho sobre la biosfera y el Universo, pero también libros de ficción, lo que implica que conozco de cerca la vida de muchos seres ficticios, que en parte han significado mucho para mí. Tampoco podría vivir sin música, y soy casi omnívoro, desde música folk y música renacentista hasta Schönberg y Penderecki, y, no obstante, he de confesar, y eso tiene que ver precisamente con la perspectiva que procuramos presentar aquí, he de confesar, digo, cierta inclinación por la música romántica, y no hay que olvidar que ésta también se encuentra en Bach y Gluck, por no decir en Albinoni; la música romántica ha existido siempre, y Platón ya advirtió contra ella, porque opinaba que la melancolía podría debilitar al Estado, y está claro que, cuando se llega a Puccini y a Mahler, la música se convierte en una expresión directa de lo que estoy haciéndote ver, es decir, de que la vida es demasiado breve y de que el ser humano está hecho de tal manera que hay demasiadas cosas de las que tiene que despedirse. Tal vez hayas oído «Despedida» de las *Das Lied von der Erde* de Mahler, y en ese caso seguro que entiendes lo que quiero decir. Espero que hayas comprendido que me estoy refiriendo a la propia despedida, y que tiene lugar en el mismo órgano donde tengo almacenado todo aquello de lo que me despido.

Me acerqué al maletín y lo abrí, saqué la botella de ginebra y me la llevé a los labios. No tenía ninguna importancia, porque di un trago muy pequeño y faltaba muy poco para la cena. Él dijo:

–¿Vas a empezar tan temprano?

–¿Empezar? Me parece tendencioso emplear esa palabra. He dado un trago porque tengo sed, es decir porque quiero apagar algo, y tú me hablas de empezar.

–Sólo pensaba en que tu hábito por la bebida podría, en el peor de los casos, acortar aún más tu vida.

–Es posible, y veo la paradoja, pero no estoy hablando de hacerme viejo, hablo de la eternidad y, en ese caso, nimiedades como un año más o menos no significan absolutamente nada.

–Yo al menos estoy dispensado de preocuparme por la eternidad.

–¡Pero yo no! –exclamé. Arranqué la nota que había escrito y salí apresuradamente de la cabaña, cerrando la puerta tras de mí con un estampido.

A paso firme, me dirigí a la cabaña de Ana y José, aunque, al acercarme, moderé considerablemente la velocidad, y cuando pasé por delante del porche podía, en el mejor de los casos, dar la impresión de que pasaba por allí casualmente. Había doblado el papel y me lo había metido en el bolsillo.

–¿Te apetece una copa de vino blanco? –gritó Ana.

–Con mucho gusto.

Entró en la cabaña a por una silla y una copa, y cuando estábamos sentados y se habían llenado de vino las copas, miré como meditabundo al palmeral, mientras murmuraba algo para mis adentros, como si se tratara de un viejo trabalenguas que siempre iba canturreando. Dije:

–Cuanto más se acerca Comodín a la extinción eterna, con mayor claridad ve el animal que lo saluda en el espejo al enfrentarse a un nuevo día. No encuentra consuelo en la

mirada afligida de un primate de luto. Ve un pez hechizado, un sapo metamorfoseado, una lagartija deforme. Esto es el fin del mundo, piensa. Aquí acaba abruptamente el largo viaje de la evolución.

Se hizo silencio total en el porche, tanto que me puse nervioso. Creí ver que Ana y José intercambiaban una mirada, pero no se dijo nada hasta que Ana me preguntó qué me parecía el vino.

Yo había dado por sentado que habría alguna reacción por parte de ellos, ya que lo que acababa de decir era también una reacción a su extravagancia oral de los últimos días. Sin embargo, estuvimos un cuarto de hora hablando de Fidji y de todo y nada.

Recuerdo que se me ocurrió como una terrible posibilidad que todo lo que había oído recitar entre Ana y José teóricamente podría ser del mismo tipo de discurso que las largas conversaciones que yo había tenido con Gordon. Pero, en ese caso, se habría dado la vuelta a todo el planteamiento del problema, pues ¿por qué no comentaron Ana y José lo que yo de repente había formulado sobre el pez hechizado y el primate de luto? De pronto los papeles estaban cambiados por completo.

¿O sería porque se sentían escuchados y espiados, ya que jamás había sido su intención que yo comprendiera nada de lo que recitaban? Tal vez no se pretende que alguien escuche lo que dos amantes se dicen mientras se bañan desnudos bajo una cascada tropical, y menos aún que se conteste. Por otra parte, no tenía justificación alguna para indignarme porque mi entorno se dedicara a transformar de un modo más o menos poético los temas que habíamos discutido entre nosotros.

Necesitaba estar seguro del todo. Acababa de darles las gracias por el vino cuando cayó un coco de una de las palmeras, y volví a decirme algo. Lo dije en un tono tan alto para que no cupiera duda de que me oían:

–Comodín es un ángel en apuros. Debido a un fatal malentendido, se vistió de carne y hueso. Sólo había querido compartir las condiciones de los primates durante unos segundos cósmicos y tuvo la desdicha de tirar de la escalera celestial y bajársela consigo. Si nadie le recoge ya, el reloj biológico irá cada vez más deprisa, y será demasiado tarde para regresar al reino de los cielos.

De nuevo se hizo el silencio, y me pareció que en el porche reinaba un ambiente tenso. Ni una palabra, Vera, ni siquiera me dieron una respuesta no verbal. Debo confesar que después de esa tarde todo había acabado. Nunca más Ana y José se recitaron algo en mi presencia. Algo había muerto, tan inevitablemente como que el ángel había perdido la llave a la eternidad.

Salimos juntos al palmeral. Ana se llevó la cámara y comenzó de nuevo a hacer fotos. Una vez más me pidió que les hiciera fotos, por ejemplo debajo del cocotero con el cartel que advertía del peligro de que caían cocos.

Lo de los ángeles caídos y los cocos que podían caer a las cabezas me hizo pensar en lo fácil que resulta manipular imágenes y, por ejemplo, introducir en Internet fotos falsas con desnudos de personas conocidas. Pero la cara de Ana no la había visto en ninguna fotografía, de eso estaba completamente seguro, tan seguro que tuve que preguntarme a mí mismo cómo podía estar tan seguro de algo que era incapaz de recordar.

Cumbre en el trópico

Para la cena se habían juntado todas las mesas formando una sola. La noche anterior, los huéspedes se habían mezclado nada más acabar la cena, y supuse que esa noche los anfitriones habían querido contribuir a que nos juntáramos ya antes de sentarnos a cenar. No capté hasta más tarde que la iniciativa había partido del señor Spooke, porque el dueño, Jochen Kiess, deseaba que Maravu Plantation Resort fuese un refugio para los individualistas.

Llegué pronto y me tomé con el inglés una cerveza en el bar. Hablamos de los reptiles en Oceanía, y en particular sobre los geos domésticos, porque también John tenía varios en su habitación. No dije nada de la botella de ginebra, tendría que ser un secreto entre el dueño y yo. He de confesar que hablé un poco de Oslo y, por consiguiente, también algo de nosotros, como puedes imaginar. Le conté que habíamos perdido a nuestra hija en un accidente de tráfico.

Aquella mañana temprano, había llamado a Salamanca para que me confirmaran la inscripción en el congreso, y no pude evitar mencionar a John que tú también estabas inscrita. Lo que yo no sabía era si tú estabas al tanto de que yo aparecería por allí. John contó que había perdido a su mujer unos años antes, tras una larga enfermedad. Se llamaba Sheila, y entendí que había tenido una estrecha relación con ella. Estábamos de acuerdo en que la vida no siempre es fácil. Tras muchos años de descanso, el inglés había vuelto a tomar notas para una nueva novela. Intercambiamos unas palabras sobre el arte y la cultura en general y confesé a ese robusto inglés que me apasionaban los pintores españoles, y en particular la maravillosa colección del Museo del Prado. Entonces abrió los ojos de par en par, como tomando especial nota de lo que le estaba diciendo.

Mientras charlábamos, los comensales empezaron a llegar. Yo me senté con Laura a la derecha y con Evelyn a la izquierda. A la izquierda de Evelyn estaba Mark, quien a pesar de su juventud era ya abogado, y en el extremo de la mesa, a la izquierda de él, se sentó Bill. Enfrente de mí se había colocado John, a la izquierda de éste, es decir, enfrente de Laura, se encontraba Mario, al otro lado del inglés estaba Ana, y a su derecha, José.

Procuraré centrarme en lo más importante de esa noche, e iré al grano enseguida. Antes de los postres, John dio unos golpes con el tenedor en su copa, y dijo unas floridas palabras sobre el lugar en el que nos encontrábamos, de la inspiración intelectual que esas noches tropicales despertaban –el ser humano también era un animal tropical– y, sobre todo, de cuánto se alegraba de haber conocido a cada uno de nosotros, que habíamos

hecho un largo camino desde Europa, América o Australia. La dueña de Maravu, la señora Angela Kiess, le había comentado que era la primera vez en muchos meses que los mismos huéspedes se habían sentado dos noches seguidas en el restaurante, pues siempre había alguien que se marchaba o alguien nuevo que llegaba. Además, dijo el inglés, había tomado esa iniciativa porque opinaba que todos los reunidos teníamos algo en común a pesar de las diferencias casuales, un mínimo común múltiplo, si se le permitía emplear una expresión de las matemáticas. En suma, él ya había tenido tiempo de intercambiar algunas palabras con cada uno de nosotros y se había dado cuenta de que todos teníamos un interés especial por algo que él llamó el dilema del hombre moderno, y lo había podido comprobar la noche anterior, aunque las conversaciones habían sido más dispersas de lo que esperaba fueran esta noche, porque incluso una velada informal necesitaba de vez en cuando un moderador. Nos nombró a cada uno por nuestro nombre, intentando, con cierto esfuerzo, hacer parecer que, en conjunto, representábamos una especie de corte transversal de la humanidad, reunidos bajo un inmenso cielo estrellado.

Se había abierto la sesión, y John había empleado la expresión «cumbre en el trópico». Luego habló sobre un montón de cosas, cosas sobre las que seguramente había meditado mucho tiempo. Dijo:

—Cuando las personas se encuentran por primera vez, sea en un congreso profesional o en una isla del Pacífico, es costumbre presentarse y también contar algo más, sobre todo si la relación se va a prolongar durante varios días. A veces se informa sobre el estado civil, la profesión o el país de donde uno viene. De esa manera se pueden descubrir conocidos, intereses o incluso destinos comunes, por ejemplo un cónyuge demasiado celoso, una minusvalía física, una rara fobia o una reciente pérdida de padres. ¡Bien!

Eché un vistazo alrededor de la mesa. La mayoría tenía dibujada una interrogación en sus caras. Laura, que esa noche llevaba una blusa negra sin mangas y unos vaqueros cortados y con largos flecos, me puso una mano sobre el brazo susurrándome al oído:

—Es un payaso.

—¡Bien! —repitió el inglés—. Un ingrediente casi obligatorio en esta clase de presentaciones es el deseo de causar la mejor impresión posible, sea en relación con el estatus social, nivel económico, círculo de amistades, hazañas o destrezas especiales. No se trata sólo de presentar tus cualidades más favorables, sino de hacerlo de una manera más bien casual, como si fuera algo completamente improvisado. Porque el ser humano no sólo es un animal social, es ante todo un animal vanidoso, más vanidoso, supongo, que ningún otro vertebrado. Mirad lo bueno y lo hábil que soy, decimos. No creas que soy un cualquiera. Además, tengo dos hijos mayores estudiando en la universidad y dos hijas adolescentes que quieren ser actriz y pintora, respectivamente. No me digas..., pues nuestra hija se casó hace poco con el hijo del alcalde de Liverpool, estaba loco por ella. Toma nota también de que disfruto de una situación económica desahogada. Sí, sí, es el mismo apellido de la compañía de acero, fue mi bisabuelo, sí. Naturalmente he leído a Derrida, y en la mesilla de noche tengo un libro de Baudrillard. También el arte, claro, tenemos un Monet en el dormitorio, y un Miró en el salón, y, por cierto, acabamos de

colgar un auténtico espejo barroco sobre la chimenea...

Se interrumpió a sí mismo y exclamó:

–¡Bien! ¡Bien!

Volví a echar un vistazo alrededor de la mesa, y no fui el único, porque en ese momento nadie tenía ni idea de adónde iría a parar John con su discurso. Pensé que todos estábamos en la incógnita, a posteriori me he preguntado si él no contaba con un cómplice.

–Hace calor –afirmó Bill–. ¿Pedimos un par de botellas de vino blanco? ¿O queréis que os invite a champán?

Pero John prosiguió:

–Aparte de todo esto, aparte de los trajes y banquetes, el maquillaje y los alfileres de corbata, los depósitos bancarios y los espejos barrocos sobre la chimenea, aparte, digo, de todo esto con lo que nos decoramos en contextos sociales, nos quedan dos, diez años o, en el mejor de los casos, unos decenios de vida en esta tierra. Existen, pues, en general, algunas perspectivas existenciales que nos atañen a todos, aunque hablamos muy poco de ellas. Propongo, pues, que esta noche intentemos prescindir de nuestros intereses y quehaceres arbitrarios y nos centremos en algo que nos atañe a todos.

A mí se me escapó, seguramente porque me acordé de la conversación con Gordon la noche anterior:

–El Universo, por ejemplo.

Sólo debí de mumurarlo, porque John preguntó:

–¿Qué ha dicho ese señor?

–Por ejemplo el Universo –repetí.

–Excelente, excelente. Tenemos una propuesta de que esta noche centremos la conversación en el Universo. Dejemos a un lado la política, a Linda Tripp y a Monica Lewinsky también, aunque dicho sea de paso nadie me ha explicado si, aparte del alcance del escándalo en sí, se trata, además, de algo tan obsceno como un prohibido puro habano, y no sólo un inofensivo brasileño. Pero basta de esas cosas, basta ya. Porque no sólo somos, y me refiero a cada uno de nosotros, el producto de una socialidad creada por el hombre; nos encontramos además bajo un cielo intensamente enigmático, lleno de estrellas y galaxias.

Intuí cierto atisbo de nerviosismo alrededor de la mesa, pero Ana y José seguían a John con gran interés y parecían identificarse con él, tal vez fueran cómplices en la configuración del programa. Creo que también se adhirió Laura, aunque poco antes había tachado a John de payaso. Por otra parte, me parece que Mark y Mario participaban de mala gana en este juego de sociedad, y Evelyn, que por cierto estudiaba Farmacia en Seattle, dijo sin rodeos que no tenía ni idea de astronomía y que por ella se retiraría ya. Bill parecía indiferente, y ya había hecho una seña al hombre de la flor en la oreja izquierda para encargarle alguna bebida. Yo por mi parte me entregué a la situación y a Maravu Plantation Resort como un refugio no sólo para los individualistas, sino también para las grandes cuestiones.

John intentó en primer lugar calentar motores en los congregados preguntando cuántos

de nosotros pensábamos que había vida en otros planetas. Ya que Evelyn se abstuvo de contestar, el grupo se dividió en dos facciones iguales, y John estaba listo para hacer el primer resumen de la noche. Dijo:

–¡Sorprendente! ¡Tengo que admitir que me impresiona el juicio de este grupo, pues os he planteado una cuestión tremendamente básica sobre la naturaleza de este Universo, y al cabo de unos minutos puedo constatar que se han dado nada menos que cuatro respuestas correctas a la pregunta, aunque hay cuatro respuestas completamente equivocadas.

–¿Acaso tienes la clave? –quiso saber Mario.

El moderador le ignoró y prosiguió:

–Pues o hay vida en el Universo o no la hay. *Tertium non datur!* La mera idea de una vida pululante allí fuera puede aturdirnos un poco, pero también es posible que la vida sea algo que sólo se encuentra en nuestro planeta. Aunque esto no facilita nada la cuestión, también esta idea puede dejarnos perplejos. Hasta aquí está claro, no obstante, que cuatro de los presentes han dado una respuesta correcta y precisa a la pregunta planteada. Las respuestas a las grandes preguntas no son necesariamente muy complejas.

–No nos has dicho *quiénes* de nosotros hemos dado la respuesta correcta –señaló Mario malhumorado.

–Eso no tiene ninguna importancia –precisó el inglés–. Me basta con que cuatro elementos alrededor de esta mesa hayan emitido una respuesta correcta a la pregunta de si hay vida allí fuera en el Universo.

Entonces me precipité de un modo vergonzoso:

–Claro que hay vida allí fuera –dije–. Hay tal vez cien mil millones de galaxias en el Universo, y en cada galaxia hay cien mil millones de estrellas. Sería un absurdo derroche de espacio si estuviéramos completamente solos.

–Un comentario interesante –replicó José.

–¿Sí?

–Anoche más o menos juraste que no existe ninguna intención detrás de los procesos de la naturaleza.

–Lo sigo pensando –aseguré.

Prosiguió imperturbable:

–Y hoy sería un terrible derroche de espacio si estuviéramos solos aquí...

Asentí con la cabeza, porque aún no era consciente de mi torpeza. Pero llegó la sentencia, Vera, porque ya me tenía pillado:

–Entonces, ¿puedes decirnos quién es el que derrocha o no derrocha espacio?

Tuve que rendirme, y reconocer que me había pillado en una contradicción. A la vez, se me ocurrió que los primeros en emplear el argumento «derroche de espacio» para defender la tesis de que hay vida en el espacio, suelen ser los mismos que más apasionadamente niegan cualquier intención detrás de los procesos de la naturaleza. Pero si no se debe más que a una estúpida casualidad el que surgiera la vida en la Tierra, resulta igualmente irrazonable emplear la misma estúpida casualidad como un principio cósmico.

John pasó a tratar otras cuestiones cosmológicas con constantes preguntas que dividían al grupo en dos. Preguntó si la energía cósmica había existido siempre o no; y en el caso de opinar que no, deberíamos decidir si había surgido por su cuenta o mediante un acto de creación exterior o interior. Después quiso saber si el Universo continuaría expandiéndose o si había masa suficiente en él como para que volviera a contraerse, produciendo con ello una serie de grandes explosiones seguidas de nuevos Universos. Quiso saber si hay una conciencia trascendental o si lo único que existe es el Universo físico. También nos preguntó si pensábamos que el ser humano tiene un alma que de alguna manera sobrevive a la muerte del cerebro, o si todo lo que hay en la naturaleza es igual de efímero. Otra de sus cuestiones fue si existen los fenómenos sobrenaturales o si todos esos fenómenos supuestamente sobrenaturales son mera imaginación y un último resto de la visión del mundo mítica o incluso animista del hombre moderno. El inglés iba tomando debida nota de cómo el grupo se dividía en dos opiniones diametralmente opuestas, y nos advertía escrupulosamente de que al menos algunos de nosotros habíamos respondido correctamente a las preguntas, pues ni una sola vez hubo una respuesta unánime.

—¡Una cosa u otra! —gritaba John Spooke en su resonante acento de Oxford antes de sellar sus ecuaciones de segundo grado con una conjura en latín: *Tertium non datur!*

El hombre de la flor tras la oreja izquierda puso dos botellas de champán sobre la mesa en respuesta al encargo de Bill, y la conversación pasó rápidamente a una nueva fase. John quiso que todos tuviéramos la oportunidad de ofrecer una breve presentación de nuestra visión de la vida. Ahora todo el mundo participó. Había tirado la toalla, incluso Evelyn.

José fue el primero en tomar la palabra, y aprovechó la ocasión para argumentar a favor de algo que yo llamaría una visión antropocéntrica del mundo. Opinó que el Universo no podría haber sido mucho menor de lo que es —o haber tenido una naturaleza muy distinta a la que de hecho tiene— para crear un ser humano. Sus conclusiones eran todas mucho más amplias que los argumentos que adujo, pero nos recordó que el cerebro humano tal vez sea la materia más compleja de todo el Universo, y, en el fondo, mucho más difícil de entender que las estrellas de neutrones y los agujeros negros. El cerebro estaba compuesto, además, por átomos que se habían hervido en estrellas ya quemadas hace mucho tiempo, y si el Universo no hubiera sido tan grande como de hecho es, no habría sido capaz de crear estrellas y planetas, y en ese caso tampoco habría surgido ni un microorganismo. Incluso un planeta «tonto», como por ejemplo Júpiter, era totalmente necesario para que pudiéramos estar ahí sentados conversando con sensatez. Si no fuera por el enorme campo de gravedad de ese planeta gigantesco, la Tierra recibiría constantes bombardeos de meteoritos y asteroides, pero el Padre Júpiter era un verdadero aspirador para las fuerzas caóticas que, de otra manera, habrían imposibilitado al planeta Tellus crear una biosfera y, en última instancia, la conciencia del ser humano. José lo presentó de una manera que me hizo pensar en los caciques que, en la antigua sociedad fidjiana, habían tenido hombres mosquito. Si la Tierra era el cacique, y los meteoritos el enjambre de mosquitos, Júpiter era el que hacía las veces de hombre

mosquito. Tampoco hay que cerrar los ojos ante el hecho de que Júpiter en el transcurso de los años haya sufrido algunas picaduras de mosquito muy molestas, y tan sólo una de ellas, según José, habría sido capaz de acabar con casi toda la vida en la Tierra.

–¡He aquí un planeta vivo! –reclamó al final de su intervención–. Y puede que la Tierra resulte ser el único, excepto si, como ya se ha dicho, existiera una autoridad que ha decidido no derrochar espacio. Pero también puede pensarse que la masa del Universo es justo suficiente para crear una conciencia capaz de lanzar teorías como ésta, pues se tarda bastante en crear algo tan complicado como el cerebro humano, al menos no se hace en siete días. El aplauso a la gran explosión no llegó hasta quince mil millones de años después de que hiciera explosión.

Bill argumentó diciendo que sólo era cuestión de tiempo hasta que la ciencia revelara todos los secretos del Universo y de la materia. Mark señaló que una parte cada vez más sustanciosa de la investigación básica sería financiada por las compañías multinacionales, y Evelyn confesó una inquebrantable fe en Jesús como salvador del hombre y del Universo.

Le llegó el turno a Laura, que no ocultó que gran parte de su inspiración para su visión del mundo se alimentaba de la filosofía india, sobre todo de las seis escuelas ortodoxas llamadas *vedanta*, o mejor dicho *keval-advaita*, una expresión que procedía del filósofo Shankara, que vivió en la India a principios del siglo IX. «Keval-advaita» significaba «no-dualismo absoluto», explicó Laura. Proclamó que sólo hay una realidad y que los hindúes la han bautizado con el nombre de *brahman* o *mahatma*, que significa alma universal, o en traducción más directa «el gran alma». *Brahman* era eterno, indivisible e inmaterial. De este modo, todas las preguntas lanzadas por John recibieron respuesta y sólo una respuesta, ya que *brahman* era la respuesta a todas las preguntas hechas.

–Dios nos libre, Laura –suspiró Bill, quien había argumentado un optimismo científico más bien ingenuo.

Pero Laura no se inmutó. Explicó que toda pluralidad no era más que una apariencia. Cuando a diario percibimos el mundo como algo variado y plural, se debe únicamente a un espejismo, dijo, o a aquello a lo que los hindúes durante miles de años han denominado *maya*. Porque no es el mundo exterior, visible y material el que es real. No es más que una ilusión onírica, y ciertamente real para aquellos que están atrapados en su red. Pero, para el sabio, el mundo real es *brahman*, o alma universal. El alma humana es idéntica al *brahman*, explicó, y cuando entendemos esto, desaparece la ilusión de la realidad exterior. Entonces el alma se vuelve *brahman*, lo que en realidad ha sido siempre, pero sin que lo hayamos sabido.

–Ella ha dicho la última palabra –afirmó John–. No existe el mundo exterior, y toda pluralidad no es más que apariencia.

Laura no se molestó. Se tocó sus trenzas negras y con una sonrisa burlona echó una mirada a todos, mientras proseguía sus explicaciones:

–Cuando sueñas, crees que percibes una realidad plural y que te encuentras en un mundo exterior. Pero todo lo que hay en el mundo mágico del sueño ha sido engendrado por tu propia alma y por nada más. El problema es que no lo percibes hasta que te

despiertas, y entonces el sueño ya no existe. Se ha desprendido de todas las máscaras falsas y aparece como lo que ha sido todo el tiempo: es decir, tú mismo.

–No tenía conocimiento de esta teoría –admitió el moderador–, pero es fascinante y radical. Al menos resulta casi imposible de refutar con pruebas...

Reflexionó un instante, y añadió:

–¿Has dicho «maya», o me equivoco?

Ella asintió, y el inglés miró a Ana, que estaba sentada a su derecha. Me fijé en que ella bajó la vista, a la vez que José le rodeó los hombros con un brazo, estrechándola hacia él.

–Creemos que estamos sentadas nueve almas en torno a una mesa –precisó Laura–. Eso se debe a *maya*. En realidad, somos facetas de la misma alma. Es la ilusión *maya* la que nos hace creer que los demás son algo distinto a nosotros, por eso no debemos tener miedo a la muerte. No existe nada que pueda morir. Lo único que desaparece cuando morimos es la ilusión de estar separados del resto del mundo, de la misma manera que pensamos que lo que soñamos está separado de nuestra propia alma.

José le agradeció a Laura su intervención, y le tocó el turno a Mario:

–Yo soy católico –se limitó a decir, y con un resignado gesto de la mano dio a entender que no tenía nada más que añadir.

Pero el inglés no le dejó escaparse tan fácilmente, y el solitario navegante al final dijo:

–Estáis hablando de todo lo que veis, pero en realidad estáis ciegos de los dos ojos. Veis las estrellas y las galaxias, decís, veis la evolución de la vida en la Tierra, y hasta la materia genética. ¡Veis que el orden surge del caos, y presumís de poder mirar hacia atrás, hasta el momento mismo de la creación! ¡Luego, concluís que habéis refutado con pruebas la existencia de Dios! ¡Bravo!

Como no dijo nada más, John intentó hacerle hablar de nuevo, y al cabo de unos instantes, el italiano añadió:

–Hemos estado ya en casi todas partes y no hemos visto rastro de ninguna divinidad. No había ningún Dios esperándonos en el Everest. Tampoco había ninguna mesa puesta en la luna. Ni siquiera hemos conseguido entrar en contacto por radio con el Espíritu Santo. Pero si jugamos al escondite, jugamos al escondite. Me explico: ¿Quiénes son los que tienen una visión ingenua del mundo, los teólogos o los reduccionistas?

Evelyn le agasajó con un breve aplauso, y él continuó. Pronto se entusiasmó y reveló que había sido profesor de Física durante muchos años, y que seguía manteniéndose al día a través de revistas y literatura especializada. Luego dijo:

–Hace mucho que hemos revelado los secretos de la biosfera. Todo era macromoléculas, proteínas y ni siquiera eso, no era más que un cóctel de aminoácidos. Tampoco hay grandes noticias en el espacio. Sólo hubo una gran explosión que puso todo en marcha. No hay nada misterioso en eso, ni en el desplazamiento hacia el rojo, ni en la radiación cósmica de fondo, ni en el espacio curvo, en suma, en nada de lo que hay allí fuera. Eso se llama física, o física teórica. Entonces sólo queda la conciencia, y a decir verdad, tampoco es mucho más misteriosa que el resto de la obra de la creación. También ella está simplemente compuesta para la ocasión de átomos y moléculas. Como

veis, la filosofía haría bien en tomarse unas largas vacaciones, porque no queda ningún enigma. ¿O es la ciencia la que necesitaría una pausa para pensar? Porque tal vez es la ciencia la que está en las últimas. Lo único que ahora nos preocupa, y cuando digo «nos» debo añadir que constituimos una clara minoría, es el mundo en sí. Con un par de sofisticados argumentos, también llegaremos a alterar el mundo, pero por ahora estamos estancados.

Evelyn volvió a aplaudir, y tanto José como Bill asintieron con la cabeza.

Después de Mario le tocó el turno a John, que dijo:

–Yo ya he tenido ocasión de mostrar mi fe en que existen respuestas sencillas a muchos de los importantes temas que estamos tratando, lo que pasa es que no resulta fácil elegir. Además, he intentado insinuar que las cuestiones cosmológicas tal vez sean más apropiadas para juegos de este tipo que para un análisis científico. La ciencia nos ha proporcionado la teoría de la evolución, la teoría de la relatividad, la física cuántica y, no menos importante, la fascinante teoría sobre el Big Bang. Todo esto es excelente. Ahora bien, la cuestión es si también las ciencias naturales se están acercando al final del camino. Aunque pronto habremos resuelto el genoma humano, con todos sus cientos de miles de genes, no seremos mucho más sabios por ello. El propio mapa genético reforzará sin duda la biotecnología y tal vez contribuya a curar cierto número de enfermedades, pero dudo que vaya a aclararnos más lo que realmente es la conciencia, o el por qué existe una conciencia. Aunque existiera o no vida en una galaxia a unos cien millones de años luz de aquí, las distancias son tan inmensas que no vamos a encontrar respuesta a esta pregunta. Y aunque pulimos y reparamos constantemente nuestros conocimientos sobre la evolución del Universo, jamás seremos capaces de dar una explicación científica de lo que es el Universo. Permittedme tomar prestada una imagen de Laura, que ha comparado el mundo exterior con un sueño, pues puede servir de una excelente alegoría. Si el mundo es un sueño, la ciencia intenta analizar de qué está compuesto el sueño. Se intenta medir las distancias de un extremo del sueño al otro, pero todo el mundo está de acuerdo en que el tiempo y el espacio se derrumban cuando miramos hacia los límites del Universo y cuando miramos atrás hacia la gran explosión, aunque estamos hablando de dos aspectos del mismo asunto, pues cuanto más lejos miramos al Universo, más lejos miramos también hacia atrás en la historia del Universo. Es decir, intentamos orientarnos en el sueño como mejor podemos. Y bien, todo esto es excelente y correcto. Pero no llegamos más allá del sueño. Nunca vamos a poder verlo desde fuera. Nos golpeamos la cabeza contra el límite extremo del sueño igual que un autista se golpea contra la pared.

Eché más champán en la copa de Laura.

–¿Pretendes descartar por completo la posibilidad de que un día llegemos a entender bastante más del mundo en el que vivimos? –pregunté.

Negó con la cabeza.

–Al contrario. Tengo una fe inquebrantable en la intuición del ser humano. Pero si vamos a resolver los enigmas del Universo, tal vez tengamos que hacerlo mentalmente, e incluso puede que el enigma ya esté resuelto. No descarto que la solución al enigma del

Un universo esté ya formulada en algún documento indio o latino. La solución no es necesariamente tan compleja, tal vez exija unas diez o veinte palabras. En este sentido, estoy convencido de que la teoría de Laura sobre la *maya* se puede resumir en unas cuantas frases. Esta noche se han dado respuestas muy precisas a una serie de preguntas que no tienen más de dos posibles respuestas, pero no creo que ningún instrumento científico de medición sea capaz de registrar cuáles de las respuestas dadas son las correctas y cuáles las incorrectas. ¿Qué opina Ana al respecto?

Ahora le tocó a ella. Permaneció unos instantes mirando fijamente la noche tropical, luego se enderezó y dijo con voz autoritaria:

–Existe una realidad fuera de ésta. Cuando muera, no habré muerto. Todos creeréis que he muerto, pero no estaré muerta. Pronto volveremos a encontrarnos en otro lugar.

Con estas palabras se acabó el juego, y la conversación cambió de repente de tono. Reinaba un ambiente siniestro en torno a la mesa, y no sé si fui yo el único que se fijó en que José derramó una lágrima. Ana prosiguió:

–Pensaréis que acudís a un funeral, pero en realidad habréis llegado a un nacimiento.

Entonces Ana me miró a los ojos.

–Hay algo fuera de esto –insistió–. Aquí no somos más que efímeros espíritus que estamos de paso.

–Ya no más –susurró José en español–. No necesitas decir nada más.

Todo el mundo tenía los ojos clavados en Ana mientras hablaba. Y entonces, Vera, entonces sucedió aquello por lo que he tenido que contarte tantas cosas de nuestra cumbre en el trópico, en Maravu Plantation Resort.

–No somos sino efímeros espíritus que estamos de paso –repitió el moderador.

Y tocó con un dedo la frente de Ana diciendo:

–¡Y el nombre de ese espíritu es Maya!

José hizo un gesto nervioso con la cabeza y puso un brazo protector alrededor de Ana. Era obvio que le desagradó el último comentario. O tal vez le había molestado que el inglés se hubiera tomado la libertad de tocar a Ana con el dedo índice. En cualquier caso, me resultó difícil entender su reacción.

–Esto ya empieza a ser suficiente –dijo.

John se mordió el labio como si de repente se hubiera dado cuenta de que se había mostrado imprudente. Y sin embargo dijo, casi para sus adentros, contemplando una vez más a Ana:

–Se trata además de una obra maestra.

José contestó levantando a Ana de la silla.

–¡Gracias! –dijo–. ¡Ya basta!

Y dijo a Ana en español:

–¡Vámonos ya!

Desaparecieron hacia el palmeral y no volvimos a ver a los dos españoles aquella noche, aunque ya eran más de las doce.

Creo recordar que pasó más de un minuto hasta que alguien habló. Supongo que todos nos quedamos meditando sobre qué había ocurrido entre John y José. Bill fue el primero

en romper el embarazoso silencio.

–¿Sabéis lo que creo? –dijo con una amplia sonrisa–. Creo que hay aproximadamente seis mil millones de personas con muchas ganas de hablar en este planeta, y aquí vivimos, en el mejor de los casos, unos 80 o 90 años. Hay un montón de expresiones y palabras divertidas, y muchas tonterías.

Laura se levantó lentamente de la silla y dio unos pasos. En una mesita que habían empleado para servir la cena había una jarra con agua helada. La cogió, se acercó al americano y le echó el medio litro de agua con cubitos de hielo por la nuca.

Bill permaneció inmóvil, sin mover ni un músculo, durante al menos dos segundos. Acto seguido, se levantó de un salto de la silla, cogió a Laura por el brazo izquierdo, la acercó a él y le dio una bofetada.

Yo sentí compasión por él hasta que la abofeteó. No fue una bofetada fuerte, más bien un cachete con la palma de la mano, pero en algún sitio hay que poner el límite. Era obvio que el norteamericano ya tenía a todo el grupo en contra, ni siquiera le salvaron las dos botellas vacías de Veuve Clicquot. Laura, por su parte, volvió tranquilamente a la mesa y se sentó a mi lado sin pronunciar palabra.

John dio las gracias por una velada tan agradable, pero también dijo:

–Mañana tal vez no debemos ser tan prolijos.

Bill abandonó la mesa, y lo mismo hicieron Mark y Evelyn. Creo que los jóvenes norteamericanos prácticamente huyeron por miedo a que hubiera más peleas. Mario se había retirado antes de que Laura vertiera la jarra de agua.

Puse una mano sobre la mejilla izquierda de Laura.

–¿Duele? –pregunté.

Negó con la cabeza.

–Ha parecido que te ha dado muy fuerte.

Laura dijo:

–Tienes que estar dispuesto a perderte a ti mismo, Frank.

–¿Qué?

–Lo que pierdes no es nada comparado con lo que ganas.

A la luz de las velas de la mesa miré el ojo marrón. Muy dentro del pigmento marrón, una fina raya verde luchaba por no ser devorada por lo marrón. Pregunté:

–¿Y qué gano a cambio?

–Ganas todo lo que hay.

–Todo lo que hay –repetí.

Ella asintió.

–Lo que pierdes puede parecer grande e importante, pero no es más que una ilusión compulsiva.

–El yo, quieres decir. ¿Eso es la ilusión?

–Sólo el pequeño yo, caballero. Sólo el yo ilusorio. Además, ya está casi perdido. Pero tienes un yo más grande.

Oí acercarse una figura en la oscuridad, y unos instantes después nos vertieron una jarra de agua sobre la cabeza. No creo que se debiera a la casualidad el que la mayor

parte cayera sobre mí, aunque estábamos sentados muy juntos en ese momento. Antes de que nos diera tiempo a reaccionar, la oscura figura desapareció.

–Ese idiota... –dijo Laura, rezumando desprecio.

Me levanté haciendo un gesto negativo con la cabeza. Tenía la camisa empapada, al igual que Laura su blusa. Me sentí un poco perplejo al ver cómo se le pegaba al cuerpo.

–Bueno, ya es hora de irse a dormir, ¿no crees?

Me miró con el ojo verde.

–¿Estás seguro?

–Completamente –contesté.

Más tarde me di cuenta de que su pregunta tenía que interpretarse como una invitación.

He de confesar que aquella noche sentía nostalgia por volver a mi habitación y ver a Gordon. En realidad era un buen chico, y quizá tuviera razón en que no sirve de mucho beber un montón de ginebra justo antes de irse a dormir.

Se había sentado en el gran espejo que había a la derecha de la mesilla de noche, y en cuanto hube cerrado la puerta le oí desplazarse de un lado a otro del espejo. Naturalmente no podía estar totalmente seguro de que se tratara de Gordon, porque debía de haber más geos en la habitación, pero no me apetecía nada empezar desde cero y presentarme a otro geco. Al encender la luz vi que era él. Siempre he tenido una habilidad especial para descubrir la expresión individual en un vertebrado, y los geos son sin duda tan individuales como los seres humanos, pensé; al igual que nosotros, son individuos únicos. Al menos era un pensamiento al que el representante del World Wildlife Fund de la isla se habría adherido. Además, Gordon era un verdadero jumbo-geco, sin duda, el más fuerte de su colegio.

–Bueno, yo me voy a acostar –indiqué–. Lo digo para que no te ofendas si no me quedo levantado charlando toda la noche.

Abrí el maletín, saqué la botella de ginebra y le quité el tapón. Di un gran trago, con el solo propósito de asegurarme dormir.

–Francamente, no me lo creo –dijo Gordon.

–¿Qué?

–Que te vayas a dormir. Apuesto a que vas a beber más.

–No pienso hacerlo.

–¿Has pasado una velada agradable?

–No quiero hablar de eso. Si empiezo a hablar, no sé si podré parar, y entonces será como ayer. ¿Entiendes lo que quiero decir?

–Sólo he preguntado si has pasado una buena velada.

–Laura es panteísta –afirmé–. Es una monista radical, casi diría una monista simplista.

–Una señora despabilada entonces. No va dando tumbos medio dormida, como otros. Y seguro que no se cepilla los dientes con ginebra.

–Y dijo algo sobre *maya*. Lo he oído antes, ¿sabes?, de manera que no necesito ninguna explicación.

–*Maya* es la apariencia ilusoria de este mundo –dijo Gordon–. Es la que con magia crea esa amarga ilusión de ser sólo un pobre ego separado del Gran Yo al que además sólo le quedan unos meses o años de vida. También es el nombre de una antigua civilización de Centroamérica, pero eso es algo muy distinto, claro...

–Dije que no necesitaba explicaciones. Pero José tuvo una reacción muy curiosa cuando el inglés le puso a Ana un dedo sobre la frente, como queriendo revelar su verdadero yo. «El nombre de ese espíritu es *Maya*», dijo, y luego añadió algo sobre una «obra maestra». Fue un comentario curioso, muy curioso. Pero también ella reaccionó de un modo extraño, como si no soportara que intentaran revelar su identidad.

–A algunos, *Maya* los ha atrapado con tanta fuerza que les puede doler despertarse. Es más o menos como despertarse de una pesadilla.

–Bobadas. No tienes ni idea de lo que estoy hablando. No estabas allí.

–Yo estoy en todas partes, Frank. Sólo hay un yo.

–Haz el favor de dejar ya esa tontería.

–Sólo acabo de expresar el enunciado más simple y más obvio del Universo.

–¿Y cuál es ese enunciado?

–Sólo existe un mundo.

–De acuerdo. Sólo existe un mundo.

–Y ese mundo eres tú.

–Déjalo ya.

–Tendrás que cortar las ataduras del yo. ¿No puedes por lo menos intentar levantar la vista de tu ombligo, y mirar hacia el exterior, hacia la naturaleza que te rodea? Mirar esa cascada seguida de realidad mágica.

–Lo intento.

–¿Y qué ves?

–Veo un palmeral en el hemisferio sur.

–Eres tú.

–Luego veo a Ana subir desnuda del jacuzzi bajo la cascada Bouma.

–Eres tú.

–Reconozco su cabeza, pero no su cuerpo.

–Concéntrate.

–Veo un planeta vivo.

–Eres tú.

–Luego veo un Universo aterrador con miles de millones de galaxias y cúmulos de galaxias.

–Todo eso eres tú.

–Pero cuando miro hacia el Universo, miro también hacia atrás, hacia la historia del Universo. En realidad estudio sucesos que tienen hasta miles de millones de años. Muchas de las estrellas a las que miro, y en el instante en el que las miro, se convirtieron ya hace mucho en gigantes rojas o en supernovas. Algunas ya se han convertido en enanas blancas, iracundas estrellas de neutrones y agujeros negros.

–Estás contemplando tu propio pasado. Eso es lo que se llama memoria. Intentas

recordar algo que has olvidado. Pero todo eres tú.

–Soy un sistema caótico de lunas y planetas, asteroides y cometas.

–Todo eres tú, porque sólo hay una realidad.

–Pero te dije que estaba de acuerdo en eso.

–Sólo hay una sustancia, sólo una materia.

–¿Y soy yo?

–Eres tú.

–Entonces no soy poca cosa.

–Sólo si consigues darte cuenta de ello, si consigues entregarte.

–Correcto. ¿Y por qué es tan jodidamente difícil?

–Porque no quieres renunciar a tu pequeño yo, así de sencillo.

–Incluso las soluciones sencillas pueden ser difíciles de llevar a cabo. Por ejemplo, es muy sencillo suicidarse.

–No eres tan primitivo.

–¿Primitivo?

–Además, eso supone que tienes un ego que perder.

–Es verdad, y lo paradójico es que podría llegar a quitarme la vida de puro miedo a gastar más tiempo desprendiéndome de aquello a lo que quito la vida. A veces un niño se come una chocolatina sólo por miedo a que otra persona se la coma. Pero de esto ya hemos hablado antes. Tú puedes deshacerte de la cola si te atacan, pero yo no puedo desprenderme de dos o tres circunvoluciones cerebrales. No puedo ingresar en una clínica y exigir una lobotomía para quitarme el miedo cósmico.

–Eso no solucionaría en ningún caso el problema. Sólo te convertiría en un retrasado y nunca tendrías la posibilidad de volverte a despertar. Creo que necesitas todas tus circunvoluciones cerebrales para ese proceso.

–¿Y eso lo dices tú?

–En cierto modo tendrás que morir. Tienes que cometer ese pequeño acto osado.

–¿Pero no acabas de decir que no sería la solución?

–Cuando digo que has de morir lo digo en sentido figurado. No eres tú quien tiene que morir. Es esa idea demasiado amplia sobre un «yo» la que tiene que morir.

–Me estoy haciendo un lío con tu uso de los pronombres personales.

–Puede ser. Tal vez necesitemos un nuevo pronombre.

–¿Tienes alguna sugerencia?

–Seguro que habrás oído hablar del pronombre llamado «pluralis majestatis».

–Claro, es cuando un rey o un emperador habla de su excelsa persona denominándose a sí mismo como «nosotros». Plural mayestático, se llama.

–Pienso que además necesitamos un singular mayestático.

–¿Para qué?

–Al decir «yo», no haces más que aferrarte a una idea del ego que además es falsa.

–Estás dando vueltas a lo mismo.

–Intenta pensar en todo este planeta, y, además, en todo el Universo del que este planeta forma una parte orgánica.

–Lo intento.

–Piensas en todo lo que es.

–Pienso en todo lo que es.

–Y en todas las galaxias, en todo aquello que explotó hace quince mil millones de años.

–En todo, sí.

–Luego dices «yo».

–«Yo».

–¿Ha sido difícil?

–Un poco. Pero también ha sido divertido.

–Piensas en todo lo que es. Luego te dices en voz alta: «¡Esto soy yo!».

–«Esto soy yo»...

–¿No te ha resultado liberador?

–Un poco.

–Es porque has empleado el nuevo pronombre «singularis majestatis».

–¿Ah sí?

–Creo que estás en el buen camino, Frank.

–¿Qué quieres decir? Estoy muy contento con esta lección, ¿sabes?

–Creo que vas a poder ser como yo. Salvado, en otras palabras, y totalmente despojado de neurosis ontológicas.

–Joder. No seas ordinario.

Abrí el maletín y di un buen trago de licor. Sabía que haría un comentario sarcástico. No tardó mucho en decir:

–Has de confesar que te conoces mal a ti mismo.

–Depende de la forma del pronombre al que te estés refiriendo ahora.

–No hace mucho aseguraste que te ibas a dormir y que, en todo caso, no beberías más ginebra.

–Luego empezaste a hablar. Casi llegaste a engancharme. Casi llegaste a hacerme desear ser un gecko.

–¿Estás oyendo lo que dices?

–He dicho que tú empezaste a hablar.

–Pregunto si eres consciente del pronombre que estás empleando. ¿Quién empezó a hablar?

Muy listo el tío. Había vuelto a engañarme. Pensándolo bien, era más bien yo el que había mantenido la conversación.

–Ya ves, te conoces mal a ti mismo –dijo–. Además, tienes serios problemas para decidirte por lo que quieres.

–Admito cierta debilidad –señalé.

Pensé que no arriesgaba nada con esa confesión. Considerándolo todo, no hay necesidad de ocultar demasiadas cosas a un gecko.

–Pero hay algo más.

–¡Venga, dílo!

–Hablas solo.

–¿Tienes que recordármelo?

–Te estás mordiendo tu propia cola, Frank. Te recomendaría hacerte una autotomía.

–¡Cállate entonces!

–Hablas solo.

–¿Qué?

–También lo hace el espíritu universal.

–¿Quién?

–El espíritu universal habla solo porque sólo hay un espíritu universal.

–¿Y cuál es el nombre de ese espíritu?

–Tú mismo.

Me quedé reflexionando sobre lo que acababa de oír. Luego dije:

–En mi próxima vida tal vez estudie gramática. ¿Qué te parece este título para una tesis doctoral?: «Identidad y estatus ontológico. Un análisis del flamante pronombre *singularis majestatis*».

–Excelente, en mi opinión. Entonces la lingüística habría llegado por fin a su estado positivo, porque todos los demás pronombres no son más que *maya*, ¿sabes?

–Y Ana es *maya*.

–Ella también, sí.

–Porque ella habla sola.

–¿Y quiénes eran los que dialogaban, digamos, en el siglo IV antes de Cristo?

Respondí:

–Al principio de todo fue Sócrates y sus discípulos. Luego llegó Platón y sus alumnos, más tarde fueron Aristóteles y Teofrasto. Seguro que tuvieron unos estupendos diálogos sobre gecos *hemidactylus* en la isla griega de Lesbos...

–¿Tú crees?

–¿No irás a decirme que también la historia es una ilusión?

–La historia es el espíritu universal que habla solo. También lo hizo en la Antigüedad, aunque desvariando. Apenas había comenzado a despertarse.

–Paseaban por el ágora de Atenas. Sócrates fue un hombre de carne y hueso, un hombre condenado a muerte por buscar la verdad. Sus amigos lo rodearon llorando. ¿Es que no tienes ni pizca de empatía?

–No he dicho que el espíritu universal haya estado siempre reconciliado consigo mismo. Tampoco he dicho que esté siempre feliz.

–Bobadas.

–Retrocedamos más, si quieres. ¿Quiénes eran los que se reunían en la plaza hace cien millones de años?

–Lo sabes perfectamente. Eran los dinosaurios.

–¿Puedes mencionar a uno solo de ellos por su nombre?

–Claro que sí. A muchísimos.

–¡Di pues!

–¿Te refieres a nombres de especie, orden o familia?

–Claro que no, ¿estás loco? Quiero decir nombres propios.

–No, señor. Se trata de una época prehistórica.

–Eso no importa, porque no eran más que un ambicioso recoveco del espíritu universal. Fue antes de que la *maya* comenzara a echar raíces, antes de esas dos o tres circunvoluciones cerebrales sobrantes, y, con ello, antes de la ilusión mental del ser humano de que exista un yo y un tú. En esa época, el espíritu universal era entero e indiviso, y todo era *brahman*.

–Los dinosaurios fueron *brahman*. ¿Pero no estaban cegados por *maya*?

–Eso es lo que quiero decir exactamente.

–Hoy son Shell y Texaco. Los tetrápodos anónimos han entrado en el circuito, son la sangre negra del espíritu universal. ¿Has pensado en eso? ¿Has pensado que nuestros automóviles circulan con la sangre del cretácico en los depósitos?

–Eres un reduccionista incorregible. Y, sin embargo, estás tocando un tema importante.

–¡Tú sigue! Yo también quiero llegar al fondo de este asunto.

–Si hubieras estado presente en este planeta hace cien millones de años, habrías tenido, debido a esas circunvoluciones cerebrales de más, una falsa ilusión de que todos los reptiles de la Tierra eran un montón de individuos y habrías considerado a los más grandes unas enormes bestias egocéntricas.

–Tengo mucho ojo para lo individual, sí. Lo de bestias correrá de tu cuenta.

–Pero hoy están fundidos en un enorme pozo de petróleo. Ahora son Shell y Texaco. ¡Ocho coronas el litro, sí señor!

–Eso lo dije yo.

–A ti te espera el mismo destino: ¡Ocho coronas el litro!

–Entiendo, si no me despierto y entiendo otra cosa.

–Eso.

–Empiezo a tener prisa. No pertenezco a aquí. Soy un ángel en apuros demasiado encarnado.

Me dirigí una vez más al maletín negro y dije:

–Mañana será otro día.

Me llevé la botella a la boca y bebí uno o dos decilitros. Al contrario que las primeras veces, estuve esta vez muy generoso y además totalmente libre de mala conciencia. Con las perspectivas trazadas por Gordon no tenía ya elección. ¿Y qué más da una pequeña resaca al día siguiente comparado con esas perspectivas que abarcaban millones y miles de millones de años? La única posibilidad real de huida de las tremendas perspectivas de la noche era quedarme dormido. Luego empezaría un nuevo día, con o sin resaca.

Me preparé para una gran reprimenda. Pero Gordon sólo dijo:

–Estoy decepcionado, Frank. Tú estás decepcionado, quiero decir. Estás decepcionado contigo mismo.

–Bueno, entonces más vale que estemos un poco decepcionados. Y tendremos que compartir la responsabilidad.

–Me voy a acostar, dijiste. Y luego añadiste que no beberías más de esa botella.

–Sí, sí, es verdad. Y tú dijiste que no te lo creías.

–Y sin embargo estoy decepcionado.

–Es fácil para ti decirlo. Es jodidamente fácil ser puritano para alguien que no es propenso a los excesos y que además no tiene acceso a ellos. No fuiste tú el que recibiste el Big Bang como regalo de bautismo. No eres tú el que está condenado a medir los años luz del Universo con un descomunal cabezón lleno de neuronas. No eres tú el que siente las distancias del Universo presionar en el cerebro como un camello en el ojo de una aguja.

Me quité la camisa y me tumbé en la cama. Luego dije:

–¿Crees que me gano un tesoro en el cielo si vendo todas las galaxias y reparto las ganancias entre los pobres?

–No lo sé –contestó–. Pero tal vez no sea más fácil para un primate posmoderno despedirse de este mundo de lo que fue en su momento para un rabino judío salvarlo.

–Vale. Vale. Bla, bla... Yo me voy a dormir.

–Pero nunca te duermes del todo.

–Creo que sí. De hecho, normalmente me arreglo con un decilitro y medio, aunque esta noche han hecho falta al menos tres. Ya basta.

–Quiero decir que yo estoy despierto aunque tú duermas.

–Ponte cómodo.

–Y entonces no duermes todo tú.

–¡Bah!

–Porque no hay ningún «yo» o «tú». Sólo hay uno de los dos.

–Despiértame para el desayuno.

–De acuerdo, caballero. Pero en realidad eres tú quien te despiertas por tu cuenta.

Con estas palabras barrió el espejo y subió por la pared hasta el techo, justo encima de mi almohadón.

–¿Qué pasa ahora? –pregunté.

–¿No me has dicho que te despierte para el desayuno?

Me limité a darme la vuelta en la cama pensando que había sido un día muy largo. Pero no me gustaba la idea de que el espíritu universal pudiera cagarme encima.

La paloma de color naranja

Admito que todavía me duele a veces recordar mis duras peleas con Gordon Geco, aunque aún no hemos perdido del todo el contacto; también aquí en Madrid he tenido el dudoso gusto de conversar largamente con él a altas horas de la noche. Suele pasar con conocidos que en un determinado momento han provocado algo en ti; pueden volver a la memoria años después de haberse roto el contacto físico.

Llevo toda la noche levantado escribiendo. Después de dormir un par de horas, di un rápido paseo hasta el parque del Retiro pasando por el Ritz. Luego volví aquí y desayuné en la Rotonda. Sólo tengo que colocarme delante de la ventanilla de la cocina, y al cabo de un par de minutos me han servido dos huevos fritos por ambos lados, un par de lonchas de beicon y un cazo de judías con tomate.

Parte de mi último día en Taveuni lo pasé en un agradable encuentro con los ancianos del pueblo de Somosomo. Aún no había abandonado del todo mis investigaciones, y quise ponerme al día respecto a las medidas que se habían tomado en la isla durante los últimos años, con miras a proteger los antiguos hábitats y, con ello, una serie de especies vegetales y animales endémicas. Me contaron que el primer gobernador inglés de las Fidji fue el legendario sir Arthur Gordon, cuyo régimen se extendió entre 1875 y 1880. Es posible que hubiese oído su nombre en alguna ocasión, pero no me gustó nada recordarlo justo en ese momento, porque dio lugar a que «Garden Island» me sonara cada vez más a «Gordon Island». Como sabes, mi predilección por Gordon's London Dry Gin venía de mucho más atrás. Sí, sí, Vera, lo sé, y seguramente no vas a creerme, pero la verdad es que casi ocurre sólo cuando estoy de viaje. No se me da muy bien estar solo. Tú te habías encargado de delegar parte de esa responsabilidad en Gordon. Era como escuchar tu voz.

Estaba un poco mareado cuando me metí en la tienda del pueblo a preguntar si vendían vitaminas. Y casi perdí el equilibrio cuando me topé con Ana y José en el pequeño comercio, repleto de gente de allí. Salimos juntos de la tienda, y ya que podía tratarse de la última vez que estuviéramos los tres a solas, me armé de valor e intenté una última confrontación con los españoles. Estaban notablemente reservados esa tarde, lo cual tenía que ver sin duda con el incomprensible comportamiento del inglés la noche anterior, pero no tenía elección, iba a marcharme a la mañana siguiente y lo más probable era que jamás volviese a ver a Ana y José.

Ya en la calle, José encendió un puro y Ana abrió una botella de agua mineral. Lo interpreté como una leve invitación a charlar un poco antes de proseguir nuestros

respectivos caminos, de modo que hice una pregunta directa. Miré a los ojos oscuros de Ana y dije:

–Tal vez parezca un poco extraño, pero constantemente tengo la sensación de haberte visto antes.

José contestó el primero estrechándola contra él, en un gesto muy parecido al que yo había observado la noche anterior en la mesa de la cena. Ana le miró, como si necesitara su consentimiento para contestarme.

–¿Y no recuerdas dónde? –preguntó.

–He pasado bastante tiempo en España.

–España tiene 52 provincias.

–El mismo número que las circunscripciones electorales a la asamblea nacional de Fidji –comenté.

Ana dijo en broma:

–¿Pasas las vacaciones en las islas Canarias, tal vez?

Negué con la cabeza.

–La mayor parte del tiempo he estado en Madrid. ¿Puedo haberte visto allí?

A José debió de parecerle que el breve intercambio de frases se estaba convirtiendo en un interrogatorio, porque señaló:

–Hay muchas mujeres morenas en España, ¿sabes Frank? Y en Madrid también.

No dejé de mirar a Ana. ¿Había en ella un atisbo de reacción? ¿Intuí una ráfaga en su iris que podía interpretarse como una afirmación de que a mi memoria no le ocurría nada?

Pregunté:

–¿La gente suele reconocerte?

Volvió a mirar a José, como pidiendo permiso para hacerme partícipe de un secreto, y fue como si él se lo negara sin mover un solo músculo. Pero Ana me sonrió amablemente al contestar:

–Entonces tal vez me hayas visto en Madrid. Siento no poder corresponder a tu atención.

La respuesta me pareció evasiva pero diplomática. Ella sabía perfectamente por qué le había hecho esa pregunta.

Iban en coche y se dirigían a Vuna Point, al suroeste de la isla. Se ofrecieron no obstante a llevarme de vuelta a Maravu, pero les agradecí la oferta diciendo que prefería volver andando los cuatro kilómetros.

Tras pasar el pueblo de Niusawa, alcancé a una joven con trenzas negras y mochila de tela. Era Laura, e iba vestida de sport, con un amplio pantalón caqui, un ajustado jersey de manga larga y una especie de salacot. Estaba sucia y sudada, porque había subido hasta el pico Des Vreux, la segunda montaña más alta de Taveuni, a 1.200 metros sobre el nivel del mar. Parecía agotada. Cuando la alcancé, me dedicó una amplia sonrisa, y lo primero que dijo fue:

–¡La he visto!

Y se puso a saltar de impaciencia como una niña, con una expresión como si acabara

de ver la luz divina o tal vez una zarza ardiendo.

–Es alucinante –prosiguió–. La vi en la cumbre, justo después de la salida del sol.

Yo seguía sin saber dónde había estado, pero ella añadió:

–¡He visto la paloma de color naranja!

–¿Estás segura?

–Completamente.

–¿En el pico Des Vreux?

Asintió con la cabeza y casi dio un respingo al decir:

–Y le he hecho... fotografías... con teleobjetivo.

Comprendí a qué se refería. Si lo que contaba era verdad, se trataba de una verdadera hazaña, pues la paloma de color naranja no sólo era muy rara, sino que además, según había leído, nadie había conseguido fotografiarla.

–Entonces puede que seas la primera –dije.

–Lo sé.

–Tal vez seas también la última.

–Lo sé.

–Podrías enviarme una copia al menos –dije con envidia.

Ella contestó dándome la mano, lo que interpreté como una promesa. No obstante, eso implicaba que tendría que darle mi dirección, algo que no suelo hacer cuando viajo.

Empezamos a andar.

–Podrías haberme llevado –dije.

Laura se rió.

–¡No me diste tiempo para sugerírtelo, caballero! Te entró mucha prisa por levantarte de la mesa e irte a dormir.

Laura me contó que se había levantado muy temprano, cuando todavía era de noche. El día anterior había pedido un coche, que la llevó hasta Wairiki, y desde allí inició la larga escalada de seis kilómetros, una hora antes de que saliera el sol, equipada con un machete y una linterna atada a la frente. Laura había ido a la isla por la paloma de color naranja, y es suficiente.

Desde el pico Des Vreux había contemplado el lago Tagimaucia, situado en un cráter volcánico en el centro de la isla. El lago estaba repleto de vegetación flotante y era el único lugar donde crecía la flor nacional, la llamada *Tagimaucia* o *Medinilla waterhousei*, una flor roja con pétalos blancos. Mientras caminábamos por la polvorienta carretera, saltando de un lado a otro para no pisar los sapos, Laura preguntó:

–¿Sabes dónde surgió la flor *Tagimaucia*?

Le dije que no, y ella me relató el mito sobre Tagimaucia. Una vez hace mucho, muchísimo tiempo, vivió en Taveuni una princesa. Su padre, el cacique, había decidido que su hija se casaría con el hombre que él había elegido para ella, pero la princesa amaba a otro hombre, y, presa de la desesperación, huyó hacia las montañas. Agotada, se quedó dormida en la orilla del gran lago. Mientras dormía, lloraba desconsoladamente, y las lágrimas que le caían por las mejillas se convirtieron en unas hermosas flores rojas. Ésas fueron las primeras flores tagimaucia, y *tagimaucia* significa «llorar dormido».

Pensé que sólo me había contado una historia conmovedora, pero luego afirmó:

–Yo he vivido la misma experiencia.

–¿Llorar dormida?

–No, matrimonio pactado.

–¿Has estado casada?

Hizo un gesto afirmativo.

–Pero también existe otra versión del mito sobre Tagimaucia.

Y volvió a contar:

–Una vez hace mucho, muchísimo tiempo, vivió en Taveuni una muchacha que desobedecía continuamente a su madre, porque jugaba cuando debía trabajar. De repente, la madre perdió la paciencia, pegó a su hija con un manojo de palmas, y le dijo que desapareciera de su vista para no tener que verla nunca más. La muchacha, destrozada y llorosa, se alejó lo más que pudo de su casa. En lo más profundo del bosque, vio un árbol ivi, envuelto por una parra. La muchacha trepó por ella pero se enredó de tal manera que no pudo bajar. Lloraba desconsoladamente y las lágrimas que le caían por las mejillas se convirtieron en sangre, que al alcanzar los racimos de uvas se transformaron en bellas flores. Por fin logró liberarse y volvió corriendo a casa. Su madre se había calmado y la historia tuvo un final feliz. La gente de Taveuni cree que esa rara flor procede de las lágrimas de aquella joven.

–¿También has tenido esa experiencia? –pregunté en broma.

Asintió con la cabeza, muy seria y sin atisbo de ironía.

–¿Quedarte atrapada en una parra?

–No, ser rechazada por mi madre.

Se detuvo, y se volvió hacia mí.

–Voy a confesarte algo, Frank.

–¿Sí?

–Fui una hija no deseada.

¿No le pasa eso a la mitad de la población del mundo?, pensé.

No pude evitar ver el asomo de una pequeña lágrima en el ojo verde. Me acerqué a ella y dejé que reposara su cabeza en mi cuello. Así permanecimos unos segundos, hasta que levantó la cabeza y me miró a los ojos. Pasé un dedo por sus labios, y cuando su lengua rozó mi dedo, me incliné sobre ella y la besé. La estreché muy fuerte contra mi cuerpo y no la solté hasta que la naturaleza avisó de que por razones de decoro debía dejarla.

Seguimos andando, y entonces me tocó a mí relatarle algunos mitos que me habían contado sobre estas islas de Oceanía. Habían llegado a mis oídos, por ejemplo, innumerables variantes de historias sobre qué podría ocurrirle a una mujer si se acercaba mucho a un geco: corría el riesgo de parir un saurio. También conté a Laura el trágico mito sobre Verana.

Verana era una bella joven que tenía tantísimos pretendientes que nunca lograba decidirse por alguno de ellos, y siempre estaba quejándose de que necesitaba más tiempo para elegir. Un día, un mago le proporcionó una bebida mágica. En cuanto hubiera bebido la mitad, viviría eternamente, le explicó el mago. Así tendría mucho tiempo para

buscar y encontrar al hombre con quien compartir su vida. Cuando lo encontrara, lo único que tendría que hacer sería darle el resto de la bebida mágica y así también él viviría eternamente. Verana se apresuró a tomar la bebida mágica y vivió durante mucho tiempo sin conseguir decidirse por ningún hombre. Pasaron cien años, y Verana se conservaba igual de joven y bella, pero conforme pasaban los días le resultaba cada vez más difícil decidirse por un hombre al que se entregaría. Entendió que la bebida mágica había dificultado aún más la toma de decisión, no sólo porque tenía ya muchos más hombres entre los que elegir, sino porque tenía además demasiado tiempo para decidirse. Tampoco facilitó la elección el que el hombre elegido fuese a estar junto a ella no sólo durante una vida, sino eternamente. Al cabo de doscientos años, Verana había conocido a tantos pretendientes que ya no era capaz de amar a ninguno, y sin embargo estaba condenada a vivir eternamente en la Tierra, y así sigue vagando por el mundo. Cuando un hombre se enamora de una mujer incapaz de decidirse, debe estar alerta, porque puede haber sucumbido a los encantos de la fría y desafortunada Verana. Muchos son los hombres que han entregado su corazón y su juventud a Verana, pero ninguno la tendrá jamás.

Laura me miró y se limitó a decir:

–¡Qué faena!

–Sí, qué faena –repetí.

Cuando llegamos a Prince Charles Beach, fuimos hasta la orilla, nos quitamos los zapatos y recogimos unas cuantas conchas, que nos regalamos mutuamente. Luego nos quedamos contemplando una estrella de mar de color azul marino. Laura pensó que tendría que ser esa especie la que había dado nombre a la clase de equinodermos *Asteroidea*, porque verdaderamente tenía aspecto de estrella. Puede que exista un mito sobre una estrella que cayó del cielo y se transformó luego en estrella de mar, dijo Laura. Si no, podríamos inventarnos uno, porque nunca es demasiado tarde para inventar mitos.

Ese día no hubo espacio ni para la *maya* ni para la ilusión universal. Pensé que su mente estaba tan dividida como el color de sus ojos, y supuse que había sido el ojo verde el que había visto la paloma con el pecho de color naranja, y el marrón el que había leído la filosofía hindú. Al menos tendría que haber sido el ojo verde el que había descubierto la estrella de mar azul y el ojo marrón el que no veía el valor del individuo humano.

Mientras subíamos la empinada cuesta hasta el palmeral, Laura dijo que esa misma noche se celebraría una gran fiesta en Maravu, a la que asistirían más de cien invitados de toda la isla. Se trataba de lo que llamaban una *gunusede*, es decir, una fiesta en la que todo el mundo escotaba. El dinero sobrante se destinaba a un fin social, en esta ocasión a dinero para escolarizar a niños pobres del pueblo. Naturalmente, los huéspedes de Maravu estaban invitados a participar en la fiesta.

–Tienes que sentarte conmigo –señaló Laura.

Unas horas más tarde me encontraba en una mesa junto a Laura, John y Mario. Todas las mesas pequeñas estaban puestas, e iría llegando más gente conforme avanzara la noche.

Bill llegó al restaurante justo después de que Laura se apresurara a ofrecer el asiento libre al navegante italiano. El malhumorado norteamericano no sólo tuvo que aceptar que la mesa estuviera completa sino, además, el ser colocado con gente a la que no conocía de nada. No obstante, esta derrota se convirtió enseguida en una victoria, pues resultó que compartía mesa con el mismísimo Kapena, que originalmente venía de Hawái con su mujer, Roberta, y un hombre muy divertido que se llamaba Harvey Stoltz.

Kapena, un hombre fuerte con rostro musculoso y bronceado, pómulos altos y grandes dientes blancos, fue un personaje central de la velada. Era un famoso pescador de altura, quien ya a los 23 años había ganado el primer premio en el Lahaina Jackpot Tournament, al capturar un enorme marlín de casi 500 kilos. Ahora el hombre tendría cuarenta y pocos años, y se había retirado ya del oficio de pescador de altura. Se había mudado a Taveuni, donde en su barco de alta tecnología *Makaira*, llevaba a los turistas de pesca al estrecho de Somosomo. Esa misma mañana había capturado todo el pescado que se consumiría durante la cena, lo que constituía su aportación al *gunusede* de esa noche. Con él en el barco, aparte del contramaestre Harvey, había ido también Kai, el cocinero de Maravu, el cual había hervido el pescado según las reglas de la gastronomía. Fue Bill quien en el transcurso de la noche nos presentó a Kapena, Roberta y Harvey, y así fuimos, sin querer, incluidos en las cuestiones que pudieran tener en común un ingeniero petrolero y un pescador de altura.

Ana y José estaban sentados en el otro extremo del restaurante, compartiendo mantel con Mark y Evelyn. Al elegir mesa, la pareja española había dado la sensación de querer compartirla con los dos jóvenes norteamericanos; tal vez era su manera de retirarse.

Después de la cena, se formó un pequeño coro y orquesta, compuesto, en parte, por empleados de Maravu –como los jardineros Sepo, Sai y Steni, el *barman* Enesi y las camareras Kay y Vere– y también por otros músicos de los pueblos de la comarca. Acompañados o guitarras y ukeleles, cantaron pegadizas canciones a varias voces sobre la tagimaucia, Maravu y todos los personajes que habían acudido a la isla a través de las nubes, desde otras partes del mundo. También se representaron varios *mekes*. Un meke es una forma tradicional de baile folklórico, durante el cual alguien que está sentado recita antiguas leyendas fidjianas con una mezcla de canto, mimo y marcados movimientos de los brazos.

Después del baile folklórico, Jochen Kiess se acercó a nuestra mesa para invitarnos a la ceremonia de la *kava*. La *kava*, o *yaqona*, es una bebida estupefaciente que se elabora con la raíz de la planta ligeramente narcotizadora de la pimienta, *Piper methysticum*. Fue servida en un gran recipiente redondo de madera y la bebimos en medias cáscaras de coco. John ya había probado la *kava* en otra ocasión, y rechazó la oferta, pero Laura había leído en *Lonely Planet* que no se podía rechazar una invitación en la ceremonia de la *kava*, porque resultaba de muy mala educación, de manera que Laura, Mario y yo nos sentamos en el suelo delante del recipiente de *kava*. Cada vez que se servía a alguien en su medio coco, los congregados aplaudían y se gritaba «¡Bula!».

La *kava* no era nada agradable al paladar. Parecía agua sucia, y a eso sabía. Tras un par de rondas, sentí los labios algo entumecidos, pero tras otra ronda, me notaba un poco

más relajado que antes, aunque a la vez bastante somnoliento. Recuerdo haber visto a Bill dar vueltas irrespetuosamente alrededor del círculo de *kava*, y en una ocasión logró transmitir a Laura que la *kava* era un puro engaño y algo inadecuado para señoritas.

Laura me miró a los ojos, y creo que esta vez con el ojo marrón.

–¿A qué sabe? –preguntó.

Estuve a punto de decir que a cinco miligramos de valium, ni más ni menos.

Laura dijo:

–¿No notas cómo se rompe la ilusión?

–Tal vez una pizca –contesté en broma–. Sólo hay un mundo.

–Sólo hay una conciencia: *purusha*...

–Esto es bioquímica –señalé–. Es «religión instantánea».

No sabía si había entendido lo que había querido decir, pero contestó:

–También lo es la conciencia cotidiana. Pura bioquímica. Y nos hace creer en la ilusión sobre la materia, en *prakriti*.

–Qué palabra tan curiosa.

–Es más o menos lo mismo que *maya*. Afortunadamente, existen algunas sustancias químicas que logran anestesiar las partes del cerebro que nos hacen creer en la ilusión universal.

En ese caso tendría que tratarse de las dos o tres circunvoluciones cerebrales sobrantes, pensé, pero no creo que lo mencionara.

Laura dijo mucho más. Soy incapaz de recordar frase por frase, pero recuerdo que me confesó que después de *vedanta*, era la filosofía *samkhya* la que más le gustaba.

Noté que la *kava* tenía además un gran efecto diurético, igual en los dos sexos, porque Laura fue la primera que confesó que tenía una imperiosa necesidad de ir al servicio. Estuvimos de acuerdo en que resultaba bastante curioso que el espíritu universal tuviera que hacer pis nada más haber encontrado el camino de regreso a sí mismo.

Algo más tarde nos acercamos a la mesa donde estaba sentado John delante de una cerveza. El inglés opinaba que algún huésped de Maravu debería haber contribuido al espectáculo.

–Ana es una famosa bailaora de flamenco –dijo–. He buscado en internet; no sé mucho español, pero no ha resultado difícil descubrir que en la actualidad es la gran estrella de Sevilla: La Estrella de Sevilla.

No sé si la *kava* había cambiado mi orientación en el tiempo, pero fue como si sólo tardáramos medio segundo en desplazarnos hasta la mesa de la pareja española. Fue Laura quien presentó nuestra petición colectiva: ¿Podría contribuir Ana con un pequeño baile de flamenco? No sólo sería una gran experiencia para todos nosotros sino, además, una especie de agradecimiento a los bailarines de Fidji.

–La respuesta es no –contestó José.

–La Estrella de Sevilla... –intentó John.

Pero José no se inmutó.

–He dicho que la respuesta es no –repitió casi ladrando.

Y el rostro de Ana adquirió una expresión profundamente ofendida y dolorida. Pero

¿por qué? ¿Por qué reaccionó con tanto dolor a una amable pregunta de si le apetecía bailar flamenco? ¿O era José el que la había ofendido con su rechazo tan severo, en nombre de ella? No recibiría respuesta a estas preguntas hasta unos meses más tarde.

Suavizamos la situación con unos comentarios amables, y volvimos a nuestra mesa.

Luego empezaron los bailes de salón. No eran muy diferente a los bailes en los hoteles de los fiordos de mi país, Noruega, con un solista cantando sus propias versiones de los grandes éxitos internacionales, lo que, en el fondo, no es más que una variante occidental del karaoke. Muchos habitantes del pueblo se encontraban en la pista, y era obvio que la *gunusede* estaba siendo un éxito. Cuando más tarde hubo varios conatos de peleas a puñetazos entre los hombres, era casi como estar de vuelta en mi ciudad natal, Tønsberg, una alegre noche de verano. La única diferencia era que en Tønsberg la noche hubiera sido muy luminosa y en Taveuni era muy oscura.

En la mesa estábamos John, Mario, Laura y yo. Luego se acercaron Mark y Evelyn con sus sillas, porque su mesa había sido retirada con el fin de agrandar la pista de baile. Ana y José estaban sentados en el suelo en torno al recipiente de *kava*. Bill no tardó en llegar con varias botellas de vino tinto.

–¡Invita la casa! –exclamó.

Era casi medianoche cuando Laura se volvió hacia mí y dijo:

–¡Vámonos!

No tuve nada que oponer a la propuesta. Seguía algo atontado por el agua sucia sedante, había andado mucho y además no había razón alguna para prolongar la estancia entre esa ruidosa multitud de gente. Ya a la mañana siguiente comenzaría mi regreso a casa, hasta el lado opuesto del planeta. Nos levantamos y dimos las gracias por tan agradable velada.

–¿Os vais ya? –preguntó Bill.

–Así es –contestó Laura–. Nos vamos ya.

–¿Adónde?

Me pareció una pregunta extraña. Además, no tenía respuesta. Aunque abandones algo, no siempre sabes adónde vas. ¿Pasaríamos por el palmeral? ¿Nos daríamos un baño nocturno en Prince Charles Beach? ¿O deberíamos contentarnos con una última copa, en la «bure» de Laura o en la mía? Fuera como fuera, no debería importarle a ese señor americano de cierta edad. Había sido muy amable por su parte invitarnos a todos a vino, aunque habiendo trabajado con Red Adair y además salvado el *Apollo 13* del naufragio en el espacio, seguramente podía permitírselo. Pero no debería pensar que podía comprar amigos, pensé, y mucho menos a Laura.

–Vamos a ver el herbario de Frank –dijo Laura.

–No creo que sea una buena idea –replicó Bill.

–A mí me parece que no es asunto tuyo –objetó Laura.

No lo dijo descaradamente, sino más bien de un modo amistoso o cariñoso.

–Podéis seguir charlando aquí –insistió Bill.

–Charlaremos donde nos dé la gana –replicó Laura, y, pensé que faltaba poco para que soltara una carcajada por el insólito descaro de ese hombre.

–El vino está aquí –prosiguió el norteamericano–. Un excelente Rioja, por cierto.

–Sólo necesitamos una botella –repuso Laura, y con ello, cogió una de las botellas y bajó hacia el palmeral.

–Cárgala en mi cuenta –dije, y me fui corriendo tras ella.

Luego nos sentamos en mi porche y comprobamos que Bill tenía razón al decir que era un excelente Rioja. El denso aire tropical era como un fino velo en el que nos bañábamos.

–Es realmente un tipo muy original –empecé a decir.

Ella lo negó:

–Típico es lo que es.

–¿Os conocisteis en el aeropuerto de Nadi?

–No perdamos el tiempo hablando de ese tipo, Frank. No merece la pena.

–Lo que es seguro es que tiene mucha cara.

Reflexionó un instante y dijo:

–Bill es mi padre.

Dejé la copa y silbé.

–¡Claro que es tu padre! –exclamé–. Y yo soy un idiota.

Ella no contestó, pero volvió de repente la cabeza hacia mí y vi el ojo verde. Algo me hizo pensar que Laura había nacido con los dos ojos verdes, y que luego, conforme fue creciendo, uno de los dos se fue poniendo marrón. Quizá también el otro ojo corría el peligro de sufrir el mismo proceso.

Me irritó no haberme dado cuenta de que Bill y Laura simplemente eran un padre y una hija de vacaciones en Oceanía. Por eso ella leía con tanta dedicación el *Lonely Planet*, por eso él se había sentado en su mesa la primera noche, por eso él había invitado a vino, por eso había logrado tranquilizarla sólo con ponerle una mano en la nuca, por eso ella le había empujado a la piscina, por eso él se había sentado en la tumbona con la toalla de ella y por eso ella le había tirado encima una jarra de agua, porque el hombre no fue capaz de ocultar que no soportaría oír la una vez más explayarse sobre *maya* y el alma universal. Además, por eso él le había advertido contra la *kava* y, claro, por eso había intentado evitar que se fuera conmigo. Dije:

–¿Fue él quien te casó contra tu voluntad?

–Lo organizó todo. Ha organizado mi vida desde que era una niña. Luego me encontró un estupendo hombre de negocios, un colega suyo, también un tipo del mundo del petróleo. Y yo fui buena y obediente. Me casé de blanco y con 260 invitados, la mayoría de su compañía.

–No creía que esas cosas sucedieran todavía.

–Pero yo fui buena y obediente. No quise decepcionar a papá.

–¿A pesar de ser una hija no deseada?

–Nunca he tenido una madre. Sólo he tenido a papá.

–¿No dijiste que tu madre te rechazó, como la de la niña de Tagimaucia?

–Por eso nunca he tenido una madre.

–¿Pero vive?

Hizo un gesto afirmativo.

—¿Con tu padre?

Volvió a hacer un gesto afirmativo.

—¿Cuánto hace que te divorciaste?

—Dos semanas.

—¿Que te divorciaste?

—Que me marché de casa. Me fui a vivir a Adelaida. Y papá vino a Adelaida y quiso que hiciéramos un viaje juntos.

—¿Quiere que vuelvas con tu marido?

—Claro. Me ha vendido a él.

—Y es tu padre el que te ha dado la beca. Él es la fundación, ¿verdad?

—Sí.

—¿Le quieres?

Laura levantó la copa y dio un trago de vino. Luego dijo con énfasis:

—Mucho.

Volvió a beber, y con una sonrisa añadió algo que me hizo comprender cuánto amaba a su padre:

—Pero es un tonto. Un tonto perdido.

Había comprendido que Bill y Laura constituían un caso extremo de sobreprotección, fijación por el padre y un claro complejo de Electra. Al fin y al cabo, mi idea del domador y el tigre no estaba muy lejos de la verdad.

Mientras vaciábamos la botella de Rioja, hablábamos del alma universal, y ella me miraba invariablemente con el ojo marrón. Yo había entendido que ni su compromiso con la causa medioambiental, ni la filosofía india, calaban muy hondo en ella. Pero, claro, era tuerta. Era una chica tuerta, sensual y vitalista, con mucho interés por los pájaros raros, las leyendas antiguas y las estrellas de mar azules. Tanto su ojo marrón como su ojo verde me habían desafiado, cada uno a su modo, haciéndome reflexionar.

Cuando vaciamos la botella, entramos en la cabaña. Y bueno... Laura pasó conmigo aquella noche.

Ya antes, cuando había entrado un momento a coger un vaso de la nevera, me había percatado de Gordon apoyado en la pared. Mientras Laura estaba en el baño, me acerqué a él, le miré fijamente a los ojos y le dije:

—¡Y esta noche te callas!, ¿entendido? Esta noche quiero estar libre de ti.

No toqué la botella de ginebra y no fue sólo por no irritar a Gordon.

Quizá te estés preguntando por qué te cuento todo esto de Laura, pero no debes olvidar que fuiste tú quien precisó que tú y yo ya no estábamos atados el uno al otro, y yo quien sugerí que dejáramos pasar este año de separación antes de iniciar nuevas relaciones.

Con esas perspectivas tan enormes trazadas repetidas veces por Gordon, resultó maravilloso entregarse a otra persona. No soportaba la idea de otra noche más en compañía de Gordon, y era precisamente de eso de lo que quería hablarte en Salamanca, cuando te echaste a reír porque señalé a Ana y José, diciendo que había estado con ellos

en Fidji.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Laura había desaparecido, y jamás he vuelto a verla. Durante el desayuno me enteré de que se había marchado muy temprano con Bill, rumbo a Tonga. Le había dado mis señas y la dirección de mi correo electrónico, y unos días antes de marcharme a Salamanca recibí por correo una nítida fotografía de la rara paloma de pecho color naranja. No ocultaré que está sobre mi mesa aquí, en el Palace. En la carta que adjuntaba, Laura me decía que había vuelto con el hombre de negocios, presuntamente porque él había cambiado por completo, incluso había comenzado a leer el *Bhagavadgita*.

Yo me marcharía sobre las dos de la tarde en un avión de Matei a Nadi, y desde allí volaría con Air New Zealand a Los Ángeles, a las ocho y media de la tarde. Empecé a hacer la maleta antes de ir a desayunar. Y claro, Gordon tuvo que aparecer de nuevo, tal vez porque me había permitido un pequeño trago de la botella de ginebra, ya que no la había tocado la noche anterior. Estaba sentado en el mismo sitio en el que le había visto al acostarnos.

—Ya ves —empezó a decir.

Sabía exactamente a qué se refería, y me desagradó sobremanera que probablemente hubiera estado en la pared vigilándonos con su ojo abierto durante toda la noche. No sólo tenía una excelente visión nocturna sino que, además, la naturaleza le había hecho incapaz de cerrar los ojos ante nada. Y sin embargo dije:

—¿No podrías ser un poco más preciso?

—Sois exactamente como nosotros.

—Jamás he pretendido decir otra cosa. Siempre he jugado con las cartas boca arriba, subrayando que no soy más que un vertebrado. Sobre ese punto siempre he sido claro como el agua. Soy un primate a punto de envejecer.

—Lo que pregunto es: ¿Cómo de bien la conocías?

—Llegué a conocerla.

—¿No estaba casada?

—Su situación era muy triste.

Gordon dijo:

—Se os da bien buscar pretextos.

—Tonterías.

—En general se os da bien vestiros.

—Creí que estábamos hablando de lo contrario.

—Pero entiendes lo que quiero decir.

—Entiendo todo lo que quieres decir.

—Lo que más os distingue de nosotros es que casi todo lo que hacéis es una especie de disfraz.

—Si pretendes que esto sea una conversación de verdad, sugiero que seas un poco más específico.

—Pero ese disfraz exterior no es más que un intento de camuflar que sois naturaleza, porque llegasteis desnudos a la Tierra, igual que nosotros, y tampoco permanecéis en ella

mucho más tiempo. Volvéis a la masa.

–No hace falta que seas tan explícito.

–Volveis a ser amasados en la matriz de Gaia y os convertís en comida de lombrices y cucarachas.

–Creo que soy el que menos necesita un recordatorio de ese tipo.

–Pero estáis siempre intentando justificaros.

–Yo no.

–¿No es una locura llamaros «el mono desnudo»?

–Sí.

–Quiero decir, la especie más «vestida» del mundo, desde trajes de gala, hasta curiosos títulos honoríficos y ostentosos espejos sobre la chimenea. Por no hablar de todos los diplomas y condecoraciones, la ética y la etiqueta, los ritos y los rituales. Me refiero a todo ese barniz, ese barniz demasiado espeso de cultura, de «civilización», de no-naturaleza.

–Algo de razón sí tienes.

–Por cierto, ¿conoces lo del «traje nuevo del emperador»?

–Claro que sí.

–Incluso un geco se da cuenta de que todo es un timo. Decimos: ¡Pero si están desnudos! Están tan desnudos como nosotros. ¡Pero habláis y gesticuláis tanto, caballero! Aunque debajo de toda esa pompa, el reloj biológico hace tictac, siempre avanzando, hasta que un día el mundo se detiene repentinamente.

–Tú también usas muchas palabras.

–Y vosotros decís tonterías tipo: en las circunstancias actuales, en este momento, añadís, ya que siempre es importante subrayar este hecho, aunque muchos de las pinceladas del joven Picasso se vuelven a encontrar también en el Picasso adulto, aquí hay mucho que recuerda a Schonberg, por cierto qué pena que Puccini no llegase a terminar su *Turandot*, porque es su mejor ópera; a propósito, ¿sabías que Verdi escribió *La Traviata* en sólo unas semanas?, comparado con Puccini me atrevería a denominarla música ligera...

Había conseguido provocarme, y le interrumpí:

–Nacemos dentro de una cultura, y somos expulsados de ella. No sólo somos huéspedes en la Tierra. También somos huéspedes en esas habitaciones llamadas Bach y Mozart, Shakespeare y Dostoievski, Dante y Shankara. Entramos en la Antigüedad y la Edad Media, el Renacimiento y el Rococó, el Romanticismo y el Modernismo, y somos expulsados de allí. En esto nos distinguimos de los gecos, bien es verdad, porque si no recuerdo mal, aún no se ha fundado ninguna universidad de gecos, y ninguna facultad propia dedicada al estudio de las geconidades.

–No seas malvado.

–Cuando desaparecemos, no sólo perdemos todo el Cosmos, aunque también eso puede sentirse como una dolorosa pérdida, sino además nos despedimos de muchos miles de amas a las que hemos conocido. Si existen mil almas individuales, tal vez seamos facetas de la misma alma universal...

–Gracias, espero de verdad que no te hayas convertido en uno de esos monistas simplistas. ¿No será contagioso? Que pueda transmitirse por vía sexual, quiero decir. Sólo pretendo señalar que nosotros vivimos en mayor armonía con nuestro entorno, nos contentamos con ser lo que somos, es decir, naturaleza, sólo y exclusivamente naturaleza. Comemos mosquitos, cagamos y nos reproducimos. Y todo lo hacemos con el mayor placer. No nos dejamos embaucar por oro falso y engaños espirituales. No nos ponemos a disertar sobre tesoros artísticos o contrapuntos musicales sólo porque nos estamos acercando a la edad de la jubilación y no tenemos nietos.

–Como ya dije, empleas muchas palabras. De vez en cuando, hasta resultas poético.

–Todo lo que dices vuelve a recaer sobre ti mismo, caballero.

–Me he preguntado si los poetas beben porque son poetas, o si se hacen poetas porque beben.

–Yo creo que ante todo piensan demasiado. ¿No se puede dejar de pensar? Quiero decir: ¿No se puede simplemente cerrar el grifo?

–No, no es tan sencillo. Un ser humano está condenado a pensar durante toda su vida. Hasta cierto punto, tal vez seamos capaces de dirigir nuestros pensamientos, pero no podemos cortar el proceso de pensar, para eso habría que ingresar en una de esas escuelas de meditación, con todo lo que ello conlleva de superestructuras pseudorreligiosas. Ni siquiera podemos descansar durante la noche, pues es cuando nos exponemos a todo cuanto se nos pueda venir encima en sueños. No sólo vivimos en una ruidosa sociedad de cultura ligera, la naturaleza ha hecho de nosotros un escenario para los psicodramas mientras dormimos.

–Pues tú te dormiste al final, pero la primate hembra no. Perdóname que te lo diga tan crudamente, pero se largó en cuanto te dormiste.

–No se lo reprocho.

–¿Recuerdas lo que soñaste?

–Sí, me acuerdo. Soñé que era incapaz de recordar si tenía 16 o 24 años, y me molestaba, me molestaba no recordar mi edad. Sin embargo, acabé por pensar que daba igual si tenía 16 o 24, porque de todos modos tenía la vida por delante. Entonces me desperté de repente y tuve que reconocer que me estaba acercando a los 40.

–¿Y se supone que entonces habías perdido 16 o 24 años? ¿Es eso lo que pretendes decir?

–Creo que ya basta –me limité a decir.

Me arrepentí por haberme dejado engañar de nuevo. Debería estar por encima de dejarme arrastrar por esa clase de pensamientos de geos tras la noche compartida con Laura. Podría haber dejado ese sueño en paz.

Dije:

–¿Crees que puede haber una especie de dimensión reconciliadora en un encuentro amoroso?

–¿En qué?

–Es un poco complicado de explicar. No creo que los geos tengan una gran vida amorosa. Tal vez sea algo exclusivo de los seres humanos, o al menos de los primates

avanzados.

–No sé si eso de lo que he sido testigo esta noche merece la denominación de «avanzado».

–Quiero decir que lo único capaz de conquistar a esas dos o tres circunvoluciones cerebrales sobrantes, es decir de reprimir la conciencia de la muerte, es el amor. Tal vez tiene el mismo agradable efecto que la ginebra y la *kava*, sólo que mucho más fuerte y duradero.

–Tal vez tengas algo de razón. El amor es el opio del pueblo.

–Sólo quiero decir que ser dos es muy distinto a ser uno.

–¿Ah sí? ¿Pretende ser una especie de matemática sutil?

–No.

–Además, constatamos que estaba casada, lo que significa que, para empezar, ya somos tres.

–Laura está separada.

–¿No estás separado tú también?

–Yo también, sí.

–Entonces ya vamos por cuatro. ¿Hay todavía más gente implicada en esta «dudedad»?

–Vera y yo no vivimos juntos ya.

–¿Entonces por fin has acabado con ella? Cuando volvieras del largo viaje al Pacífico habrías acabado con ella definitivamente, dijiste. ¿No habrás olvidado que fue ése el acuerdo que hiciste contigo mismo?

–No, no.

–De modo que con Vera todo está acabado.

–No he dicho eso.

–¿Ah, no? ¿No dijiste que a partir de ahora sólo tendrías en la cabeza a una monista simplista con fijación paterna, largas trenzas y un ojo verde y otro marrón?

–No.

–Entonces es lo que yo pensaba.

–¿El qué?

–Que sois tan promiscuos como nosotros.

–Tonterías. Sacas conclusiones demasiado deprisa.

–Pero tendrás que saber tú mismo si deseas volver con Vera.

–No es tan simple. La vida emocional de las personas es algo más elevada que los instintos de los reptiles. No se deja dirigir por la lógica binaria.

–Entonces intentaré ayudarte. Es bueno tener a alguien con quien hablar, ¿no?

–Prefiero no contestar a esa pregunta.

–Si hubieras podido elegir entre Vera y Laura, ¿a quién habrías elegido?

–¿Para toda la vida, quieres decir?

–Para toda la vida, sí. ¿O han empezado a desmoronarse tus grandes ideales?

–¿Vera o Laura?

–¡Sí!, ¡elijá usted, caballero!

–Laura fue un enamoramiento vacacional.

—¿Y Vera?

—A Vera la voy a ver en una conferencia en Salamanca.

—Tal vez ella se convierta en un enamoramiento conferencial. ¿A cuál de las dos consideras de más calidad?

Mientras hablaba con Gordon, me había estado moviendo por la habitación haciendo el equipaje. En ese momento di un puñetazo en la maleta que acababa de cerrar. Me odié a mí mismo por ese trago de ginebra. Sabía demasiado bien a lo que podía conducir.

—¡Ya basta! —dije—. Me voy a desayunar.

—Y yo me quedo aquí esperando. Tengo tiempo de sobra.

—Pero yo me marchó dentro de dos horas.

—Qué gracioso. ¿Significa eso que el hombre vaya a marcharse de sí mismo?

—Me voy a casa, sea como sea.

—Y yo te sigo en el equipaje. No recuerdo si me dio tiempo a presentarme. ¿Te dije que soy el hermano gemelo de tu sentido de la decencia?

—Seguro que no.

—Esos gemelos son extremadamente móviles, caballero. Son más o menos tan móviles como la sombra de una persona que intenta alejarse corriendo de sí misma.

En el desayuno me encontré con el inglés y también con los dos españoles. Fue John quien dijo que Laura y Bill se habían marchado, y yo me limité a contestar que lo sabía. John había entendido, claro, que eran padre e hija, al menos por el comportamiento de Bill cuando nos retiramos Laura y yo. Pero no se comentó nada al respecto, y él se ahorró esos típicos comentarios de niño bien británico, sobre la botella de Rioja que compartimos Laura y yo en el porche.

La pareja española estaba de mucho mejor humor esa mañana que el día anterior, y tal vez tuviera que ver con que yo me marchaba. Gastaron bromas y se rieron, y se pusieron a contar unos episodios divertidos de la fiesta, que no habían abandonado hasta las dos de la madrugada. Decidí intentar hablar en serio con ellos una última vez antes de marcharme, y esta vez en español, fueran cuales fueran las consecuencias.

Pero no tuve oportunidad. Mientras José miraba durante un segundo a otra parte, me di cuenta de que Ana se estaba poniendo pálida de repente. Dejó el huevero sobre el plato, tenía la piel ya grisácea y, de repente, la bailarina de flamenco se desplomó sobre la mesa tirando una taza de café.

José se levantó bruscamente.

—¡Ana! —gritó, con el mismo tono desgarrador que emplea Rodolfo al llamar a Mimí en la última escena de *La Bohème*.

La levantó de la silla y le dio una bofetada y luego otra.

—¡Ana! ¡Ana!

Al cabo de unos segundos, Ana recuperó el color, y se echó a llorar. Se inclinó sobre José, y apoyada en él se marchó tambaleando por el palmeral. Luego flotaron a cámara lenta entre los cocoteros, camino de su cabaña.

Ésa fue la última vez que los vi en la isla. Cuando, al cabo de unas horas, fui a

recepción a arreglar las formalidades de mi partida, vi a John sentado en una de las mesas escribiendo. Le pregunté si sabía algo más de los españoles, y dijo que había ido un médico y que Ana al parecer se encontraba ya mucho mejor.

–¿Demasiada *kava*? –sugerí.

–Tal vez –se limitó a decir.

Me avisaron en recepción de que mi coche ya había llegado.

–¿Adónde vas? –preguntó John.

–A casa –contesté.

Le expliqué mi itinerario de Nadi a Oslo.

–¿Pero irás dentro de unos meses a ese congreso de Salamanca?

–¿Por qué lo dices?

No entendí en absoluto por qué lo preguntó.

–¿Y qué pasa con Vera?

Me encogí de hombros sin decir nada. John preguntó:

–Pasarás por Madrid, ¿no?

–Seguro que sí.

Era increíble cómo el hombre insistía de repente.

–Y estando en Madrid tal vez te darás una vuelta por el Museo del Prado, ¿no?

Con esta última pregunta me pareció que la conversación había dado un giro muy singular. Luego recordé que le había mencionado mi afición por el arte, que Madrid tiene una de las colecciones de arte más importantes del mundo, y que yo tenía una especial predilección por el Prado.

–Tal vez –contesté.

–Tendrás que ir –insistió–. No se puede pasar por Madrid sin visitar el Museo del Prado.

–No sabía que compartiéramos esa pasión –comenté–. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

–Dime, ¿prefieres El Greco o El Bosco, Velázquez o Goya?

Me sentía ajeno a esa conversación casi maniática justo al final de la estancia, en el momento de despedirnos seguramente para siempre, ante dos vuelos intercontinentales y cuando el conductor cogió mi maleta. Pensé en mi breve charla con Gordon esa misma mañana. Pensé en el traje nuevo del emperador. Pensé, además, en la súbita indisposición de Ana y los despiadados primeros auxilios de José.

–Prefiero todo el edificio –dije.

–Entonces deberías tomarte el tiempo suficiente para ver minuciosamente toda la colección.

El conductor señaló el reloj. Sólo faltaba media hora para la salida del avión.

–¿Prometes saludar de mi parte a Ana y José? –pregunté.

–Con mucho gusto. Si vienes a Londres...

–Lo mismo digo. Encontrarás mi nombre en la guía telefónica. Pero prométeme saludarlos muy especialmente de mi parte. ¡Y que se mejore la paciente!

El conductor tocó el claxon, y un par de horas más tarde me encontraba en el segundo

piso del avión Jumbo con destino a Honolulu y Los Ángeles.

Optaste por partir el dolor en dos

Ya de vuelta en Oslo, me puse enseguida a trabajar en el informe, y hace dos semanas llegué a Salamanca. No dejaba de preguntarme si realmente ibas a aparecer y, sobre todo, si sabías que también yo estaba inscrito en el congreso. Sigo sin saber quién de los dos se apuntó primero, pero yo había hecho una especie de inscripción con reserva antes de irme al Pacífico, y cuando llamé desde Taveuni para confirmar mi asistencia, tú ya figurabas en la lista de participantes. Al regresar a Oslo, recibí la petición de presentar una ponencia sobre migración y biodiversidad.

¿Cabría la posibilidad de que te hubieras apuntado al congreso porque nos proporcionaría la oportunidad de un reencuentro? ¿O tu interés se debía exclusivamente a razones profesionales, a pesar de tener que contar con la posibilidad de encontrarte conmigo? En todo caso, podrías haberte borrado si no hubieras querido verme bajo ningún concepto.

No sé si me expreso con mucha claridad pero, como habrás entendido, no me atrevía a dar por sentado que fuéramos a vernos. Recuerdo muy bien tu breve carta del mes de noviembre, así como la conversación telefónica posterior. Fue la última vez que hablamos.

Pero acudiste, y no supiste que te encontrarías conmigo hasta que viste el programa definitivo. Entonces habías pensado exactamente como yo. Aunque no podíamos convivir, al menos compartíamos un profundo dolor, y eso era algo que estábamos condenados a compartir para siempre. Condenados, dijiste, pero a compartir. Habían pasado ocho meses desde que perdimos a Sonia, y medio año desde que hiciste la maleta en la calle Sogn y volviste a Barcelona con tu familia.

También tú te habrás hecho algunas reflexiones sobre el que nos volviéramos a ver en un congreso científico. Así se cerraba el círculo. Habían pasado casi diez años desde que nos vimos por primera vez en aquel gran congreso de Madrid, cuando sólo al cabo de unos meses iniciamos nuestra convivencia en Oslo.

Cuando te vi en el vestíbulo del Gran Hotel de Salamanca me pareciste más maravillosa que nunca. De cualquier forma, no eras la misma que yo recordaba de las últimas terribles semanas en Oslo. Primero nos quedamos mirándonos, y tú señalaste, como de costumbre, que no me había afeitado bien. Luego me llevaste hasta un rincón, nos abrazamos y lloramos. No creo que las lágrimas que derramamos fueran sólo por Sonia.

Me dijiste que te habían dado una beca de investigación, y a mí me dio por pensar que,

o por lo de la beca, o simplemente porque eras tan hermosa, habías conocido a otro hombre. En aquel primer momento de nuestro reencuentro mencionaste que había algo que querías dejar muy claro desde el principio. Dijiste que te alegrabas de volver a verme, pero que no debíamos cuestionarnos una reconciliación, porque estabas totalmente segura de que jamás volveríamos a convivir como marido y mujer. Y recuerdo que me limité a darte la razón, porque estaba muy feliz de volver a verte. También yo, mentí, había llegado a la conclusión de que sería imposible que volviéramos a vivir juntos.

No sé si se puede decir que la situación estaba bloqueada, porque no hay nada menos bloqueado que cuando dos personas están totalmente de acuerdo sobre lo que no van a hacer. En todo caso, habría que preguntarse por el grado de sinceridad de los propósitos de cada uno de nosotros. ¿Podría haber evolucionado de otro modo la situación, si uno de los dos hubiera osado imaginar otra alternativa? Si tú y yo tenemos una sola cualidad en común, tiene que ser la del orgullo.

No hace falta que hable mucho del congreso en sí, aunque nunca tuve ocasión de agradecerte el apoyo que me prestaste cuando ese bio-liberalista norteamericano comenzó a argumentar que ya no tenía ninguna finalidad frenar la migración de especies animales y vegetales. ¡Dejemos que la naturaleza lo arregle!, dijo. Es lo que siempre ha hecho la naturaleza. Luego, pediste la palabra. También los seres humanos son naturaleza, señalaste, y entonces fuiste tú quien quería arreglarlo. Señalaste que el Dr. Gibbons no había entendido mi intervención. Tal vez le sería útil repetir la asignatura de ecología del bachillerato, dijiste. Añadiste que el hombre ha suspendido la selección natural. Y llamaste la atención sobre el hecho de que ni en el jurásico ni en el cretácico hubo vuelos intercontinentales, ni siquiera hubo comunicación por barco entre Gondwana y Laurasia. ¿Recuerdas lo que respondió? *Laissez faire*, dijo. *Laissez passer*.

Muchos de los asistentes sabían que tú y yo habíamos estado casados, y también por qué nos separamos. Estoy seguro de que aún muchos más lo supieron después de tu ardiente defensa de mi ponencia. Supongo que los dos pensamos que no debíamos estar demasiado juntos a tan pocos meses de nuestra separación. Podría dar lugar a un cotilleo por los pasillos que queríamos evitar. Cuanto más nos vieran juntos, más se hablaría de nosotros, y más especulaciones se harían en torno al accidente. Pienso que fuimos muy hábiles para escondernos durante aquellos días, y ahora me limitaré a describir en pocas palabras cómo viví aquella última tarde y noche.

Yo había estado ya un par de veces en Salamanca, pero tú no conocías el lugar, y antes de cenar insististe en que te enseñara la antigua ciudad universitaria. Como sabes, me quedé en Salamanca después de que te fueras, y no te ocultaré que hice la misma ruta al día siguiente por la tarde. Iniciamos el paseo en la Plaza Mayor, de la que dijiste que debía de ser la más bonita y la más antigua de España, y bajamos hasta el Palacio de Monterrey, que en la actualidad pertenece a la duquesa de Alba. Ya en la pequeña plaza, entre el palacio renacentista y la iglesia de la Purísima, comenzamos a hablar de pequeños episodios de la vida de Sonia. Apenas comentamos algo sobre los antiguos edificios de arenisca ferruginosa, que habían adquirido un cálido matiz rojizo en la dorada

luz crepuscular. Aquella tarde, los hermosos palacios de gran solera, sólo hicieron el papel de decorado para una conversación sosegada sobre una hija que ya no estaba en el mundo.

Recuerdo que se me ocurrió pensar que si no hubiera sido por el accidente, tal vez tú y yo habríamos estado paseando por Salamanca con una niña de cinco años entre los dos, porque el congreso nos habría interesado igual con una niña a la que cuidar, y ¿por qué no íbamos a haber llevado a Sonia?

En ese caso, habríamos continuado desde la plaza que había entre la iglesia y el palacio renacentista hasta la Casa de las Conchas, con sus cuatrocientas conchas talladas en piedra en su impresionante fachada, y estoy seguro de que Sonia se hubiera metido corriendo en el precioso patio y trepado el pozo, mientras yo echaba un vistazo a la biblioteca y la sala de lectura. Poco después, habría cruzado corriendo la calle y subido las escaleras del monasterio de los jesuitas, la Clerecía, y al cruzar la Plaza de San Isidoro, tal vez hubiera echado la cabeza hacia atrás, señalando las altas torres, antes de que intentáramos llevarla por la estrecha calle de los Libreros, camino de la antigua universidad. Sé que se habría encontrado a sus anchas en el Patio de las Escuelas, y que tal vez hubiera preguntado por el hombre de la estatua de la plaza. Tú le habrías explicado que era fray Luis de León, que había sido profesor de la universidad hace muchísimo tiempo, pero que tuvo que pasar cinco años en la cárcel por creer en algo distinto a lo que enseñaba la Iglesia. Al salir de la cárcel, inició su nueva etapa de enseñante con las palabras: «Como decíamos ayer...». Al oír eso, Sonia se hubiera reído a carcajadas, porque desde hacía cinco años ese señor no había dicho nada a sus alumnos, y cinco años no era ayer, sino tantos años como había vivido Sonia, y eso era mucho, muchísimo, casi siempre; y todo ese tiempo era el que había estado ese señor en la cárcel. Y tú, Vera, habrías contestado a Sonia con otra pregunta, porque era lo que solías hacer cuando la niña no entendía algo. Tal vez habrías dicho: ¿Por qué crees que dijo «como decíamos ayer» si llevaba cinco años en la cárcel? Y Sonia tal vez habría contestado que porque él intentaba olvidar todos esos tristes años en la cárcel, o habría hecho otra pregunta, o tal vez habría desviado la atención hacia todos los medallones, escudos y figuras de animal que adornaban la impresionante fachada de la universidad. Habría descubierto en esa fachada, mucho antes que nosotros, el famoso relieve de la calavera con el sapo, y tú no hubieras dicho que ese motivo simbolizaba el contraste entre la muerte y el deseo sexual. Tampoco habrías dicho que con esa figura se pretendía advertir a los jóvenes estudiantes contra los excesos sexuales, tal vez habrías dicho que los sapos son muy vivos y muy juguetones, y que así son también muchas personas, pero que un día han de acabar todos los juegos. Antes de que tú y yo hubiéramos terminado de admirar la suntuosa fachada plateresca, Sonia habría corrido delante y entrado en el patio típico del siglo XIV de las Escuelas Menores. Mientras tú y yo charlábamos, ella se hubiera metido por su cuenta en el Museo de la Universidad y se hubiera detenido boquiabierta bajo la bóveda celestial de un intenso color azul con todas las constelaciones. Tal vez no hubiéramos logrado que entrara con nosotros en el aula de fray Luis de León, y, en ese caso, también nos habríamos perdido el Paraninfo, con los

tapices flamencos y el retrato de Carlos V pintado por Goya, así como la famosa biblioteca, con sus valiosísimos incunables. Pero creo que agarrada a nuestras manos sí hubiera entrado solemnemente en las dos catedrales, no sin luego exigir un helado por el esfuerzo, y hubiéramos esperado hasta el día siguiente para visitar el Convento de San Esteban, con los grandes nidos en lo alto de la fachada, el Convento de las Dueñas, con su precioso claustro, y el palacio renacentista de Fonseca, que encierra el estilizado patio que al parecer antaño sirvió como plaza de toros.

Los dos pensamos que nos había venido bien hablar tan exhaustivamente de Sonia aquella tarde, y creo que logramos hacerlo de una manera tan natural porque estábamos rodeados de la vida pasada de tantos siglos. Tú querías que te enseñara esa antigua ciudad universitaria, pero sólo hablamos de Sonia. De esa manera, la niña fue con nosotros a Salamanca a pesar de todo. Lo sé, ya no vive, Vera, no es eso lo que quiero decir, ni siquiera digo que es algo que tenemos que aprender a aceptar, pero si todos los recuerdos de nuestra hija van a tener un espacio vital vivo, una esfera de repercusión, un elemento de algo que se ha conservado, sólo tú y yo podemos crear ese espacio vital.

Me contaste una serie de pequeñas anécdotas sobre mi propia hija que jamás había oído, y me resultó doloroso, porque me arrepentí de no haber compartido con ella cada minuto que estuvo en el mundo, aunque a la vez comprendí que aún tenía una posibilidad de conocerla mejor. Te volvías muchas veces para secarte una lágrima, Vera, lo vi, y te imaginarías que cuando yo ocultaba el rostro contra la vieja fachada de la universidad en la que acababas de señalar el sapo y la calavera, no era para estudiar los relieves más de cerca. Pero se me ocurrió varias veces, durante el largo paseo, que tú seguías siendo la madre de Sonia. Tal vez te duela que te lo recuerde, pero aquella tarde yo iba acompañado de la madre de una niña. La niña no llegó a cumplir más que cuatro años y medio, sólo sus padres se hacen inexorablemente mayores, cumplen cuarenta, cincuenta y sesenta, pero vivirán con la Sonia de cuatro años y medio durante el resto de su vida. Tú seguías siendo la madre, Vera, y yo seguía siendo el padre de tu hija.

Después de la cena oficial de clausura nos retiramos de la fiesta, y de nuevo sugeriste que fuéramos a pasear. Supongo que no habrás olvidado que fuiste tú la que insististe en mostrarme el río. Dijiste que habías paseado sola por la orilla del Tormes la tarde de tu llegada. Desde el viejo puente romano habías contemplado los pájaros, los cisnes y los gansos, y te habías sentido tocada por el síndrome de Stendhal al oír cantar a un ruiseñor justo en el momento de ponerse el sol, con Salamanca a tus espaldas como una rojiza piedra preciosa.

Ya era totalmente de noche, y cuando salimos del hotel en dirección al río, ya no hablamos de Sonia. La conversación discurría algo lenta al principio, pero pronto empecé a hablar de ti y de tus cosas, y tú de mí y mis cosas. Me hiciste muchas preguntas sobre la larga estancia en Oceanía, y creo que te conté algunas cosas de Taveuni, al menos pienso que te conté, no sin cierta autoironía, la historia de aquella noche en que no me atreví a ahuyentar a un gecko que se había sentado en una botella de ginebra, por miedo a que el animal la tirara. Te pregunté por tu proyecto de investigación, y recuerdo que concluí diciendo que tal vez eras la mejor especialista en España en antropología

paleontológica, al menos en cuanto a migraciones prehistóricas. Entonces sonreíste, Vera, al menos no oí ninguna protesta. Estabas orgullosa de haber recibido aquella beca.

Cuando llegamos al río, subimos a ese puente que llevaba allí dos mil años. Tal vez fueran los cisnes los que de nuevo te hicieran pensar en Sonia. En todo caso, comenzaste a hablar de nuestra vida en familia en Oslo, y todo parecía algo mítico. Hablaste de los paseos al lago Sogn y a la Cabaña de Ullevål, y de Sonia, que se llevó manguitos para nadar por primera vez en la playa de Huk, y de aquella vez en que tardó casi una hora entera en atravesar el gran laberinto del parque de Vigeland. Cuando salió, pidió un premio, y le compramos un gran helado en el café Herrgardskroen.

Te dejé hablar, mientras pensaba en la promesa que nos habíamos hecho de no hablar de una posible reconciliación de esas dos terceras partes que quedaban de familia. Comprendí que tal vez no hubiera camino de retorno para nosotros dos, y, sin embargo, pensé que éramos unos cobardes si no intentábamos trazar un nuevo camino. Yo también me sentía dividido, y la idea de volver juntos tenía sus pros y sus contras. Pero mientras hablabas de cómo había salido Sonia del laberinto, pensé que deberíamos hablar para entrar en razón los dos.

Debiste de reparar en mi silencio, porque en una ocasión me preguntaste en qué estaba pensando, y sabías de sobra que, cuando callaba porque pensaba en algo, era porque pensaba en algo triste. Dije que estaba pensando en nosotros, y supongo que respondiste algo así como que no debería. La única razón por la que habíamos vuelto a congeniar en Salamanca, señalaste, era Sonia. Respondí que también era debido a que Sonia estaba pensando en nosotros, pero tú ya te habías enfrascado en otra larga historia sobre cómo Sonia, recién nacida, había estado a punto de ser cambiada por otra niña cuando te dieron de alta en la clínica. Al final dijiste: En ese caso no habría sido mi niña la que desapareció. En ese caso habría seguido entre los vivos.

Pensé en las muchísimas veces que me habías contado lo que ocurrió en la calle Sogn, siempre a cámara lenta, aunque, lo que sucedió, sucedió muy deprisa. Tuviste que declarar dos o tres veces ante la policía. Después de eso, el curso de los acontecimientos se convirtió en un tema tabú, en un «aquello» o un «lo que sucedió», y creo que en ese momento, en Salamanca, los dos tuvimos miedo de volver a aquellas escenas espantosas. Sería como abrir viejas heridas, y con ello no pienso sólo en la herida que nos había causado la pérdida de Sonia en sí, sino también en todas aquellas heridas que nos habíamos causado el uno al otro.

«Lo que sucedió» fue tan simple y cotidiano que precisamente por eso resultó aún más espantoso. Habías ido a recoger a Sonia a la guardería, y tras haberla colocado en su asiento, arrancaste el coche, pero justo entonces te diste cuenta de que te habías dejado unas zapatillas de la niña en los armarios de la entrada. Apagaste el motor y sacaste la llave, pero te olvidaste de echar el freno de mano, el coche estaba en punto muerto. Volviste enseguida con las zapatillas, y en ese momento el coche empezó a andar, porque, como repetías sin cesar, el destino tuvo el especial placer de que tú lo contemplaras todo y sólo pudieras reconocer que no podías hacer nada. Sabemos lo que ocurrió en aquella curva trescientos metros más abajo. Sabemos lo que ocurrió tres días

más tarde. Y sabemos que pase lo que pase entre nosotros, tú y yo jamás volveremos a hablar del curso de los acontecimientos.

Lo he dicho muchísimas veces, pero tengo que decirlo una vez más, y esta vez lo tendrás por escrito, para siempre: No es ya una cuestión de perdonar. Estás perdonada muchas, muchas veces, y hace mucho, mucho tiempo. Todo eso acabó, ha desaparecido. Reconozco que yo, en mi desesperación, te insulté y te grité, y en una ocasión te dije que te fueras a la mierda, aunque me eché a llorar después de decirlo. Luego te pedí perdón por mi dolor tan destructivo, y al final fuiste tú la que optaste por dejarme. Te había hecho las mismas preguntas demasiadas veces, las mismas que te había hecho la policía. ¿Por qué dejaste a Sonia en el coche? ¿Por qué no echaste el freno de mano? ¿Por qué, al menos, no metiste una marcha? ¿Y por qué tenías que llevarte a toda costa aquellas zapatillas? ¿Qué demonios querías hacer con esas zapatillas?

Y hubo algo más. Venías de la celebración de fin de curso en el departamento, donde te habías tomado tres o cuatro copas de champán, y al meterte en el coche habrías dado 0,52. No se te acusó de nada, y la policía adujo como razón que ya habías recibido castigo de sobra. Eso fue lo que dijeron: castigo de sobra, porque la policía fue más humana en su persecución de lo que lo fueron tus allegados. Si sigues culpándote por lo que sucedió, y por haber olvidado echar el freno de mano en un momento de despiste, has de saber que tienes más razón para culparme a mí por verter constantemente sal en tu abierta e inmensa herida. Lo hice a propósito, muy a propósito.

Ahora bien, de algún modo conseguimos acabar con todo aquello, eso es lo que intento decir, al final nos reconciamos. No volviste a Barcelona porque yo no te hubiera perdonado. Incluso te dije que igual podría haber sido al revés, que podría haber sido yo el que hubiera olvidado echar el freno de mano por despiste, creo que todo el mundo puede tener alguna vez un momento de despiste; habías tenido tanto éxito con tu pequeña actuación en el departamento... Y de vez en cuando, una terrible desgracia cae sobre una pequeña familia tan ciegamente como un rayo.

Nos reconciamos del todo, Vera, no era por no sentirte perdonada por lo que al final hiciste las maletas y te marchaste. Huiste de mi dolor, no soportabas vivir con mi dolor, pues apenas soportabas vivir con el tuyo propio, porque tú llevabas dentro el mismo dolor, pero de él te resultaba más difícil huir. Cuando yo seguía tan infeliz, no supiste distinguir mi dolor de los viejos reproches. Pero yo tampoco sabía qué hacer durante aquellas semanas y, si hubiera tenido una familia en otro país, tal vez también me habría marchado. Luego resultó muy oportuno mi viaje a Oceanía. Había demasiado dolor en casa, demasiado dolor bajo un solo techo, y tú optaste por partir el dolor en dos.

Nos habíamos detenido sobre el viejo puente a mirar el curso del río, y cuando acabaste la anécdota sobre aquella vez en que Sonia regresó a casa con un billete de cien coronas, diciendo que lo había encontrado en el bolsillo de una de las profesoras de la guardería, estuve a punto de romper esa solemne promesa que nos habíamos hecho en el hotel esa misma tarde. No hace falta que lo hablemos ahora, iba a decirte, pero podemos preguntarnos si no deberíamos intentar empezar de nuevo, pero habría de ser un camino distinto, no deberíamos volver a pisar aquel doloroso camino que nos había obligado a

separarnos.

Los dos habíamos considerado lo que pasó después de la muerte de Sonia como algo inevitable. ¿Pero toda intención y todo propósito señala sólo en una dirección? ¿No puede algo que sucede aquí y ahora señalar hacia atrás y dar un nuevo significado a algo que pasó antes? No sé si son muy osadas las preguntas que planteo, pero ¿no podríamos intentar hacer algo entre los dos, con el fin de dar un nuevo significado a la muerte de Sonia?

En el puente sólo pude preguntarte si tenías un nuevo amigo. Y ni siquiera te dio tiempo a contestar, porque en ese instante descubrí a aquellos dos seres abajo en la orilla. Iban abrazados, como dos figuras fundidas en una, y los vi claramente, porque durante unos minutos pasaron por delante de los intensos focos que iluminaban el puente donde nos encontrábamos. Arrojan unas enormes sombras sobre nosotros, pero pude distinguir a una mujer de rojo y a un hombre de negro. Estaba convencido de que se trataba de Ana y José. Los había visto juntos, y en ese momento me sentí transportado al palmeral de Maravu.

Te puse una mano sobre el hombro y susurré con gran agitación, señalando hacia ellos:
–Son Ana y José.

Me miraste con una sonrisa burlona. Luego me he preguntado si esa sonrisa cálida y traviesa te salió así porque de repente me había dado por mencionar nombres que nunca habías oído, o si la sonrisa se debió a la pregunta que te había hecho, es decir, si tenías un nuevo amigo.

Yo apenas había dicho algo, y entonces me tocó a mí, y empecé a contar cosas a gran velocidad sobre esa extraña pareja a la que había conocido en Taveuni, y cuanto más contaba, más te reías.

Fue maravilloso oírte reír de nuevo. La última vez que te había oído reír fue aquella mañana en que estabas tan nerviosa porque ibas a participar en el cabaret de la celebración de fin de curso del departamento. Te hablé de las frases crípticas que habían recitado por todas partes, conté que los había espiado cuando se bañaban desnudos en la cascada Bouma, y dije también que Ana era una famosa bailaora de flamenco, mencioné su repentina indisposición, y seguramente conté mucho más, al menos dije que Ana y José eran clarividentes y que por eso ganaron todas las partidas. Además, y eso fue lo más importante, estaba completamente seguro de haber visto a Ana antes de conocerla en Taveuni, pero era incapaz de averiguar dónde. Y tú te reías a carcajadas; era como si llevaras reprimiendo durante mucho tiempo la risa, a la espera de una ocasión para soltarla. Estabas convencida de que yo bromeaba. Primero dijiste que había señalado a la pareja porque me había arrepentido de haberte preguntado si tenías un amigo, y no me atrevía a esperar la respuesta. Luego dijiste que me había puesto a inventar historias con el único fin de retenerte junto al río. Una tercera teoría era que te había señalado una pareja de amantes como pretexto para romper una solemne promesa. Pero también propusiste una cuarta explicación, la que más te gustaba de todas, y ésa la guardaste hasta que nos fuimos a dormir. Dijiste que había inventado unas historias increíbles con el solo propósito de hacerte reír. Y te alegraste muchísimo por tu propia risa, estabas

radiante por haber vuelto a encontrar un tesoro que pensabas haber perdido para siempre. Ahora bien, puedes tomar nota de que todas tus explicaciones tenían algo en común: todas eran igual de frívolas.

Recuerdo que pensé si debía echar a correr tras Ana y José, porque subían ya de la orilla y se dirigían hacia el centro. Pero estaba contigo, y tenías algo de razón al decir que quería retenerte lo máximo posible junto al río Tormes bajo el suave cielo nocturno. Era la última noche que estábamos juntos y yo estaba a punto de iniciar una de las conversaciones más importantes de mi vida, incluso de romper una promesa. Pero también hubo otra cosa. Me resistía a intervenir en esa estrecha intimidad de la que una vez más había sido testigo. Y si de repente hubiera echado a correr, lo habrías interpretado al menos de cuatro maneras y seguramente te habría provocado una nueva carcajada.

Cuánto te reíste, Vera. Supongo que yo estaba muy aturdido y seguro que parecía un payaso. ¡Cómo te reías!

Sólo una vez conseguí penetrar en esa espesa manta tuya de la risa. Cuando Ana y José desaparecieron en dirección al centro de la ciudad, yo repetí muy serio que los había reconocido, pero tú dijiste:

–No son más que unos gitanos, Frank.

Cuando volvíamos al hotel, ya había dos temas de conversación prohibidos: el primero era Ana y José. El segundo era Frank y Vera.

A la mañana siguiente volviste a Madrid en tren, para luego continuar hasta Barcelona. Yo te había mencionado que tal vez me quedara otra noche en Salamanca. Seguías sin creermelo, supongo que tenías tu propia teoría de por qué quería quedarme más tiempo de lo que había pensado.

Te acompañé hasta tu puerta esa última noche. Sólo hacía unos meses que no dormíamos en la misma cama, y me pareció triste y absurdo que ya no compartiéramos habitación. Nos sentíamos más extraños que si no nos hubiéramos conocido de antes.

La mañana siguiente dormí hasta tarde. Luego salí en busca de Ana y José. Primero paseé sin ton ni son por las calles, en un par de sitios pregunté si alguien conocía a un tal José y a una tal Ana, al parecer un periodista de televisión y a una bailaora de flamenco, respectivamente, pero estaba claro que mi búsqueda no daría resultado mientras no supiera sus apellidos.

No había llegado a tiempo a desayunar en el hotel, así que me metí en ese bullicioso café de la Plaza Mayor donde habíamos almorzado juntos el día anterior, y tú habías expresado tu opinión sobre la crítica de Gibbons a mi ponencia. Pedí un pincho de tortilla y una cerveza. Tuve una suerte loca porque, al cabo de un momento, Ana entró apresuradamente en el local. No se percató de mi presencia y, cuando me volví, descubrí a José sentado detrás de una columna al fondo del local, esperándola. Tal vez él tampoco me había visto.

Agucé el oído y oí que se susurraban algo, pero la distancia era demasiado grande para poder captar lo que decían. Decidí acabar la tortilla y acercarme luego a saludarlos. Al fin y al cabo, era una extraña casualidad el habernos encontrado a tanta distancia de

Maravu. Al instante, se oyó en el local música flamenca, y pensé que tal vez fuera en honor a la bailaora de flamenco. Al menos se cantó con voz ronca sobre amor y abandono, vida y muerte, y yo me volví para mirar hacia el interior del local. Me pareció que Ana se estremecía, y recuerdo haber pensado que tal vez tuviera que reprimirse para no levantarse a bailar al son de los profundos ritmos.

De hecho sí se levantó, pero no para bailar. De pronto salió tan apresuradamente como había entrado. Se volvió hacia José y gritó:

–¡Quiero ir a casa! ¿Me oyes? ¡Quiero irme a Sevilla!

Pensé que en todas las familias se montan escenas de mucha emoción, pero no tuve tiempo para reflexionar sobre ello pues acto seguido, también José salió corriendo del café. Yo me levanté de un salto y me puse delante de él.

–¿José? –dije.

–¡Frank! –exclamó.

Sus ojos echaban chispas y extendió los brazos como queriendo decir: «¡Dios me ampare!» o algo por el estilo. Pero también andaba muy mal de tiempo y al seguir corriendo sólo me dijo:

–¡Tenemos que hablar, Frank! ¿Visitas de vez en cuando el Prado?

Eso fue todo, Vera. Pasé el resto del día paseando por Salamanca, pero no volví a ver a Ana y José.

«¡Tenemos que hablar, Frank! ¿Visitas de vez en cuando el Prado?»

¿Qué significaba eso? ¿Por qué lo del Museo del Prado? Tuve la sensación de haber oído algo parecido antes. Y recordé de repente la despedida de John en Maravu Plantation Resort. También él se había despedido invitándome a ir al Museo del Prado. Yo no necesitaba esos consejos, pues fui yo quien en primer lugar había dicho al autor inglés que me gustaba especialmente esa pinacoteca.

Ahora bien, pude adivinar algunas cosas. Cuando me marché de Maravu, después de la repentina indisposición de Ana, John me había prometido saludar a Ana y José de mi parte. Seguramente les habría dicho que a mí me gustaba el arte español; si eres español, supongo que te gusta oír que otros aman el arte español. ¿Pero por qué el Prado y no el Reina Sofía, por ejemplo? ¿Y por qué quiso que le dijera si me gustaba más Goya, Velázquez, El Greco o El Bosco? Que debía tomarme el tiempo suficiente para verlo todo muy detalladamente, había dicho John.

Temprano, a la mañana siguiente, cogí el tren para Madrid. Sentado en el tren, que avanzaba por la meseta castellana, contemplaba los cercados de piedra. Había algo en ese paisaje cultural que me hizo pensar en la alta montaña noruega.

Al avistar las fantásticas murallas de Ávila pensé en santa Teresa de Jesús, y de ella, mis pensamientos retrocedieron a Laura en Maravu Plantation Resort, asociando el misticismo religioso con su ojo marrón, aunque no voy a negar que fue el ojo verde y el cariño que Laura me mostró lo que permaneció más tiempo en mi cuerpo. Ese dulce recuerdo fue inmediatamente interrumpido por algo que jamás he podido olvidar: la anterior vez que había estado en Salamanca había visitado la iglesia del convento de Alba de Tormes, donde se guardan, algo macabro en mi opinión, los restos de santa Teresa. Vi

un brazo tras una puerta a la izquierda de la sacristía, y su corazón tras una puerta a la derecha. En el convento también había podido estudiar el dedo índice de san Juan de la Cruz, el otro gran místico español. Los dos habían tenido intensos pensamientos y visiones, luego habían sido enterrados. «Rest in pieces», pensé.

Al llegar a la estación de Chamartín, cogí un tren hasta Atocha, y desde allí fui andando hasta el hotel Palace, donde pedí una habitación por tiempo indefinido. Tenía la sensación de no poder volver a Noruega hasta haberme repuesto. Además, no me resultaba del todo fácil abandonar España sabiendo que tú estabas en Barcelona. En Oslo sólo me tenía a mí mismo, nada, en otras palabras.

Bellis perennis

Yo mismo era un enigma, porque, después de todo, no había visitado el Museo del Prado hasta que pasadas casi dos semanas. Tantos comentarios sólo porque se me ocurrió mencionar que solía dar una vuelta por ese generoso museo cuando iba a Madrid, me parecieron muy exagerados, y no me gustaba recibir órdenes de nadie, y mucho menos ir a la fuerza. No obstante, he visitado el Thyssen y el Reina Sofía en el transcurso de estas dos semanas, museos que no había visitado en varios años.

Me traje mucho material para la ponencia de Salamanca, y he seguido trabajando en mi habitación del Palace en ese informe en el que llevaba centrado varios meses. He aprovechado la ocasión para visitar a colegas de la universidad Complutense, he pasado algunas mañanas en la Biblioteca Nacional y he visitado por primera vez el zoológico de la Casa de Campo.

Un par de noches he ido a dos lugares distintos de flamenco, no porque esperara ver allí a Ana, sino porque tenía la esperanza de ver su nombre en algún cartel o folleto. Antes o después tendría que volver a verlos, pero tampoco quería investigar demasiado, al menos no todavía, era mejor dejar pasar el tiempo en Madrid. Tampoco era tan improbable que algún día me topara casualmente con un periodista de la televisión bajo la cúpula del Palace.

Alojarme en el Palace me ha llevado rápidamente el sueldo de un mes, y si sigo en este hotel tan exclusivo no es sólo por viejos hábitos, ni en realidad tampoco porque tú y yo tengamos recuerdos muy especiales de este lugar, sino porque es el único hotel de la ciudad en el que existía una mínima probabilidad de que preguntaras por mí. Confieso que mantenía viva la esperanza de que un día me llamaras a Oslo, en parte por lo que sucedió la última noche en Salamanca, donde al menos conseguí hacerte reír de nuevo. Si nunca me encontrabas en casa, tal vez acabarías por llamar al departamento en la facultad, aunque seguro que te costaría un gran esfuerzo. Allí te dirían que estaba en Madrid. Al cabo de una semana, me había encargado de que la secretaria del departamento supiera en qué hotel me hospedaba.

Un día me desperté repentinamente de lo que hoy considero un estado de hibernación. De pronto, una mañana me di cuenta de que era un idiota y de que me había descuidado mucho. Me habían sugerido abiertamente que visitara el Museo del Prado, no para vagar sin ton ni son, sino en busca de algo muy concreto. En lo que se refería al inglés, había sido una indicación de algo, como queriendo darme una pista, y por parte de José, había sido casi una súplica. Era obvio que el Prado era una pista, y no sólo un eco de mi

parloteo de los tesoros del museo, en el dormitorio tenemos un Monet y sobre la chimenea hemos colgado un espejo barroco...

Esto sucedió el martes, hace dos días. Crucé a paso decidido la Plaza de Cánovas del Castillo, o «de Neptuno», como la llama la gente, porque en el centro de la misma hay una fuente con una escultura de Neptuno. Al acercarme a la entrada del Prado, eché un vistazo a la estatua de Goya, con el suntuoso Hotel Ritz al fondo. Y ahora me estaba acercando a la solución del misterio.

Comencé por la planta baja, y me tomé mucho tiempo, también para estudiar a los visitantes. Al cabo de un rato llegué al cuadro caleidoscópico *El jardín de las delicias* de Jerónimo el Bosco. Si tuviera que elegir una pintura que resuma mi sentimiento vital relacionado con la situación del ser humano como vertebrado, tendría que ser ésta. Junto a más de cien figuras humanas hechizadas, el pintor colocó también en su cuadro otros tantos animales vertebrados. Si hubiera participado en un juego de asociaciones, y la palabra clave hubiera sido «imaginación», yo habría dicho sin vacilar «El Bosco». Si la palabra clave hubiera sido «El Bosco» habría dicho sin pensar «El jardín de las delicias». Si la palabra clave hubiera sido a su vez «El jardín de las delicias», yo habría dicho «frágil», y si hubiera tenido la oportunidad de contestar con una frase entera o mejor aún, con una pequeña charla, habría dicho que la vida es maravillosa y misteriosa, pero, ay, tan frágil y decrepita...

Permanecí delante de *El jardín de las delicias* durante al menos media hora, lo cual no es nada del otro mundo, porque el cuadro habría merecido al menos una semana entera. Estudié algunos de los detalles más pequeños, en varias ocasiones tuve que dejar a otras personas ponerse delante de mí. Y entonces, Vera, entonces oigo una voz conocida a mi espalda.

–Se tarda miles de millones de años en crear un ser humano –dijo la voz–. Y sólo se tarda segundos en morir.

Me volví lentamente hacia José, y comprendí enseguida que lo que acababa de decir no pretendía ser la interpretación de un cuadro pintado hace casi quinientos años, sino que Ana había muerto.

Ana había muerto: Ana, que no había querido revelar dónde la había visto antes, Ana que no quiso bailar flamenco, Ana que sufrió una repentina indisposición en la mesa del desayuno, y Ana, quien hace sólo unos días había abandonado ese café de Salamanca con una acalorada exclamación de que quería volver a su Sevilla.

No fue sólo el breve aforismo lo que me hizo entender. Miré un rostro pálido y demacrado que había estado en un lugar muy, muy lejano, y que aún no había tenido tiempo de buscar un camino de retorno. Una vieja impresión visual pasó velozmente por mi cabeza. En Salamanca, José me había lanzado una mirada casi de pánico al exclamar: «¡Tenemos que hablar, Frank! ¿Visitas de vez en cuando el Prado?». En ese momento se inclinó ante el cuadro y señaló a la izquierda, a una pareja de amantes dentro de una bola de cristal. Susurró, alterado y agitado:

–La felicidad es tan frágil como el cristal.

No se dijo nada más en un buen rato, pero estaba seguro de que él sabía que yo había

entendido sus palabras. Empezamos a pasear lentamente por las salas, y subimos a la primera planta. De repente dijo:

–Éramos inseparables.

No logré decir nada, pero le miré a sus ojos resignados, y creo que mi cara y mis gestos expresaron mi estupefacción y mi compasión. A la vez, me estaba acercando a la solución del enigma, porque José me guió hasta la colección de Goya, y de repente nos encontramos ante los cuadros de *La maja desnuda* y *La maja vestida*. Estuve a punto de desmayarme, y José seguro que se dio cuenta, porque me agarró fuerte del brazo izquierdo. ¡Era Ana!

Era Ana, Vera. Era allí donde la había visto antes tantísimas veces. Me había preguntado si la había visto en alguna película o si podía haberme encontrado con ella en un sueño. Incluso pensé que quizá la hubiera conocido en otra realidad. Pero allí estaba. Allí estaba Ana, recostada sobre una chaise-longue del estudio de Goya, allí estaba, colgada en la pared del Museo del Prado, desnuda y vestida. Alrededor de los cuadros pululaban turistas curiosos.

Mientras José me tenía agarrado por el brazo, volví mentalmente unos segundos a la cascada Bouma de Taveuni, donde por un instante había mirado a hurtadillas a Ana desnuda. Fue cuando llegué a la conclusión de que sólo reconocía su rostro, y en ese momento entendí por qué, porque Ana era notablemente más esbelta que la *maja* de Goya, y tal vez por ello no había conseguido identificarlas. Ahora bien, cuando vi por primera vez a Ana con el vestido rojo, tuve dos pensamientos simultáneos: estaba seguro de haberla visto antes, pero a la vez estaba seguro de que había algo que no encajaba.

Ahora empezaban a encajar muchas cosas. John había dicho algo de Internet; seguro que no sería difícil buscar los cuadros más importantes de Goya en la red. Luego me había sugerido que visitara el Prado. Pero ¿por qué no me había contado todo?

José y yo retrocedimos unos pasos. Me sentía conmocionado, abrumado y asustado. Si no fuera porque Goya pintó esos cuadros hace doscientos años, habría jurado que Ana tuvo que haber sido la modelo de los mismos, o al menos de la cara de la retratada.

Había algo más. A Ana no le gustaba que la reconocieran, y era obvio que a José tampoco le agradaba. «Hay muchas mujeres morenas en España, ¿sabes Frank? Y en Madrid también.» Su respuesta se había grabado en mi memoria. Ahora podía imaginarme lo molesto que habría tenido que resultarle a Ana ser constantemente reconocida. Y sobre todo, tuvo que haber sido sumamente duro ser reconocida como una mujer que vivió en España hace doscientos años.

Y la situación no mejoró cuando John Spooke le puso un dedo en la frente diciendo: «¡Y el nombre de ese espíritu es Maya!». Él se refería a la filosofía *vedanta*, al espejismo, la ilusión y la alucinación, pero tal vez pensaba también en la *maja* de Goya. ¿No se había referido además a Ana como una «obra maestra»? Y allí estaba yo, en el Museo del Prado, siendo testigo del mayor espejismo que jamás haya vivido.

Tuve una ocurrencia monstruosa. ¿Por qué había sufrido Ana esa súbita indisposición en Maravu? ¿Y por qué había muerto unos meses después? ¿Podría haber una conexión entre el hecho de que se pareciera a la *maja* de Goya y de que hubiera muerto tan joven?

Dije:

–Es idéntica.

José negó con la cabeza.

–*Es ella* –dijo.

–Pero eso es imposible.

–Claro que es imposible. Pero es Ana.

Permanecimos un buen rato al fondo de la sala conversando en voz baja. José dijo:

–¿Conoces la historia de estos cuadros?

–No –respondí.

Creo que seguía boquiabierto. Prosiguió:

–No la conoce nadie, no del todo, pero algo sí se sabe.

Yo estaba impaciente:

–¿Y qué es lo que se sabe?

–*La maja desnuda* es mencionada por primera vez por Juan Agustín Ceán Bermúdez y el grabador Pedro González de Sepúlveda, quienes describieron el cuadro en el año 1800, cuando colgaba en un gabinete privado del palacio de Manuel Godoy junto a otros cuadros clásicos de mujeres desnudas, tales como *La venus del espejo* de Velázquez, además de una madonna italiana del siglo XVI. Ambos cuadros fueron robados por la reina y su amante Godoy a la duquesa de Alba.

–¿Tenía Godoy una predilección especial por los desnudos femeninos?

–Pues al parecer sí. En el mismo gabinete colgaba también una copia de la *Venus* de Tiziano. En esa época, los cuadros con desnudos femeninos estaban mal vistos, aunque los desnudos más idealizados de figuras mitológicas, como Venus, no se consideraban tan censurables como *La maja desnuda*.

–¿Por qué?

–Como ves, la *maja* de Goya es muy diferente a las figuras mitológicas. Es una mujer de carne y hueso, y, obviamente, es la reproducción de una modelo viva, por lo que resultaba un cuadro más picante, o decadente si quieres, que por ejemplo las venus de Tiziano y Velázquez. Se consideraba pornografía.

–Entiendo.

–Por ejemplo Carlos IV pensó en destruir todos los cuadros de la colección real de esa clase, pero parece ser que a Godoy se le concedió un privilegio especial para conservar sus cuadros, aunque sólo en sus propias estancias.

–¿También tenía él *La maja vestida*?

–Sí. Es muy probable que *La maja vestida* fuera pintada después de *La maja desnuda*, porque no se menciona hasta 1808, en un catálogo elaborado por el pintor francés Frédéric Quilliet, que era el agente de José Bonaparte. Dicho catálogo nombra *La maja vestida* junto con *La maja desnuda*.

Bajó la voz para que los que pasaban por delante de nosotros no le oyesen. Luego añadió:

–¿Sabes qué es una *maja*? Goya pintó varias.

–¿Una mujer campesina? –sugerí.

–O una hermosa mujer del pueblo, una mujer bonita y vestida de fiesta. El correspondiente masculino es *majo*.

–¿Se podría haber dicho que Ana era una *maja*?

Hizo un enérgico gesto negativo con la cabeza.

–Ana era gitana. Por cierto, es dudoso que *La maja* fuese el título original dado por Goya. Cuando Fernando VII confiscó las propiedades de Godoy en 1813, las mujeres de ambos cuadros fueron calificadas como «gitanas» en un catálogo, lo cual es algo muy diferente a una *maja*. También en 1808 se dice que las mujeres de los cuadros son gitanas. No debemos olvidar que sólo habían transcurrido unos años desde que se pintaron, el pintor gozaba todavía de buena salud y faltaba aún mucho tiempo para que se marchara, por no decir exiliara, a Francia. Ya en 1815 se las llamó *majas*, una denominación que desde entonces ha acompañado a los cuadros.

José se tomó un pequeño descanso, pero yo le pedí que continuara. No entendía qué importancia podía tener que la mujer de los cuadros fuera una maja o una gitana. Eso no cambiaba el hecho de que Goya hubiera pintado un rostro nada menos que doscientos años antes de que se pudiera contemplar bajo el cielo. Prosiguió:

–En el mes de marzo de 1815, Goya fue requerido por la Inquisición a causa de los dos cuadros. Se le pidió que reconociera haberlos pintado, que indicara por qué motivo los había pintado, por encargo de quién y con qué fin. Esas preguntas nunca fueron contestadas y, hasta la fecha, nadie sabe con seguridad por encargo de quién fueron pintados.

Ya no había tanta gente delante de las *majas*, y volví a contemplarlas. Dije:

–No resulta difícil entender por qué has estudiado tan a fondo la historia de estos cuadros...

Dijo:

–Hay muchos indicios, como ya dije, de que la versión desnuda se pintara primero. Los dos estaban colgados en el palacio de Godoy, y también él tuvo, al fin y al cabo, que tener en cuenta a la Inquisición. Tal vez la *maja* vestida se pintara con el fin de colgarla encima de la desnuda. Por lo demás, también hay indicios de que los cuadros formaron parte de una especie de broma, de manera que primero aparecía la mujer vestida y luego, mediante un mecanismo, el cuadro giraba y entonces aparecía la desnuda. Desnudar a las mujeres es, como sabemos, un viejo deporte.

De nuevo me sentí transportado a la cascada de Bouma. En aquella ocasión había separado intencionadamente los dedos con los que me estaba tapando los ojos.

José prosiguió:

–Entre 1836 y 1901 estuvieron colgados en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, pero allí nunca se expuso al público la versión desnuda. Desde 1901 los cuadros se encuentran en el Museo del Prado, e incluso aquí *La maja desnuda* fue al principio colgado en una sala de acceso limitado.

Quise saber más, porque aunque me había enterado de todo lo que me había contado, yo sólo pensaba en Ana.

–¿Y se sabe quién fue la modelo de los cuadros? –pregunté.

Levantó las cejas.

–O modelos –precisó.

Volví a mirar los dos cuadros.

–Pero si son idénticos...

–Acércate un poco más, y míralos bien antes de emitir un juicio.

Hice como dijo. Podía parecer que *La maja vestida* hubiera sido pintada más deprisa y con menos detalle que la desnuda; la mujer estaba más hinchada y más maquillada que en la variante desnuda. Ya sabemos que la maja desnuda fue pintada primero, y tal vez Goya se hubiese apresurado en pintar una equivalente vestida para cubrir a la desnuda. Pero era la misma mujer, y las dos eran Ana, aunque sólo cabeza, cara y pelo eran de Ana. Y ésa era la clave, claro. De repente me pareció obvio que Goya hubiera pintado primero el cuerpo desnudo de una mujer, y luego el rostro de otra mujer encima del desnudo. Estudiándolo bien, cualquiera podía ver que la figura de la mujer estaba dividida en dos partes: cabeza y cuerpo. Y eso se apreciaba con más claridad en la mujer desnuda.

Estaba mirando la cara de Ana, pero no su cuerpo. Era como si la cabeza de Ana hubiera sido trasplantada sobre la modelo desnuda.

Volví al lado de José.

–Utilizó dos modelos –indiqué–. Una para el cuerpo y otra para la cabeza.

Hizo un gesto afirmativo y no sonreía, eso no era ningún juego para José. Dijo:

–La modelo del desnudo seguramente fuese una mujer honesta, y, obviamente, Goya no podía pintar su cara.

–¿Y no se sabe nada sobre quién podría ser esa mujer honesta?

–Existen varias teorías. Una muy conocida es que los cuadros fueron encargados por Godoy, que era el favorito de la reina, y que la modelo, es decir, la modelo del desnudo, fuera su amante Pepita Tudó. En ese caso sería especialmente importante esconder su identidad, claro está. Pero también existe otra teoría.

–¡Cuéntame!

–Sabemos que la duquesa de Alba mantuvo durante un tiempo una estrecha relación con Goya, y entre 1796 y 1797, la época en la que se pintó *La maja desnuda*, Goya vivió en la casa de campo de la duquesa, en Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura del río Guadalquivir. Ya a principios del siglo XIX, corría un insistente rumor de que la duquesa de Alba era la modelo de *La maja desnuda*. Detrás del rumor podía haber conocimientos de primera mano, y cuanto más antiguo es un rumor, más razón hay para creer en él.

–Entiendo –dije–. ¡Entiendo!

–Si has visto otros de los cuadros que pintó Goya de la duquesa, tanto el muy famoso de 1797, como el dibujo de la duquesa peinándose, también de 1796 o 1797, no hay nada en la mujer que impida la posibilidad de que también pudiera haber sido la modelo de *La maja desnuda*.

–¿Mantuvieron una relación amorosa?

–Eso nadie lo sabe, aunque hay muchos indicios de que Goya no hubiera tenido nada

en contra de una relación de esas características. En una carta de 1795 cuenta que la duquesa le visitó en su estudio para que la maquillara. Y añade: «Eso me agradó más que pintarla sobre el lienzo». En la pintura al óleo realizada en Sanlúcar la pintó de negro y con mantilla, y ella lleva dos anillos con la inscripción «Alba-Goya». Y hay más, la duquesa señala con un dedo autoritario un punto en el suelo de arena donde se ve grabado: «Sólo Goya». La duquesa de Alba era sin duda una mujer hermosa y atractiva, y enviudó al morir el duque de Alba en Sevilla, el 9 de junio de 1796.

—Entonces, ¿por qué no podrían haber mantenido una relación amorosa?

—El cuadro de la duquesa perteneció al propio Goya, y puede tratarse más de fantasías y deseos soñados que de hechos reales. Aunque la duquesa, al parecer, era una mujer muy liberal, parece bastante improbable que hubiera aceptado un retrato que tan despiadadamente mostraba su arrogancia. Y, por otra parte, ¿qué probabilidad había de que una belleza de 34 años se enamorara de un hombre cincuentón, más bien endeble y, además, completamente sordo?

—Ah, sí, es verdad que contrajo esa enfermedad...

—Y sin embargo, no hay nada que excluya la posibilidad de que la duquesa fuera la modelo del cuadro en cuestión. Los dibujos hechos de ella pueden indicar que Goya tuvo una casi total libertad de movimiento dentro de la esfera de su intimidad. Pero nunca se sabrá qué clase de relación hubo entre la duquesa y el pintor, y ya no tiene ninguna importancia. Lo que sí se sabe es que los unió una gran amistad durante cierto período.

Yo seguía mirando fijamente el rostro de la mujer, porque era incapaz de dejar de pensar en Ana.

—Hasta ahora sólo hemos hablado de la mujer que puede haber sido la modelo del cuerpo —dije—. No hemos dicho nada de quién pudo ser la modelo de la cabeza.

No sé si no le noté un atisbo de una sonrisa. Dijo:

—Ésa es una historia mucho más larga, y también mucho más complicada. Y luego es mucho más difícil de comprender. ¿Nos vamos?

Consentí.

—Ya has visto bastante, ¿no?

Me acerqué a los dos cuadros por última vez y miré a Ana a los ojos. Exactamente así me había mirado ella muchas veces en Taveuni, con esa estrecha boca cerrada y una mirada de soslayo en sus ojos negros.

Seguí a José y salimos de la colección Goya, bajamos por las escaleras hasta la planta baja y salimos a la Plaza de Murillo. José se dirigió muy resuelto hacia la entrada del Jardín Botánico, sacó 200 pesetas del bolsillo para la entrada y yo hice lo mismo, limitándome a seguirle.

Nos pusimos a pasear por el jardín y fuimos inmediatamente envueltos en una sinfonía de aromas de todas las plantas y árboles en flor. Estábamos a principios de mayo. También los pájaros estaban muy atareados, resultaba prácticamente imposible distinguir el trino de un pájaro del de otro.

Al principio, José andaba un par de pasos delante de mí, pero luego me permitió que le alcanzara. Sin volverse hacia mí dijo:

–Ana amaba este oasis de Madrid. Cada vez que visitábamos la capital exigía venir aquí al menos una vez al día, fuera cual fuera la época del año. Mientras yo asistía a reuniones, ella era capaz de pasarse medio día aquí sola, y si me iba a alguna reunión a las diez, venía a buscarla aquí a la hora de comer. Siempre había descubierto algo nuevo. Era una especie de juego el que yo la buscara entre los árboles. Cada vez tenía que preguntarme dónde la encontraría ese día, cuánto tiempo tardaría en encontrarla y, sobre todo, qué novedad tendría que contarme. Cuando ella me veía primero, jugaba a esconderse, o incluso a seguirme a escondidas mientras yo la buscaba. Poco a poco fue aprendiendo los nombres de todos los árboles y arbustos, y al final sabía exactamente a qué árbol pertenecía cada pájaro.

–Pero vivíais la mayor parte del tiempo en Sevilla, ¿no?

Primero hizo un gesto afirmativo, y luego se contradijo:

–Hace siete u ocho años empecé a trabajar en una serie de televisión sobre la historia de los gitanos en Andalucía. Quise buscar nuevo material sobre el desarrollo de la cultura gitana en el viejo crisol de tradiciones ibéricas, griegas, romanas, celtas, moras, judías y, claro está, cristianas. Así conocí a Ana en Sevilla, donde ya era una destacada bailaora de flamenco, de hecho, lo era desde los dieciséis años. Al cabo de unas semanas nos habíamos hecho inseparables, y desde entonces no nos separamos ni una noche.

Yo seguía tan petrificado por ese asombroso parecido entre Ana y la *maja* de Goya que tenía que esforzarme para captar lo que estaba diciendo José. Él prosiguió sin mirarme:

–Se llamaba Ana María. Eso era lo que ponía en los carteles, y así la llamaba su familia. Si yo la llamaba Ana, era más bien para tener mi propio apelativo cariñoso para ella.

–¿Y también tendría un apellido?

Hizo un enérgico gesto afirmativo, como si esperara la pregunta. Dijo:

–Maya.

–¿Qué has dicho?

–Su nombre completo era Ana María Maya.

Me quedé mudo. Ana no sólo era idéntica a la *maja* de Goya, también se llamaba Maya. Volví a pensar en Taveuni, cuando John Spooke le puso un dedo en la frente, manifestando de ese modo que había conseguido enterarse de que ella se apellidaba Maya. A José no le había gustado.

–No es posible –dije.

Volvió a afirmarlo.

–No es un apellido nada raro entre artistas de flamenco en Andalucía. El más conocido es el bailar Mario Maya. Pero también su hija, Belén Maya, se ha hecho con un nombre, y lo mismo su sobrino Juan Andrés Maya. Ana pertenecía a otra familia Maya, o al menos a otra rama.

–¿Significa algo?

–*Maya* es el nombre de una planta de la familia de las compuestas, la margarita de los prados o, en latín, *Bellis perennis*. No sé por qué esa flor se llama maya en español, tal vez provenga del mes de mayo; en algunos países se llama «flor de mayo». El nombre

en latín indica que es perenne. Por otra parte, en español la palabra «maya» también puede significar «muchacha que preside los festejos populares en las fiestas de mayo», o una mujer adornada o enmascarada.

–Casi como la otra palabra –señalé–. Es decir, prácticamente el mismo significado que una *maja*.

–Así es. Y las dos palabras tienen el mismo origen indoeuropeo. Se encuentra la misma raíz en la palabra del mes de mayo o la diosa romana de la primavera y los cultivos Maia, también en todos los derivados del latín *magnus* o *maior*, como en «Plaza Mayor», en derivados de la palabra griega *megas*, en una serie de palabras indoeuropeas que significan *muy* y *mucho*, o por ejemplo en la palabra sánscrita *maha*.

–¿Como en *mahatman* entonces, el alma universal?

Asintió.

–De la que tanto hablaba Laura en Maravu –comenté–. Laura hablaba de *Gaia* y *maya*, y en España se habla de *Goya* y *maja*. Parece como si hubiera conexión entre ciertas cosas.

–Todo está relacionado –postuló José, y cuando lo dijo, fue como escuchar la voz de Laura.

Seguía sin mirarme. Estábamos rodeando una fuente de mármol cuando dijo:

–Ana María era la hija más pequeña de una familia gitana, con una gran tradición, que vivía en el barrio sevillano de Triana desde principios del siglo pasado, y allí siguen viviendo sus pobres padres y dos de sus abuelos. Una rama de la familia descende supuestamente del legendario cantaor de cante jondo El Planeta, el fundador de lo que sería ese estilo tan particular de la escuela de Triana. Era natural de Cádiz y vivió entre 1785 y 1860, aproximadamente. Se cree que su apodo se debe a que creía en la influencia de las estrellas y los planetas, al menos hay un montón de alusiones a los cuerpos celestes en sus canciones. Su nombre también puede aludir a su condición de «errante»: una «estrella errante». A principios del siglo XIX llegó a Sevilla, donde trabajó en las fraguas de Triana, un oficio muy extendido entre los gitanos de aquella época. Según la familia, era el tatarabuelo de Ana, aunque yo no he logrado encontrar ninguna confirmación de este parentesco, fuera de la propia tradición esotérica de la familia. Bueno, tras siete generaciones, no dudo de que tenga cientos, e incluso miles de descendientes, ¿y por qué no iba a ser Ana uno de ellos?

–Sigue.

–En sólo unas semanas, Ana y yo nos unimos con lazos muy fuertes, inusualmente fuertes, y ella me abrió a una tradición familiar que no sólo me interesó muchísimo, sino que también me era muy útil para la serie de televisión en la que estaba trabajando. Por cierto, nunca la terminé.

–¿Por qué no?

–Yo mismo me convertí en gitano andaluz, al menos en un aficionado y amante de los misterios de la cultura flamenca. Me sentía como un yerno adoptado en esa familia tan consciente de sus tradiciones, y claro, no podía hacer una serie de televisión sobre mi propia familia, pues iba enterándome de demasiadas cosas, porque, como ya te he

comentado, también había ciertos aspectos esotéricos en esas tradiciones familiares. Lo que mejor han sabido hacer los gitanos andaluces durante más de quinientos años ha sido cómo mantener secretos. Durante largos períodos también tuvieron que esconderse bajo tierra para escapar de la Inquisición. Ahora bien, en la familia de Ana se contaba durante muchas generaciones una historia muy especial, una historia increíble que se remontaba hasta El Planeta, y que, además, estaba relacionada con la muerte del bisabuelo de Ana tras una pelea en 1894. La cuestión es si esta historia gitana, o llámala leyenda si quieres, puede aclarar lo que le ocurrió a Ana. De lo que no cabe duda es que ensombreció su vida.

–Cuenta, cuenta.

Se detuvo en el camino de gravilla y me miró a los ojos.

–Primero te cuento lo que ocurrió.

Seguimos andando, y él contó:

–Un par de años después de conocernos, se constató que Ana tenía una lesión en el corazón, una lesión leve, difícilmente operable, al menos no sin un considerable riesgo. Tendría que vivir con esa dolencia el resto de sus días, pero sin tener que tomar medidas especiales en su vida cotidiana. Sin embargo, en el transcurso de los años, de vez en cuando, su circulación sanguínea empeoraba tanto que perdía el color de cara, aunque sólo duraba un minuto o dos, lo cual, según los médicos, no era en sí muy alarmante, pero bueno, era suficiente para aterrarnos a Ana y a mí. Su primer revés serio ocurrió hace escasamente un año, cuando se desplomó sobre el escenario y la llevaron en una ambulancia al hospital. Los médicos seguían emitiendo sus mensajes tranquilizadores, pero dictaminaron que tenía que dejar de actuar. El flamenco es un baile muy apasionado, ¿sabes?, muy apasionado. También dijeron los médicos, y no sé cuál de las dos fue peor noticia, que no recomendaban a Ana tener hijos.

–¿Cómo reaccionó Ana a todo eso?

Resopló, casi con desdén.

–Muy mal. El flamenco era el alma de Ana. Y también deseaba tener hijos, incluso le daba por comprar ropa de niños cuando veía algo que le gustaba especialmente.

–¿Y luego os fuisteis a Fidji?

No contestó.

–Luego tú y yo nos topamos en Salamanca –dijo–. Ana y yo vivíamos ya en Madrid, pero habíamos ido unos días a Salamanca para visitar a mi familia. En el café de la Plaza Mayor pusieron de repente flamenco, y el grupo que sonaba era uno con el que Ana había trabajado en Sevilla hacía unos años. Vi cómo las ganas de bailar le tensaban el cuerpo; empezó a dar golpes rítmicos en la mesa y yo le pedí que lo dejara, no quería que se torturara más de lo necesario. En ese momento, se levantó bruscamente y dijo que quería volver a su Sevilla. Temí no ser capaz de mantenerla alejada del baile, pero nos fuimos a Sevilla y pasamos un par de días con sus padres en Triana. No habíamos ido en medio año, y en el tiempo que estuvimos allí dimos largos paseos por el parque de María Luisa, la Plaza de España, los jardines del Alcázar y el barrio de Santa Cruz. Pero no logré llevarla a la Plaza de Santa Cruz, donde había bailado cada noche en los últimos

años y desde donde se la llevaron en ambulancia la última en que actuó. No habló nada de eso entonces, ni una palabra sobre su dolencia de corazón, pero cada vez que nos acercábamos con la vieja cruz de hierro forjado a la plaza donde antes hubo una antigua iglesia, me cogía del brazo y me llevaba por algún callejón que conducía a otra parte.

José y yo habíamos llegado ya al extremo del Jardín Botánico donde una roca cubierta de plantas hace de límite con la calle Claudio Moyano y su larga fila de casetas con libros de viejo y de ocasión, en donde hace unos años compraste una vieja traducción de *Victoria* de Knut Hamsun, ¿recuerdas? José se sentó en el borde de la fuente de mármol, y yo hice lo mismo. Continuó:

–A los dos nos gustaba mucho pasear por los jardines del Alcázar; yo se los enseñé a Ana porque, aunque se había criado en Sevilla, nunca había estado en el Alcázar antes de que yo la llevara. A partir de entonces, ese lugar se convirtió en su refugio en Sevilla, y en ciertas épocas paseábamos por esos jardines al menos un par de veces a la semana. Bueno, el tercer día en Sevilla, nos paseamos por los jardines como tantas otras veces antes. Ese espacio cerrado nos parecía un mundo aparte, y aquel día bromeábamos con recluirnos en los jardines del Alcázar y vivir allí el resto de nuestra vida. Tal vez no deberíamos haberlo dicho. ¡No deberíamos haberlo dicho!

–¿Y luego? –dije–. ¿Y luego?

–Nos sentamos en un banco cerca del café, y de repente Ana avistó un enano. Primero señaló hacia la Puerta de Marchena y dijo que había visto a un enano asomarse por la Galería del Grutesco. «Me ha hecho una foto», dijo, como si fuera una ofensa mortal. Y al instante vimos los dos la pequeña figura mirarnos desde una de las almenas del largo muro que divide los jardines del Alcázar en dos partes, la vieja y la nueva. De nuevo el enano nos sacó una foto con su cámara. «¡Allí está!», exclamó Ana. «¡Es el enano de los cascabeles!»

–¿Pero quién? –le interrumpí–. ¿Qué enano?

José no contestó, se limitó a continuar con su relato:

–Ana se levantó bruscamente del banco y echó a correr tras el enano, a quien volvimos a ver asomarse por la Puerta de Marchena. Creo que intenté retenerla, pero al final opté por seguirla porque, desde que conocía a Ana, la había oído hablar de un enano. Lo persiguió primero hacia la izquierda, atravesó la puerta de hierro forjado, pasó por delante del estanque con la estatua de Mercurio, luego bajó las escaleras hasta el Jardín de la Danza y el de las Damas, pasó por la fuente de Neptuno, atravesó el gran portón y dio la vuelta por el cenador de Carlos V, entró en el Laberinto con sus altísimos setos, volvió a salir y siguió corriendo por la Galería del Grutesco, para luego girar a la derecha, atravesando la Puerta del Privilegio y finalmente bajar hasta el Jardín de los Poetas. Tanto el enano como Ana corrían más deprisa que yo, y además tuve que soportar los gritos de más de uno, pues debía de parecer que Ana y yo estábamos persiguiendo a un pobre enano, aunque en realidad fuera al revés: ella había decidido ir tras él para acabar con esa historia de una vez por todas. En el Jardín de los Poetas, Ana se desplomó sobre el seto, junto al último estanque, por cierto a muy poca distancia de la Plaza de Santa Cruz, pues sólo había un alto muro que la separaba del tablao flamenco Los Gallos,

donde había sido una gran figura durante mucho tiempo. Antes de que me hubiera dado tiempo a llegar hasta allí, mucha gente se había congregado en torno a ella. No había perdido la consciencia, pero su rostro estaba prácticamente azul y respiraba con dificultad. La levanté y la metí unos minutos en la gran fuente de mármol con el fin de refrescar su cuerpo febril. Grité que ella padecía de corazón y creo que no tardó mucho en acudir una ambulancia, de donde sacaron a toda prisa una camilla, aunque exactamente no era capaz de captar el tiempo real de los sucesos.

José seguía sentado, contemplando el Jardín Botánico de Madrid. No se veía a más gente, pero los pájaros cantaban tan alto que casi ahogaban el ruido del tráfico del Paseo del Prado. Era como si también ellos cantaran por su amiga muerta.

–¿Y el enano? –pregunté.

–Nadie reparó en él. Fue como si se lo hubiera tragado la tierra.

–¿Y Ana?

–En el hospital le pusieron varias inyecciones, y experimentó cierta mejoría durante las primeras horas, pero no volvió a levantarse. Los médicos dijeron que la operarían cuando recuperara su pulso normal, pero no lo logró. Murió hace escasamente una semana, y el viernes se celebrará el funeral en la iglesia de Santa Ana, en Triana.

Me miró y dijo:

–Me gustaría que estuvieras presente.

–Claro que iré –contesté.

–¡Bien!

–Pero ¿qué dijo Ana durante esos días en el hospital? ¿Estuvo consciente todo el tiempo?

–Estaba más lúcida que nunca. Me contó cosas que yo ignoraba del enano, habló de El Planeta, de su bisabuelo, que murió tras aquella fatal pelea, y también me contó muchos secretos sobre el flamenco. Lo último que dijo, antes de que su corazón de repente dejara de latir, fue: «Se tarda miles de millones de años en crear un ser humano. Y sólo se tarda segundos en morir». Eran mis propias palabras, y la expresión de mi percepción de la vida, una percepción de la vida que también había dejado sus huellas en ella, al igual que yo me había convertido en un aficionado al flamenco. Las últimas palabras de Ana fueron a la vez una despedida y una declaración de amor.

No me dio tiempo a preguntar a José qué quería decir con ese comentario, porque se levantó bruscamente y echó a andar. Yo le seguí de nuevo.

Mientras le escuchaba hablar de Ana, no podía evitar estar viendo en mi interior los dos cuadros del Museo del Prado. ¿Podría haber una conexión entre lo que había contado del enano y el extraño parecido entre Ana y la maja de Goya? Dije:

–Cuando conociste a Ana, hace muchos años...

Pero él se dio cuenta de por dónde iba y me interrumpió:

–No, no pensé en Goya. Creo que reaccioné exactamente como tú. Estaba seguro de haberla visto antes, pero esa sensación podía deberse simplemente al hecho de que estuviera locamente enamorado de ella.

Señalé:

–Tal vez haya algo en nosotros que se niega a identificar a una persona contemporánea con otra que vivió hace doscientos años.

Se limitó a encogerse de hombros.

–¿Y qué piensas hoy de eso? –pregunté.

Su semblante se tornó grave.

–No sólo eran parecidas –señaló–. Eran, en mi opinión, idénticas. Desde su adolescencia, Ana se fue dando cuenta cada vez más de su extraña «desventaja», y en Sevilla la llamaban durante los últimos años La Niña del Prado.

–¿Has dicho «cada vez más»?

–Se iba pareciendo cada vez más a la gitana de Goya.

Me tapé la boca con una mano y José continuó:

–Y murió cuando era idéntica a la modelo del pintor. La obra estaba concluida, y ella no fue ni un día mayor.

–Pero ¿cómo explicas ese misterioso parecido?

–Existen varias explicaciones posibles. O mejor dicho: se pueden apuntar varias explicaciones diferentes, pero todas son igual de imposibles.

–Me gustaría escucharlas todas.

Giró hacia la derecha, junto al Pabellón, y luego dijo:

–La tatarabuela de Ana pudo haber sido la modelo del rostro de Goya que se pintó sobre el cuerpo desnudo...

–¿Sí...?

–Pero ¿qué probabilidades hay de que fuera tan parecida a una de sus descendientes?; o al revés, claro: ¿qué probabilidad hay de que una mujer tenga un aspecto idéntico al de su tatarabuela? Tú eres el biólogo: ¿es posible?

Negué con la cabeza y contesté:

–No tras siete generaciones. Si también el padre de Ana hubiera descendido de la misma tatarabuela, lo cual no es improbable, existiría tal vez la posibilidad de que hubiera un parecido en algunos rasgos muy determinados, pero ¿idénticas...? Creo que es más probable que te toque la lotería siete veces seguidas. Y eso no ocurre.

–Entonces tiene que ser una enorme casualidad –comentó José–. Ana y la gitana de Goya eran idénticas de aspecto, así de simple. Ya sabemos que su parecido es un hecho.

Le miré sin comprender.

–No existen dos personas idénticas. Ya hemos rechazado la posibilidad debido al parentesco, ¿no? ¿Tienes más teorías?

–Sí, muchas más, y he reflexionado a fondo sobre todas ellas.

Yo no entendía cuáles podían ser las restantes posibilidades, pero él prosiguió:

–La teoría más sencilla de todas es que realmente fuera Ana quien hizo de modelo de ese cuadro que acabas de examinar en el museo.

–Pero se pintó hace doscientos años.

–Eso se dice.

Vaciló un instante, luego añadió:

–He tenido que obligarme a mí mismo a considerar todas las posibilidades, las

pensables y las impensables. Puede que Ana en realidad fuera así de vieja cuando murió.

Contemplé la palidez de su rostro. Si no hubiera conocido a Ana unas semanas atrás, habría pensado que José sufría un grave trastorno mental o, al menos, que había perdido el juicio.

–A mí no me parecen cosas con las que se pueda bromear –dije.

–No bromeo. Pero no voy a negar que esté pisando arenas movedizas, y más de lo que te puedas imaginar. Yo fui el único que estuvo sentado con Ana en un banco de los jardines del Alcázar el día en que era idéntica a la gitana de Goya. Esa mañana incluso tenía el pelo peinado igual que la mujer del viejo cuadro, hasta el maquillaje era el mismo. ¿Lo entiendes?

–Creo que sí.

–Es obvio que resulta empíricamente imposible que Ana fuera la modelo del viejo pintor, pero no es imposible desde el punto de vista de la lógica.

–Con premisas tan abiertas no dudo de que tengas más teorías.

Se tocó la frente y carraspeó un par de veces antes de responder:

–Puesto que la gitana de Goya fue pintada a finales del siglo XVIII, podría pensarse que, de algún modo, Ana fue formada a imagen de la modelo.

–¡Cómo que «formada»!

–Estoy intentando ordenar mis ideas. Estoy seguro de que has oído la historia de Pigmalión.

–*Las metamorfosis* de Ovidio –repliqué–. Pigmalión se enamoró de la estatua de una mujer realizada por él mismo. Luego, Afrodita se apiadó de él y dio vida a la estatua. ¿Más teorías?

Se detuvo un instante y me miró como desde muy lejos. Dijo:

–Eran tan parecidas que Ana podría haber pasado por gemela de la modelo.

–Sin duda –asentí, aunque no entendía muy bien adónde quería ir a parar.

Preguntó:

–¿Dirías que es completamente imposible que hace doscientos años viviera un hombre con un aspecto idéntico al mío? Con las mismas huellas dactilares y todo, quiero decir.

–No –respondí–. No es imposible. Dame unas células vivas y un buen congelador y no creo que resulte demasiado difícil sacar un clon de ti dentro de doscientos años. Sólo permíteme añadir que te serviría de poco un «renacimiento» de ese tipo.

Yo no entendí el alcance de lo que acababa de decir, y él añadió:

–Entonces sería posible haber sacado una muestra de tejido de la modelo de Goya y que ese tejido, ciertamente de un modo asombroso, fuera conservado durante casi doscientos años antes de que el material genético de una célula fuera implantado en un óvulo sin material genético hace escasamente treinta.

Noté un escalofrío, semejante a cuando Ana y José llegaron andando por el palmeral diciendo algo sobre la creación del hombre y la falta de asombro de Adán.

–Entiendo lo que quieres decir –afirmé–. Claro, en realidad sería una posibilidad, pues han sucedido muchas cosas dentro de la microbiología y la ciencia sobre fertilización en los últimos treinta años. Por no decir, durante los dos últimos siglos.

–Eso sería muy improbable –concluyó.

–Pues sí, muy improbable. Haríamos bien en pensar que se trata de una coincidencia completamente casual, aunque eso en sí es muy provocador, porque implica algo que yo en un principio habría negado: el que la naturaleza encuentre varios caminos paralelos que lleven a un idéntico resultado. La naturaleza no funciona así. No da repentinos saltos y tampoco persigue una meta determinada.

–Eso lo hemos discutido antes.

–¿El qué?

–Si la naturaleza tiene una finalidad o no, algo que cumplir, algo que mostrar o estatuir. Discutimos además si algo que ocurre hoy de alguna manera puede entenderse como una causa de algo que sucedió hace mucho tiempo.

Se estaba refiriendo a la «cumbre en el trópico» que había organizado el inglés. Luego sucedieron muchas cosas, pero en ese momento se me ocurrió algo nuevo sobre aquello:

–Tal vez cometamos un error suponiendo que Goya usó una modelo viva para el rostro. Necesitaba pintar una cara sobre el desnudo con el fin de ocultar la identidad de la modelo. Se trataba, pues, de producir un simple camuflaje.

José sonrió. Por supuesto, también había pensado en eso antes.

–¿Y luego qué?

–Podría ser una casualidad que doscientos años más tarde apareciera una mujer idéntica a la de la imagen mental del artista.

Resignado, negó con la cabeza.

–Eso sería casi lo mismo que volver a Pigmalión. Un día, Dios dio vida a la imagen de Goya.

–Dije expresamente que tendría que tratarse de una casualidad. Aunque de una casualidad bastante insólita, lo admito.

–Entonces la «casualidad» es una posibilidad. O tal vez Goya fuera capaz de contemplar los planes de Dios. Quiero decir, ¿no cabe la posibilidad de que el artista fuera un poco clarividente?

Habíamos llegado al busto del naturalista sueco Carlos de Linneo que hay en el jardín.

–¿Tienes más teorías? –pregunté–. ¿O te has quedado ya seco?

Me contestó con aire triste y resignado:

–Sí, ya me he quedado seco. Estoy como en bancarrota.

Se tomó un descanso de unos segundos antes de proseguir:

–Pero existe otra explicación completamente diferente, y es la explicación por la que apostaban Ana y su familia. Han sido gitanos durante generaciones. Yo sólo he sido gitano durante unos años.

Miró de repente el reloj, y en el instante en que iba a preguntarle por la explicación que tenía Ana de por qué era idéntica a una mujer que vivió en este planeta hace doscientos años, dijo:

–Lo malo es que tengo que marcharme. Ya llego con un cuarto de hora de retraso a una cita muy importante.

Me sentí un poco estafado y él debió de darse cuenta porque, antes de desaparecer

corriendo, me puso una mano sobre el hombro y dijo:

–Tengo muchas cosas que arreglar estos días. Se trata de obligaciones muy tristes, pero también de algunas muy agradables. El andar por el Prado buscándote ha sido una de las agradables. Tengo, además, otras cosas en que pensar.

Y con ello se dirigió a toda prisa hacia la salida del Botánico.

Me quedaban muchas preguntas sin responder. No sabía aún quién era el enano de Sevilla, no sabía cuál era la explicación de la propia Ana sobre su parecido con los retratos, no sabía nada más acerca de El Planeta, ni sobre el bisabuelo de la joven, que murió tras una pelea en 1894. Necesitaba además una explicación de todo lo referente a las curiosas frases recitadas constantemente por Ana y José en Taveuni. Ni siquiera habíamos fijado una nueva cita José y yo. ¿O sabía que me alojaba en el Palace? ¿Llegué a mencionarlo?

Lo único que había sacado en claro era lo del funeral el próximo viernes en la Iglesia de Santa Ana. Por cierto, otra vez una de esas irritantes igualdades en los nombres.

Me sentí tan solo en ese momento en el Botánico que se me ocurrió que tal vez podría pedirte que vinieras conmigo a Sevilla a pasar el fin de semana. En mi opinión me lo debes, después de haberte reído tanto cuando reconocí a Ana y José a orillas del Tormes. Al menos podías hacerme el favor de acompañarme a un funeral al que me parece importante asistir.

Cómo te reías, Vera. Pero la risa nunca está muy lejos del llanto, porque la felicidad es frágil como el cristal. Eso lo hemos aprendido muy bien tú y yo.

Eché un vistazo a Carlos de Linneo. Tal vez fuera él quien bautizó con el nombre *Bellis perennis* a la maya. Fue uno de los que intentaron entender algo más de este sorprendente mundo en el que cada uno de nosotros estamos de paso.

De camino al hotel entré otra vez en el Prado y me dirigí a las salas de Goya. Tenía que volver a estudiar exactamente cómo era Ana María Maya aquel día en que echó a correr tras un enano en los jardines del Alcázar. La Niña del Prado no había cambiado mucho durante los meses transcurridos desde que yo la vi en Taveuni. En Salamanca sólo la había visto un instante, cuando salió apresuradamente del café. Pero el enano, aquel enano, había tomado una foto de Ana en la Galería del Grutesco.

¿Para qué quería esa foto?

Comí algo en un bar y estuve vagando por las calles antes de volver al hotel. Cuando por fin llegué a mi habitación, me acerqué a la ventana y miré la plaza de Neptuno, el Ritz al otro lado y el edificio del Prado. Allí dentro colgaban dos cuadros de Ana María Maya.

En ese momento decidí hacer todo lo posible para llevarte conmigo a Sevilla, para lo cual tendría que contarte la larga historia que llevo dos días con sus dos noches martilleando dentro de la memoria de mi ordenador portátil.

Me senté junto al escritorio, encendí el ordenador, anoté la fecha, 5 de mayo de 1998, y empecé a trabajar con el texto, párrafo a párrafo. Primero hice un borrador de todo lo que había visto y vivido en Oceanía entre noviembre y enero, relaté el vuelo de Nadi a

Matei, describí brevemente Taveuni y Maravu Plantation Resort, y conté mi primer encuentro con Ana y José. Así empecé a escribir la carta, antes de volver a ver a José en el Retiro a la mañana siguiente, antes de enterarme de lo que le ocurrió a El Planeta en Marsella casi a la entrada del verano de 1842, y de lo que sucedió en el muelle de Cádiz un día de invierno de 1790.

Hoy es jueves, 7 de mayo, son las cuatro de la tarde, y no faltan ya muchas horas para que coja el tren rumbo a Sevilla. Tengo delante de mí un montón de fotos, y lo más curioso no son los motivos en sí, sino lo que Ana escribió al dorso de cada una de ellas. También he conseguido una insólita explicación de por qué Ana se parecía tanto a un retrato pintado hace doscientos años.

Desde que entré en la habitación del hotel, tras haber estado con José en el Botánico, han pasado, como ves, dos días con sus dos noches, durante las cuales se me ha hecho cada vez más importante enviarte esta epístola. No me atrevo a arriesgarme a que no la recibas, porque has de venir conmigo a Sevilla mañana, tienes que venir, y espero que te hayas decidido ya cuando leas esto. Aquí y ahora acabo de tomar la decisión de llamarte por teléfono; y en la larga carta constará que intenté ponerte en contacto contigo antes de enviarte todo lo que he escrito, de manera que debes elegir tus palabras cuidadosamente, porque dentro de unas horas volverán a aparecer en la pantalla de tu ordenador.

Estoy junto al escritorio, levanto el auricular y marco tu número de Barcelona...

Obviamente no me acuerdo de cada una de las palabras que pronunciamos, pero a continuación reproduzco cómo creo que transcurrió nuestra conversación telefónica.

—¿Sí?

—Soy yo.

—¿Frank?

—Ana ha muerto.

—Lo sé.

—¿Qué has dicho?

—Que ya sé que Ana ha muerto.

—¡Pero si no la conocías!

—¡No, exactamente, nunca la conocí!

—Entonces, ¿cómo sabes que ha muerto?

—¿Qué es todo esto, Frank?

—¿Cómo demonios sabes que murió?

—No te comprendo. De verdad que no entiendo por qué has montado todo esto.

—Yo tampoco... quiero decir que no comprendo lo que quieres decir con «todo esto».

—¡No fastidies!

—Estoy solo en la habitación de un hotel, y llevo aquí casi dos semanas. Necesito hablar con alguien. Necesito decir a alguien que Ana ha muerto.

—¿Fuiste tú quien le dio a él mi número de teléfono?

—¿Quién es él?

—Dijo que se llamaba José.

–¿Cómo?
–Acaba de llamar un tipo que ha dicho que se había visto contigo en el Parque del Retiro. Luego dijo que te había dado un regalo que debíamos compartir tú y yo. –¿Eso dijo?
–Y luego dijo que Ana había muerto. –¿Te lo dijo a ti?
–¿No sabías que me había llamado? –¡No!
–¿Y qué es ese «regalo»?
–Es verdad que mencionó algo así. Dijo que era para los dos.
–Creo que voy a colgar...
–¿Oye?
–Si no me dices de qué se trata ese «regalo», cuelgo ahora mismo.
–No entiendo por qué eres tan agresiva.
–No soy agresiva.
–Pues por qué estás tan enfadada, si lo prefieres.
–No lo estoy. Sólo te he preguntado por ese «regalo».
–Son unas fotos. Y luego, una especie de manifiesto.
–¿Un qué?
–Un manifiesto.
–Muy bien. Pues puedes quedártelo todo, Frank.
–De verdad que no sabía que te había llamado.
–Pero bien sabrás si le has dado mi número de teléfono.
–No le he dado nada.
–Entonces, ¿le habrás dicho cómo me llamo?
–Eso puede ser.
–¿Un manifiesto?
–Pero no llamo por eso.
–¿Por qué llamas entonces? Tengo bastantes cosas que hacer, ¿sabes?
–¿Recuerdas cómo te reías?... No contestas.
–Fue una noche maravillosa, Frank, de verdad. Tienes que perdonarme que esté un poco irascible, pensé que habías sido tú quien le había dicho que me llamara sobre algo de un regalo para los dos, ¿entiendes? Y luego llamas tú media hora más tarde.
–No tenía ni idea de que te hubiera llamado.
–Sí que recuerdo haberme reído. Claro que pensaba que te lo estabas inventando todo. Las dos cosas son típicas de ti.
–¿Las dos cosas?
–Inventarte historias y hacer que tipos como ése me llamen para hablarme de un regalo.
–Sobre la última parte ya hemos hablado bastante. Si sigues empeñándote en eso voy a ser yo el que cuelgue...
–¿Oye?
–He estado escribiendo día y noche.
–¿Sobre nosotros?

–Sobre Ana y José.
–Mándamelo si quieres. Lo leeré.
–Pero corre mucha prisa, ¿sabes? Enciende el ordenador esta noche. Necesito unas horas más.
–De acuerdo.
–En esa carta tan larga voy a pedirte algo, aunque sea lo último que hagas por mí.
–¿Qué es eso tan importante?
–Si te lo digo ahora, vas a decirme que no.
–Dilo.
–Quiero pedirte que vengas conmigo al funeral de Ana mañana por la tarde. Es en Sevilla.
–Ya me lo has preguntado.
–¿Sí?
–Si no has sido tú, habrá sido el tipo ése que me ha llamado. Da igual.
–¿Te pidió que fueras a Sevilla?
–¿Vas a decirme que no lo sabías?
–¡No! No sabía nada. Tiene que haber llamado a Información.
–Le dije que este viernes no me venía muy bien. Yo no la conocía, Frank.
–Me conoces a mí.
–Afortunadamente no eres tú el que ha muerto.
–Quiero decir que hubo mucha gente en el entierro de Sonia a la que jamás habías visto.
–Eso es distinto.
–No si te digo que Ana fue una íntima amiga mía.
–No entiendo nada. Ya no vivimos juntos.
–¿Pero acudirías al entierro de mi madre?
–Ahora estás siendo bastante macabro.
–No hace falta que discutamos quién de los dos es más macabro.
–Yo no discuto, de verdad que no. He acabado con todo. Tú y yo ya nos hemos dicho adiós, Frank. ¿Cuándo vas a entenderlo?
–¿Tienes un nuevo amigo?
–Eso fue lo que me preguntaste en el puente. Y luego empezaste a contar todas esas patrañas.
–¿Tienes un amigo?
–Me parece que no tienes ningún derecho a preguntarme eso.
–No seas así. Sólo te pregunto si tienes novio.
–No.
–¿No qué?
–Nunca volveré a casarme.
–¿Cómo puedes estar tan segura?
–Aunque tengo muchos y buenos amigos. Espero que tú también.
–Aquí en España no tantos. Precisamente por eso era muy importante para mí que me

acompañaras a Sevilla. Yo pagaré todos los gastos, claro.

–No sé, Frank, de verdad que no sé.

–Entonces dejémoslo por ahora. Pero ¿me prometes leer lo que te envíe esta noche?

–Ya te lo he dicho. Reservaré tiempo para ello.

–Bien. Y luego veremos si cambias de idea.

–¿Sobre qué estás escribiendo? ¿Sobre todo lo que me contaste en el puente?

–En parte, pero entonces no sabía casi nada.

–Me dejas intrigada. ¿No podrías hacerme un resumen?

–No, es imposible. Quiero que tengas todo a la vez. Todo o nada.

–Entonces esperaré hasta la noche.

–Te plantearé un enigma para que tengas algo en qué especular.

–¿Un enigma?

–¿Cómo es posible que una persona que vive hoy sea idéntica a otra que vivió hace doscientos años?

–No lo sé. Además, nadie sabe con exactitud qué aspecto tenía la gente que vivió hace doscientos años.

–Existen retratos pintados.

–Pero ningún ser es idéntico a otro, Frank, ¿No me dijiste que habías estudiado genética?

–Dije que se trataba de un enigma.

–¿Has bebido?

–No empieces otra vez con esas tonterías.

–Creo que no te viene bien beber tanto.

–¿Sabes a quién me recuerdas?

–Te pregunto si has bebido.

–Me recuerdas a un geco.

–¡Déjalo ya!

–Me refiero a un geco determinado.

–¿No tendrás alterado el sistema nervioso, verdad?

–¿Crees en los enanos?

–¿Que si *creo* en los enanos?

–Olvídalo. El funeral se celebrará en Triana, en la Iglesia de Santa Ana, a las siete de la tarde.

–Ya veremos. Al menos voy a leer lo que estás escribiendo.

–Me hospedo en el Palace.

–Estás loco. Menos mal que ya no compartimos gastos.

–No habría ni escrito ni llamado si no fuera porque todavía me preocupa un poquito saber cómo estás.

–Y yo no creo que hubiera aguantado tanto tiempo una conversación telefónica tan absurda si no tuviera sentimientos parecidos.

–Hasta luego, Vera.

–Hasta luego. Eres muy raro. Siempre lo has sido.

El enano y la foto mágica

El miércoles por la mañana llegué al Prado sobre las nueve, tan sólo unos minutos después de que hubieran abierto el museo. Me dirigí allí con la esperanza de encontrarme con José de nuevo, porque no habíamos quedado en ningún sitio determinado. La siguiente ocasión sería en la Iglesia de Santa Ana, pero allí acudiría muchísima gente.

Volví a pasar por delante de *El jardín de las delicias*, y me quedé un rato en esa sala, ya que era donde me había encontrado con José el día anterior. Luego subí a la primera planta y me coloqué delante de las dos *majas*. Permanecí mucho tiempo mirando a Ana a los ojos, y resultó un poco escalofriante comprobar que me devolvía la mirada. No me habría sorprendido demasiado si hubiese guiñado un ojo.

Al cabo de una hora abandoné el museo, subí por la transitada calle Alfonso XII y entré en el parque del Retiro. En las praderas abundaban las mayas de color amarillo, blanco y rojo, *Bellis perennis*. Estuve paseando por el gran parque contemplando a los niños con su uniforme de colegio, a las parejas de estudiantes, a los jubilados y a los abuelos con sus nietos y a menudo con una bolsa de comida para las ardillas. Vi un gran contraste entre lo maravillosa que en realidad era la vida diaria, y lo normal y corriente que al parecer les resulta a los implicados. Recordé algo que habían dicho Ana y José en Taveuni: «Los elfos están ahora en el cuento, pero son aquello para lo que no hay palabras. ¿Sería el cuento un verdadero cuento si fuera capaz de verse a sí mismo? ¿La vida diaria causaría impacto si estuviera constantemente explicándose a sí misma?».

Había decidido regresar al Prado, pero antes me senté en un banco enfrente del Parterre, con sus flores sistemáticamente colocadas y los arbustos cortados como si fueran esculturas. De repente, José apareció ante mí, como si alguien le hubiera informado sobre mis paseos diarios por el Retiro.

Se sentó a mi lado en el banco, y allí permanecimos varias horas. En las manos tenía un periódico y un gran sobre color sepia. Dijo que se iba a Sevilla en el tren de las doce, y yo volví a asegurarle que acudiría el viernes al funeral. Estoy completamente seguro de que no le dije nada de mi secreta esperanza de que tú me acompañaras. Por otra parte, puede que mencionara tu nombre en Fidji, pero sólo el nombre, aunque sí puede que al inglés le dijese en algún momento tu apellido, y él se quedó en Maravu cuando yo me marché.

José calló durante unos minutos. No sólo la piel de su rostro estaba pálida, todo él presentaba de repente un aspecto casi fantasmal. Recuerdo que me vino a la mente la historia de Orfeo, que había subido del reino de los muertos pero sin conseguir traer

consigo a Eurídice.

Por fin me decidí a hablar:

–Estarás pasando unos días muy malos.

Agarró con fuerza lo que llevaba en las manos.

–He estado pensando en el asombroso parecido entre Ana y la mujer de los cuadros de Goya –proseguí–. Intento aceptar la idea de que sólo se trata de una extraordinaria casualidad.

Asintió con la cabeza y parecía estar concentrándose para darme una respuesta. Yo me adelanté a él:

–Pero dijiste que Ana y su familia tenían una explicación muy diferente.

Volvió a asentir con la cabeza.

–Sí, se trata de algo relacionado con una vieja historia, más bien una patraña, en mi opinión. Todo empezó con algo vivido por El Planeta en Francia.

–Cuenta –dije–. ¡Cuéntame!

–En la primavera de 1842, según la leyenda, emprendió un largo viaje desde Cádiz al santuario Les-Saintes-Maries-de-la-Mer, en la Camarga, entre los dos brazos principales del delta del Ródano. Al parecer, llegó a Marsella el 26 de mayo de ese mismo año y trabajó allí una temporada como estibador en el puerto, con el fin de ganar dinero para el viaje de vuelta. Unas semanas más tarde, cuenta la historia, le sucedió lo que luego se ha ido contando de generación en generación, hasta hoy. Dicho sea de paso, se trata de una historia que ya oí muy poco tiempo después de conocer a Ana y su familia. Y te digo de entrada que la historia que voy a contarte tiene muchísimas variantes dentro de la propia familia Maya. Pertenece a una tradición oral, por no decir a un «círculo» de mitos. No he sido capaz de encontrar ningún documento escrito referente a esta tradición andaluza, ni siquiera de tiempos más recientes. Pero al parecer también existe una tradición suiza, totalmente independiente de la andaluza, que se supone tan antigua como ésta última. Procuraré ser breve, y creo que debo centrarme en los elementos más comunes.

–¡Sigue!

–En la tarde de uno de los primeros días de junio de 1842, El Planeta se encontraba en el muelle de Marsella dispuesto a descargar una goleta que estaba atracando. La goleta llevaba señales aparentes de haber sufrido los estragos de una tempestad. Por cierto, se dice que era un barco noruego. Antes de que bajaran la escalera de desembarque, un hombrecillo trepó por la borda, saltó a tierra, y desapareció corriendo entre los cobertizos portuarios.

–¿Un hombrecillo?

–Un enano, un enano vestido de bufón. Al parecer, llevaba un traje de color violeta, y un gorro verde y rojo con las puntas hacia arriba. Atados al gorro y al traje llevaba cascabeles que sonaban cuando corría entre los cobertizos del puerto para esconderse. Y desapareció, como ya he dicho. Había mucha gente en el muelle que lo vio, y los marineros de la goleta hicieron varios comentarios sobre la posible identidad del hombrecillo.

–¿Qué dijeron?

–La goleta venía del Golfo de México, y en algún lugar al sur de las Bermudas había recogido al taciturno enano y a un marinero alemán de una barca. El marinero había contado que procedían del velero *María*, que había naufragado unos días antes, y que seguramente ellos dos eran los únicos supervivientes.

–¿No dijo nada más?

–También el marinero alemán fue bastante parco en palabras, y además, hubo problemas de entendimiento en el muelle de Marsella esa tarde de junio, porque el alemán no hablaba francés ni español, y al cabo de un rato había desaparecido, igual que el enano. Según una de las versiones, el marinero se estableció como panadero en un pueblo suizo.

–¿Alguien volvió a verlos?

–Al enano sí. El Planeta no tenía otro lugar para dormir que entre los cobertizos del muelle, pues quería regresar a Cádiz en cuanto hubiera ganado algún dinero. Cuando acabaron de descargar la goleta se fue a dormir, y escondido entre unos toneles de vino vacíos, descubrió a un hombre que lloraba desconsoladamente. El Planeta se acercó a él y vio que se trataba del infeliz enano.

–¿Qué le contó?

–No hablaba más que alemán, un idioma tan desconocido para el gitano de Cádiz como el español para aquel hombrecillo. Pero al menos una de las historias que se cuentan sobre ese encuentro entre El Planeta y el enano, señala que el hombrecillo disfrazado intentó cubrirse.

–¿Cubrir qué?

–Su traje de bufón. Al parecer, le era tan necesario ocultarlo como su traje de presidiario a un preso fugado. No quería ser reconocido como bufón. Se supone que El Planeta le prestó una chaqueta, y aquí terminan todas las huellas sobre el enano en Marsella.

–¿El Planeta jamás volvió a verlo?

–Sobre este punto, la tradición se divide. Algunas versiones cuentan que El Planeta y el enano convivieron unos días entre los cobertizos del puerto de Marsella, y que una noche, el enano intentó contar su historia con mímica y con unos dibujos que hizo.

–¿Dibujos?

–Dibujó una baraja, una baraja francesa con corazones, diamantes, tréboles y picas. Luego, al parecer, recitó un pequeño versículo, en alemán se entiende, por cada uno de los 52 naipes de la baraja. El Planeta se acordaba de algunos, aunque fueron recitados en una lengua que no entendía. En el único retrato que se conserva de El Planeta, un grabado en cobre de Francisco Lameyer, muchos opinan que representa a un comodín, o, en otras palabras, un enano. Lo cierto es que se llevó a Sevilla la historia sobre el enigmático enano. Allí era muy conocida, cuando al bisabuelo de Ana le sucedió algo muy extraño exactamente 52 años después, es decir en el mes de junio de 1894.

–Ahora hace 104 años –comenté.

–104 años, así es. El bisabuelo de Ana se llamaba Manuel, y como su propio bisabuelo, era un respetado cantaor que vivía en Triana, o como ya era llamado, «el

barrio gitano». Manuel vivió en lo que ahora se denomina la edad de oro del flamenco, con la aparición de los llamados «café cantantes» en Sevilla. También fue una persona mítica para la familia, lo apodaban El Solitario, o Manuel el Solitario. Tal vez lo llamaran así por ser un estafalario, un marginado o un pensador, y tal vez también por ser muy solitario. Varias canciones tuyas tratan sobre la soledad en el ser humano. Además, era un buen jugador de cartas, se dice, y le gustaba hacer solitarios. Parece ser que fue un artista polifacético, y un maestro en el arte de leer las cartas. Tal vez fuera lo de los naipes lo que...

José se detuvo de repente, como si se hubiera olvidado de contar algo importante, e intenté que retomara el hilo.

—¿Qué pasó con los naipes? —pregunté.

—Tal vez convenga empezar por el otro extremo.

—No me importa por qué extremo empieces, con tal de que se aten los cabos sueltos al final.

Y continuó:

—Una noche de verano de 1894, Manuel el Solitario estaba paseando por la orilla del Guadalquivir, como hacía cada noche después de cantar en el café cantante de Silverio Franconetti. La madre de Silverio tenía antepasados gitanos, aunque Silverio era considerado un *payo*, y el que los payos se dedicaran al cante flamenco era una novedad...

—Una noche de verano de 1894, Manuel estaba paseando por la orilla del Guadalquivir —repetí.

—Y esa noche, cuenta la tradición, vio una extraña figura moverse en la oscuridad junto al río, para más detalle entre el puente de Triana y el de San Telmo, a sólo unos metros de la Iglesia de Santa Ana. Tal vez tenga la ocasión de enseñarte el lugar exacto este fin de semana, porque la calle Betis sigue siendo una zona que merece un buen paseo, con su magnífica vista sobre el río hasta la plaza de toros, la Torre del Oro y la Giralda. Bueno, la figura en la oscuridad era, al parecer, un enano.

—¿Allí también? —se me escapó.

—Recuerda que Manuel conocía la vieja historia sobre el encuentro de El Planeta con el enano en Marsella...

—Pero lógicamente no podía tratarse del mismo enano.

José miró fijamente el Parterre. Luego dijo en una voz muy baja, y tal vez más a sí mismo que a mí:

—No, claro que no, no podía tratarse del mismo enano.

—O en ese caso tendría que haber sido muy anciano.

José negó con la cabeza.

—No lo era. Pero Manuel se le quedó mirando, según la abuela de Ana, porque se acordó de la visita de El Planeta a Marsella. De repente, el enano le saludó con el dedo índice, exactamente el mismo gesto que hace El Planeta en el grabado de cobre. Manuel se acercó al hombrecillo, que llevaba un traje normal y corriente entre los payos en aquella época. «¿Está dando un paseo?», preguntó el enano, y así se inició una animada

conversación entre el enano y Manuel el Solitario.

–Este enano hablaba español, ¿no?

–Sí, incluso con acento andaluz, aunque de una manera que indicaba claramente que no había nacido ni en Sevilla ni en ningún otro lugar de Andalucía, ni siquiera en la península ibérica.

–¿Y de qué hablaron?

–No esperes demasiado, pues nos estamos refiriendo a una conversación que tuvo lugar hace más de cien años, y he de subrayar que he oído muchas versiones distintas de la misma. Aunque «conversación» tal vez no sea la palabra más adecuada. El enano habló de sus orígenes. He oído contar esta historia a primos hermanos y primos segundos de Ana, y hasta ahora jamás he oído contar igual la misma historia dos veces.

–¡Elige una de ellas! ¡O cuéntamelas todas!

–Haré una combinación de todas ellas. En esta versión resumida, tocaré sólo los puntos en los que coinciden todas las versiones. Además, no tenemos mucho tiempo.

A mí me interesaba oír lo más posible, y me temía que no le diera tiempo, como había sucedido en el Jardín Botánico. Este pálido español de pelo rubio y ojos azules me parecía cada vez más enigmático, y no sabía hasta qué punto podía fiarme de él. Si me estaba tomando el pelo, me hubiera gustado pararle los pies antes de que me dejara en ridículo.

–¡Sigue! –dije.

–El enano se hizo pasar por el mismo personaje al que 52 años antes El Planeta le había prestado una chaqueta, y, por lo visto, supo desde el primer momento que estaba hablando con un bisnieto de aquel hombre. Abrió un saco, del que extrajo una chaqueta muy vieja que entregó a Manuel, presuntamente como una especie de prueba de que estaba diciendo la verdad. Cuando el enano abrió el saco, Manuel oyó un débil sonido de cascabeles bajo el traje del hombrecillo.

–¿Y el enano no era especialmente viejo?

–No, estaba en su mejor edad.

–Empiezo a intuir la relación que esta historia puede tener con Ana. Pero ¿qué más contó el enano?

–Era verdad que el velero en el que llegó a Marsella le había recogido de una barca al sur de las Bermudas, en la cual iba también un marinero alemán. Pero no habían sido rescatados del mar a causa de un naufragio.

–¿Por qué estaba entonces en una barca en medio del mar?

–El enano venía de una isla volcánica que de repente se había hundido en el mar. El marinero alemán llevaba sólo unos días en la isla, tras el naufragio del barco *María*.

–¿Y el enano?

–El enano había llegado a la isla en compañía de otro marinero ya en 1790, y vivió allí durante 52 años, antes de alejarse a remo de la isla, que empezó a agrietarse para acabar hundiéndose en el mar.

Me reí con sarcasmo.

–Entiendo –dije–. El enano había llegado a una isla en el Atlántico 104 años antes de

encontrarse con Manuel en Sevilla. ¿Y seguía en su mejor edad?

Pero José ni siquiera esbozó una sonrisa, más bien al contrario, porque contestó:

–Otros 52 años más tarde, una noche de junio de 1946, fue observado de nuevo en la Plaza de la Virgen de los Reyes, delante de la catedral de Sevilla. Esa plaza, debido a La Giralda y a los altos muros que rodean el Alcázar, tiene una acústica especialmente buena, y se dice que sonaron unos cascabeles cuando el enano cruzó corriendo la plaza, en dirección al Archivo General de Indias y la Puerta de Jerez.

Seguía muy serio, pero yo pensé por un instante que me había dejado engañar. Tal vez José estuviera loco, al menos era un cuentista y, en ese caso, también podía ser que Ana no hubiera muerto.

–¿Vas a decirme ahora que era el mismo enano al que Ana persiguió por los jardines del Alcázar?

Se puso el dedo índice de la mano derecha sobre la boca, negó con la cabeza y contestó:

–Ana lo creía. Estaba completamente convencida. Lo primero que me dijo cuando la alcancé en el jardín de los Poetas fue: «¡Oí los cascabeles!». Esa frase la repitió muchas veces antes de morir. Estamos en 1998 y han transcurrido exactamente 52 años desde 1946.

Hice cuentas. Al parecer, surgía una historia relacionada con ese enano cada 52 años.

–Entonces tendremos que esperar a ver lo que ocurre en 2050 –dije alegremente–. ¿Pero no creerás tú también en esas historias?

Tuve la sensación de que no quiso responderme directamente porque se limitó a repetir:

–Ana las creía firmemente. Durante toda la vida se estuvo preguntando qué podría suceder en Sevilla precisamente este año.

–¿Dijiste que Manuel murió a consecuencia de una pelea?

–Un par de años después de su encuentro con el enano en Sevilla, estaba jugando a las cartas con unos amigos, y ganaba continuamente. Le gustaba hacerse pasar por una especie de mago con facultades especiales para ganar a las cartas sin esfuerzo, y esa noche contó todas las historias sobre el enano de la isla que se hundió en el mar, el encuentro del enano con El Planeta y su propio encuentro con el enano junto a la orilla del Guadalquivir.

–¿Contó algo más de lo que has mencionado?

–Habló también del origen del enano...

–¿Ah sí?

–...y fue precisamente ese punto del cuento el que desencadenó la desgraciada pelea en Triana. La policía me ha confirmado que un tal Manuel fue matado a golpes en Triana en esa época, lo que significa que esta parte de la leyenda es histórica, al menos en lo que se refiere a la pelea.

–¡Sigue!

–Dije que el enano había llegado a la isla tras un naufragio en 1790. Eso sólo es verdad en parte.

Me eché a reír:

–O se llega a una isla en 1790 o no se llega. Ni se va ni se llega *en parte*.

–Tranquilo. Sólo estoy intentando repetir una vieja historia, es decir, la historia que el enano contó a Manuel el Solitario. A esa isla que luego se hundió en el mar, llegó un marinero solitario, también alemán, tras un naufragio en 1790, y lo único que llevaba el hombre en el bolsillo de la camisa cuando tocó tierra, era una baraja. Vivió completamente solo en la isla durante 52 años, sin otra compañía que la baraja. Era una baraja muy elaborada, en la que cada carta llevaba pintada la figura entera de una persona. Se trataba más bien de personajes de cuentos, porque todos eran bajitos y se parecían bastante a los elfos que aparecen en ellos.

–Tal vez se parecieran a los seres humanos de *El jardín de las delicias* –sugerí.

–¿Qué has dicho?

Repetí la pregunta y José contestó:

–Puede ser; pero, en el cuadro de El Bosco, las personas están desnudas, y los elfos de la baraja llevaban exquisitos trajes de la época de la Ilustración. Del enano se decía que llevaba un traje color violeta y un gorro con las puntas hacia arriba. Atados al traje llevaba unos cascabeles capaces de anunciar el más leve movimiento del bufón.

–No sé si...

–El marinero náufrago llenaba sus largos días haciendo solitarios, exactamente como Napoleón durante su destierro en Santa Elena. Al cabo de algún tiempo, comenzó a soñar con las figuras de la baraja, pues fueron su única compañía durante muchos años. Soñaba tan intensamente con los elfos humanos de la baraja que le parecía verlos también durante el día. Era como si volaran en torno a él como espíritus ingravidos. De ese modo, comenzó a mantener largas conversaciones con ellos, aunque, obviamente, era el solitario marinero quien hablaba consigo mismo. Pero una mañana...

–¿Sí?

–Un día, los elfos logran salir de la imaginación del marinero y entrar en el mundo real en una isla desierta del Caribe, la misma a la que había llegado el hombre tras su naufragio. Los elfos habían conseguido abrir la puerta del espacio creador de la conciencia del marinero al espacio creado bajo el cielo. Así, fueron apareciendo uno tras otro, como si salieran saltando de la frente del marinero, y, al cabo de unos meses, la baraja estaba completa. El último en salir fue Comodín, que llegó como esos hijos que nacen mucho más tarde que el resto de los hermanos. El marinero ya no estaba solo, sino que vivía en un pueblo rodeado de 52 elfos vivos, además del pequeño bufón.

–Sufriría de alucinaciones, o se habría vuelto loco tras tantos años de soledad en la isla. No me resulta nada difícil imaginármelo.

–Él se hizo la misma pregunta, si se trataba de alucinaciones. Pero luego, en 1842, llegó aquel joven marinero a la isla tras el naufragio del *María*. Lo curioso era que también el recién llegado veía los 52 elfos. No obstante, se fijó en que al parecer no tenían ninguna conciencia sobre quiénes eran o de dónde procedían. Simplemente estaban en la isla, lo cual era para ellos tan normal y corriente como es para la mayoría

de los seres humanos que haya un mundo en el que vivimos. La única excepción era Comodín. Él no era exactamente como los demás elfos, ¿sabes? Supo penetrar el velo de la ilusión y llegó por fin a entender quién era y de dónde venía. Comprendió que de algún modo milagroso había llegado a un mundo y que se encontraba en medio de un inconcebible cuento de hadas. A Comodín el mundo le parecía un inmenso milagro. O, por usar sus propias palabras, y siempre según Manuel el Solitario: «De repente se encontró en un mundo, y vio un cielo y una tierra». Los elfos daban por sentadas ambas cosas cuando estaban allí. Pero Comodín era diferente, era el marginado que veía todo aquello ante lo que los demás elfos estaban ciegos. O, como él mismo lo expresó: «Comodín merodea intranquilo entre los elfos de azúcar como un espía en un cuento de hadas. Se hace sus reflexiones, pero no tiene ninguna autoridad a quien informar. Sólo Comodín es lo que ve. Sólo Comodín ve lo que es».

—¿Dijiste que luego la isla se hundió en el mar?

José me miró con sus ojos azules, y ya no pude creer que todo eso fueran invenciones tuyas. Siguió:

—Y también se hundieron el marinero y los 52 elfos. Sólo el marinero alemán y Comodín lograron escapar a tiempo en una barca de remos. Pero hay algo más que tienes que saber para comprender lo que ocurrió luego.

Eché un vistazo al reloj.

—Cuenta —dije—. ¡Cuéntame!

Sin embargo, tardó unos segundos en continuar:

—Ni Comodín ni los elfos de la isla cambiaron lo más mínimo durante los años que convivieron con el marinero en la isla. El marinero sí envejeció, pero los elfos no tenían ni una sola arruga en la piel ni una mancha en sus coloridos disfraces. Es porque eran de espíritu. No eran de carne y hueso como nosotros, los mortales.

—¿Y la pelea?

—Manuel el Solitario ganó todas las partidas de cartas, y cuando le preguntaron por qué ganaba siempre, contó que había aprendido algunos trucos del enano que El Planeta se había encontrado en Marsella. Eso bastó para que uno de los jugadores, que llevaba perdiendo toda la noche y que además estaba muy borracho de manzanilla, se lanzara sobre él a puñetazos. Manuel murió unos días más tarde a causa de las lesiones. Dejó mujer y dos hijos pequeños, un niño y una niña. Algunos opinan que no recibió el apodo hasta después de contar la historia del marinero y la baraja mágica.

—No sé si debo aplaudir o sólo limitarme a decir «colorín colorado, este cuento se ha acabado».

—No tienes que hacer ni lo uno ni lo otro. Pero tú mismo has expresado tu asombro por el parecido de Ana con la *maja* de Goya.

Me había olvidado de que todo lo que había contado también tenía que ver con Ana, y pensé que, de alguna manera, también con esa minúscula parte del misterio de la que yo mismo había sido testigo. Dije:

—Ibas a contarme cuál era la explicación de Ana y su familia sobre ese parecido.

—Pero ahora que conoces al pequeño bufón que recorre la historia, tal vez seas capaz

de adivinar cuál es la relación entre las dos leyendas. También sabes que hace sólo unos días sacó una foto de Ana en los jardines del Alcázar... Bueno, tengo que irme al tren.

–Espera un poco –dije–. El enano llegó a Marsella en 1842, se encontró con Manuel en Triana en 1894, y cruzó la Plaza de la Virgen de los Reyes en 1946. Y Ana dijo que se trataba del mismo enano que apareció en los jardines del Alcázar en este año 1998.

–Eso es lo que dice la historia, sí.

–Pero en todo caso, el enano no pudo haberse encontrado con Goya. El viejo maestro murió mucho antes de que El Planeta llegara a Marsella.

–Goya murió en 1828.

–E incluso si el enano hubiera llegado a conocer a Goya, no conoció a Ana hasta mucho, muchísimo tiempo después de que el gran artista pintara sus majas desnuda y vestida.

–Vayamos por partes.

–¡Sí, venga! Me has prometido que al final vas a atar todos los cabos sueltos.

–El marinero que se llevó una baraja mágica a la isla que se hundió en el mar, salió en un barco desde Cádiz a principios del año 1790. Era un bergantín español llamado *Ana*, un nombre nada raro para un barco en aquella época. *Ana* navegó primero hasta Veracruz, en México, y en el viaje de vuelta a Cádiz se hundió con una gran carga de plata. Todo esto ocurrió, lo he comprobado en viejos anales y registros de barcos.

–¿Has comprobado que un bergantín llamado *Ana* se hundió realmente con una gran carga de plata en 1790, cuando se dirigía a Cádiz?

–Así es, aunque según los anales el barco se hundió con todos a bordo. Nada indica que hubiera supervivientes.

–Y digamos que no los hubo, ya que el marinero volvió a naufragar en la isla desierta 52 años más tarde, sin haber podido volver a la civilización.

–Veo que estás atento. Pero cuando salió de Cádiz, en 1790, llevaba consigo una baraja. No sé si necesito contar que existe una leyenda propia sobre esa extraña baraja o, mejor dicho, sobre cómo la consiguió el marinero.

–Sí, sí –dije–. Quiero oírlo también.

–El barco, procedente de Sanlúcar de Barrameda, antes de hacerse a la mar en 1790, pasó un breve tiempo en el muelle de Cádiz, donde había, como de costumbre, gitanos vendiendo de todo, desde naranjas y aceitunas, hasta puros, mecheros y naipes a los marineros a punto de cruzar los grandes mares. La leyenda cuenta que nuestro marinero compró esa extraña baraja a un niño gitano de unos seis años llamado Antonio, quien mucho más tarde sería conocido como el legendario cantaor El Planeta.

–¿Y la edad coincide?

–El Planeta nació en Cádiz alrededor de 1785. Eso puedes comprobarlo en cualquier enciclopedia.

–Sea como sea, es una gran historia –exclamé–. Los gitanos son muy ingeniosos.

–Aquel día, había también en el muelle un enano, lo cual no es en sí tan sorprendente, pero la tradición sostiene que debajo de su ropa normal llevaba cascabeles, es decir, como un bufón.

Contemplé el demacrado rostro de José.

–Creo que el último trozo de la historia debería suprimirse –dije.

–¿Por qué?

–Porque él estaba en la baraja. Estaba en el bolsillo del marinero. Así que no podía estar a la vez en el muelle viendo cómo el barco se hacía a la mar. Además...

En ese momento tuve la sensación de haberme golpeado la cabeza y me detuve.

–¿Además? –repitió José.

–Incluso si estuviera dispuesto a aceptar que ese enano de la baraja mágica no envejeciera como los mortales, porque era de espíritu y no de carne y hueso...

–¿Sí?

–...no podría haber retrocedido en el tiempo. No llegó a Europa hasta 1842, ¿no es así?

Se encendió una chispa en sus ojos azules. Dijo:

–¿No puede retroceder en el tiempo lo que sólo es de espíritu?

–Sí, sí: en el espíritu. Lo que es de espíritu puede moverse hacia atrás y hacia delante en el tiempo.

José asintió con aire aprobador.

–Te estás acercando a la clave. Pero aún queda una curva en el camino, ¿sabes?, llámalo un epíclodo épico, si quieres. La tradición señala precisamente que el enano en cierto modo era fantasía, y lo fantástico no envejece como nosotros. Por eso el enano podía ser tan viejo. Además, se dice que puede moverse hacia atrás en el tiempo, pero no más allá de su propia concepción, por eso no existe ninguna historia sobre El Principito o Alicia en el País de las Maravillas antes de que Saint-Exupéry y Lewis Carroll las contaran, aunque desde entonces hay miríadas de referencias a esas historias por todas partes.

–Yo creía que el enano fue «concebido» por un marinero al otro lado del mar, y al menos después de marcharse el velero *Ana*.

José se esperaba esta pequeña objeción.

–Comodín procedía de una baraja impresa en Francia a finales de la década de 1780. Desde entonces, hay al menos una persona en el viejo mundo que ha tenido una visión de él, y precisamente hasta allí puede retroceder en el tiempo. Por otra parte...

–¡Venga sigue!

–Se dice que fue observado por la gente en el muelle de Cádiz aquel día de invierno de 1790, pero ahí se pierden todas las huellas. No hay ninguna leyenda que vaya más atrás en el tiempo de ese día. No hay rastro de él en el tiempo anterior a ese día.

–¿Y Ana creía en todo esto?

José hizo un gesto negativo y dijo:

–Ella conocía todas las historias sobre El Planeta, Manuel el Solitario y su tío abuelo, que murió hace unos años, y no digo que creyera en todo eso, incluso se mostraba un poco molesta de vez en cuando con esas «historias de gitanos» con las que se había criado porque, ya sabes, se suele identificar a los gitanos con engaños y mentiras. Pero estaba segura de que era el enano de los cascabeles al que persiguió por los jardines del

Alcázar. «Oí los cascabeles», dijo. Por eso fue tras él. Fue como si hubiera restablecido la credibilidad de la familia.

—¿Y la *maja* de Goya?

—A eso llegamos ahora. Mientras Comodín está en el muelle viendo marcharse el velero *Ana*, lleva algo extraño en el bolsillo de su chaqueta, algo de lo que, al parecer, se veía obligado a echar mano cuando tenía que escapar de los borrachos que se burlaban de él por ser un enano.

—¿Qué era?

—Un pequeño retrato de una joven.

—¿Ah sí?

—Se trataba de una miniatura, pintada con una técnica completamente desconocida. No era un grabado en cobre, tampoco una pintura al óleo, y su superficie era tan lisa que recordaba a la seda. Sobre todo era un retrato tan real que se decía que el enano era un artista genial con facultades sobrenaturales. La imagen que mostraba reproducía lo que las personas podemos ver.

De nuevo me desplazé mentalmente al Prado, donde colgaban dos cuadros de una mujer que había estado sentada en un banco en los jardines del Alcázar sólo unas horas antes de morir, y hasta allí llegó un enano que le hizo una foto...

—Sé a qué retrato te estás refiriendo. Pero esa foto se hizo hace sólo unos días.

—Para nosotros sí. Para la gente del muelle de Cádiz, era un retrato aún más nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Pertenece a un lejano futuro, por eso la gente lo vivió como magia. Se decía que tenía que ser obra del diablo.

—¿Existen realmente tradiciones antiguas que hablan de un enano que llevaba un retrato perfecto de una bella mujer?

—Como historias inventadas, sí, como patrañas, como imaginaciones de gitanos. No creo que la gente creyera en tales historias, pero la leyenda ha mantenido su brillo a pesar de todo. La historia sobre «El enano y el retrato mágico» es una de esas leyendas. Hasta hoy no hemos entendido lo extraña que es la vieja historia sobre el enano con el retrato mágico porque, la historia en sí, es mucho más antigua que el arte de la fotografía.

—¿Y Goya?

—El gran ídolo de Goya fue Velázquez, que vivió en el siglo XVII, procedía de Sevilla y luego se convirtió en pintor de la corte de Felipe IV. El viejo maestro pintó muchos enanos y bufones, pues estaba rodeado de ellos, ya que, como es sabido, en los tiempos de Velázquez era corriente que en la corte hubiera enanos o bufones.

—¿Sí?

—Cuando Goya se encontró con ese pequeño bufón en Sanlúcar de Barrameda, en la primavera de 1797, intentó llevárselo a la fuerza a su estudio para retratarlo.

—¿Y el enano se resistió?

—Gritó y protestó todo lo que pudo, pero el gran pintor era, como sabemos, sordo como una tapia y no oía los gritos del enano. Por fin, al sacar el hombrecillo el misterioso retrato de Ana María Maya, el artista le soltó, porque nunca había visto nada igual.

Estaba terminando de pintar *La maja desnuda*, y pintó la cara de Ana sobre la figura desnuda para ocultar la verdadera identidad de la modelo.

José y yo estábamos sentados en un banco con asientos a ambos lados del respaldo, y en ese momento llegó un señor mayor y se sentó al otro lado. José esperó unos instantes antes de proseguir, esta vez en susurros.

–Nunca fue fácil para Ana ser identificada con la mujer del viejo cuadro, a veces era una verdadera carga. Pero te puedes imaginar que tampoco habría sido nada fácil para una modelo viva en los tiempos de Goya. Una mujer gitana que se hubiera dejado retratar desnuda en esa época, corría el riesgo de perder la vida.

Permanecí unos segundos reflexionando. Luego pregunté:

–¿Existe realmente una tradición gitana que relate esta historia sobre Goya y el enano del retrato misterioso?

Por fin intuí en el rostro de José algo que podía parecerse a una sonrisa. Negó con la cabeza y dijo:

–Las historias se limitan a contar que el enano de los cascabeles estuvo en el muelle de Cádiz cuando el *Ana* partió, y que mostró el retrato de una mujer tan detallado y natural que la gente enmudeció de asombro. Uno de los que allí estaban era el pequeño Antonio, que luego sería el tatarabuelo de Ana. Así que lo único que se ha podido constatar es que el retrato estaba ya en Sevilla desde el año 1790, es decir, varios años antes de que Goya pintara su gitana o *maja* desnuda. A mí me parece más que suficiente.

José miró el reloj y dijo que tenía que irse hacia la estación. Sugerí que le acompañaba parte del camino.

Subimos lentamente por el Paseo de Paraguay hasta la Plaza de Honduras en medio del gran parque. José seguía llevando el periódico y el gran sobre color sepia. No se me ocurrió pensar que lo que llevaba en la mano estuviera destinado a mí. Yo iba meditando sobre todo lo que había dicho de los dos naufragios, de El Planeta, de Manuel el Solitario y de ese pequeño enano que aparecía por todas partes.

La historia era como sigue: un enano se encuentra en el año 1790 en el muelle de Cádiz diciendo adiós a un velero a punto de cruzar el mar hacia México. En un bolsillo lleva la miniatura de una joven gitana. Parece que el artista ha logrado pintar a la mujer exactamente como sus ojos la han visto en un gran jardín o patio, porque los colores y los detalles son más nítidos que en los mejores tapices de seda. Pero ¿qué clase de técnica usó el pintor si el papel sobre el que está pintado tiene un grosor de sólo un milímetro? No es una acuarela, tampoco un óleo, ni un grabado en cobre coloreado. Lo más extraño del minúsculo cuadro tal vez sea la superficie tan lisa, como si estuviera pulida con cera o resina. Por el muelle corre además un niño gitano de unos cinco o seis años. Es el tatarabuelo de la mujer del retrato, y es él quien muchos años más tarde llevará a Sevilla el cante flamenco. Más de cincuenta años después, volverá a encontrarse con el enano en Marsella. Entonces no se acordará de haber visto a ese mismo enano hace mucho, mucho tiempo, pero tal vez sí lo recuerde el enano. Y luego: en la cubierta del velero los marineros han comenzado a arriar las velas, pero uno de ellos se vuelve y dice adiós con la mano al enano y al niño gitano, a quien, por cierto, acaba de comprar

una baraja. En una de las cartas hay un retrato en miniatura del mismo enano que está en el muelle. Cuando el marinero abra la baraja en una isla desierta tras un naufragio unas semanas más tarde, mirará ese retrato, y en los siguientes años lo estudiará de cerca una y otra vez. Pero ¿se le ocurrirá pensar que se trata del mismo enano que se encontraba en el muelle cuando él salió de Cádiz?

José dijo:

–Desde que Ana era una niña había oído todas esas leyendas sobre el enano del muelle de Cádiz, del enano que bajó saltando de un velero en Marsella, del enano que se encontró con Manuel el Solitario en Triana y del enano que cruzó tan deprisa la Plaza de la Virgen de los Reyes que los cascabeles atados a su traje sonaron como un pasacalle.

–¿Debo suponer que no había oído ninguna leyenda sobre ese mismo enano de los jardines del Alcázar?

José negó con la cabeza, pensativo.

–Pero durante los últimos años había estado muy atenta a lo que podría suceder en 1998. Entre todas las historias, la favorita de Ana era la del enano que logró salvar el pellejo mostrando el retrato mágico de una joven. Por la manera en que el retrato era descrito en los viejos cuentos, Ana se había imaginado que tenía que tratarse de una fotografía, a pesar de que el episodio en el muelle de Cádiz había tenido lugar muchísimo antes de que se hubiera inventado esta técnica. Y luego había otra cosa, algo muy distinto...

–¿Sí?

–Desde que era adolescente, a Ana le decían que se parecía a una mujer de un cuadro de Goya. A ella le hacía ilusión, lo tomaba como un piropo, aunque también le daba algo de vergüenza parecerse a una mujer desnuda. Luego se fue pareciendo cada vez más a la mujer gitana del cuadro, y llegó el día en que ya no sirvió ni la manera de maquillarse ni la de peinarse. Se había convertido en La Niña del Prado, y la una ya no podía separarse de la otra.

–Espera un momento –dije–. Has pasado demasiado deprisa por un punto esencial.

–¿A qué te refieres?

–Aunque Ana hubiera logrado cambiar su aspecto mediante el maquillaje o el peinado, no habría conseguido alejarse un solo milímetro de la cara representada en el cuadro de Goya.

–¿Y por qué no?

–Porque entonces también el cuadro de Goya habría tenido un aspecto diferente.

José reflexionó un instante, luego dijo:

–Claro, tienes razón. El destino no se deja retocar. No es más que una sombra de lo que sucede. Y tal vez debería añadir... bueno.

–¿A qué esperas?

–Sólo aquella mañana en que Ana persiguió al enano por los jardines del Alcázar, y, repito, solamente esa mañana desde que yo la conocía, se puso colorete, algo que sólo hacía muy rara vez cuando bailaba.

Me detuve bruscamente, y dije:

–¡Eso era lo único que le faltaba! Le faltaba el colorete en las mejillas.

José me miró casi asustado, y yo añadí:

–Si Ana hubiera llevado colorete en Fidji, habría pensado inmediatamente en el cuadro de Goya.

Nos pusimos a andar de nuevo.

–Pero ¿por qué se puso colorete justamente aquel día? –preguntó José—. ¿Tú lo comprendes? De esa manera se parecía aún más a la mujer del viejo retrato, era idéntica.

–Hay algo que se llama «la sentencia del tiempo» –comenté—. Además, tu pregunta equivale a preguntar qué viene primero, el huevo o la gallina.

–También hay algo que se llama «amar tu destino».

–¿Relacionó Ana alguna vez su parecido con la *maja* de Goya con las viejas historias de Cádiz sobre el enano y el retrato mágico?

–Con el tiempo, sí. Un tío suyo fue el primero en interpretar la vieja leyenda sobre el retrato perfecto del enano, en el sentido de que tenía que tratarse de una moderna fotografía en color. Pero, en ese caso, tendría que tratarse de la foto de una persona que viviría en la Tierra muchísimo tiempo después de que el enano mostrara la misteriosa imagen en el muelle de Cádiz. Porque una fotografía no miente, siempre tiene un modelo vivo. Y desde entonces, ese aspecto se convirtió en parte de la propia historia. La familia sabía ya que el enano no se hace viejo como nosotros, los mortales. Pero que también fuera capaz de retroceder en el tiempo, era una novedad. En los últimos años, la familia llegó incluso a especular sobre cuál de las hijas de la numerosa familia descendiente de El Planeta podría ser la mujer del retrato, y se insinuaba también que la fotografía tal vez sería tomada en algún momento durante 1998. Y empezaron a estar alerta ante los enanos.

–Y al parecerse Ana cada vez más al cuadro de Goya...

–Sí, algunos opinaron que se estaba cerrando el círculo, y aparecieron algunas historias completamente nuevas que decían que el enano había vendido su retrato mágico al gran pintor. Una de ellas sostiene que la verdadera modelo de Goya fue decapitada por haberse dejado retratar desnuda. Según la tradición, la cabeza sería colgada y se expondría sobre un palo para burla y escarnio. De todo esto no se hablaba en voz alta, al menos no cuando Ana estaba presente.

–¡Pero ella también pensaría en ello!

–Le quitaba importancia. Era capaz de reírse de todo eso. Pero sí, pensaba en ello. Al menos no le fue más fácil vivir con ese enorme parecido con el famoso retrato de Goya. A veces no quería salir. En Sevilla no tanto tal vez pero, en Madrid, la gente se paraba en la calle señalándola con el dedo, algunas personas reaccionaban casi con espanto. No sé, pero tal vez por eso se sentía tan a gusto en el Jardín Botánico. Creo que se ocultaba ahí. Ana estaba estigmatizada. Era como si anduviera con una gran mancha de nacimiento en la cara.

–Por no decir de muerte –señalé.

La cara pálida se contrajo y dijo:

–Porque hay algo más. Durante cincuenta años se ha presagiado que la muchacha de la

imagen mágica moriría en cuanto alcanzara la misma edad que la maja de Goya, pero...

Vaciló, y yo le hice gestos para que continuara.

–Eso sólo sucedería si se entregaba a un hombre. Era, por así decirlo, el castigo por haberse dejado pintar desnuda. Se decía que se había entregado a muchos hombres, y que ya no era una mujer honesta, y así el destino se ocuparía de castigarla si a pesar de todo intentaba tener una vida amorosa.

Me volví hacia él:

–Me parece muy irrazonable, por no decir injusto. No era la mujer de la foto la que se había dejado retratar desnuda. ¿No has dicho que Goya pintó su cabeza sobre el cuerpo desnudo de otra mujer?

Movió la cabeza de un lado para otro, como sopesando lo que acababa de decirle.

–El destino no es justo ni injusto –señaló–, simplemente es ineludible. Es como es. Por eso siempre llega a tener razón.

Me acordé de la lesión de corazón de Ana y dije:

–Has insinuado que Ana murió porque era ya idéntica a la mujer del cuadro de Goya, y todo estaba con ello consumado. ¿No podríamos decir que la modelo de Goya era idéntica a Ana cuando murió, porque dio la casualidad que la foto se le hizo sólo unas horas antes de que se desplomara?

–Da lo mismo. También eso es como lo del huevo y la gallina, un enigma que nunca se puede solucionar, sea cual sea el extremo por el que se empiece. Cuando el enano le hizo la fatídica foto a Ana, la historia sobre la foto del enano se fundió con la historia sobre el parecido de Ana con la maja de Goya. El círculo estaba cerrado. Todo ese enredo de mitos sobre el enano había empezado de alguna manera en los jardines del Alcázar. Y allí acabó también.

Intenté decir algo más:

–No he dicho que crea en esas historias, y creo que tú tampoco...

Me hizo un gesto para que continuara:

–Pregunta lo que quieras.

Dije:

–Ana padecía una lesión de corazón. No podía bailar ni tener hijos, porque no toleraría los grandes esfuerzos. ¿No fue esa persecución a través de los jardines del Alcázar tan intensa como el baile flamenco?

–Al menos sería el baile de su muerte. Pero ¿por qué echó a correr tras el enano? Porque él le había hecho una foto. Nadie salvo Ana echaría a correr tras un enano sólo porque le han sacado una foto. Pero esa foto que le sacó el enano había perseguido a Ana durante toda su vida. Se había criado con ella.

Nos habíamos ido parando cada metro y medio desde que nos levantamos del banco del Parterre, y cada vez que nos cruzábamos con alguien, José se cuidaba de bajar la voz. Anduvimos un rato sin decir nada. Yo rompí el silencio:

–Dijiste que el enano de Marsella dibujó una baraja para El Planeta y que además recitó un versículo por cada una de las cartas de la misma.

José andaba ya un poco más deprisa.

–El Planeta recordaba algunos de esos versículos, a pesar de que se recitaran en una lengua por él desconocida, y se dice que los apuntó en un trozo de papel tal y cómo los oyó. Parece ser que ese trozo de papel se conservó en la familia hasta los tiempos de Manuel.

–¿Ah sí?

–Y cuando el enano se encontró en Triana con Manuel, no sólo sacó una vieja chaqueta que le había prestado El Planeta, sino que también le entregó unas hojas en las que había anotado los 52 versículos, esta vez en español. Manuel el Solitario pudo luego comprobar que los versículos anotados en alemán por El Planeta eran idénticos a algunos de los que le habían dado en español.

–Pero ¿ninguno de esos versículos existe hoy?

José me lanzó una mirada misteriosa. Luego dijo:

–Ahora podemos empezar a atar los cabos sueltos.

Al principio no entendí en absoluto lo que quiso decir, pero luego volví a desplazarme mentalmente a Taveuni: Estaba sentado en el porche de la cabaña de Maravu, y de repente oí unas voces en el palmeral. Dije:

–«La experiencia de haber sido creado no es nada en comparación con el sobrecogedor sentimiento del que se haya creado a sí mismo de la nada y pueda estar de pie sin ayuda de nadie.»

José abrió los ojos de par en par.

–¡Bravo! –dijo–. No sólo tienes una memoria impresionante, sino que también hablas un español bastante bueno.

Me mordí la lengua. En ese momento reparé en que desde el día en que nos encontramos casualmente en Salamanca habíamos hablado en español.

–¿Me descubristeis? –pregunté.

José se rió:

–Casi desde el primer momento. Pero déjame empezar por el otro extremo. Aquellos 52 versículos que el enano entregó a Manuel en Triana han estado en posesión de la familia desde entonces. Y es más, algunas de las frases se han incorporado a canciones de flamenco que se cantan por toda España. Ana conocía esos textos desde que era una niña.

–¿Eran los textos que vosotros...?

Me interrumpió:

–Cada versículo correspondía a una carta de la baraja. Ana y yo jugábamos de vez en cuando a las cartas con amigos y siempre formábamos pareja, y como yo también me había aprendido de memoria los viejos textos, teníamos un lenguaje secreto relacionado con los colores y números de la baraja.

–¿Hacíais trampa?

–A veces sí. Podíamos murmurarnos algunas palabras sueltas durante el juego, y así nos comunicábamos las cartas que teníamos en la mano.

–Mucha cara, me parece a mí. ¿Entonces el italiano tenía razón?

–No del todo. Mario tenía una explicación más esotérica de por qué ganábamos

siempre. Decía que éramos clarividentes.

—¿Pero todo eran trampas y engaños desde el principio?

A eso no contestó. Dijo:

—Cuando Ana dejó de bailar, pasábamos muchas noches jugando a las cartas con amigos. Ana se alegraba como una niña cuando ganaba, y bueno... ya que no podía bailar, pensé que se merecía ganar. La ayudaba a conseguir ese pequeño triunfo, aunque, a decir verdad, creo que yo también me fui obsesionando con el juego. No teníamos niños, pero compartíamos un juego infantil. Compartíamos un lenguaje secreto, que nadie más conocía.

—¿Nunca os descubrieron?

—Teníamos que renovarnos constantemente, por ejemplo, cambiando de vez en cuando las palabras clave. Eso, unido a otra circunstancia, condujo a que fuéramos puliendo los viejos versículos y a que nos inventáramos otros nuevos.

—¿Cuál fue esa «otra circunstancia»?

—Cuando se descubrió lo de su lesión en el corazón, los dos adquirimos una actitud muy sensible ante las realidades de la vida. Cada segundo que pasábamos juntos era para nosotros un don del cielo. Cuando le prohibieron bailar flamenco y además le aconsejaron no tener hijos por el riesgo que implicaría, tratamos de redefinir el sentido de la vida.

—¿Le encontró Ana un nuevo sentido?

—No es que le diera por bordar o hacer punto, por así decirlo, para eso tenía demasiado genio. Pero nos teníamos el uno al otro, y compartíamos un sentimiento especialmente intenso de la vida. Los médicos procuraban tranquilizarnos, pero cuando a una famosa bailaora le prohíben de repente bailar, equivale a decir que está al borde del precipicio. Ana María lo sentía así y yo también, pero con una importante diferencia: Ana estaba convencida de que esta vida no es la única. Tenía una fe ciega en la vida después de la muerte. Lo que compartimos era una vivencia casi transfigurada del milagro que constituye la vida en sí, y convertimos en un juego el encontrar nuevas palabras y expresiones para lo que pensábamos y vivíamos. Así fueron creciendo las antiguas frases correspondientes a cada carta de la baraja. Guardamos algunas de las fórmulas del enano, y rechazamos otras. De esa manera creamos nuestro pequeño manifiesto personal sobre la vida. Y debo añadir que pretendíamos crear algo juntos que tal vez nos sobreviviera. El manifiesto debía ser nuestro testamento espiritual.

—¿De modo que seguáis construyendo nuevas frases?

—Sí, todo el tiempo, todos los días. El «manifiesto» estaba en constante transformación, era un proceso eruptivo. Hasta el último momento estuvimos inventando nuevas frases que sustituían a las viejas.

—Es casi... una especie de locura.

José negó con la cabeza:

—De ninguna manera. Y tampoco es tan raro como parece. Los gitanos de Andalucía siempre han ido coleccionando pequeñas frases sobre la vida, la muerte y el amor. Así es como desde los tiempos de El Planeta han ido naciendo las letras del cante flamenco.

Dije:

–«Si existe un Dios, éste no sólo es un as en dejar huellas sino, sobre todo, un maestro en esconderse. Y el mundo no es de los que hablan más de la cuenta. El firmamento sigue callado. No hay mucho cotilleo entre las estrellas...»

Ahí tuve que callarme, porque eso era lo que recordaba de las palabras de Ana y José, pronunciadas en el palmeral aquella primera noche en Maravu. Pero José recitó el resto:

–«Pero nadie ha olvidado todavía la gran explosión. Desde entonces, el silencio ha reinado ininterrumpidamente, y todo lo que existe se aleja de todo. Todavía es posible toparse con una luna. O con un cometa. No esperes que te reciban con amables clamores. En el cielo no se imprimen tarjetas de visita.»

Le aplaudí simbólicamente. Luego dije:

–Lo de «la gran explosión» o el «Big Bang», como también se llama, no procederá del enano que se encontró con El Planeta en Marsella, ¿verdad?

–¿Por qué no?

–Porque tanto el concepto como la propia teoría son muchísimo más recientes.

Me miró con un aire pedante y dijo:

–Creo que ese pícaro es capaz de llevar y traer muchas cosas a través de los siglos. En mi opinión, él representa ese afán del ser humano por entender cada vez más qué es este mundo. Me resulta confortador pensar que existe un representante nuestro capaz de corretear entre los siglos en ambas direcciones llevando y trayendo ciertos mensajes y recados.

Le miré boquiabierto, y él se apresuró a añadir:

–Pero tienes razón. En el manifiesto del enano sólo están las primeras palabras: «Si existe Dios, éste no sólo es un as en dejar huellas sino, sobre todo, un maestro en esconderse».

Ya habíamos pasado la Plaza de Honduras y bajábamos por el Paseo de la República de Cuba.

–Tal vez sea hora de hacer un resumen –señalé.

–¡Adelante!

–Cuando llegué a Taveuni aquella mañana de enero, me senté primero un rato en el porche. De repente veo acercarse por el palmeral a una pareja abrazada, que se detiene en el sendero y se recita el uno al otro extrañas máximas en español. Yo agucé el oído, porque vosotros no sabíais que yo estaba en el porche, ¿no?

Sonrió.

–John nos había avisado de la llegada de un noruego que tal vez pudiera formar parte del equipo de bridge, ya que ese mismo día se había marchado un holandés que los últimos días había formado pareja con Mario contra Ana y yo. El inglés nos dijo en qué cabaña estabas y nos contó además que te había visto en el porche.

–¡Pero no podíais saber que yo entendía el español!

–Aún no, es verdad. Aunque date cuenta de que no se trata precisamente de una lengua minoritaria. Medio mundo lo habla.

–Eso me parece una exageración. Que la mitad del arte en el mundo es español, eso lo

acepto, lo otro no.

Durante unos instantes vislumbré una expresión divertida en el rostro demacrado de José. Proseguí:

–Luego os topasteis conmigo en la playa.

–Y tú nos hablaste brevemente del motivo de tu estancia en esa parte del mundo y despertaste nuestra curiosidad, porque como constantemente estábamos elaborando nuevas máximas para el manifiesto, se nos ocurrió que tal vez podíamos tomar prestadas de un biólogo evolucionista algunas perspectivas sobre la existencia. Y nos resultó aún más tentador porque por alguna razón optaste por hablarnos en inglés, aunque aparentemente entendías el español.

–¿Aparentemente?

–Lo más importante para un actor es meterse en su papel.

–¿Y no lo hice?

–Te descubriste ya en la playa. Ni Ana ni yo llevábamos reloj, y sin embargo le pregunté a Ana por la hora en español. Entonces tú te apresuraste a mirar el reloj y contestaste que eran las doce y cuarto.

No fui capaz de decir nada.

–Pero claro, no podíamos estar seguros sólo por un episodio aislado. Ahora bien, siguieron muchos ejemplos de mala concentración por tu parte. Se suele decir que quien miente debe tener buena memoria. Recuerda que Ana y yo éramos experimentados jugadores de cartas y, además, expertos en disimular.

–¿Por qué no me desenmascarasteis?

–A Ana le resultaba emocionante tener... un... bueno.

–¿Un qué?

–¿Digamos un público? Estábamos orgullosos del manifiesto que habíamos elaborado. O mejor dicho, de ese producto que estábamos mejorando constantemente. Nos encantó hacernos un poco misteriosos.

–Lo conseguisteis.

–Y también queríamos sonsacarte algo sobre tu teoría de la evolución, para lo cual primero teníamos que hacernos interesantes a tus ojos. Teníamos que lanzarte el anzuelo...

–La teoría de la evolución no es mía.

–Precisamente por eso. Ana y yo estábamos de acuerdo en que podría haber algo ante lo cual la ciencias naturales estaban totalmente ciegas.

–Eso lo entendí. ¿Y ante qué, en tu opinión, están ciegas las ciencias naturales?

–Ya hablamos de eso. Se niegan a ver las interrelaciones, el hecho de que la existencia tenga una finalidad en ambas direcciones. El Big Bang no fue una casualidad.

–Perdona, pero no entiendo en absoluto lo que quieres decir.

–Es porque no ves el mundo como un misterio.

–Sí, así lo veo. Pero no veo más allá de un enigma, un enigma que ni tú ni yo somos capaces de resolver.

–También se puede encontrar un sentido a lo que uno no comprende.

–¿Pero no estás poniendo una finalidad donde no la hay?

Con una chispa en la mirada contestó:

–Regresa al devónico. ¿Qué ves?

Después de todo lo que había oído, mi memoria estaba muy deteriorada, así que me dejé atrapar inmediatamente.

–Veo los primeros anfibios –dije.

Asintió con la cabeza.

–Hoy por fin logramos ver el sentido de lo que sucedió entonces. Si hubiéramos sido testigos de la vida en la Tierra hace cuatrocientos millones de años, lo habríamos vivido como una monstruosa exhibición de lo absurdo. Pero el misterio tiene también una coordenada temporal, y a la luz de la conciencia del hombre, la vida del devónico está repleta de sentido. Fue nuestro preludeo, fue el preludeo del concepto de la vida en el devónico. De no ser por los renacuajos de esa época, nunca habría existido una conciencia sobre la vida en la Tierra ni antes ni después. No sólo hay que honrar a los padres. También hay que honrar a los hijos.

–¿De modo que el hombre es la medida de todas las cosas?

–No he dicho eso. Pero ahora es nuestra conciencia la que decide lo que tiene significado o sentido, para nuestro intelecto, se entiende. Así, la formación de un sistema solar pareció en aquel entonces un proceso bastante nauseabundo cuando sucedió. Pero sólo fue un preludeo.

–¿Un preludeo?

–Un preludeo, sí. Y la paradoja es que seamos capaces de reconocer ese preludeo, aunque nosotros no aparezcamos hasta mucho, muchísimo más tarde. Así, la historia de este sistema solar se muerde la cola.

–¿Como la historia de la *maja* de Goya?, que empezó en los jardines del Alcázar hace sólo unos días, y allí acabó también.

–Y lo mismo puede decirse del Universo. El aplauso a la gran explosión no llegó hasta quince mil millones de años después de que hiciera explosión.

Moví la cabeza, escéptico.

–Es una manera muy peculiar de expresarlo.

–Pero nosotros, que no aparecimos hasta quince mil millones de años más tarde, «recordamos» lo que sucedió quince mil millones de años antes. De esa manera el Universo por fin ha llegado a tener conciencia de sí mismo, aunque con mucho retraso, del mismo modo que el trueno de un rayo muy lejano no se oye hasta mucho después de ver su luz desgarrar el cielo.

Intenté reír, pero no me salió.

–Eres sabio a posteriori –comenté.

Me miró a los ojos, con una mirada casi transfigurada.

–También la sabiduría a posteriori es una forma de sabiduría. Puede resultar sabio mirar hacia atrás. Somos nuestro pasado más que nuestro futuro.

–Entiendo la idea de que algo que ocurre aquí y ahora sólo tendrá significado o sentido a la luz de algo que sucederá mucho más tarde.

–Si existe un «antes» o un «después». Lo que vemos muy lejos en el espacio, es decir miles de millones de años hacia atrás en la historia del Universo, es a la vez la causa de los sucesos del momento presente. El Universo es a la vez el huevo y la gallina.

–Como Ana –comenté–. O como la foto que le sacó el enano.

José no contestó, pero luego dijo:

–No sabemos hacia qué vamos. Sólo sabemos que hemos iniciado un largo viaje. Cuando llegemos al final del camino encontraremos la causa, o el por qué iniciamos ese largo viaje. Ahora bien, ese viaje en sí puede extenderse a lo largo de muchas generaciones. De esa forma nos encontramos siempre en un estado fetal. Mucho de aquello a lo que hoy no le encontramos un sentido mostrará su finalidad en el próximo cruce de caminos. Incluso el suceso más insignificante podrá aparecer como una condición necesaria. Me explico: ¿quién habría dado importancia a un niño gitano vendiendo una baraja a un joven marinero?

Me detuve de repente, porque por fin me estaba acercando a la clave. ¿No eran ésos los mismos pensamientos expresados por el inglés en Taveuni? ¿No fue él quien había denominado el devónico como «el estado fetal de la razón»? ¿Seguía José en contacto con él? ¿Habían mantenido una estrecha colaboración, no sólo en Fidji sino también posteriormente? Yo ya no era capaz de distinguir las ideas de uno de las ideas del otro.

Habíamos llegado a la calle Alfonso XII, y los dos echamos un vistazo al reloj. Eran las doce menos cuarto.

Le acompañé hasta la estación.

–Al final desaparecisteis de nuestra vista –comenté–. Os aislasteis por completo.

–Sí, cuando empezó a hablarse mucho del parecido de Ana con alguien y sobre todo cuando se le pidió que bailara, nos retiramos, es verdad. No creo que puedas imaginar cuánto le hubiera gustado actuar.

–Luego se desplomó sobre la mesa del desayuno, y tú le diste una bofetada.

–Me entraba pánico cada vez que le pasaba.

–No me extraña.

Ya estábamos junto a la entrada del AVE, y volví a decirle que estaría en Sevilla para el funeral. Entonces me entregó el sobre sepia y dijo:

–Esto es para Vera y para ti.

–¿Para Vera?

–Sí, para los dos.

Entonces era cierto que había hablado con John. Estaba seguro, ya que sólo había hablado de ti a John.

–¿Qué hay en este sobre para Vera?

–¿Aún no lo has entendido? –parecía realmente extrañado.

Negué con la cabeza. José prosiguió:

–Es un regalo, pero también es una carga. Es algo que tiene que ser compartido por dos personas. Es algo que no resulta aconsejable para un hombre de tu edad, no compartir.

Volvió a mirar el reloj y se fue corriendo al tren.

Abrí el sobre mientras volvía andando al hotel. En su interior había un montón de fotografías sacadas por Ana en Taveuni. Ya en mi habitación, di la vuelta a las fotos y vi que había algo escrito al dorso de cada una de ellas. Era el manifiesto, Vera. Era eso que debía ser compartido por dos personas. Era el manifiesto que no resultaba aconsejable para un hombre de mi edad no compartir.

La lógica es demasiado pobre en ambivalencia

Así acaba la carta a Vera. Se envió por correo electrónico la noche del jueves 7 de mayo de 1998, y transcurriría un año hasta que yo consiguiera una copia de la misma.

He prometido añadir un amplio epílogo. Ya llegará, pero primero veremos cómo reaccionó Vera a la carta de Frank. Es posible gracias a que Frank envió un nuevo correo electrónico a Vera después de que ésta hubiera leído la larga carta y le llamara por fin al hotel.

Estoy en mi casa de Croydon una noche de verano, sentado en mi escritorio con una larga epístola delante, pero no debo omitir mencionar que me encontré con Frank en el Hotel Palace en el mes de noviembre ese mismo año, es decir, medio año después de que él, también en el Palace, escribiera la carta a Vera. Me acordaba de lo ansioso que estaba ante la posibilidad de volver a verla en Salamanca, y cuando me encontré con él en noviembre, no sabía si por fin se habían visto, y en caso afirmativo, cómo había resultado el encuentro. No había tenido ningún contacto con el noruego desde que nos despedimos en Fidji.

¿Cabía la posibilidad de que Frank y Vera estuvieran otra vez juntos? ¿O Frank se encontraba de paso en Madrid sin que su visita tuviera nada que ver con Vera?

Estaba sentado bajo la cúpula, tomando té con pastas y escuchando la nostálgica versión de la arpista de *La Bella Durmiente de Tchaikovski*, exactamente como se describió Frank a sí mismo en una ocasión anterior. Desde mi asiento junto al bar veo de repente al noruego entrar en la Rotonda. Me estremecí, porque me pareció una inmensa casualidad encontrarme con él en el Palace, tan lejos de Fidji y de Londres. Habría sido más probable si hubiera sucedido en Oslo, donde había estado justo unas semanas antes.

Oslo me pareció una ciudad placentera, y lo que más me impresionó fue que Frank viviera en una capital europea y sin embargo a sólo unos cientos de metros de una tierra completamente virgen. Di un largo paseo hasta una cabaña en el bosque, llamada Ullevalseter, y desde allí caminé hasta el restaurante Frognerseter sin cruzarme apenas con nadie.

Encontrarme con Frank en el Palace fue como si me hubieran pillado in fraganti, y me quedé tan atónito que no me levanté inmediatamente a saludarle. Además, era obvio que él estaba buscando a alguien en la Rotonda. Al cabo de unos instantes me descubrió y vino corriendo hacia mi mesa.

—¡John! —exclamó—. ¡Qué sorpresa!

Se sentó unos minutos conmigo, y enseguida llegó la mujer con la que al parecer tenía

una cita. Estaba casi seguro de que no se trataba de Vera, pero no lo supe con certeza hasta una hora más tarde. Para entonces, y por razones muy particulares, me había hecho una idea clara del aspecto de Vera, y eso que jamás la había visto. Tal vez suena algo críptico, pero lo explicaré en detalle en el epílogo.

A Frank le dio tiempo a decirme que estaba pasando unos días en Madrid y quedamos para tomar una cerveza esa misma noche.

–Así podremos recordar viejos tiempos –dijo–. Si no, días como aquéllos se olvidan demasiado deprisa.

Cuando se hubo marchado, ese comentario sobre la necesidad de recordar se quedó dando vueltas en mi cabeza, y tracé un plan muy ingenioso. Lo único que hizo falta fue un par de llamadas telefónicas estratégicas, una más osada que otra. Lo que quedaba por ver era si realmente conseguiría arreglarlo, y si sería posible tentar a Frank para que se viniera. Era muy consciente de que corría el riesgo de montar un gran embrollo, no sólo para mí, sino también para todos los que inevitablemente se verían implicados.

No diré que esas coincidencias tan casuales sean «deseadas» ni por el destino ni por ninguna otra forma de conciencia sobrenatural, pero una oportunidad como aquélla sólo se me presentaría una vez en la vida, y no podía dejarla escapar. Me encontraba en una situación precaria, aunque he de confesar que hoy no tendría la carta de Frank en la mano si hubiera desestimado aquella ocasión que se me brindó de repente aquella tarde en Madrid.

Tienes la palabra, Frank. Escribiste una nota más a Vera, y ahora sólo queda el final. Tras ese último saludo, no hubo más correspondencia. Pero uno de los dos tenemos que relatar lo que ocurrió en Sevilla. Yo me ocuparé de ello en el epílogo.

Querida Vera:

Después de la larga carta, te envío otro saludo.

Cuando el miércoles a mediodía iba de la estación al hotel con un gran sobre sepia en la mano, tenía la cabeza llena con todo lo que quería contarte. Decidí no abandonar la habitación hasta haber acabado de escribir, porque necesitaba las horas que quedaban hasta el jueves por la noche para que tú tuvieras tiempo de leerlo antes de que, en el mejor de los casos, te prepararas para ir a Sevilla.

Encendí el ordenador, pero antes de sentarme, abrí el sobre con las fotos de Fidji. Había trece de Prince Charles Beach, trece de la línea del cambio de fecha, trece de la cascada Bouma y trece del palmeral de Maravu. Creo que tanta coincidencia me hizo dar la vuelta a una de las imágenes.

Debajo del título, 9 de CORAZONES, ponía: *Eones después de que el sol se convirtiera en una gigante roja, aún se pueden percibir algunas señales de radio dispersas en la nebulosa. ¿Te has puesto la camisa, Antonio? ¡Ven con mamá inmediatamente! Sólo faltan cuatro semanas para Navidad.*

Di la vuelta a otra de las fotos. Se trataba del 3 de TREBOLES: *La voz es articulada aquí y ahora por los descendientes de los anfibios. Sale con la tos de los sobrinos de los saurios terrestres en la jungla de asfalto. Los descendientes de los mamíferos*

peludos preguntan si existe alguna razón más allá de este vergonzoso capullo que no hace más que crecer en todas las direcciones.

Notaba los latidos del corazón. Al dorso de la tercera foto ponía 5 de PICAS, y en ella leí lo siguiente: *Comodín se despierta sobre la almohada dentro de un disco duro orgánico. Nota cómo intenta llegar a la playa de un nuevo día desde una cálida corriente de espejismos mal digeridos. ¿Cuál es la energía nuclear que enciende los corazones de los elfos? ¿Cuáles son las turbinas que propulsan los fuegos artificiales de la conciencia? ¿Cuál es la fuerza atómica que une las células cerebrales del alma?*

Así fui dando la vuelta a las 52 fotos. Era el manifiesto, Vera, tenía el manifiesto completo entre mis manos. Era para nosotros dos, y me senté inmediatamente a escribir la carta. Escribí sin parar, y no me levanté del escritorio más que para dormir un par de horas, tomar a toda prisa una taza de té bajo la cúpula y dar una carrerita hasta el Retiro cuando llegó la camarera para arreglar la habitación. Luego te envié todo por correo electrónico el jueves por la noche. Adjunté una transcripción del manifiesto y precisé que había optado por organizar el texto en cuatro columnas, según los cuatro colores de la baraja, y en el orden de Tréboles, Diamantes, Corazones y Picas. No obstante, después de habértelo enviado, ideé un sistema mucho mejor para ordenarlo, pero sobre este tema volveré cuando nos veamos.

En la breve nota explicativa te pedía que me llamasas al hotel en cuanto hubieras leído todo, no antes. Y llamaste en medio de la noche.

No estaba acostado. No me moví de la habitación en todo el tiempo, aunque me hubiera gustado bajar un rato al bar después de llevar día y medio allí metido, casi sin interrupción. Daba vueltas por el baño y la habitación, y debo confesar que cuando por fin llamaste, había vaciado ya las dos minibotellas de ginebra de la nevera, y también las dos de vodka.

Lo primero que dijiste fue:

–Eres un pícaro, Frank. ¿Lo sabías?

–¿Has leído todo? –pregunté.

–Cada palabra, sí. Eres un pícaro.

–¿Por qué?

–¿Quiénes son «Ana» y «José»?

–¿Crees que los he inventado?

–No exactamente. Creo que son tus cómplices.

–¿Que son mis cómplices? ¿De qué?

–Pasó algo en Salamanca que no te conté.

–Creo que pasaron muchas cosas en Salamanca que no nos contamos.

–¿Qué cosas?

–Empieza tú.

–¿Por qué?

–Tú eres la que acaba de decir que en Salamanca pasó algo que no me contaste.

–Lo que ocurre es que no estoy del todo segura de que tú no participaras en ello.

–No entiendo de qué estás hablando. Mañana voy a un funeral, Vera. ¿Te vienes?

–Sí, Frank. Iré a Sevilla. Y pobre de ti si no haces acto de presencia. Mi avión sale a las diez y media.

–Me alegro muchísimo.

–Pero tengo la sensación de ser víctima de una especie de estafa.

–¿Qué quieres decir?

–Ha vuelto a llamar.

–¿Quién?

–Él, «José».

–Es absurdo. De acuerdo, es absurdo. ¿Qué te dijo?

–Lo mismo que tú. Siempre dice lo mismo que tú. Volvió a pedirme que acudiera al funeral. Y me dijo que ya era seguro que tú también irías.

–Te dijo que el manifiesto era para los dos. Algo querrá decir con todo esto.

–¿El qué?

–Pues no lo sé. De verdad que no lo sé.

–¿No eres tú quien le dice que me llame?

–¿Lo crees así?

–¿Pero estabas al tanto de lo de Salamanca?

–No tengo ni la más remota idea de lo que estás hablando.

–No entendiste por qué me reía tanto. Creo que debemos empezar por ahí.

–Me estás despertando la curiosidad.

–Bueno, de verdad que no sé...

–Dilo. Me alegra mucho saber que voy a verte.

–Yo había conocido ya a Ana y José... ¿Frank? ¿Estás ahí?

–¿Los habías conocido ya?

–¿No lo sabías?

–¡Pero cuando hablamos la última vez me dijiste que no vendrías conmigo al funeral porque no conocías a Ana!

–Ya lo sé, Frank, ya lo sé.

–¿Lo sabes?

–Me pidieron que no te contara nada. Dijeron que bajo ninguna circunstancia deberías saber que había hablado con ellos.

–¿Cuándo, coño? ¿Cuándo?

–En Salamanca. Espera un momento. La noche que bajamos al río... Se habían pasado por el hotel durante la tarde. Sólo entraron hasta la recepción, y preguntaron si yo era Vera.

–¿Cómo podían saberlo?

–Bueno, Frank, bueno...

–¿Qué respuesta es ésa?

–Tú y yo habíamos almorzado en aquel café de la Plaza Mayor, es decir, en el mismo lugar donde te encontraste con ellos al día siguiente. Nos habían visto allí, y se pasaron por el hotel para comprobar que yo era Vera.

–Así eran también en Fidji. Gente extraña. En cierto modo eran bastante intrigantes...

Piensa que fue sólo unos días antes de que ella muriera.

–No hago más que pensarlo.

–¿Y tú les confirmaste que eras Vera?

–Luego me dijeron que habían estado contigo en Fidji. Y me pidieron un pequeño favor... ¿Sigues ahí?

–Estoy esperando a que continúes.

–Les pareció muy curioso que te hubieran vuelto a ver en Salamanca. Querían gastarte una broma, dijeron. Yo debería llevarte hasta el río, y ellos pasarían a lo lejos lentamente para que los descubrieras, se entiende. Pero tuve que prometerles no decirte que habían hablado conmigo. Dijeron que podría ser terrible si te enterabas. Así que cumplí mi promesa.

–En mi vida he oído nada parecido.

–¿No sabías nada?

–No, nada.

–Por cierto, eran muy majos. También hubo otra cosa. Lo primero que pensé al verlos entrar en la recepción fue que ella se parecía muchísimo a la *maja* de Goya.

–¡Pero a mí no me lo dijiste!

–No.

–¿Así que has estado pensando en ello todo el tiempo sin decirme nada?

–Hice una promesa.

–Y allí junto al río no me dejaste decir absolutamente nada. No me dejaste hablar.

–No hacía más que reírme. Me estaba tronchando. Y claro, no podía decir nada.

–Dijiste que me estaba inventando historias para retenerte.

–Y tú te desesperaste. Hablaste por los codos. Pero tal vez hice bien en no escucharte.

–¿Por qué?

–Si no, no me habrías escrito sobre ello.

–¿Y qué te parece?

–Asombroso... Pero no me lo creo, Frank. Sobre ese punto soy tan inflexible como en Salamanca.

–¿Qué es lo que no crees?

–Estoy de acuerdo en que se parecía a *La maja desnuda*. Pero no me creo que existan bufones que se muevan hacia delante y hacia atrás en la historia. Y tú tampoco te lo crees.

–Al menos me creo que ella murió en Sevilla.

–¿Estás seguro?

–¿Tú no?

–Pienso averiguarlo mañana.

–Fui testigo del ataque que sufrió en Taveuni. Vi lo irascible que estaba en Salamanca y lo desecho que estaba José cuando me encontré con él en el Prado. Quiero decir, uno no miente sobre la muerte de su mujer.

–No, supongo que no...

–No, eso no se hace.

–No me ha entusiasmado esa primate hembra de Australia. Podrías habértelo ahorrado, Frank.

–Me sentía condenadamente solo. Eso es lo que intenté expresar. *Estoy condenadamente solo.*

–No lo digo en ese sentido.

–¿En qué sentido?

–No tengo escrúpulos morales, si es eso lo que crees. Sólo digo que no me ha gustado la tal «Laura».

–No debes pensar en ella.

–¿No te pareció una mujer muy infantil?

–Seguro que sí. A veces yo también me siento como un niño.

–No me ha gustado. Para serte sincera, me ha resultado un poco repulsiva.

–Me lo imaginaba.

–No comprendo por qué tuviste que escribir sobre ella. ¿Fue para ver si me ponía celosa?

–En realidad no fue por eso. Te echo de menos.

–Pero me gustó el manifiesto.

–Es para los dos.

–Lo tengo aquí delante. Espera un momento... Este, por ejemplo, me gusta mucho: *La telaraña de los secretos de la estirpe se extiende desde los micropuzzles de la sopa de la materia hasta los crospterigios clarividentes y anfibios de vanguardia. Reptiles que ponen huevos, prosimios acrobáticos y nostálgicos antropomorfos han ido entregando con mucho cuidado el testigo. ¿Se escondía una autopercepción ultralátente muy dentro del cerebro del reptil? ¿Algún antropomorfo excéntrico percibía de vez en cuando un adormecido atisbo del plan general?*

–Sí, robaban como cuervos.

–No seas tan mezquino... *O éste: En el globo del ojo colisionan la visión y la percepción, la creación y la reflexión. Las esferas oculares de Jano son una mágica puerta giratoria en donde el espíritu creador se encuentra a sí mismo en el creado. El ojo que mira el Universo es el ojo del propio Universo.*

–Me había olvidado de ése.

–Tiene que ser una gente muy rara.

–Eso pensé yo desde el momento en que los conocí.

–Pero, claro, no creo en esas ideas.

–¿Piensas en alguna en particular?

–¿No habrás olvidado que tienes ciertas obligaciones profesionales, Frank? Quiero decir que, como teoría científica, todo esto te daría un suspenso.

–Yo ya no estoy tan seguro.

–¿No creerás en serio que algo que ocurre hoy puede influir sobre algo que ocurrió hace mucho tiempo? ¿O te has vuelto esotérico?

–En absoluto. Pero, al contrario que antes, ahora siento que la vida tiene un significado.

–Me sorprendes.

–Si una persona que vive hoy puede ser idéntica a otra que vivió hace mucho tiempo, puede que no sea una mera casualidad.

–Repito: me sorprendes.

–No hay nada más sorprendente que la existencia del mundo. ¡Vivimos, Vera! ¡Sorpresa, sorpresa!

–En eso estoy de acuerdo.

–¿Pero no hemos tenido una especie de dogma básico que reza que la existencia del Universo es más bien una casualidad monstruosa? Al menos no tiene ningún «sentido».

–Te estás poniendo muy pesado.

–Creo que el Universo tiene una finalidad.

–¿Te has vuelto religioso?

–Llámalo así si quieres. Pero sin otra confesión específica que la de vislumbrar un sentido tanto en mi propia vida como en el mundo que me rodea.

–No es poca cosa. ¿Y no eres capaz de definir con más precisión ese «sentido»?

–No estoy de guasa, Vera. Sabemos cómo ha evolucionado la vida sobre la Tierra durante miles de millones de años, y las ciencias naturales al unísono no se cansan de calificar esta inmensa creación como una larga serie de procesos físicos y bioquímicos, ciegos y casuales y en el fondo totalmente carentes de sentido. Yo ya no lo veo así.

–Entonces tendrás que reciclarte en sacerdote o curandero.

–Escucha esto: el ser humano es un complicado proceso bioquímico que en el mejor de los casos dura unos 80 o 90 años, y que en el sentido más profundo sólo constituye el marco engañoso de la lucha de algunas macromoléculas por multiplicarse. El único fin atribuible a la vida humana es lo que tiene lugar dentro de cada una de las células, es decir la autorreproducción en masa de los genes. Pues un «ser humano» no es más que la máquina de supervivencia de los genes. La finalidad en sí es el gen, y no el organismo. Entonces, la finalidad de la existencia es la supervivencia de los genes, y no lo que éstos dirigen. La meta es el huevo y no la gallina, porque la gallina no es más que un producto del huevo. No es más que el gameto del huevo. ¡Por eso podemos encerrarla en una jaula!

–Pareces un poco exaltado. Pero dejaré pasar lo que acabas de decir y lo tomaré como un resumen aceptable.

–No deberías. Dentro de cincuenta años la mayor parte de los humanos se reirá de una visión como ésta del mundo. Pertenece a una generación de biólogos que comete colectivamente una *reductio ad absurdum*.

–¿Cuál es, entonces, la finalidad de la vida?

–Ya te he dicho que no lo sé. Sólo digo que el Universo no carece de sentido. La evolución de la vida en la Tierra es un proceso mucho más espectacular que el mito de creación más grandilocuente.

–Eres raro, muy raro.

–¿Estás de acuerdo en que tienes un alma?

–No sé. No sé si emplearía esa palabra.

–Pero ¿estás de acuerdo en que tienes una conciencia?

–Sí, claro. Si dijera que no, sería una contradicción.

–Entonces tienes una conciencia sobre el Universo.

–Y sobre mí misma. *Cogito ergo sum*.

–Podemos retroceder hasta ahí, hasta Descartes, porque es cuando todo comenzó a descarrilar. Existe *una* materia y una conciencia *de* la materia. Opino que la conciencia forma una parte tan esencial de la naturaleza del Universo que no puede ser sólo un casual producto secundario.

–Pero primero fue la materia.

–Puede ser.

–Aún me queda por ver una conciencia manifestarse materialmente, pero sí he visto lo contrario.

–Espera un poco. ¿Dices que te queda por ver una conciencia manifestarse materialmente?

–Sí.

–Excepto el mundo, Vera, excepto el mundo.

–Entiendo. Pero ya no te pronuncias como un científico.

–En ese caso tal vez sería importante hablar de algo que no fuera ciencia. Para mí la conciencia es una parte más esencial de la naturaleza del Universo que todas las estrellas y cometas juntos.

–Pero la materia es antes que la conciencia. De hecho es primaria en relación a conversaciones como ésta.

–Puede ser, ya te lo he dicho. Pero para mí está cada vez más claro que la materia cósmica llevaba en sus entrañas la conciencia. La conciencia no es un aspecto menos universal de la realidad que las reacciones nucleares en las estrellas.

–De verdad que no lo sé. Es evidente que tú has pensado más que yo en todo esto.

–También la sangre es antes que el amor.

–¿Qué acabas de decir?

–La sangre tiene que fluir por las venas antes de que seamos capaces de amarnos. Y eso no significa que la sangre sea más importante que el amor.

–Tal vez también ocurre con eso como con el huevo y la gallina.

–¿Cómo?

–Si no fuera por la sangre, no habría amor. Y si no fuera por el amor, no habría sangre.

–Eso es lo que he querido decir.

–Podemos seguir hablando en Sevilla. Son cerca de las tres de la madrugada.

–Yo sólo quise decir que he acabado con ese desmedido reduccionismo que ha pesado sobre este siglo como una pesadilla. Ya es hora de un cambio de milenio.

–Y yo me limito a decir que eres demasiado ambiguo. Lo único que tenemos en que basar la ciencia son las fuerzas de la naturaleza.

–¡Bah! Sacamos conclusiones que sobrepasan con mucho lo que darían de sí las cuatro fuerzas de la naturaleza.

–¿Tienes algún ejemplo?

–El sol no es sólo una estrella, la Tierra no es sólo un planeta, el ser humano no es sólo un animal, un animal no es sólo tierra, la tierra no es sólo lava, y Ana no está muerta.

–¿Qué ha sido lo último que has dicho?

–Ni idea. Se me escapó, encaja bien en la frase.

–¿Por el ritmo?

–Sí, por el ritmo.

–Y luego me gustó ésta: *Comodín sólo está presente a medias en el mundo de los elfos. Sabe que se va a marchar, y por eso ha liquidado sus cuentas. Sabe que va a desaparecer del todo, y por eso está ya medio desaparecido. Viene de todo lo que hay y no va hacia ninguna parte. Cuando llegue a su destino no podrá ni soñar con volver. Irá al país donde ni siquiera se duerme.*

–Entonces, ¿estás totalmente segura de que existe el País de la Nada?

–Por desgracia, sí. En la medida en que se pueda decir que «nada» es algo que realmente existe.

–Entonces es aún más importante que nos veamos. Vivimos demasiados pocos años.

–Estoy de acuerdo.

–En mi opinión es precisamente de eso de lo que trata el manifiesto.

–En mi opinión trata de que tomamos parte en algo muy importante.

–Iré a buscarte al aeropuerto de Sevilla.

–¿Has reservado hotel?

–He reservado una habitación en el Doña María. Está en la Plaza de la Virgen de los Reyes, enfrente de la catedral y la Giralda.

–¿Has reservado también para mí?

–Sí. Contaba con que vinieras después de suplicarte tanto, ¿sabes?

–¿Suplicarme?

–Sí, te supliqué. ¿Lo has impreso?

–Lo hice enseguida. Odio leer en la pantalla.

–Yo también.

–Ahora entiendo por qué me dijiste que te recordaba a un geco. Me hizo mucha gracia Gordon.

–Ya me lo imagino.

–Necesitas que te hablen con severidad.

–Pero no eres tú quien se parece a Gordon. Era Gordon el que se parecía a ti. ¡Causa y efecto, Vera!

–Muy gracioso... ¿Entonces has reservado dos habitaciones?

–He reservado las dos cosas.

–¿Qué quieres decir con eso?

–He reservado una habitación y dos habitaciones... ¿Oye?

–Me he quedado sin habla.

–¿Por qué?

–Eres muy raro. Y te has vuelto muy descuidado con los principios de la lógica.

–¿Puedes ser un poco más precisa?

–No se puede reservar una habitación y dos habitaciones. En ese caso se han reservado dos.

–La lógica es demasiado pobre en ambivalencia. Por eso tampoco se presta mucho para resolver conflictos, o procesos en general. La lógica está completamente muerta, Vera.

–Es más o menos como lo de que no se puede llegar «en parte» a una isla desierta. Ir o venir es algo que se hace o no se hace. Eso es algo que deberías tener en cuenta. Ya te digo, deberías tenerlo en cuenta, Frank.

–No sé si estoy ya tan seguro. Por una parte, el enano llegó a la isla con el marinero; pero, por otra, no apareció hasta más tarde.

–Creo que estamos manteniendo un diálogo de besugos. Yo soy la isla desierta.

–¿Vera?

–Nos veremos mañana.

–Y enseguida nos daremos cuenta de qué modo nos vemos.

–¿Se trata de una idea profunda?

–Tal vez haya un cielo encima de éste.

–¿Ésa ha sido aún más profunda?

–Ni idea. Ya no sé ni lo que digo. Es como si alguien me pusiera las palabras en la boca.

–Eso se llama eludir responsabilidades.

–Pero acabo de recordar algo que Ana dijo en Fidji.

–¿Qué?

–«Hay algo fuera de esto», dijo.

–Sí, sí, es verdad. Espera un momento...

–¿Qué estás haciendo?

–Nada, espera, estoy mirando... «Creéis que vais a un funeral», dijo, «pero en realidad acudís a un nacimiento». ¿Piensas que estaba profetizando?

–Te he dicho que no lo sé. Sólo sé que voy a coger el AVE a las ocho.

–Oye... he vuelto a estudiar ese cuadro de Goya. Me estremecí al verla en Salamanca.

–Te lo has merecido.

–¿El qué?

–Estremecerte un poco.

–Hasta mañana.

Epílogo
de John Spooke

Yo, por mi parte, me estremezco cuando miro la gran foto en color de Sheila. Está colgada en un marco negro sobre el escritorio donde estoy trabajando, y ahí está desde que se la hice hace unos años delante del viejo Ayuntamiento de Croydon. Sheila debía de estar mirando directamente al objetivo en el momento en que le sacaba la foto, porque es como si me mirara a mí. A veces tengo la sensación de que pensó que así me vigilaría si moría antes que yo.

Siempre me ha parecido desgarrador estudiar fotos nítidas en color de personas que ya no viven. Por no decir lo contrario: hace doscientos años tuvo que haber sido muy chocante para un andaluz cualquiera toparse con el retrato que llevaba el enano de la hermosa gitana en los jardines del Alcázar.

Después de tres años me sigue pareciendo imposible que jamás vaya a volver a ver a Sheila. Pero ¿cómo puedo estar tan seguro de que no me voy a reunir con ella? Estoy casi seguro, pero no del todo. Con la simple existencia del mundo, los límites de lo improbable ya se han sobrepasado. Si el mundo existe, ¿por qué no habría de existir otro mundo después?

Porque somos de carne y hueso como los sapos y los murciélagos, habría dicho Frank. Sí, estoy de acuerdo, y si hay algo que me fastidia es precisamente la circulación sanguínea. Yo soy ya un primate de bastante edad. Pero ¿no soy también un ser de espíritu?

Jamás me ha cuadrado que el alma del ser humano no sea más que un absurdo fenómeno basado en proteínas, como el cuello de la jirafa o la trompa del elefante. Con mi conciencia soy capaz de percibir todo el Universo. Ya no estoy tan convencido de que el alma sea sólo una secreción bioquímica.

Sabemos que existen otras galaxias. Tal vez existan también otros Universos, muchos astrónomos así lo creen. ¿Por qué sería la sucesión de un nivel de realidad a otro menos probable que una sucesión en el tiempo y en el espacio? O dicho de otra manera: ¿Por qué sería impensable la sucesión de un nivel a un metanivel? Es posible despertar de un sueño.

No sabemos lo que es este mundo. Me imagino que es fácil dejarse engañar por los límites que te impone el nivel de realidad en el que te encuentras en ese momento. Y Ana no había muerto.

Cuando llegué a Taveuni para participar en un programa de televisión sobre el futuro del ser humano, llevaba muchos años sin escribir ninguna novela. Durante la enfermedad de Sheila fui incapaz de producir nada, y tampoco conseguí empezar algo nuevo durante los primeros años después de su muerte. Nunca se me ha dado bien tener dos pensamientos a la vez en la cabeza. Es curioso lo atado que se puede sentir un hombre de mi edad a una mujer. Resulta casi aterrador comprobar cuánto puede llegar a debilitarse tu fuerza vital por la ausencia de un ser querido.

Tenía necesidad de encontrarme con personas nuevas para poder volver a escribir, y en Taveuni me topé con gente muy diferente a la que suelo conocer aquí en Croydon. Necesitaba ejercitarme con nuevas ideas y pensamientos. Tal vez por eso invité a los huéspedes de Maravu a una cumbre en el trópico.

También en ocasiones anteriores había tomado situaciones reales como punto de partida para una novela. Nunca me ha faltado imaginación, pero a menudo me ha resultado muy difícil inventarme personajes realmente vivos.

Antes de encontrarme con Frank, ya había elegido a Ana y José como personajes de la novela que iba a escribir. Ana era una impresionante mujer de unos treinta años. Era media cabeza más alta que José, tenía una larga melena negra, ojos oscuros, y se movía como una diosa. Él era mayor que ella, con ojos azules y tez muy clara para ser español. Se presentaron como periodistas de televisión, pero José mencionó en algún momento que Ana también era una conocida bailaora de flamenco. Yo había ido a la isla enviado por la BBC, para colocarme en la línea del cambio de fecha y decir unas palabras sobre ética global y el futuro del planeta. Se suponía que la pareja española estaba allí para preparar un reportaje parecido para un canal de televisión español, razón por la cual coincidimos un par de veces en el meridiano 180°. Ya había pasado un gran número de equipos de televisión por la isla, y eso que aún faltaban casi dos años para la celebración.

Me había fijado en la pareja española por varias razones. Cuando estaban solos, o más bien cuando hacían como si estuvieran solos, solían recitarse mutuamente unas extrañas máximas. Me hacían pensar en las personas que hablan solas, y lo digo aunque eran dos, porque no daban la impresión de decir algo que el otro no supiera. Yo no entendía el español, pero me fijaba en sus extraños susurros con gran interés, antes de que Frank hiciera lo mismo. La diferencia entre Frank y yo era que él entendía lo que decían. Era una diferencia esencial. Yo había reaccionado a la forma, no al contenido. Ya durante la cena de la primera noche observé cómo Frank escuchaba a hurtadillas a los dos españoles. Cuando me pidió prestado un bolígrafo, el placer fue mío. De alguna manera me imaginé que le había hecho un encargo, sin que él lo supiera.

Hubo algo más, y creo que fue lo que me hizo reaccionar o, mejor dicho, espiar a la pareja española. Desde el primer momento tuve la sensación de haber visto antes a Ana. Luego llegó Frank a la isla. Cuando me comentó que él también estaba seguro de haberse encontrado antes con ella, me puse a investigar, y no voy a negar que me estremecí al descubrir la verdad. Me quedé estupefacto, y a partir de ese momento miré a Ana de una manera muy diferente.

Opté por no precipitarme. Tampoco quise decir nada a Frank para no aturdirle más de

lo que estaba. Me limité a darle una pequeña pista el día que se marchó de Maravu. Luego seguí a la expectativa. Era una historia que me quería llevar a casa.

Nunca me ha gustado hablar de lo que estoy escribiendo, al menos no hasta haber empezado el proceso de escribir. Me temía que los comentarios podrían estropearlo todo, si se convertía en tema de conversación durante las cenas en Maravu.

Cuando Frank llegó a Taveuni, él llevaba ya dos meses en el Pacífico Sur. Prácticamente todos los conocimientos que poseo sobre esa parte del mundo provienen de él. Conforme le fui conociendo, iba teniendo más claro que él tendría que ser el narrador de la novela que yo quería escribir. Tuve la impresión de que él y yo haríamos una buena pareja, a pesar de la gran diferencia de edad. Por cierto, debo mencionar que el sueño que Frank relató a Gordon lo tomó prestado de mí. Yo fui el que tuvo una pesadilla una noche en Maravu, soñando que no recordaba si tenía 18 o 28 años. Luego me desperté y no tenía los alarmantes 40 años de Frank sino los alarmantes 65 míos. Me levanté de un salto y me puse delante del gran espejo del armario. Yo era el primate entrado en años.

Ningún ser humano es idéntico a otro, y es obvio que existe toda una variada flora de caracteres. Sin embargo, a mis ojos no hay más que dos categorías de personas: una, la que abarca a la gran mayoría, se siente contenta con vivir setenta, ochenta o noventa años. Sus razones pueden variar. Unos piensan que al cabo de ochenta o noventa años habrán vivido una rica y larga vida y que para entonces estarán contentos de tumbarse boca arriba y morir tranquilos y satisfechos; otros sostienen que bajo ninguna circunstancia quieren hacerse viejos y necesitar toda clase de cuidados y convertirse así en una carga para los demás; otros desean vivir más de ochenta o noventa años, lo cual es poco sensato, ya que la naturaleza está hecha de tal forma que no lleguemos a mucho más que eso. Luego están los que –tal vez el subgrupo más grande– consideran horrible la idea de tener que estar en el mundo durante cientos o miles de años. ¡Bien! Está bien y en concordancia con la naturaleza de las cosas. Pero hay otra categoría de personas completamente diferentes, un reducido número de individuos que desea vivir eternamente. Son los que sufren una anomalía, en el sentido de que no son capaces de entender cómo podrá seguir existiendo un mundo cuando ellos hayan desaparecido. Frank era de estos últimos, por lo que me interesó desde el primer momento. Era además una condición necesaria para convertirle en el narrador de la novela. Nunca me he sentido identificado con los miedosos que rechazan la idea de vivir en la Tierra eternamente. Cuando era más joven, esa cualidad era de las que siempre buscaba en las fases tempranas de mi relación con otras personas. Solía preguntar: si pudieras elegir, ¿te gustaría vivir eternamente? ¿O aceptas que un día ya no vas a estar? Así he ido llevando mi pequeña estadística informal. Y he llegado a la conclusión de que la mayoría de los seres humanos desea morir. ¡Muy bien! ¡Menos mal que la naturaleza está organizada de una manera muy sabia!

No coincide siempre que los que más disfrutan de la vida sean los menos dispuestos a abandonarla cuando llega la hora. Al contrario, los que más se divierten, son a menudo

los que tienen una actitud despreocupada ante el hecho de que la vida se vaya a acabar un día. Esto puede parecer una paradoja, pero no lo es cuando se estudia más a fondo. Aquellos que se niegan a aceptar que la vida se acabe se encuentran ya en el límite. Saben que pronto van a desaparecer, por tanto están ya medio desaparecidos. Por consiguiente, lo importante no es si les quedan sólo cinco o sólo cincuenta años de vida. En este punto es donde se distinguen de los que aceptan el hecho de que un día tengan que abandonar esta vida –siempre y cuando éste no se cumpla demasiado pronto–. Los que quieren vivir siempre no son los primeros en lanzarse a la pista de baile. No son los que *disfrutan* de la vida. Los bailarines están tan absortos en el baile de la vida que no se dejan distraer por la idea de que un día la fiesta llegará a su fin.

En su carta a Vera, Frank le cuenta como vivió el breve vuelo de Viti Levu a Taveuni. Ya en ese relato se ve claramente la categoría de persona a la que pertenece. Pasaría bastante tiempo hasta que yo leyera los pensamientos que él había tenido aquella primera mañana en la isla, pero creo que ya intuí por qué circuitos se movían, y llegaría a entender aún más en los días sucesivos. Frank pertenecía a un raro grupo de personas. Era de los que se sienten oprimidos en la Tierra por la falta de duración y espíritu del mundo.

Frank concluye la descripción del vuelo de Nadi aduciendo que «provocó en mí una sensación ineludible de no ser nada más que un frágil vertebrado en el cenit de su vida». Eso lo dice él, pensé, y no porque me costase reconocerme en sus pensamientos, sino porque yo tenía casi treinta años más que él, es decir la misma edad que el piloto. Ahora, inclinado sobre el escritorio en Croydon, una caprichosa ciática hace que de vez en cuando sienta molestos pinchazos. No hace falta ser especialista en vertebrados para notar que estoy cargando con un flaqueante esqueleto. Recibo, además, tratamiento por una angina de pecho y sé que cada segundo que continúo en el mundo ha de considerarse un regalo divino. Es como vivir con una pistola en la nuca. Es como si el tiempo que me queda en la Vía Láctea vaya a pasarlo en una avioneta tipo caja de cerillas con instrumentos defectuosos. Ni siquiera estoy acompañado por una amiga con quien leer el mapa en el último trecho del viaje.

Hace tres años que murió Sheila, y unos meses más desde que fue capaz de cruzar la habitación y poner una mano confortadora sobre mi nuca. Hacía más de cuarenta años que nos conocíamos cuando ella murió. Me permito mencionar algo tan íntimo para señalar por qué actué con tanta resolución cuando me encontré con Frank en Madrid un año más tarde.

Desayunando con los españoles la mañana en que acababa de recoger a Frank en el aeropuerto, mencioné que había llegado un noruego en el vuelo de la mañana, y que los noruegos se consideran muy buenos jugadores de cartas. Seguramente tiene algo que ver sus largos inviernos, señalé. Había observado que a Ana le gustaba quedarse hasta tarde jugando. Siempre era la más interesada en buscar un equipo contra el que competir. Aquella misma mañana se había marchado un holandés que había jugado contra ellos. ¿Quién ocuparía ahora su silla en la mesa del bridge? Yo desde luego no, porque ni sabía

jugar a las cartas ni deseaba aprender.

La baraja es algo que asocio con Sheila. Podía pasarse tardes enteras haciendo solitarios mientras yo trabajaba en la buhardilla. Siempre se ponía muy contenta cuando bajaba al cuarto de estar tras acabar mi trabajo. Para darse importancia, me hacía esperar hasta que ella hubiera acabado el solitario, y cuando estaba de buen humor y quería bromear, yo tenía que barajarle las cartas para que hiciera un solitario más. Al acabarlo, levantaba por fin la cabeza y me miraba.

Me había fijado en la cabaña que asignaron a Frank a su llegada. Además, como no siempre había personal en la recepción, aproveché la ocasión y anoté su dirección, su fecha de nacimiento y que su pasaporte había sido expedido en Oslo. Luego indiqué a los españoles la «bure» en la que se alojaba y que había visto al noruego en el porche. Creo que se siente bastante solo, dije. La intención fue buena.

Debo decir que no todo lo que ocurrió en Maravu en aquellos días de enero ocurrió porque sí. No es que yo me dedicara a hacer de alcahueta, sólo digo que ayudé a poner en marcha ciertos procesos sociales que en otro caso habrían exigido al menos una semana.

Como digo, en primer lugar fui yo quien insinuó a Ana y José la posibilidad de que Frank estuviera dispuesto a sustituir al holandés en la partida. Lo hice más bien por Ana. En segundo lugar, fui yo quien señalé la cabaña en la que el noruego acababa de instalarse. Y en tercer lugar, yo sugerí a los españoles que intentáramos sonsacar al biólogo evolutivo información sobre dónde se encontraba en la actualidad su ciencia, casi 150 años después de *El origen...* de Darwin, ya que me pareció que debíamos aprovechar la ocasión. La noche anterior, José y yo habíamos confraternizado en torno a una mundana teoría que decía que el hombre moderno era demasiado pobre en lo que optamos por llamar «imaginación del conocimiento».

Si la carta a Vera –incluido el epílogo que le sigue– realmente acabara en una cápsula del tiempo en la línea internacional del cambio de fecha, dentro de mil años tendré que responder por jugarretas como ésta, y ya se está montando el patíbulo. No obstante, para entonces habrán prescrito todos los cargos, incluso de lo que hice en Sevilla casi un año más tarde. Porque la historia de Ana y José aún no ha terminado, y el relato sobre Frank y Vera tampoco.

Soy capaz de encontrar algún consuelo en que a pesar de lo que hagamos o lo que no hagamos, dentro de un tiempo todo se habrá olvidado. A vosotros, que leeréis esto dentro de mil años, os ruego que la historia de Ana no se ahogue en el entusiasmo de entrar en otro milenio.

En el *Daily Telegraph* leí hace algún tiempo que se está planeando un Monumento al Milenio en Taveuni. Por quinientos dólares, el que quiera puede escribir un saludo al cuarto milenio y meter la nota en una cápsula de cristal. La cápsula se introduce en el hueco de un ladrillo, que luego se sella y se coloca formando parte del propio monumento. Después, una fundación se ocupará de conservar el muro durante el próximo milenio, y de garantizar que tu cápsula sea abierta en el año 3000.

Pasarán mil años, y entonces la historia sobre Ana María Maya se leerá en ese lugar,

donde el meridiano 180° cruza Taveuni. Cuando intento hacerme una idea de cómo será la gente que se encuentre en la línea del cambio de fecha dentro de mil años, me imagino siempre a un enano sentado sobre el monumento leyendo estas líneas.

La carta a Vera se inicia con una exhaustiva presentación de Frank sobre la isla a la que había llegado, y no entiendo muy bien cómo le dedica tanto tiempo. Me explico: el hombre se encuentra en una habitación de hotel en Madrid, tiene sólo un par de días para relatar a Vera la historia de Ana y José, ¡y se pone a explayarse sobre sapos y murciélagos! No sé cuánto espacio hay en las cápsulas que se pueden comprar por quinientos dólares, sólo sé que se introducen en el hueco de un ladrillo. Si en mi mensaje para el futuro no cupiera todo lo que Frank escribe, tendré que quitar unas páginas de aquí y de allí. Por otro lado: cuando la carta a Vera se lea en Taveuni el uno de enero del año 3000 –en lo que estoy poniendo todo mi empeño– nuestros descendientes tendrán también un amplio informe de cómo era «The Garden Island» mil años antes. ¡Pobre gente! Tal vez nos odien. Dudo de que la paloma de color naranja siga con sus vuelos matutinos sobre el lago de Tagimaucia. Dudo de que quede algo del frondoso bosque tropical. Por esa razón aún no he arrancado las páginas que Frank escribió sobre las condiciones naturales en Fidji. En el peor de los casos, me contentaré con meter un disquete en el ladrillo sellado. La cuestión es si será compatible dentro de mil años. Por si acaso, procuraré introducir unas hojas con el manifiesto impreso. No requiere mucho espacio.

Siento escalofríos cuando alguna que otra vez me pregunto lo que podría haber sucedido si Vera realmente hubiese recibido la carta de Frank. Ahora bien, como voy a añadir un epílogo, procuraré que la lea en alguna ocasión. Quizá le ayude a entender mejor lo que sucedió en Sevilla. Si ella insistiera en que más gente debería tener la posibilidad de leer la historia de Ana, puede que al fin y al cabo me deshaga de esa idea de la cápsula del tiempo. De nada sirve meter un escrito en una cápsula del tiempo que no se podrá abrir hasta dentro de mil años, si su contenido ya ha circulado entre la gente de nuestra época. En ese caso ya estará todo dicho, y el mundo decidirá lo que ha de ser recordado por la posteridad y lo que quedará en el olvido. Siempre zumban muchas voces en las huellas de los seres humanos, demasiadas. Si hubiera que escuchar encima todas las voces de las generaciones anteriores en forma de telón de fondo verbal, la situación se haría insostenible. O se guarda un secreto durante mil años o se opta por dejar de hacerlo.

Fui yo el que empezó a hablar a Frank de los geos, porque pensé que a mí me darían más asco que a él si me tocaban mientras dormía, por ejemplo. Pensé que Frank, que se había presentado como un especialista en esa clase de criaturas, tal vez podría pronunciar algunas palabras tranquilizadoras sobre la coexistencia pacífica entre los hombres y los reptiles, y sobre todo a un hombre quisquilloso como yo. Pero me dio a entender que también él prefería ver su cuarto libre de geos, aunque no me dijo por qué. Señaló no obstante que hasta entonces sólo había visto un geco, pero que había tenido la precaución de abrir la puerta lo menos posible para que no entraran mosquitos en la

habitación, truco que yo desconocía por completo. Ése era el geco que recibió el nombre de Gordon, tomado de un noble licor de Londres por el cual yo siempre he sentido un gran aprecio, hasta tal punto que Sheila no dejaba de comentarlo. Cuando destapo una botella –sobre todo si no ha sido abierta antes– aún me parece que Sheila me está observando.

Frank no sólo pertenecía a esa clase de gente que se siente apresada por la Tierra por la falta de duración y espíritu en la existencia. También pertenecía a los que siempre escuchan voces en su cabeza.

Sobre todo después de la muerte de Sheila, yo también oigo voces. Sigo manteniendo largas conversaciones con ella, y no siempre soy consciente de si hablo en voz alta o de si se trata sólo de algo que pienso. Al menos sé que alguna que otra vez hablo en voz alta, y ella me contesta en mis pensamientos.

Siempre resultaba fácil conversar con Sheila, también mientras vivía. Cuando me pronunciaba sobre algo, sabía siempre de antemano lo que ella diría, no sólo lo que opinaba sobre esto o aquello, sino exactamente lo que iba a decir, palabra por palabra. Nos conocíamos muy bien.

Creo que todo el mundo tiene su propio lenguaje, y tal vez seamos especialmente individualistas en nuestra elección de las palabras y expresiones más frecuentes, como «ya ves», «propiamente dicho», «por así decirlo», «a ver si me entiendes», «siempre he pensado que», «¿no ves lo estúpido que es?», etcétera. Cuando estoy con otras personas, suelo fijarme en algunas de esas frases que eran de Sheila y que hacen que de algún modo siga estando a mi alrededor.

Contesto en voz alta sobre todo cuando me altero por algo que Sheila dice, aunque sé de antemano que ella va a decir eso que me altera. A ese nivel ningún cambio dramático ha sucedido en mi vida. Puede sonar curioso a mi edad, pero echo de menos su cuerpo. Gran parte de las demás formas de la convivencia siguen en cierto modo intactas, no sólo porque continuamos conversando, sino también por todos los recuerdos que compartimos, pues también en ellos Sheila ocupa un lugar principal. Incluso echo de menos que me pida que le baraje las cartas del solitario.

Sheila siempre había sido aficionada a los solitarios, y cuando era joven, ese rasgo tan curioso fue de las cosas que me hicieron enamorarme apasionadamente de ella. Más tarde podía odiarla justo por esas excentricidades. A veces detestaba que se pasase tardes enteras haciendo solitarios. Recuerdo que una vez le dije que hacer solitarios se considera un juego de la muerte. Se ofendió muchísimo. También me irritaba pillarla alguna vez haciendo trampas para que el solitario le saliera. Y ahora que ya no está, echo de menos aquello por lo que la odiaba. Así se ha cerrado el círculo, y no es vicioso. Resulta más fácil amar a un ser al que no alcanzas, que amar a alguien de quien no te libras.

Tengo un vecino que comenta que hablo solo. Eso significa que es fácil engañarle. Me alegra que él nunca oiga lo que dice Sheila, pero supongo que llegará un día en que no sea capaz de mantener las palabras de Sheila para mí solo. Sé que empiezo a hacerme viejo. Quizá sea demasiado pronto, pero padezco ya de algo que llamaría incontinencia verbal. La cosa podría empeorar.

Mientras las voces se queden en mi cabeza no tendré nada de lo que avergonzarme. Nunca me he sentido avergonzado ante Sheila por seguir hablándole. Eso sería dar la vuelta a las cosas. Fue ella la que dejó tras sí tanta resonancia. «Es la hora del té, John. ¿Vienes ya?» «No te irás a poner ese traje, ¿verdad? Hace dos meses que te dije que lo llevaras a la tintorería.» «He pensado que podríamos invitar a Jeremy y a Margareth a cenar una noche. ¡Hace tanto que no los vemos...!»

No me explayaré más comentando la versión que da Frank de esa cumbre en el trópico que escenifiqué con tanta frivolidad. En general, opino que su descripción es bastante verídica. Sólo en un punto conviene matizarla.

Escribe que Ana resumió su visión de la realidad con tres aseveraciones. Primero dijo: «Existe una realidad fuera de ésta. Cuando muera, no habré muerto. Todos creeréis que he muerto, pero no estaré muerta. Pronto volveremos a encontrarnos en otro lugar». Luego dijo: «Pensaréis que acudís a un funeral, pero en realidad habréis llegado a un nacimiento». Y finalmente: «Hay algo fuera de esto. Aquí no somos más que efímeros espíritus que estamos de paso».

Se dijo algo por el estilo, no lo niego, y es obvio que resulta imposible recordar cuáles fueron las palabras exactas de una conversación que tuvo lugar hace más de un año. Ahora bien, las circunstancias me obligan a señalar que el amigo Frank va demasiado lejos al subrayar que Ana relacionó su visión dualista del mundo con su *propia* vida y su *propia* muerte y funeral. Ella utilizó frases mucho más generales para expresar su fe en una realidad fuera de ésta y en una vida después de la muerte. Recuerdo que esto lo relacionó con algún tema comentado tanto por Laura como por mí mismo, porque dijo textualmente: «Tal vez volvamos a vernos en otro lugar y recordemos esto como un sueño».

Si no me hubiera vuelto a encontrar con Frank unos meses más tarde en Madrid, la carta a Vera no contendría tantas pedanterías. Pero resultaría mucho más importante de lo que nos imaginamos saber exactamente cómo se había expresado Ana. Yo también creo –como Frank– que llegó a comparar un funeral con un nacimiento. También puedo confirmar que José derramó una lágrima mientras Ana hablaba, y no creo que fuera porque le hubiera entrado algo en el ojo. Luego tuve que preguntarme a mí mismo si había alguna relación entre esas lágrimas y la repentina indisposición de Ana un día después.

Frank tiene razón cuando dice que me retiré justo después de que la pareja española hubiese salido tambaleándose al palmeral, y por eso no sé cuánto tiempo se quedó él allí sentado. No obstante, tengo razones para pensar que se dejó seducir por la mística naturalista de Laura, lo cual se desprende también de su conversación nocturna con Gordon. Tuve la sensación de que Frank estaba librando una batalla interior con el fin de quitarse de encima una imagen del mundo demasiado mecanizada. A tal fin, las dulces perspectivas de la joven con trenzas negras y ojos extraños tal vez se convirtieran en una grata tentación.

Frank relata cómo se despidió la última noche que pasó en la isla. Recuerdo que seguí

con la mirada a Frank y a Laura hasta que se sentaron en el porche. Luego debo precisar que no tengo ningún otro punto de referencia de lo que ocurrió el resto de la noche, aparte de lo que Frank deja entrever en su carta a Vera.

Yo volví a Londres un día después de marcharse Frank, pero, al contrario que él, me fui hacia el oeste, hasta Sidney y luego vía Singapur y Bangkok. Por fin, durante esos largos vuelos fui capaz de formarme una especie de imagen general de todo lo que registré en Maravu.

Ana se mareó otra vez después de que el noruego se hubiera marchado. Sucedió en el palmeral, delante de la piscina, justo después de que le hubiera transmitido los saludos de aquél. Duró sólo unos minutos, pero también esa vez José reaccionó con pánico. Le pellizcó el brazo, pronunció su nombre repetidas veces e intentó levantarlo los pies y apoyarlos en el tronco de un cocotero, del que colgaba un cartel con una inequívoca advertencia de que caían cocos.

Había transmitido a Ana la preocupación de Frank por su salud y sus deseos de una pronta recuperación. También hice algún comentario sobre su amor por el arte español y sobre que había mencionado el Prado como una de las mejores pinacotecas del mundo. Es posible que añadiera que su favorito entre los maestros españoles era Goya. Pero no obtuve la reacción deseada, porque José se puso bastante agresivo y dijo: «Muy bien. Pero ¿por qué no nos dejas en paz?».

Ana pareció tolerar mejor que él mi iniciativa de hablar de Goya. Pero, claro, fue ella la que se desplomó sobre el césped delante de la piscina un cuarto de hora más tarde. Durante la cena sólo los vi de lejos, y además, habían llegado ya nuevos huéspedes.

Frank no dice nada en su carta de lo que hizo en Oslo hasta finales de abril. Si seguía viviendo en Sognsveien, tendría que resultarle pesado subir la última cuesta hasta su casa cuando volvía andando de la universidad. Y si iba en coche, también tendría que pasar por el lugar del accidente varias veces al día. Si yo me hubiera encontrado en la misma situación, creo que me habría mudado. En Croydon doy largos rodeos para evitar pasar por delante del hospital donde estuvo ingresada Sheila justo antes de morir.

Frank y yo teníamos un sentimiento de la vida bastante parecido, pero me molestaba que Vera y él fueran incapaces de hablar. Habían perdido a una hija, pero también la habían tenido juntos. Sheila y yo lo intentamos durante muchos años, pero nunca tuvimos un hijo. Ella tenía las cartas del solitario. Y yo tenía las novelas.

Con esto he dejado claro que gran parte de lo que Frank cuenta sobre Fidji se basa en la realidad.

Si tengo un programa literario, es el siguiente: siempre me baso en situaciones reales en la medida en que tengo acceso a tales situaciones. Pero uno no logra tener conocimientos de todo, y en esas zonas grises la fantasía adquiere cierta libertad de acción. En lo que se refiere a las cuestiones históricas, tales como los modelos de Goya, la colección de arte de Manuel Godoy o los pioneros del cante flamenco, el material del que se dispone es limitado. No obstante, y me resulta necesario añadirlo, puede suceder que un novelista se tope con alguna fuente que hasta entonces ha estado oculta a los historiadores. Y aún

más: incluso puede ocurrir que el novelista logre tener acceso a fuentes más o menos herméticas que puedan arrojar nueva luz sobre hechos históricos. Esta vez tuve varios de esos golpes de suerte. Si lo subrayo, es porque quiero dejar muy claro que mucho de lo que Frank contó sobre Fidji y España es auténtico.

Me pareció inexplicable el enorme parecido de Ana con la *maja* de Goya, y leí sobre *La maja desnuda* en el catálogo del Museo del Prado que «este cuadro, cuyo enigma aún no ha sido resuelto, es un ejercicio de pintura intimista». «Cuyo enigma aún no ha sido resuelto», pone. No pone que «nunca será resuelto». Pero pone «intimista». Hace doscientos años que se pintó el cuadro, y la verdad es que en España se conservan aún viejas cómodas que guardan secretos de hace doscientos años, por ejemplo, en Sanlúcar de Barrameda.

Encontrarme con Frank en Madrid resultó perturbador para mi trabajo. En medio de la preparación de mi novela aparece de repente su protagonista en el Palace, y encima en el lugar de la acción, porque yo me había alojado en el noble hotel sólo porque me lo había imaginado como el lugar desde donde Frank escribe su larga carta a Vera.

La semana anterior había cometido la torpeza de ir a Sevilla. No debí hacerlo, pues también allí ocurrieron cosas inconvenientes para el proyecto de la novela.

Tuve que evitar el funeral, lo cual no había sido mi intención desde un principio. Al contrario, esperaba con ilusión poder describir a una multitud de gitanos de luto por Ana María, que había muerto por perseguir a un enano que le había sacado una foto.

¿Qué sucedió en Sevilla?

A veces ocurre que nuestras vidas, incluso en lo más cotidiano, superan con creces cualquier historia inventada.

Cuando bajé al bar del Palace, Frank ya estaba allí sentado frente a una cerveza. Era a mediados de noviembre, casi un año después de nuestro encuentro en Fidji. Aún tenía muy clara la imagen que me había formado de él, como una persona más bien desanimada, el día en que lo recogí en el pequeño aeropuerto junto con un par de norteamericanos.

Ahora había pasado algo más de medio año desde que él escribió su larga carta a Vera en el Palace. O, para dejarlo muy claro: fui yo quien se imaginó a Frank sentado en una habitación de hotel en Madrid escribiendo una larga carta a Vera tras haberla visto en la conferencia de Salamanca. Empieza a ser importante mantener separadas las dos historias. Ya en noviembre del 98, yo había escrito parte de la carta, pero no me estaba saliendo bien. El que fuera a encontrarme con Frank en el mismo hotel era algo que ni siquiera había considerado como una remota posibilidad. Sabía que vivía en Oslo, y aunque estuvo estrechamente ligado a España durante algunos años, la posibilidad de encontrármelo en Madrid era mínima. Además, no fue él quien me habló del Palace; me lo había recomendado Chris Batt, de la nueva biblioteca de Croydon.

Al sentarme, el noruego sonrió expectante y sacó del bolsillo interior un rotulador de la marca Pilot diciendo:

—No me acordé de devolvarte el rotulador que me dejaste. ¡Aquí está!

Me reí, y mi risa tenía doble fondo, porque era yo quien debería estarle agradecido a él.

–Te dije que podías quedártelo

–comenté. Pero lo acepté de todos modos, porque me pareció que tenía cierto valor afectivo.

–¿Qué tal va tu informe? –le pregunté.

–Bueno, está casi acabado. ¿Y qué tal tu novela?

–Supongo que puedo responder lo mismo.

–¿Estás de vacaciones en España?

Estaba preparado para la pregunta:

–No del todo.

–¿Investigando, tal vez?

–En cierta manera sí.

–¿Escribes sobre algo español?

Me puse un dedo sobre la boca:

–Nunca hablo sobre lo que estoy escribiendo. ¿Y tú?

–Puedo hablar del informe si quieres.

–¿Qué haces en Madrid?

Como no contestó inmediatamente, añadí:

–¿Has venido a ver a Vera?

–Ella vive en Barcelona.

–Sí, recuerdo que lo dijiste. ¿La viste por fin en la conferencia de Salamanca?

Hizo un gesto afirmativo.

–Pero no tenéis mucho contacto, ¿no?

–Ya veremos –se limitó a contestar.

–Pues sí, ya veremos –repetí–. ¿No era ella con la que estabas comiendo hoy?

Negó con la cabeza, pensativo. Era obvio que pensaba en lo que estábamos hablando.

–Era una vieja compañera de estudios. Hace muchos años estuve estudiando algún tiempo aquí, en Madrid.

–¿Y ahora estás pasando unos días de vacaciones?

Empezó a moverse incómodo en la silla:

–Sí, de fin de semana improvisado, por así decirlo. Viví de pequeño un tiempo en Madrid. Mi padre fue corresponsal de un periódico aquí durante cuatro años. Siempre hay algo que me hace regresar.

–¿Tal vez también Vera? ¿Vas a ponerte en contacto con ella?

Hasta ahí había conseguido llevarle, pero no más lejos, porque contestó con una sonrisa:

–Esto está empezando a parecerse a un interrogatorio, ¿no?

Pues sí, estaba empezando a parecerse a un interrogatorio. Pero tenía que procurar enterarme de cómo iban las cosas. Además debía sacarle si tenía un par de días libres. Di un pequeño rodeo.

–¿Visitarás el Prado o sitios así?

Se le iluminó la cara, y no creo que fuera sólo porque yo había cambiado de tema.

–De hecho había pensado pasarme mañana –respondió–. Si tienes tiempo, podríamos ir juntos. ¿Sabes? Hay un par de cuadros que me gustaría enseñarte –añadió.

Ah sí, pensé, conque un par de cuadros. Dije:

–¿Goya o Velázquez?

Su rostro tenía un aire secreto en el local lleno de humo de tabaco.

–Goya –dijo.

–¿Y en qué cuadros estás pensando?

Me miró a los ojos, y creo poder afirmar que sus pupilas bailaban de emoción al decir:

–Tienes que verlos. Me gustaría observar tu expresión cuando los tengas delante.

Puso una cara como de orgullo, como si él tuviera parte del mérito de lo que iba a mostrarme. Luego se puso alerta.

–¿O sabes a qué me estoy refiriendo?

Naturalmente tenía una idea de cuáles eran los cuadros que quería enseñarme. Ya en Taveuni me había anticipado. Jochen Kiess me prestó su ordenador portátil y un módem, y no tardé ni tres minutos en conseguir varias fotos nítidas de los cuadros más famosos de Goya. Me llevé un susto tan grande que estuve a punto de abrir la puerta, salir al palmeral en ropa interior, y gritar «¡Eureka!». Pero recobré la calma y encontré en Internet algo de información sobre el flamenco en Sevilla. Así, no tardé mucho en averiguar que Ana era una conocida bailaora de flamenco y que se llamaba Ana María Maya. Luego todo ocurrió por sí solo. ¿No fue curioso que Laura comenzara a hablar del viejo concepto hindú de la *maya* el mismo día en que yo me enteré de que el apellido de Ana también era Maya? Y no pude resistir la tentación de ponerle el dedo en la frente y llamarla por su verdadero nombre. La calificué incluso de «obra maestra». Así ocurrió exactamente, tal como Frank lo relata en la carta a Vera. Ana se parecía tanto a la *maja* de Goya que tendría que estar harta de que la gente siempre lo comentara, y tal vez por eso José se irritó tanto al ver que me había enterado del apellido de Ana. Desde ese momento se aislaron cada vez más. Luego Ana tuvo aquella indisposición, que se repitió después de que Frank se hubiera marchado. Me imaginé que estaba gravemente enferma.

–Hay muchos cuadros de Goya en el Prado –dije.

Así sacarí la conclusión de que yo no sabía a qué se refería. Respiró aliviado.

–Creo que vas a sorprenderte –señaló.

Así, por las ramas, transcurrió la conversación durante algún rato más. Al final opté por ir al grano.

–Mañana voy a Sevilla –dije–. En realidad estuve allí hace unos días, pero iré otra vez este fin de semana antes de volver a Inglaterra.

–Da recuerdos míos. Saluda de mi parte a los naranjos.

–Lo prometo.

Yo no sabía si él había estado en Sevilla, pero dijo:

–Esta época del año debe de ser muy bonita en Andalucía.

Ahora, pensé. Es mi ocasión. Le miré a sus ojos marrones:

–¿Por qué no te vienes?

Me miró un poco confuso, como pensando: «¿A qué viene esto?».

Añadí:

–Hay algo en Sevilla que me gustaría enseñarte.

Se rió ruidosamente, y luego dijo:

–¿Y qué puede ser eso?

Volví a taparme la boca con un dedo.

–Tendrás que verlo, Frank.

Íbamos empatados en lo que nos queríamos mostrar el uno al otro. Frank miró el reloj y volvió a moverse incómodo en la silla.

–Creo que no –contestó–. Tanto por falta de tiempo como de presupuesto.

Tenía la sensación de haberle pescado ya:

–Del presupuesto me ocupo yo. Eso no es un problema.

–Para decir la verdad, había pensado pasarme por Barcelona camino de Noruega. Pero tendré que llamar primero, ya sabes... he ido aplazándolo.

–Puedes hacer las dos cosas –sugerí–. Primero un día o dos en Sevilla y luego vuelas a Oslo vía Barcelona. En Sevilla tal vez te pongas moreno, lo cual siempre sienta bien.

El noruego pidió otra cerveza y se quedó pensativo. Mientras tanto dije, como si tal cosa:

–Te prometo que no te vas a llevar una decepción. Creo que te vas a sorprender.

Hizo un gesto interrogante que tendría que ver con que se había dado cuenta de que estaba imitando sus frases. Dije:

–¿O es que sabes a qué me estoy refiriendo?

Me dedicó una amplia sonrisa, pero negó con la cabeza. Yo me apresuré a añadir:

–Es algo impresionante. Creo que entrará en la historia de tu vida como algo de lo más hermoso que jamás hayas visto.

Se encogió de hombros, me di cuenta de que estaba a punto de decidirse.

–¿Cuándo tenías pensado marcharte?

–Mañana a mediodía. El AVE sale casi cada hora. Así almorzaremos a bordo.

Frank dudó.

–Tal vez sea una buena idea. De hecho, nunca he estado en Sevilla. Pero, como comprenderás, no voy a aceptar que me pagues el viaje.

–Claro que puedes aceptarlo. Para mí no sólo será un placer, es fácil que también se trate de una valiosa investigación.

Volvió a reírse ruidosamente, como hacen los escandinavos. Dijo:

–Espero que no sea yo el objeto de la investigación.

Encendí un cigarrillo y dije:

–Nunca se sabe. Podríamos charlar un poco sobre reptiles y cosas así, o de las especies en peligro de extinción en Oceanía. Necesito repasar muchas cosas.

–Claro. Pregunta todo lo que quieras.

Nos quedamos sentados en el bar hasta bastante tarde, y nos dio tiempo a repasar una buena parte de la biología evolutiva. Además, Frank me contó la trágica historia del accidente que le costó la vida a su hija.

Unas horas más tarde nos encontramos a bordo del tren, camino de Sevilla. Yo sabía que me jugaba mucho, y he de confesar que me sentía capturado en mi propia red. Pero el juego ya estaba en marcha.

Cuando el tren se paró en Córdoba, Frank echó de repente la cabeza hacia atrás y se golpeó la frente como si se hubiera olvidado de algo.

—¡No he podido enseñarte aquellos cuadros! —exclamó.

Pero se negó a decirme de qué cuadros se trataba. Sólo repitió que tendría que verlos.

Yo había reservado habitaciones en el Hotel Doña María, y Frank preguntó por qué había reservado tres y no dos. Le dije que había reservado una para un amigo mío que llegaría más tarde, aunque no estaba del todo seguro de que esa habitación fuera a hacer falta. Le dije que por la noche le enseñaría algo que nunca olvidaría. Pero aún era temprano y teníamos mucho tiempo para ver la capital andaluza.

Lo llevé a la catedral y al Patio de los Naranjos, y cuando nos paseábamos entre las simétricas filas de árboles rebosantes de fruta madura, Frank me contó que Laura le había en-

viado la foto que había sacado en Taveuni de la rara paloma con el pecho de color naranja. Me hizo gracia, porque él no sabía lo que yo había escrito sobre su pequeña historia en la isla.

Subimos a La Giralda, que en un principio se construyó como minarete, y luego se reformó y transformó en campanario. Desde allí había unas magníficas vistas sobre la ciudad blanca a ambos lados del río Guadalquivir. Cruzamos la Plaza de la Virgen de los Reyes, donde estaban estacionados en una larga fila coches de caballos, y entramos en los jardines del Alcázar, con sus estanques y fuentes refrescantes. Por todas partes había palmeras, y me resultó curioso que Frank y yo estuviéramos paseando de nuevo por un palmeral, era casi como estar de vuelta en Taveuni.

Tras haber recorrido la parte más antigua de los jardines, pasamos por la Puerta del Privilegio para contemplar el romántico Jardín de los Poetas, con sus dos estanques rodeados de altos setos. Frank se detuvo de repente y exclamó dando un respingo:

—Esto es... increíblemente hermoso.

Vi que le brotaban lágrimas de los rabillos de los ojos, y le puse una mano en el hombro. Tal vez ha sido víctima del síndrome de Stendhal, pensé, porque se frotó los ojos. Puede que para suavizar la emoción dijera:

—Me parece haber vivido ya este momento.

Anduvimos a lo largo de la muralla y nos sentamos en un banco en la plaza de gravilla, delante de la Puerta de Marchena. Hacía mucho calor, y entré en el café a comprar algo para beber.

Al cabo de un rato sucedió algo muy extraño, y desde un punto de vista fue justamente aquí donde empezó todo, aunque desde otros puntos de vista también comenzó delante de una guardería de Oslo, en el pequeño aeropuerto de Taveuni, en las islas Fidji, en el puente sobre el río Tormes, entre unos miserables cobertizos del puerto de Marsella, en el barrio de Triana en la orilla oeste del río Guadalquivir, en el puerto de Cádiz más de

cien años antes, o en la finca de la duquesa de Alba en Sanlúcar de Barrameda, por no mencionar lo que sucedería en Sevilla más tarde ese mismo día. Desde un punto de vista superior, y para mí el más importante de todos, lo más correcto sería retroceder incluso hasta el devónico, cuando los primeros anfibios subieron a la Tierra sobre esos cuatro pies tan primitivos, pero, ay, tan vanguardistas. ¿Y por qué no retroceder hasta la gran explosión hace quince mil millones de años, cuando se crearon el tiempo y el espacio? En un instante, los principios de todas las historias cupieron en un núcleo compacto de una fuerza creadora aún sin detonar.

Lo que pasó fue lo siguiente: de pronto, un enano entró corriendo por la Puerta de Marchena. Llevaba un traje extraño, como si viniera de un baile de disfraces. Se colocó con gran decisión delante de nosotros mirándonos fijamente. Unos segundos más tarde, sacó una cámara y nos hizo unas fotos, primero a mí y luego a Frank.

–¿Lo has visto? –exclamó Frank.

El enano dio la vuelta bruscamente y medio minuto más tarde nos estaba mirando desde una ventana arriba, en el mirador. De nuevo dirigió la cámara hacia nosotros y volvió a sacar un par de fotos.

–Qué tipo tan extraño, ¿no? –dijo Frank.

–Al menos se ha comportado extrañamente –comenté.

Pero el noruego no se dio por vencido, se levantó del banco y fue con decisión tras el enano. A través de los agujeros de la muralla lo vi correr por encima de la Puerta del Privilegio, y cuando volvió, unos minutos más tarde, se limitó a extender los brazos:

–Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Eran las cuatro y media y estaban a punto de cerrar el Alcázar. Salimos de nuevo a la Plaza de la Virgen de los Reyes y entramos en los estrechos callejones del viejo barrio judío de Santa Cruz. Miramos a hurtadillas dentro de los frescos patios, y cuando levantábamos los ojos veíamos una sinfonía de balcones y maceteros de hierro forjado. Yo había estado allí hacía menos de una semana y pude contar a Frank que las rejas que cubrían las ventanas y los patios tenían un doble objetivo. Dejaban ver hacia dentro y hacia fuera, contribuyendo a crear una sociedad más abierta –lo cual impediría tal vez la delincuencia–, pero sin embargo estaban siempre cerradas a cal y canto por motivos de seguridad. Antiguamente, las jóvenes doncellas se sentaban tras las rejas de hierro forjado, y el pretendiente tenía que quedarse fuera, a veces durante días enteros, susurrando tiernas palabras a su amada, con lo que si le sobrevenía el deseo irrefrenable, tendría que «comer barra de hierro». En los meses de verano gran parte de la vida se hace todavía en el patio, expliqué, y cuando el sol abrasa, se suele tender una lona sobre el espacio abierto.

Tomamos una cerveza en la Plaza de la Alianza, admirando una frondosa buganvilla que trepaba por una fachada, tras la que se levantaba una orgullosa palmera, a través de la cual vislumbrábamos La Giralda. Como todas las plazuelas del barrio de Santa Cruz, también ésta estaba rodeada de naranjos.

Una hora más tarde seguimos hasta la Plaza de Doña Elvira, con sus elegantes bancos de cerámica, y desde allí me llevé a Frank por el estrecho callejón «Susona». Dije que

iba a enseñarle el secreto de Santa Cruz. Salimos a una plazuela, que originalmente había sido un patio cubierto, y allí le señalé un azulejo en el que había pintada una calavera. El azulejo estaba pegado a la pared sobre una ventana, y debajo de la calavera ponía «SUSONA».

–¿Este es el secreto de Santa Cruz? –preguntó el noruego.

Asentí con la cabeza.

–Susona era una muchacha judía que vivió en el siglo XV, –le conté–. Se veía con un amigo cristiano en secreto, y la joven se enteró de que su familia estaba planeando una sangrienta revuelta contra los principales cristianos de la ciudad. Su amado se encontraba entre los que iban a ser asesinados y ella le informó de la conspiración. Al final su padre fue condenado a muerte y a Susona la abandonó su amado poco tiempo después. Cuando ella murió tras una vida miserable declaró en el testamento que su cabeza debería ser separada del cuerpo y colgada fuera de la casa en la que vivió, como ejemplo de su vergonzoso comportamiento. La calavera estuvo colgada allí hasta entrado el siglo XIX. Luego fue sustituida por el azulejo.

En la plaza había dos naranjos y Frank me preguntó si sabía cómo distinguir si un naranjo tiene naranjas dulces o amargas. Como no supe contestar, Frank cogió una hoja de uno de ellos y me enseñó que debajo de la hoja había otra hoja estrecha saliendo del mismo tallo, lo cual significaba que la fruta de ese árbol era amarga.

Nos acercamos a la Plaza de los Venerables, donde antaño hubo un hospital para sacerdotes retirados. Junto a la plaza había dos restaurantes. Nos sentamos en una de las mesas con una copa de fino antes de encargarnos la cena. De nuevo charlamos sobre la evolución de la vida en la Tierra, y creo que fue Frank quien empezó, tal vez para que yo recibiera algo a cambio del dinero que había invertido en el viaje a Sevilla. Gran parte de esa conversación me ha sido de mucha utilidad más tarde. También me habló del tuátara de Nueva Zelanda. Pensé que hasta ahí había sido una extraordinaria coincidencia haberme topado con Frank en Madrid. Pero se acercaba la batalla decisiva, porque eran ya cerca de las nueve. Tras pagar la cuenta, llevé a Frank por los estrechos callejones hasta la Plaza de Santa Cruz. Le enseñé lo cerca que estábamos de la gran muralla que nos separaba de los jardines del Alcázar, concretamente del Jardín de los Poetas.

–Creo que llevas una venda en los ojos –dije.

No entendió lo que quería decir, y le dije que mirara bien a su alrededor. Señaló hacia la gran cruz de hierro forjado en medio de la plazuela, y le comenté que los franceses quemaron la antigua iglesia que había en ese lugar y que daba nombre a la plaza y al barrio. Dimos vuelta y media por la Plaza que rodea a la gran cruz barroca. De repente él se percató de algo. Me miró con brillo en los ojos y se metió a toda prisa en el tablao flamenco Los Gallos.

–En los últimos tiempos apenas he pensado en otra cosa que en los cuadros de Goya –exclamó, tocándose la frente–. ¡Me había olvidado de que ella era una de las más famosas bailaoras de Sevilla!

Le di una amistosa palmada en el hombro.

–Esto va a ser muy divertido –dijo, pero yo no estaba tan seguro de que tuviera razón.

Aparte de un grupo de japoneses no había mucha gente en el tablado. Nos sentamos en una mesa que había reservado muy cerca del escenario. Pedimos cada uno una copa de coñac, y Frank, sin decir nada, la levantó para brindar.

El espectáculo dio comienzo un poco más tarde. Primero bajaron la escalera, desde una galería en el otro extremo del local, tres hombres vestidos con pantalones negros y camisas blancas. Caminaron entre el público y se colocaron en el escenario. Uno de ellos llevaba una guitarra, y los otros dos no llevaban más instrumentos que los rítmicos pentadáctilos de sus propias manos y una voz desgarrada. El guitarrista comenzó a tocar, y los otros dos a dar palmas y castañetear.

Entonces apareció Ana. Tan grácil y poderosa como una diosa bajó majestuosamente al escenario por una escalera de caracol acompañada por los encendidos aplausos de los japoneses. Era evidente que sabían quién era, ya que era en parte por ella por lo que habían hecho el largo camino desde Tokio, Kioto y Osaka. Ana llevaba un vestido rojo, un chal de seda rosa y zapatos de un rojo vivo. Se había recogido el largo pelo negro en una coleta en la que se veía una rosa.

—¡Ana! —susurró Frank en el momento en que ella descendió al escenario.

Yo asentí:

—Ana María Maya.

—¿Así se llama?

Volví a asentir.

—¿Maya?

—¡Silencio!

Ana empezó a bailar acompañada por la guitarra y las intensas palmas. Era un baile apasionado y más coreografiado de lo que había visto en el mismo local la semana anterior. Registré un fuerte contraste entre su tensa y concentrada expresión y los suaves movimientos de los brazos, por no decir el elegante baile de sus dedos, que me hacía pensar en un baile hindú que contemplé una vez en los templos de Orissa.

Luego siguieron más números con otros bailaores, pero Ana María Maya era la gran estrella de la noche. Ana bailaba con los brazos y las manos, con los pies y los dedos, el vientre y las caderas: era orgullosa, severa, coqueta y ofendida. Ana era lo que yo quería mostrar a Frank en Sevilla. Quería mostrarle la suntuosa celebración de las elásticas extremidades del vertebrado postanimal. Los primeros anfibios deberían ver, pensé, que ahora sus bisnietos bailan flamenco en Sevilla, y para eso hacían falta todas las extremidades del tetrápodo, todos los músculos y vértebras, y todas las sinapsis coordinantes del cerebro. Pero ¿qué sabían los primeros anfibios cuando andaban ignorantes por la semioscuridad del devónico entre helechos y licopodios camino de sus citas de amor junto a lagunas y charcas cubiertas por la vegetación? Estábamos contemplando un baile triunfal, erguido y exhibicionista, y Proto Anfibia y Proto Anfibius podrían sentirse orgullosos de todos aquellos renacuajos que fueron llenando el lago de los Helechos y la laguna del Equiseto, porque no habían derramado su semen para nada. No sólo estábamos siendo testigos de un baile triunfal, sino también del baile de la muerte del efímero vertebrado, porque a continuación cantaron honda y desgarradamente sobre

el amor y la muerte, la traición y la represión.

Hubo un descanso. Tras los aplausos, Ana acompañó al resto del grupo hasta la galería. Pero, de repente, José vino hacia nuestra mesa. Llevaba un bebé en los brazos, y Frank se le quedó mirando boquiabierto. El bebé no tendría más de un par de meses. Antes de saludar a José, Frank miró al niño y luego a José.

–¿Es... tuyo? –tartamudeó.

José asintió con mucho orgullo y una sonrisa de oreja a oreja.

–Es Manuel –dijo, y se sentó en nuestra mesa.

Al instante, también Ana vino a sentarse con nosotros.

–¡Cuánto me alegro de verte, Frank! ¡Qué sorpresa!

El noruego se había quedado petrificado.

–¿Qué edad tiene? –dijo, como si la pregunta se la dirigiera más a sí mismo que a los orgullosos padres.

–Diez semanas –contestó Ana.

El biólogo se puso a contar con los dedos.

–¿Lo sabíais ya en Taveuni?

No recibió contestación a esa pregunta, porque en ese instante entró en el local una elegante mujer con bolso en bandolera, que se dirigió directamente hacia nuestra mesa. Era Vera. Una tripa redonda mostraba con toda claridad que sólo le quedaban un par de meses para dar a luz.

–¿Vera?

Por segunda vez ese día Frank se tocó la cabeza desconcertado. Tal vez hubiera vuelto a tener la sensación de haber vivido ya ese momento, al menos no era la primera vez que veía a Vera con el vientre abultado.

Vera le dio un gran abrazo. Yo dije:

–He tenido el nombre de Vera en mi bloc desde que volví de Fidji. Luego la llamé un par de veces desde Madrid, después de que tú y yo nos viéramos ayer por la tarde. Me pareció que deberíamos vernos los cinco. O mejor dicho, los seis. O los siete. Anoche tuve la idea de invitarla a Sevilla.

Sabía que Frank no había visto a Vera desde que se encontraron en Salamanca. La mirada del noruego se posaba una y otra vez sobre la tripa de su mujer, y cuando la retiraba, yo intuía en ella un profundo dolor. Se esforzó todo lo que pudo por conservar la alegría que requería la situación cuando, señalando hacia la tripa de Vera, dijo con voz débil:

–Enhorabuena.

Unos segundos más tarde, se volvió hacia mí y me miró a los ojos, como reprochándome algo. No pude adivinar si era porque había invitado a la futura madre a Sevilla o porque lo había mantenido en secreto.

Vera sonrió algo tímida, y era obvio que no se sentía muy cómoda en ese momento. Me dio pena, ya que yo era el responsable de que ella estuviera allí. No le dio tiempo a agradecer la felicitación de Frank, porque volvían a bajar de la galería el guitarrista y dos apuestos cantaores. De nuevo atravesaron el local y subieron al escenario. Cuando se

sentaron, la reina del flamenco bajó por la escalera de caracol como una *diva ex machina*.

Vera estaba entre Frank y yo y nos miró primero a uno y luego a otro, diciendo en voz muy baja:

–Creo haberla visto antes.

A pesar del evidente estado mental en que se encontraba Frank, no pudo sino sonreír. Me miró, y supongo que los dos pensamos en cómo en Maravu intentamos cada uno por nuestro lado recordar dónde habíamos visto a Ana antes.

Miró a Vera y dijo por fin:

–Piensa en el Prado.

–¿En el Prado?

–O en Goya, si quieres.

Los ojos de Vera se quedaron clavados. Enseguida dijo en una voz tan alta que nos temimos que la hubieran oído incluso en el escenario:

–¡La maja desnuda!

Tanto Frank como yo asentimos orgullosos, como si por arte de magia hubiéramos devuelto la vida a la mítica modelo de Goya. De modo que Frank no necesitaría llevarme al Prado.

–¡Es idéntica! –susurró Vera emocionada.

–¡Silencio! –dije, y comenzó el baile.

Cuando terminó el espectáculo, hora y media más tarde, era ya la una y media de la noche. No obstante, pusieron una gran mesa con tapas y manzanilla abajo en el bar. Ana y José se mantuvieron al fondo mientras Frank, Vera y yo aprovechamos la ocasión para hacer un resumen, lo que era ya muy necesario. Me sentí responsable de todo esto que había puesto en escena y supuse que iban a necesitar un moderador.

–No quiero que os sintáis incómodos por mi presencia –dije–. Pero soy el único que conozco las dos partes del asunto. Esto pasa cuando dos adultos no son capaces de hablar entre ellos.

Los dos estaban igual de nerviosos, como si se encontraran ante un severo director de colegio teniendo que responder de sus travesuras.

–Puede que tengas razón –comentó Frank señalando otra vez la tripa de Vera–. Hace sólo unas semanas que hablamos por teléfono; fue incluso una conversación muy agradable. Podrías haberme dicho que estabas embarazada.

Ella se había puesto muy seria.

–Fui cobarde –admitió–. No me atreví.

Frank me miró de reojo antes de volver a mirar a Vera. Luego dijo:

–Supongo que el niño tiene un padre.

–Frank...

–Además, el período de separación ya ha terminado. Todo está en orden, quiero decir. Puedes volver a casarte.

Vera me miró perpleja, pero no quise ayudarla, tendrían que arreglárselas por su

cuenta. Me limité a hacer un gesto severo.

Ella cogió la mano de Frank, pero él la retiró inmediatamente. Vera le suplicó con la mirada y dijo:

–El niño es tuyo, Frank.

El rostro de Frank se puso de un color que me recordó al de Ana cuando se desplomó sobre la mesa del desayuno en Taveuni. Luego se sonrojó y respiró con dificultad. Casi pude oír cómo le subía la tensión. Por un instante temí que fuera a abofetearla. Dijo con voz firme:

–Eso es completamente imposible.

Ella le preguntó:

–¿No sabes contar?

–Pero... ¡estás bromeando!

Hasta ahí más o menos habían llegado cuando hice una seña al camarero para que trajese otra copa de coñac a Frank. Había que tranquilizarle.

Vera se aceleró:

–Espero que no hayas olvidado que pasamos juntos la última noche en Salamanca. No bebiste tanto vino tinto, ¿verdad?

Frank se volvió hacia mí y dijo:

–¿Tienes paciencia para escuchar estas bobadas?

–Sí –contesté sin más.

Vera prosiguió:

–No me atreví a decírtelo, Frank. Nos habíamos hecho la solemne promesa de no reanudar la convivencia. Pero nos quedamos vacilando delante de la puerta de mi habitación, ¿recuerdas, irías a tu habitación o entrarías en la mía? Estuvimos de acuerdo en que aquello a lo que llamamos un *intermezzo* no sería el principio de ninguna reconciliación, porque lo nuestro había acabado.

–Eso fue al menos lo que dijimos –admitió Frank.

–Luego mencioné que no había ningún riesgo aquella noche, pues era el día más seguro del mes. Y cuando, en contra de todo pronóstico, me quedé embarazada, pensé enseguida en Sonia. No tenía ninguna duda: quería tener ese niño. Estaba dispuesta a ser madre soltera, y te habría avisado enseguida después del parto, claro. Pero tenía que esperar, podría salir mal también esta vez... Quise que tú eligieras libremente tener contacto con el niño o no, y ésa sigue siendo mi idea.

Frank no intentó ocultar las lágrimas.

–Continúa, por favor.

–Entonces llamó un tal John Spooke, diciendo que había estado contigo en Fidji y que por casualidad os habíais vuelto a encontrar en Madrid. Este fin de semana probablemente estarías en Sevilla, dijo, y me invitó a algo que llamó «El espectáculo flamenco del siglo» que, por cierto, en eso no exageró: Ana es fantástica. Entonces pensé que tal vez ésa era la ocasión para explicártelo todo. Eso fue ayer por la tarde, pero luego volvió a llamar en mitad de la noche, sólo para confirmar que tú irías a Sevilla. Dijo que había encargado un billete de avión que podía recoger en el aeropuerto de Barcelona.

Comentó además que en su opinión me querías todavía. Luego me echó una gran bronca por cómo nos organizamos tú y yo después de lo que sucedió en Oslo.

Como Frank no contestó inmediatamente, ella prosiguió:

–¿Puedes perdonarme, Frank? No debes sentirte obligado por mi estado, no es eso, pero ¿podrás perdonarme?

–¿Cuánto tiempo vas a quedarte? –preguntó Frank.

–No lo sé. El billete es para el domingo a las 15:30. ¿Y tú?

–No lo sé. Tal vez hasta el lunes.

De modo que aún necesitaban un mediador. Dije:

–Vais a estar aquí el mismo tiempo, y tendréis que decidir si luego vais a Oslo o a Barcelona. Si no, exijo que se me reembolsen todos los gastos.

No tuve tiempo de decir nada más, porque nos gritaron para que nos acercáramos a la gran mesa con platos y vasos, tapas y manzanilla. Me fijé, sin embargo, en que Frank puso la mano derecha sobre el abultado vientre de Vera y en que ella puso una mano sobre la de él.

Me acordé de algo que Ana, según la carta de Frank, había dicho en el coche volviendo de la línea del cambio de fecha: «En la oscuridad de los abultados vientres nadan en todo momento varios millones de capullos de una flamante conciencia del mundo. Desvalidos elfos de azúcar salen a presión uno por uno cuando están maduros y son capaces de respirar. Aún no pueden tomar otro alimento que una dulzona leche de elfo que sale chorreando de un par de suaves botones de carne de elfo». También se me ocurrió otra cosa. Sentados en el palmeral de Maravu, cuando todos habíamos hablado de nuestras creencias, Ana había expresado su fe en una realidad fuera de ésta. «Tal vez nos volvamos a ver en otro sitio y recordemos todo esto como un sueño», dijo. Pero supongo que pude tomarme la libertad literaria de dejar que Frank adornara y ampliara esta frase en su larga carta a Vera. Pues aquí estábamos reunidos de nuevo, y Ana no había muerto.

Se bebió mucha manzanilla aquella noche, y rememoramos muchas cosas de Fidji. Además teníamos una persona a quien contárselo, y Vera nos escuchó a todos. Se rió de buena gana cuando le hablamos de Bill y Laura, pero no le dije que Frank y Laura fueron a la cabaña de Frank con una botella cuando nos despedimos aquella noche.

Ana y José habían ido a Taveuni para preparar un programa de televisión sobre el siglo XXI, y una de las secuencias se grabaría en la línea del cambio de fecha. El programa se hizo y hacía tiempo que había sido emitido, y José le dio a Frank un vídeo para que lo viera. Ana añadió que el programa incluía una pequeña entrevista con Frank en la que él hablaba de la diversidad biológica y la amenaza contra los viejos hábitats de Oceanía.

Frank y yo contamos que ambos tuvimos la sensación de haber conocido a Ana antes de Taveuni.

–¡Ay, por favor! –se rió Ana.

Escondió la cabeza entre las manos y dijo:

–No tenéis ni idea de las veces que me lo han dicho.

Explicué que había entrado en Internet y que enseguida había encontrado unas nítidas

imágenes de la *maja* de Goya, y además información sobre la famosa bailaora Ana María Maya.

–Y luego pusiste un dedo en la frente de Ana insinuando de esa manera que habías encontrado un artículo sobre ella en Internet –añadió José–. Pensé que habríais comentado entre vosotros que la habíais visto antes, y yo sé cómo odia Ana que la reconozcan, ya sea como la bailaora de Sevilla o como la *maja* de Goya. ¿No empleaste incluso el término «obra de arte» al hablar de Ana, John? ¡Estábamos en Fidji, maldita sea! También se puede abusar de Internet.

–¿Sabíais que Ana estaba embarazada? –volvió a preguntar Frank.

Los dos negaron con la cabeza.

–Tal vez por eso se mareó aquel día.

Contestó José:

–Lo supimos más tarde. Me puse lívido de miedo. Creía que Ana había tenido un ataque anafiláctico, porque siempre ha sido alérgica a las picaduras de insectos. No pensé con mucha claridad, pero consideré que una bofetada estimularía la producción de adrenalina.

Así se desarrolló la conversación, y nuevas botellas aparecían constantemente en la mesa. A Frank incluso se le recordó que había separado los dedos para mirar a Ana cuando se bañaba desnuda en la cascada Bouma.

–Fue cuando me di cuenta de que sólo había visto tu rostro –aseguró–. No soy un mirón.

Ana se rió:

–Seguramente me parecía aún más a la *maja* de Goya algunas semanas más tarde.

Nos despedimos sobre las cuatro de la madrugada, y yo acompañé a Frank y a Vera por los estrechos callejones del barrio de Santa Cruz hasta el Hotel Doña María. El recepcionista de por la noche nos comunicó que no había aparecido ningún huésped a ocupar la tercera habitación reservada. Frank y Vera se miraron un instante, tal vez se acordaran de una situación parecida delante de otra habitación de hotel en Salamanca, tres cuartas partes de embarazo atrás. Se echaron a reír al unísono.

–Creo que estamos bien servidos de habitaciones –dije–. Pero quizá podría usted buscarme una esposa.

Lo último que dije a Frank y a Vera antes de darnos las buenas noches fue que guardaba una postal medio rota de la Sagrada Familia en mi escritorio de Croydon, y que se la enviaría cualquier día.

El sol brillaba alto sobre la capital andaluza cuando al día siguiente salimos de paseo, como si fuéramos una gran familia. Ana y José habían acudido al Hotel Doña María con Manuel dentro de un cochecito a rayas rojas y negras. Cruzamos la Plaza de la Virgen de Los Reyes, pasamos por delante del Archivo de Indias y llegamos hasta la Puerta de Jerez; luego bajamos por el paseo de las Delicias a lo largo del río Guadalquivir, hasta la entrada del Parque de María Luisa, el más grande de los muchos oasis de Sevilla. Este parque fue donado por la infanta María Luisa a la ciudad en 1893, y se convirtió más

tarde en el marco de la gran Exposición Iberoamericana de 1929. Con su laberinto de senderos y caminos peatonales, cenadores y pabellones, grutas y montañas artificiales, flores y arbustos, rincones sombríos y miles de árboles, el Parque de María Luisa es hoy en día uno de los jardines más frondosos de Europa.

De entre los pabellones nos fijamos en especial en el mexicano, inspirado en la cultura maya. José contó que había sido usado como maternidad después de la gran Exposición, y tanto la flamante madre como la futura lo registraron con gran interés. Frank comentó que «maya» era una palabra de los indios americanos, así como de los hindúes, aunque era obvio que no se trataba de un parentesco lingüístico. A José le pareció un comentario gratuito, y dijo que «flamenco» también es el nombre de cierta ave zancuda sin que haya ningún tipo de parentesco etimológico. Ana y José contaron que una vez habían ido de peregrinos a Saintes Maries-de-la-Mer, donde Ana había bailado flamenco en un gran encuentro con gitanos de toda Europa. Y en la Camarga habían visto todos los flamencos del delta del Ródano.

Fuimos a la Plaza de América, donde se encuentra el museo arqueológico. Toda la plaza estaba cubierta de palomas blancas, y Ana compró una bolsita de cañamones. Al instante, había desaparecido bajo una multitud de blancos y aleteantes descendientes de los saurios, y Frank contó la historia de la foto que Laura logró sacar de la paloma endémica de pecho de color naranja.

Luego nos adentramos en el parque. Ana y José se turnaban para llevar el coche del bebé, y Frank y Vera estaban más absortos el uno en el otro de lo que eran capaces de imaginar, porque Frank miraba siempre a hurtadillas a Vera cuando ella miraba en otra dirección, y Vera miraba casi siempre a Frank cuando él miraba al niño o a Ana y José. Lo único que evitaban era mirarse directamente a los ojos.

Pedí a Ana y José que hablaran un poco de las raíces del flamenco en Andalucía. Nos contaron sobre El Planeta y el famoso aficionado Serafín Estébanez Calderón, que había recibido el apodo de El Solitario. En el libro *Cuentos andaluces*, de mediados del siglo pasado, presenta una serie de vivaces descripciones del ambiente flamenco en la Sevilla de entonces, sobre todo en el cuento «Un baile en Triana». Con razón a El Solitario podía considerársele como el primer flamencólogo.

—¿El Planeta y El Solitario? —repitió Frank.

Ana asintió, y Frank era aparentemente un maestro en hacer conexiones, porque dijo:

—Eso me recuerda a Laura. Estaba leyendo *Lonely Planet*.

—Impresionante —admitió José.

Nos quedamos mirando un gran cartel que mostraba los pájaros que habitan el parque, y creo que fue entonces cuando Frank mencionó que habíamos visto un curioso enano en los jardines del Alcázar.

Ana sonrió de oreja a oreja.

—Vive allí —dijo.

—¿Vive allí?

—Al menos eso dicen. Corre por los jardines sacando polaroids a los turistas, y luego se las vende a la salida a precios desorbitados. Dicen que vive en la Galería del Grutesco.

Yo recuerdo haberlo visto siempre por aquí, y nadie sabe qué edad tiene.

Salimos a la Plaza de España, que fue construida con motivo de la gran Exposición Iberoamericana. Tiene forma de media luna y canales con puentes inspirados en los de Venecia, y un gran palacio en forma de semicírculo que sirvió para presentar la industria y la artesanía españolas.

Pasamos por uno de los puentes y Ana y José nos llevaron hacia una arcada a la izquierda, donde nos mostraron los detallados mosaicos de azulejos que ilustraban los acontecimientos más importantes de cada una de las provincias españolas, además de los mapas y escudos de las mismas. José contó que España tiene cincuenta provincias, además de las dos ciudades autónomas, Ceuta y Melilla, en Marruecos.

–Hacen un total de 52 –dijo Frank–. El mismo número que las circunscripciones electorales fidjianas a su Parlamento.

Ese juego de asociaciones entre Frank y José se había convertido ya en un deporte, y José contestó:

–O el número de cartas de una baraja francesa. Os dimos una buena paliza, ¿te acuerdas?

No me faltaban razones para ver la gracia de que primero se hablara tanto de la palabra *maya* y ahora del número 52. Pensé que los superé a todos cuando dije:

–O como en el viejo calendario *maya*. El año astronómico era de 365 días, pero cada 260 días se completaba un año ritual. Para que saliera la cuenta, el calendario tenía un ciclo de 52 años.

Ana me miró, y de nuevo tuve la sensación de estar intercambiando una mirada con la *maja* de Goya.

–Estás bromeando –dijo ella.

–No –objeté–, 52 años astronómicos suman 18.980 días y, si divides ese número entre los 260 días del calendario festivo, te salen 73 años rituales. Además, los 260 días estaban repartidos en 13 meses.

Ya que estábamos hablando de calendarios y era yo quien tenía la palabra, proseguí:

–Supongo que os acordáis de cómo empezaron los planes para la celebración del milenio en Fidji.

–Por eso estábamos allí –comentó José–. Aparte de la Antártida y una estrecha franja de Siberia, las islas Fidji son el único lugar de la Tierra que atraviesa el meridiano 180°, el único lugar del planeta donde puedes pasar de un día a otro sin botas de nieve.

Asentí pacientemente.

–Pero ¿es que no habéis oído las últimas noticias?

José negó con la cabeza, y yo continué:

–Debido a una serie de cuestiones relativas a líneas de cambio de fecha, horario de verano y horas de salida del sol, ha habido una gran polémica entre varias islas del Pacífico sobre cuál de ellas entrará primero en el año 2000. Da la casualidad de que sólo Taveuni y otro par de las islas Fidji están realmente situadas en el meridiano 180°, y con el fin de llegar antes que Tonga y la pequeña isla Little Pitt, Fidji ha introducido el horario de verano a partir de este año. Hace sólo unas semanas adelantaron sus relojes una hora.

Pero eso no es todo...

–¡Sigue! –rogó Frank–. ¿No irás a decirme que has construido un hotel de lujo en la línea del cambio de fecha?

–No, no exactamente. Pero en el meridiano 180°, donde Ana y José entrevistaron a Frank sobre las especies en peligro de extinción en Oceanía, se va a levantar un Monumento al Milenio en el que todos los que quieran podrán introducir una cápsula del tiempo, que no se abrirá hasta dentro de mil años. Se escribe un saludo al cuarto milenio y se mete en una cápsula de cristal, que se introduce en el hueco de un ladrillo que a su vez se sella y se cubre de cemento, pasando a formar parte del monumento. Cada cápsula cuesta quinientos dólares, y existe ya una fundación que se ocupará de conservar y mantener el monumento durante los próximos mil años, y que además garantiza que las cápsulas se abrirán durante una solemne ceremonia el uno de enero del año 3000.

–No sé si tengo algo que decir –señaló José–. Falta mucho tiempo. ¿Y tú?

–He estado pensando en meter un manifiesto del siglo XX– dije.

–¿Un manifiesto? –preguntó José–. ¿Un manifiesto político?

Negué con la cabeza.

–He escrito una especie de informe sobre aquella cumbre en el trópico que organizamos en Maravu Plantation Resort. ¿No os parece que debemos dejar un pequeño resumen de nuestro encuentro en la isla?

Se rieron.

Ana contó que las provincias españolas estaban representadas por orden alfabético, de Álava a Zaragoza, y cuando nos acercamos a la arcada señaló la balaustrada y recitó:

–Álava, Albacete, Alicante, Almería, Ávila...

Vera la interrumpió:

–A mí me concibieron en Almería –exclamó–. Mis padres dicen que fui concebida en un pueblo llamado Vera. Y me llamaron así por él.

Se acercó al mapa de Almería y señaló el pueblo llamado Vera.

Cuando llegamos al de Álava, Ana miró a José y dijo:

–¿Puedo revelar un secreto?

Me acordé de repente de cómo José en Taveuni le impedía de vez en cuando contestar a ciertas preguntas que le hacíamos. Ahora se limitó a encogerse de hombros, para dar a entender que ya no quedaban obstáculos. Ana dijo:

–José y yo paseamos por aquí muchos domingos, y en el transcurso de los años hemos ido inventando una pequeña historia para cada provincia de España. Cuando estamos de viaje intentamos recordar cada historia por el orden correcto, o nos inventamos otras nuevas.

Frank y yo intercambiamos miradas de complicidad. Por fin se nos aclaraba el eterno murmullo entre la pareja. Yo no entendía lo que se decían, razón por la cual me había hecho falta Frank como intérprete y mediador, una función que él ignoraba por completo.

Pasamos despacio por cada una de las provincias españolas. Ana y José iban señalando los mosaicos de cerámica y contando un breve cuento, una leyenda o una anécdota por cada una de ellas.

Ahora eran Frank y Vera los que se alternaban en empujar el cochecito de niño. Pensé que si un meteorito no hubiera alcanzado la Tierra hace 65 millones de años, estarían tal vez empujando un cochecito de huevo, porque estoy seguro de que también los saurioides habrían acabado inventado la rueda.

Cuando llegamos a Zamora, en el otro extremo de la plaza, iban empujándolo los dos, y por fin, cuando nos encontramos delante de Zaragoza y José nos habló de la hermosa basílica de Nuestra Señora del Pilar con todos los frescos de Goya, se armaron de valor: al dar el coche a Ana, se cogieron de las manos y se miraron firmemente a los ojos. El semicírculo estaba completo. El otro medio círculo era la carta de Frank a Vera. Jamás se había pretendido que los dos semicírculos se juntaran en uno, porque yo no había contado con encontrarme con Frank en la Rotonda del Hotel Palace. Cuando ocurrió, me dio muchos dolores de cabeza, aunque también muchos nuevos impulsos.

En una ocasión José me preguntó cómo iba la novela para la que había empezado a tomar notas cuando nos conocimos en Taveuni. De nuevo me tapé la boca con un dedo y dije que nunca hablaba de un trabajo en marcha.

–Sólo he preguntado qué tal iba –repitió José.

Ahora todos me miraban, y comprendí que ya que todo el mundo se había sincerado, no era razonable que yo fuera el único que aún no hubiera aportado nada desde que nos vimos en Fidji. Los otros incluso habían tenido tiempo para aportar dos nuevos ciudadanos al mundo.

Dije:

–Es al mismo tiempo una historia auténtica y una historia inventada. Y no sé cuál de las dos es la más fantástica, tal vez porque de alguna manera se entrelazan. Son como el huevo y la gallina. Sin la historia auténtica no habría surgido la inventada, y sin la inventada, la verdadera habría sido inconcebible. Además resulta imposible determinar dónde empieza y dónde acaba cada una de las historias, porque no sólo el principio define el final. El final también define el principio. Ya hemos hablado de esto. El aplauso a la gran explosión no llegó hasta quince mil millones de años después de que hiciera explosión.

–Pero ¿de qué tratan las dos historias? –quiso saber Vera.

Reflexioné antes de contestar:

–Tratan de vertebrados.

Frank abrió los ojos como platos:

–¿De vertebrados?

Asentí con la cabeza:

–Tratan sobre los sinápsidos, y en especial sobre el último vástago de la estirpe, es decir, el primate postanimal. Yo soy una de esas extrañas criaturas, y tengo ya 65 años. Resulta curioso pensar que desciendo de un pequeño musgano que vivió en esta Tierra hace 65 millones de años o, por qué no, también de un anfibio que vivió aquí hace 365 millones de años. ¡Bien!, aunque tal vez nos encontremos todavía en un estado de crisálida.

Hice una reverencia primero ante el coche del pequeño Manuel, después ante la tripa

de Vera, y después dije:

–Porque la descomunal carrera de relevos no ha acabado todavía. Se seguirá viajando, amigos míos, se viajará lejos de nosotros, muy lejos. Aún es pronto para saber adónde nos lleva este largo viaje.

Ana asintió en silencio, y tuve el presentimiento de que no se lanzaría sobre la novela en cuanto se publicara. Tal vez fuera mejor así.

Con la carta de Frank a Vera había cuatro por trece fotografías de Taveuni y, al dorso de cada una de ellas, Ana había anotado el manifiesto que se habían recitado entre ellos. Mientras caminábamos de un extremo a otro de la Plaza de España –entre Álava y Zaragoza– recité mentalmente lo que recordaba del manifiesto, dedicando una máxima a cada una de las provincias españolas. Recordé que José debería haber precisado que este manifiesto estaba escrito para que lo compartiera una pareja, porque la perspectiva que traza es difícilmente soportable para alguien que no tiene una mano a la que agarrarse.

Frank ya no estaba tan abatido como cuando conversamos en el palmeral de Maravu Plantation Resort. Me imaginé que ahora le sería algo más fácil llevar la carga de una eternidad perdida. Al menos no estaría solo ante el encuentro con la noche cósmica. Ahora tenía a alguien con quien compartir el duro camino. Seguía siendo un ángel en pena, pero la pena enseña a amar a los ángeles sin alas.

Nos despedimos en la Plaza de España. Ana y José se iban a su casa, y Frank y Vera admitieron que necesitaban pasar a solas el resto del fin de semana en Sevilla.

Así que me quedé solo de nuevo. Me sentía unido a cada uno de mis jóvenes amigos mucho más de lo que ninguno de ellos había podido entender.

Antes de volver en el AVE a Madrid, y de allí en avión a Gatwick, di un paseo hasta el Guadalquivir, crucé el río por el puente de San Telmo y, de repente, me encontré delante de la iglesia de Santa Ana, en Triana. La puerta estaba abierta, y ahora era yo quien tenía la sensación de haber vivido ya este momento.

A la plaza que había delante de la iglesia de color ocre empezó a llegar mucha gente vestida de negro. Entendí que estaba a punto de celebrarse un funeral, y me metí dentro con el resto de la gente. No entendía mucho de lo que el cura estaba diciendo, pero era evidente que se trataba de una mujer joven que había muerto, porque distinguí claramente a los padres y al esposo de la fallecida.

Mientras el sacerdote celebraba la misa, me pregunté quién sería la persona que había muerto, por qué había muerto, y si yo, de alguna manera, podía ser el culpable de lo ocurrido.

Al levantarnos y empezar a salir, descubrí al enano de los jardines del Alcázar. Al cruzar la puerta me miró y me guiñó un ojo. Pensé que a lo mejor me había reconocido del día anterior. No recuerdo si le devolví el guiño, pero me hizo una seña con el dedo índice izquierdo y me apartó del resto del séquito. Se metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un montón de fotografías, de las que me alcanzó una. Era una foto de mí mismo sentado en la plazuela que hay delante de la Puerta de Marchena, en los jardines del Alcázar. Alterado, busqué en los bolsillos algunas monedas para darle,

pero el enano las rechazó muy decidido y sólo dijo: «¡De nada, de nada!». Le di las gracias efusivamente, pero antes de poder verlo de cerca, tanto él como el resto de la gente había desaparecido.

Permanecí un buen rato en la plaza delante de la iglesia de Santa Ana estudiando esa foto de mí mismo. Sólo vi aquello que sabía, aquello que había sabido siempre. Vi un primate de luto, y no encontré ninguna conciliación en ese desconsolado rostro que me miraba. Así comprendí que la novela que había empezado a escribir no trataba esencialmente de Frank y Vera, ni de Ana y José. Trataba de Sheila y sus cartas del solitario. Y trataba de mí mismo.

Casi por instinto di la vuelta a la foto que acababan de entregarme, y en el dorso ponía: El ser humano es tal vez el único ser vivo en todo el Universo que tiene una conciencia universal. En ese caso, no sólo es una responsabilidad global conservar los hábitats de este planeta; es una responsabilidad cósmica. Un día la oscuridad podrá volver a cubrirlo todo. Y el espíritu de Dios ya no volará sobre las aguas.

Manifiesto

♣ 1

Existe un mundo. En términos de probabilidad, esto es algo que roza el límite de lo imposible. Habría sido mucho más fidedigno si casualmente no hubiera habido nada. En ese caso nadie se habría puesto a preguntar por qué no había nada.

♣ 2

Ante una mirada imparcial, el mundo no aparece sólo como un improbable suceso único, sino como una constante carga para la razón. Es decir, si existe la razón, si existe una razón neutral. Así suena la voz desde dentro. Así suena la voz de Comodín.

♣ 3

La voz es articulada aquí y ahora por los descendientes de los anfibios. Sale con la tos de los sobrinos de los saurios terrestres en la jungla de asfalto. Los descendientes de los mamíferos peludos preguntan si existe alguna razón más allá de este vergonzoso capullo que no hace más que crecer en todas las direcciones.

♣ 4

Una pregunta: ¿Qué probabilidad hay de que algo pueda surgir de la nada? O al revés, claro: ¿Es posible que algo haya existido siempre?
O, en todo caso: ¿Es posible calcular la probabilidad de que la materia cósmica de repente una mañana se haya frotado somnolienta los ojos despertando a la conciencia de sí misma?

♣ 5

Si existe un Dios, éste no sólo es un as en dejar huellas sino, sobre todo, un maestro en esconderse.

Y el mundo no es de los que hablan más de la cuenta. El firmamento sigue callado. No hay mucho cotilleo entre las estrellas. Pero nadie ha olvidado todavía la gran explosión. Desde entonces, el silencio ha reinado ininterrumpidamente, y todo lo que existe se aleja de todo. Todavía es posible toparse con una luna. O con un cometa. No esperes que te reciban con amables clamores. En el cielo no se imprimen tarjetas de visita.

♣ 6

Al principio fue la gran explosión, y de eso hace ya mucho tiempo. Aquí sólo se hará mención del bis de la noche. Aún es posible conseguir una entrada. En una palabra: la propina consiste en que se cree el público del espectáculo. Sin la claqué, no habría tenido sentido denominar a lo sucedido espectáculo. Sigue habiendo asientos libres.



¿Quién pudo alegrarse de los fuegos artificiales cósmicos mientras las filas de butacas del firmamento no se habían llenado más que de hielo y fuego? ¿Quién pudo adivinar que ese atrevido primer anfibio no sólo había recorrido a gatas un paso desde la orilla, sino que había dado un paso de gigante por el largo camino hacia la orgullosa visión de conjunto del primate del principio de dicho camino? El aplauso a la gran explosión no llegó hasta quince mil millones de años después de que hiciera explosión.



Crear un mundo entero tiene necesariamente que considerarse una hazaña muy loable, aunque hubiera causado aún más admiración que un mundo entero hubiera sido capaz de crearse a sí mismo. Y viceversa: la experiencia de haber sido creado no es nada en comparación con el sobrecogedor sentimiento del que se haya creado a sí mismo de la nada y pueda estar de pie sin ayuda de nadie.

♣ 9

Comodín nota que crece de sí mismo, lo nota en los brazos y las piernas, nota que no es simplemente producto de su imaginación. Nota que le está creciendo esmalte y marfil en su hocico antropomorfo. Nota el leve peso de las costillas del primate bajo el batín, nota el pulso rítmico que late sin cesar, bombeando el cálido líquido por todo el cuerpo.

♣ 10

No es de extrañar que el Creador, según dicen, retrocediera un paso o dos en cuanto hubo modelado al hombre, con tierra que cogió del suelo, soplándole vida por la nariz para convertirlo en una criatura viva. Lo más sorprendente de este acontecimiento fue la falta de asombro en Adán.

♣ 11

Comodín se mueve entre los elfos de azúcar en
forma de primate. Baja la vista y ve un par de manos
desconocidas, acaricia con una mano una mejilla
que no conoce, se toca la frente y sabe
que allí dentro actúa como un fantasma el
enigma del yo, el plasma del alma, la gelatina
del conocimiento. Más cerca del núcleo de
las cosas no podrá llegar. Tiene la sensación
de ser un cerebro trasplantado, luego
ya no es él.

♣ 12

Un gran anhelo recorre el mundo. Cuanto más
grande y poderosa es una cosa, más profunda
se siente la añoranza tras un alumbramiento.
¿Quién escucha la añoranza del grano de arena?
¿Quién presta oídos al anhelo del piojo?
Si no existiera nada, nadie echaría
de menos nada.

♣ 13

Llevamos y somos llevados por un alma a la que no conocemos. Cuando el enigma se yergue sobre dos patas sin haberse solucionado, es cuando nos toca el turno a nosotros. Cuando las imágenes soñadas se pellizcan el brazo sin despertarse, somos nosotros. Porque somos el enigma que nadie sabe resolver. Somos el cuento encerrado en su propia imagen. Somos los que andamos sin cesar y nunca llegamos a la claridad.



Hay algo que aguza el oído y abre los ojos de par en par: Subiendo de entre las lenguas de fuego, subiendo de la pesada sopa de materia primitiva, subiendo por las cuevas, subiendo por encima de los horizontes de las estepas.



El camino misterioso no va hacia dentro, sino hacia fuera, no entra en los laberintos, sino que sale de ellos. El camino misterioso sube por frías nieblas de hidrógeno, brazos de espiral rotativos y supernovas que explotan.
La última etapa ha sido un tejido de macromoléculas autoconstruidas.

◆ 3

La telaraña de los secretos de la estirpe se extiende desde los micropuzzles de la sopa de la materia hasta los crospterigios clarividentes y anfibios de vanguardia. Reptiles que ponen huevos, prosimios acrobáticos y nostálgicos antropomorfos han ido entregando con mucho cuidado el testigo. ¿Se escondía una autopercepción ultralatente muy dentro del cerebro del reptil? ¿Algún antropomorfo excéntrico percibía de vez en cuando un adormecido atisbo del plan general?



Como una niebla hechizada se eleva la visión de conjunto, a través de la niebla, subiendo de la niebla. El hastiado hermanastro del neanderthal se toca la frente y sabe que detrás del hueso frontal del primate nada la blanda masa cerebral, el piloto automático del viaje de la evolución, el airbag del festival de proteínas entre cosa y pensamiento.

◆ 5

El gran salto tiene lugar en la pista del circo cerebral del tetrápodo. Es aquí donde se informa sobre los últimos triunfos de la familia. En las neuronas del vertebrado de sangre caliente saltan los primeros corchos de champán. Primates posmodernos alcanzan por fin la gran visión de conjunto. Y no se espanten: El Universo se ve a sí mismo en gran angular.

◆ 6

El vertebrado mira de repente hacia atrás y contempla la misteriosa cola de la estirpe en la imagen del espejo retrospectivo de la noche de los años luz. Por fin el camino enigmático ha llegado a la meta, y la meta ha sido la conciencia del largo camino hacia la meta. No se puede hacer otra cosa que aplaudir con esas extremidades que se anotan en la cuenta de la cartera genética de la especie.



Es natural que el elefante se sienta avergonzado porque sus antepasados de repente se metieron en un eterno callejón sin salida. Más honores se conceden al proximo. Tal vez tenía aspecto de bobo, pero al menos conservó el sentido de la orientación. No todos los caminos conducen a Comodín.

◆ 8

De peces, reptiles y pequeños y dulces musgaños, el primate chic ha heredado un par de bonitos ojos con visión de profundidad. Los lejanos herederos forzosos del crosopterigio estudian la huida de las galaxias en el espacio celeste, y saben que se ha tardado miles de millones de años en enfocar la mirada. Las lentes están compuestas de macromoléculas pulidas. La mirada es enfocada por proteínas hiperintegradas y aminoácidos.

◆ 9

En el globo del ojo colisionan la visión y la percepción, la creación y la reflexión. Las esferas oculares de Jano son una mágica puerta giratoria en donde el espíritu creador se encuentra a sí mismo en el creado. El ojo que mira el Universo es el ojo del propio Universo.

◆ 10

Los elfos no son virtuales, son vertebrados. Huevas
son, huevos de sapo, crías mutantes de reptiles.
Los elfos son vertebrados pentadáctilos, los
legítimos herederos del musgaño, primates
sin rabo que bajan de los árboles en la
reverberación desangelada del
prehistórico golpe de timbal.

◆ 11

Los elfos no vienen desde fuera sino desde dentro. Son las telarañas microinspiradas de las alocadas arañas de ADN. Colonias de células hiperdiferenciadas son. No son fantasía, pero son cuentos de hadas, cuentos concretos de hadas.

◆ 12

El planeta vivo es actualmente administrado por miles de millones de primates superindividuales.

Los ejemplares proceden en su totalidad de la misma bahía y del mismo vientre del mismo crospterigio. Jamás dos de ellos han sido idénticos.

Hasta ahora dos elfos nunca han aterrizado exactamente en el mismo planeta.

◆ 13

Comodín se encuentra al final del camino misterioso. Sabe que lleva un antiguo equipaje, no en bolsas y maletas, sino en cada célula del cuerpo.

Ve cómo el planeta sigue soplando sus elaboradas esculturas de ADN según internas medidas microinspiradas. ¿Quién es el elefante del año? ¿Dónde está el avestruz del año? ¿Quién es actualmente el primate más famoso del mundo?

♥ 1

Los elfos están ahora en el cuento, pero son aquello para lo que no hay palabras. ¿Sería el cuento un verdadero cuento si fuera capaz de verse a sí mismo? ¿Causaría impacto la vida diaria si estuviera constantemente explicándose a sí misma?

♥ 2

Los elfos están en todo momento más vivos que
cuerdos, más fantásticos que fiables, más
misteriosos de lo que son capaces de entender
con su escasa razón. Cual abejorros mareados
zumban de flor en flor una somnolienta
tarde de agosto, los elfos de azúcar de
la temporada se aferran a sus hábitats
urbanos en el espacio celeste. Sólo
Comodín se ha desprendido.

♥ 3

Los elfos apuntan sus radiotelescopios hacia lejanas nebulosas en la periferia del cuento introvertido. Pero lo fantástico no se deja entender desde dentro, y los elfos son de la parte de dentro. Los elfos viven en su propio mundo. Están encapsulados por el campo gravitatorio ontológico de este enigma. Son lo que hay, y para ello no existe comprensión, sólo extensión.

♥ 4

A una altura de cuarenta mil pies están sentados cómodamente los primos lejanos del pez mirando las luces de las casas de Hansel y Gretel. Aunque se fuera la luz, seguirían andando allí abajo en la penumbra. Aunque se apagaran todas las bombillas subiría un aura del suelo.

♥ 5

Es por la mañana temprano en Elfolandia y todavía está bastante oscuro, aunque cien mil luces interiores arden a fuego bajo antes de encenderse las bombillas eléctricas. Los elfos de azúcar han comenzado a retorcerse para salir de sus sueños flemáticos, pero las células de sus cerebros continúan proyectándose cine las unas a las otras. La película está sentada en la sala viéndose a sí misma en la pantalla.

♥ 6

Los elfos intentan pensar algunos pensamientos tan difíciles de pensar que no son capaces de pensarlos. Pero no lo consiguen. Las imágenes de la pantalla de cine no saltan hasta la sala de cine para atacar al proyector. Sólo Comodín encuentra su camino entre las filas de butacas.

♥ 7

Los elfos desempeñan sus papeles
hiperimprovisados en el teatro mágico de la
civilización. Cada uno de ellos se identifica tanto
con el papel que el espectáculo nunca tiene
público. No hay ajenos, no hay miradas recostadas.
Sólo Comodín retrocede un paso.

♥ 8

Mamá Elfo está delante del espejo contemplando el pelo rubio que le cae sobre los delgados hombros. Opina que es la primate más maravillosa del mundo. Por el suelo gatean los niños elfo con las manos llenas de pequeñas piezas de plástico en colores vivos. Papá Elfo está tumbado en el sofá con la cabeza escondida bajo un periódico de color rosa. Cree que la vida diaria es sólida.

♥ 9

Eones después de que el sol se convirtiera en una gigante roja, aún se pueden percibir algunas señales de radio dispersas en la nebulosa. ¿Te has puesto la camisa, Antonio? ¡Ven con mamá inmediatamente! Sólo faltan cuatro semanas para Navidad.

♥ 10

En la oscuridad de los abultados vientres nadan en todo momento varios millones de capullos de una flamante conciencia del mundo. Desvalidos elfos de azúcar salen a presión uno por uno cuando están maduros y son capaces de respirar. Aún no pueden tomar otro alimento que una dulzona leche de elfo que sale chorreando de un par de suaves botones de carne de elfo.

♥ 11

El pequeño de azúcar vestido con un mono azul está para comérselo. Mamá Elfo lo ve columpiarse sobre un trozo de madera fijado a un par de gruesas cuerdas que cuelgan de una rama del gran peral. Así ella puede llevar las cuentas de las chispas vespertinas del gran fuego milagroso. Controla todo lo que hay en el pequeño jardín, pero no ve la bengala que interrelaciona todos los jardines.

♥ 12

Dama de Corazones es su propia flor. Cuando quiere decorar el salón o encontrarse con su amado se coge a sí misma. Por cierto, toda una muestra de habilidad, sabe que es una especie rara. Los tulipanes rebosan de ganas de hacer lo mismo. Las margaritas la miran con envidia. Los lirios hacen profundas reverencias.

♥ 13

Al morir, como cuando la escena está fijada en el rollo de la película y los decorados se han derrumbado y quemado, somos fantasmas en el recuerdo que nuestros descendientes tienen de nosotros. Entonces somos fantasmas, querido, somos mito. Pero todavía estamos juntos, todavía somos un pasado común, un pasado lejano es lo que somos. Debajo de un reloj de pasado mítico escucho aún tu voz.

♠ 1

Comodín merodea intranquilo entre los elfos de azúcar como un espía en un cuento de hadas. Se hace sus reflexiones, pero no tiene ninguna autoridad a quien informar. Sólo Comodín es lo que ve. Sólo Comodín ve lo que es.



¿Qué piensan los elfos en el momento de ser alumbrados y llegar completos y desarrollados a un flamante día? ¿Qué dicen las estadísticas sobre eso? Es Comodín quien pregunta. Él mismo se sobresalta cada vez que ocurre el pequeño milagro, se descubre a sí mismo como en un juego de magia producido por él mismo. De esa forma celebra la mañana de la creación. De esa manera saluda la creación de la mañana.

♠ 3

Comodín se despierta de sueños inconexos a una realidad de carne y hueso. Se apresura a recoger los frutos de la noche, antes de que el día los madure demasiado. Es ahora o nunca. Es ahora, y nunca más. Comodín comprende que no puede salir dos veces de la misma cama.

♠ 4

Comodín es un muñeco mecánico que se rompe en pedazos todas las noches. Cuando se despierta recoge brazos y piernas y los compone de nuevo para que el muñeco vuelva a ser como el día anterior. ¿Cuántos brazos había? ¿Cuántas piernas? Y luego, una cabeza con un par de ojos antes de poderse levantar.

♠ 5

Comodín se despierta sobre la almohada dentro de un disco duro orgánico. Nota cómo intenta llegar a la playa de un nuevo día desde una cálida corriente de espejismos mal digeridos. ¿Cuál es la energía nuclear que enciende los corazones de los elfos? ¿Cuáles son las turbinas que propulsan los fuegos artificiales de la conciencia? ¿Cuál es la fuerza atómica que une las células cerebrales del alma?

♠ 6

Nota cómo vuela en el vacío. No puede seguir así.
¿No se ha merecido acercarse un paso más?
Comodín hace unos movimientos tercos delante del
espejo del armario, intenta robar al doble del alma
un guiño lleno de comprensión. Pero todo
es como antes. Aprieta los dientes, se pellizca
el milagro.

♠ 7

De repente está sentado en la silla de montar en una carrera de alfa a omega condenada a muerte. No recuerda haber montado el caballo, pero nota cómo los potros de la vida galopan debajo de él y es levantado por fuerzas míticas hacia una repentina parada.

♠ 8

Comodín es tan rico en pasado que en un instante embriagador se siente infinitamente robusto. ¿Con cuántas generaciones puede calcular desde la primera división celular? ¿Cuántos partos puede incluir desde el primer mamífero? Es el momento de los grandes números. ¿No había iniciado ya esta reflexión matutina cuando el primer pez irrumpió en la quietud del agua? De repente el pequeño bufón se siente incurablemente mareado. Rico en pasado sí es. Pero no tiene futuro. Rico en historia es. Pero no es nada después.

♠ 9

Comodín es un ángel en apuros. Debido a un fatal malentendido, se vistió de carne y hueso. Sólo había querido compartir las condiciones de los primates durante unos segundos cósmicos y tuvo la desdicha de tirar de la escalera celestial y bajársela consigo. Si nadie le recoge ya, el reloj biológico irá cada vez más deprisa, y será demasiado tarde para regresar al reino de los cielos.

♠ 10

La puerta del cuento está abierta de par en par. Está claro que alguien debería informar sobre ello, pero no hay ninguna autoridad a quien comunicarlo. Comodín es arrastrado inexorablemente hacia la fría corriente de lo que no existe fuera. Se seca una lágrima, no, está llorando de verdad. Así el frágil bufón dice su triste adiós. Sabe que no puede regatear. Sabe que el mundo nunca volverá.

♠ 11

Comodín sólo está presente a medias en el mundo de los elfos. Sabe que se va a marchar, y por eso ha liquidado sus cuentas. Sabe que va a desaparecer del todo, y por eso está ya medio desaparecido.

Viene de todo lo que hay y no va hacia ninguna parte. Cuando llegue a su destino no podrá ni soñar con volver. Irá al país donde ni siquiera se duerme.

Cuánto más se acerca Comodín a la extinción eterna, con mayor claridad ve el animal que lo saluda en el espejo al enfrentarse a un nuevo día. No encuentra consuelo en la mirada afligida de un primate de luto. Ve un pez hechizado, un sapo metamorfoseado, una lagartija deforme. Esto es el fin del mundo, piensa. Aquí acaba abruptamente el largo viaje de la evolución.

♠ 13

Se tarda miles de millones de años en crear un ser humano. Y sólo se tarda segundos en morir.

Glosario

agujero negro Objeto de densidad infinita formado inicialmente por el colapso de una gran estrella. La gravedad de un agujero negro es tan potente que ni siquiera la luz puede escapar de él.

autotomía Amputación espontánea (de la cola, por ejemplo) que se realizan algunos animales como método de autodefensa para escapar de un peligro.

Bhagavadgita Poema didáctico filosófico, considerado el «evangelio» del hinduismo, que forma parte del *Mahabharata*.

brahman El eterno e inmutable Absoluto, la suprema y no-dual Realidad del vedanta. Es un estado de trascendencia pura inaccesible al pensamiento y al lenguaje.

cadena trófica Cadena alimenticia en la que una sucesión de organismos se nutre a expensas del anterior y, a su vez, sirve de alimento al siguiente.

carbonífero Quinto período geológico de la era primaria o paleozoica que sigue al devónico (*véase*) y precede al pérmico (*véase*).

circunvolución cerebral Cada uno de los pliegues externos de la corteza cerebral en formaciones circulares, separados por depresiones.

cretácico Tercer y último período en que se divide la era secundaria o mesozoica, inmediatamente posterior al jurásico (*véase*). Aparecen las plantas con flores, los mamíferos continúan su evolución y presentan un aspecto muy similar a los insectívoros actuales, los reptiles culminan su desarrollo y, hacia el final del período, desaparecen los dinosaurios. Aprox.: 135-83 millones de años.

criptógama vascular Pteridofita, helecho. Planta que no se reproduce por semillas formadas en flores.

crosopterigio Subclase de osteictios cuyos géneros son todos fósiles, excepto latimeria (*véase*), y que se considera precursora de los vertebrados tetrápodos (*véase*) terrestres. Estos peces, que vivían en las zonas costeras, desarrollaron los primeros pulmones como alternativa a las branquias, debido a los cambios bruscos del nivel de agua que padecían. Su hábitat, con épocas de sequía, favoreció también la evolución de sus aletas a patas.

cuanto Cantidad mínima de energía emitida o absorbida por la materia.

desplazamiento hacia el rojo Desviación de la luz hacia el extremo rojo del espectro observado en las fuentes que se alejan de la Tierra.

devónico Cuarto período geológico de la era primaria o paleozoica que sigue al silúrico y precede al carbonífero (*véase*). Su fauna es similar a la del período anterior, con trilobites, corales, erizos o estrellas de mar. El grupo de los peces evoluciona y aparece

un grupo de animales con respiración aérea: los escorpiones. Aprox.: 410-355 millones de años.

ecolocación Sistema que permite calcular la distancia a la que se encuentran los objetos mediante la emisión de sonidos que son reflejados por aquéllos. Este proceso ocurre, por ejemplo, en los murciélagos.

enana blanca Núcleo colapsado de una estrella del tamaño del sol.

equinodermo Grupo de animales, exclusivamente marinos, con simetría radial y piel gruesa provista de placas y espinas calcáreas, como los erizos y estrellas de mar, o las holoturias.

estrella de neutrones Estrella que se ha colapsado en una forma de materia muy densa.

geco Pequeño reptil saurio muy parecido a la salamanguesa. Cuija.

gigante roja Fase del ciclo de la existencia de muchas estrellas en la que su tamaño aumenta y comienzan a convertir el helio en carbón.

Gondwana Supuesto continente austral formado durante el período paleozoico por Sudamérica, África con Madagascar, Australia y las actuales penínsulas de Arabia e Indostán.

hamartía Término griego que significa «error». En la estructura de la tragedia, cometer un error (*hamartía*) se castiga con el dolor y la muerte, y se llega al saber a través de la experiencia dolorosa (*pathéi máthos*).

Jano En la mitología romana, dios de las puertas y también de los comienzos. Reinó conjuntamente con Saturno cuando fue expulsado del Olimpo; se le concedió el don de ver el pasado y lo porvenir, por ese motivo se le representa con dos caras.

jurásico Segundo período geológico de la era secundaria o mesozoica que sigue al triásico (*véase*) y precede al cretácico (*véase*). Se empiezan a delimitar las masas continentales, aparecen diversos grupos de mamíferos y aves y predominan los dinosaurios. Aprox.: 205-135 millones de años.

keval-advaita Solo, único, completo. Designación del absoluto no-dualismo de Shankara, según el cual Dios y el alma personal en su trascendencia son idénticos, y todo lo demás pertenece a la maya (*véase*), siendo por lo tanto irreal.

latimeria Pez teleósteo crossopterigio (*véase*) de la familia de los latiméridos que fue descubierto en 1938 en aguas de Madagascar, cuando se creía que sólo era ya un pez fósil. Conocido también como celacanto.

Laurasia Supuesto continente boreal separado de Gondwana (*véase*) por el mar de Tetys. En el pleoceno dio origen a América del Norte, Groenlandia, Europa y Asia.

marlín Animal parecido al pez espada.

maya Engaño, ilusión, apariencia. Designa el mundo fenoménico, impermanente y siempre cambiante, la Ilusión o engaño que una mente no-iluminada ve como la única realidad.

monismo Doctrina filosófica que reduce la realidad a una sola sustancia.

mungo Mamífero carnívoro, conocido también como mangosta asiática.

musgaño Mamífero insectívoro de unos 11 cm con cabeza afilada y similar a la

musaraña.

opossum Mamífero marsupial de unos 20 cm y una larga cola. pentadáctilo Que tiene cinco dedos.

pérmico Último período de la era primaria o paleozoica, que fue un período de transición hacia la secundaria. Se desarrollaron los anfibios y comienzan a existir los primeros reptiles. Aprox.: 290-255 millones de años.

prakriti Naturaleza, materia. La materia primordial a partir de la cual se constituye el Universo.

precámbrico Último período geológico de la era arcaica. Comprende la formación de la corteza terrestre, hace aproximadamente 600 millones de años, y se caracteriza por su intensa actividad volcánica y clima variado. En este período se encuentran ya los primeros seres vivos, como protozoos de esqueleto silíceo y organismos carentes de esqueleto, como medusas y gusanos.

pterosaurio Reptil fósil volador característico de la era secundaria o mesozoica, con alas membranosas similares a las del murciélago.

purusha Hombre, ser humano. Designación de la persona primordial, suprema y eterna.

rincocéfalo Orden de reptiles diápsidos con aspecto de lagarto propia del archipiélago de Nueva Zelanda y que presenta características propias de los reptiles de la era terciaria (*véase*). Hoy sólo queda viva una especie: el tuátara (*véase*).

samkhya Uno de los seis sistemas filosóficos del hinduismo. Su doctrina sostiene que el Universo surge por la unión de la Prakriti (*véase*) y el Purusha (*véase*).

sinapsis Zona en donde se realiza la transmisión y comunicación de impulsos entre dos células del sistema nervioso, permitiendo el paso de señales de una neurona a otra.

síndrome de Stendhal Reacción física que puede producirse en el cuerpo ante la belleza.

supernova Explosión de una gran estrella que puede producir brevemente más luz que toda una galaxia entera.

tamazul Sapo de gran tamaño, conocido también como sapo marino.

terciario Período más antiguo de la era cenozoica en el cual se originan las glaciaciones cuaternarias. Desaparecen muchos reptiles, se desarrollan los peces teleosteos, las aves modernas y los mamíferos placentarios. Aprox.: 65-1,5 millones de años.

tetrápodo Que tiene cuatro patas.

tuátara Único superviviente prehistórico de los rincocéfalos (*véase*). Se alimenta de insectos y actualmente sólo se halla en las islas neozelandesas.

Créditos

Título original: *Maya*

Edición en formato digital: noviembre de 2012

© Jostein Gaarder y H. Aschehoug & Co., Oslo, 1999

© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2000

© Ediciones Siruela, S. A., 2000, 2010, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15723-71-4

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portada	2
Portadilla	3
MAYA	5
Prólogo	7
La carta a Vera	14
El que mira el último, mira mejor	16
La falta de asombro de Adán	31
Anfibios de vanguardia	42
Hombre mosquito para un geco	60
El hastiado hermanastro del neanderthal	76
Cumbre en el trópico	94
La paloma de color naranja	111
Optaste por partir el dolor en dos	128
Bellis perennis	138
El enano y la foto mágica	159
La lógica es demasiado pobre en ambivalencia	181
Epílogo de John Spooke	191
Manifiesto	219
Glosario	272
Créditos	275